

INCENDIO EN LA LLANURA

**Surgimiento, auge y entrega de las guerrillas
en los Llanos Orientales 1949-1953**

General (r) Carlos Alberto Ospina Ovalle

Autor

Fernanda Navas-Camargo

Editora



ESCUELA SUPERIOR
DE GUERRA
"General Rafael Reyes Prieto"
Colombia

 **Planeta**

INCENDIO EN LA LLANURA

Surgimiento, auge y entrega de las guerrillas
en los Llanos Orientales 1949-1953

Autor

Carlos Alberto Ospina Ovalle

Editora

Johanna Fernanda Navas Camargo



ESCUELA SUPERIOR
DE GUERRA
"General Rafael Reyes Prieto"
Colombia

Catalogación en la publicación Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”
Incendio en la llanura / Carlos Alberto Ospina Ovalle - Editor Johanna Fernanda Navas-Camargo –
Bogotá: Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, 2021.

Editorial: Editorial Planeta Colombiana S.A.

1 volumen: 372 Páginas, ilustraciones; 15x23cm.

ISBN 13: 978-958-42-9991-8 - ISBN 10: 958-42-9991-3

1. El Ejército Nacional su pasado reciente evolución hacia el futuro 2. El desacuerdo violento los políticos 3. Los Llanos Orientales 4. Las costumbres políticas 5. El estallido 6. Reconquista y represión 7. La metástasis de la violencia 8. Situación preinsurreccional 9. El incontenible estallido 10. Se extiende la rebelión 11. Contra el gobierno 12. Golpe de estado y más allá 13. Consolidación del conservatismo 14. La rebelión 15. Los grupos rebeldes 16. Rebelión o revolución 17. Organización de los comandos 18. Ataques y comandos 19. Las conferencias guerrilleras 20. En lo que coincidieron 21. La realidad del congreso 22. El liderazgo en la rebelión 23. Los ataques de los guerrilleros 24. Se intensifica la lucha 25. El punto culminante 26. Las acciones finales 27. Las fuerzas militares 28. Una nueva situación 29. La estrategia 30. El liderazgo gubernamental 31. Cambio en la situación 32. El ejército y los combates 33. Se acepta la amnistía

THEMA: JWXV

DEWEY: 986

2021 Editorial Planeta Colombiana S.A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá D.C., Colombia

Editora

Johanna Fernanda Navas Camargo

Libro resultado de investigación
2021 Escuela Superior de Guerra
Departamento Estrategia
ESDEG-SIIA
Carrera 11 N.º 102-50
Bogotá D. C., Colombia

Corrección de estilo

Vanessa Motta

Diseño y diagramación

Haidy García Rojas

ISBN 13: 978-958-42-9991-8
ISBN 10: 958-42-9991-3
E-ISBN: 978-628-00-0074-9

Proceso de arbitraje:

Primer concepto

Evaluación: 14 de septiembre de 2021

Segundo concepto

Evaluación: 25 de septiembre de 2021

DOI:

<https://doi.org/10.25062/9786280000749>

Autor

Carlos Alberto Ospina Ovalle

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

El contenido de este libro corresponde exclusivamente al pensamiento de los autores y es de su absoluta responsabilidad. Las posturas y las aseveraciones aquí presentadas son resultado de un ejercicio académico e investigativo que no representa la posición oficial ni institucional de la Escuela Superior de Guerra (ESDEG), de las Fuerzas Militares (FF. MM.) o del Estado colombiano.

Los libros publicados por el Sello Editorial Escuela Superior de Guerra son de acceso abierto bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObras-Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.esr>



*A todos los colombianos que sufrieron,
lucharon y murieron durante esta insurgencia,
en especial a los soldados caídos en la emboscada
del Turpial el 12 de julio de 1952.*

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1. EL EJÉRCITO NACIONAL SU PASADO RECIENTE EVOLUCIÓN HACIA EL FUTURO	25
CAPÍTULO 2. EL DESACUERDO VIOLENTO LOS POLÍTICOS	35
CAPÍTULO 3. LOS LLANOS ORIENTALES	45
CAPÍTULO 4. LAS COSTUMBRES POLÍTICAS	55
CAPÍTULO 5. EL ESTALLIDO	65
CAPÍTULO 6. RECONQUISTA Y REPRESIÓN	75
CAPÍTULO 7. LA METÁSTASIS DE LA VIOLENCIA	85

CAPÍTULO 8. SITUACIÓN PREINSURRECCIONAL	95
CAPÍTULO 9. EL INCONTENIBLE ESTALLIDO	105
CAPÍTULO 10. SE EXTIENDE LA REBELIÓN	115
CAPÍTULO 11. CONTRA EL GOBIERNO	125
CAPÍTULO 12. GOLPE DE ESTADO Y MÁS ALLÁ	135
CAPÍTULO 13. CONSOLIDACIÓN DEL CONSERVATISMO	149
CAPÍTULO 14. LA REBELIÓN	159
CAPÍTULO 15. LOS GRUPOS REBELDES	169
CAPÍTULO 16. REBELIÓN O REVOLUCIÓN	179
CAPÍTULO 17. ORGANIZACIÓN DE LOS COMANDOS	189
CAPÍTULO 18. ATAQUES Y COMANDOS	199
CAPÍTULO 19. LAS CONFERENCIAS GUERRILLERAS	209
CAPÍTULO 20. EN LO QUE COINCIDIERON	219
CAPÍTULO 21. LA REALIDAD DEL CONGRESO	229

CAPÍTULO 22. EL LIDERAZGO EN LA REBELIÓN	239
CAPÍTULO 23. LOS ATAQUES DE LOS GUERRILLEROS	249
CAPÍTULO 24. SE INTENSIFICA LA LUCHA	259
CAPÍTULO 25. EL PUNTO CULMINANTE	269
CAPÍTULO 26. LAS ACCIONES FINALES	279
CAPÍTULO 27. LAS FUERZAS MILITARES	289
CAPÍTULO 28. UNA NUEVA SITUACIÓN	299
CAPÍTULO 29. LA ESTRATEGIA	309
CAPÍTULO 30. EL LIDERAZGO GUBERNAMENTAL	319
CAPÍTULO 31. CAMBIO EN LA SITUACIÓN	329
CAPÍTULO 32. EL EJÉRCITO Y LOS COMBATES	339
CAPÍTULO 33. SE ACEPTA LA AMNISTÍA	349
AUTORES	363
REFERENCIAS	365

PRESENTACIÓN

La historia de Colombia ha estado marcada por los hechos violentos que han circundado su conflicto armado, en dónde actores de una y otra parte han dejado sus vidas para defender ideales e intereses por igual. Incendio en la Llanura. Surgimiento, auge y entrega de las guerrillas en los Llanos Orientales 1.949-1.953; es una obra académica adelantada por quien desde la perspectiva de las Fuerzas Militares y gracias a vivencias In Situ, pueda dar fe de los embates sucedidos en los Llanos colombianos.

El reconocimiento de la verdad solo se hace posible a partir de una valoración juiciosa de los hechos relevantes que han marcado las distintas épocas de la historia. Este aporte, a uno de los temas más estudiados en Colombia; tiene como propósito continuar contribuyendo hacia la construcción de verdad que es tan necesaria para acoger finalmente una verdadera Paz, y es precisamente en este sentido en el que se debe entender este libro.

La paz se construye a partir de acciones individuales, reacciones conjuntas y manifestaciones sociales y gubernamentales en pro de una positiva manifestación hacia la transformación del estado de las cosas. Para ello se hace necesario escudriñar desde las raíces y generar propuestas para una Colombia mejor.

Este libro resultado de investigación es producto del proyecto titulado “Problemáticas y perspectivas de los Derechos Humanos y el DICA” del Centro de Investigación en Memoria Histórica Militar (CIMHM), que hace parte de la línea de investigación que lleva por nombre, el mismo que el del grupo de investigación “Memoria Histórica, Construcción de Paz, Derechos Humanos, DICA y Justicia”, reconocido y categorizado en (C) por Minciencias, registrado con el código COL0141423, adscrito y financiado por la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”.

PRÓLOGO

Revisar la historia reciente de Colombia es entender la lucha política de un país que no claudicó ante la Violencia y que, sin duda, a pesar de los embates, muestra a una sociedad que siguió en la búsqueda del conocimiento en dónde, además, se presentaron fenómenos propios de una cultura que emergió enarbolando la razón sobre la irracionalidad.

Leer una historia documentada nos encierra en vivencias que se alejan del deber ser, y muestra un ser triste y desolado; pero con una marcada cultura política que hizo que un paraje mágico se convirtiera en un infierno que diseminó a todo el país, la naturaleza del conflicto fue arraigado por pasiones intrínsecas del colombiano que en el devenir del tiempo se han agravado y tomado características propias; la lucha entre Nariño y Torres que describe el autor no dista mucho de la lucha de conservadores y liberales, aquejada por un conflicto de intereses que magnificaron la violencia y esta permeó en sectores muy vulnerables.

Esta maravillosa obra es producto de una investigación que conllevó un análisis no solo de los actores que generaron esta historia, sino es una muestra de cómo la violencia generada por la lucha de poder entre conservadores y liberales llegó hasta parajes lejanos, y generó una lucha revolucionaria innecesaria. En la obra, el autor desnuda la realidad del

llanero de entonces, que con el pasar del tiempo sigue siendo la misma, el establecimiento de tres grandes clases: los dominantes de la capital que tienen sus predios pero que su contacto es intermitente, el dominante autóctono, nacido y criado en el llano y el campesino común y corriente; esta lucha de poder entre clases fue elemento suficiente para permear una violencia sin ideologías reivindicativas, como románticamente se ha tratado de explicar, sino por el contrario, es sin duda el hondo camino de la destrucción.

El Llano es una zona mística, de gente muy cálida, forjada en el trabajo rudo, con la faena de la siembra y la ganadería. Lo olvidado del régimen central fue más que propicio para que la violencia llegara y se quedara; existía una lejanía forzosa, la carencia de medios terrestres y de servicios básicos; pero sobre todo el interés desmedido de la política con actores que no midieron las consecuencias, desataron la vorágine del conflicto, haciendo un torbellino de muerte y destrucción que tuvo un fin pero que, tiempo después, aún sigue mostrando sus consecuencias, siendo un estallido fratricida que sucumbió la tranquilidad y la paz de la República.

Prologar el libro de un guerrero que fue testigo de excepción del conflicto, te coloca en una posición de honor y agradezco a la vida y a Fernanda Navas Camargo quien pensó en mí para hacer estas palabras para introducir una obra trascendental que recoge no solo la historia política contemporánea de Colombia, sino que constituye una reflexión sostenida de un actor que contrae fenómenos interdisciplinarios no solo en el abordaje histórico, sino social, militar, político y cultural. El libro nos brinda la cronología de eventos que hicieron esta realidad, atribuyendo de manera objetiva el rol que cada quien juega en la participación del rumbo que este noble y tenaz pueblo ha creído, desde su génesis Neogranadina a la Colombia actual.

La obra nos da una reflexión importante de los partícipes, honra a las Fuerzas Militares Colombianas como muro de contención ante el oprobio y la violencia, forjador de senderos ciertos y organización de salvaguarda de los intereses ciudadanos; he allí que el autor como miembro de esta gloriosa institución, reconozca la participación de estos servido-

res públicos que siempre serán los héroes olvidados del conflicto y que solo vivirán en el recuerdo de sus familiares y amigos.

Esta obra es, sin duda, un esfuerzo titánico de mantener viva la memoria histórica, no solo con el afán de recordar, sino evitar que en el futuro siga permeable el fenómeno de la violencia y sucumba los valores y las estructuras tradicionales de la sociedad pero, sobre todo, que los hombres y mujeres de bien de este fecundo y progresista país no se entreguen a la violencia, sino por el contrario, enarboleden la bandera del civismo y la legalidad.

HÉCTOR DARÍO PACHECO PEÑA

ABOGADO Y PROFESOR UNIVERSIDAD DE CARABOBO VENEZUELA

OCTUBRE DE 2021

INTRODUCCIÓN

La vida del ciudadano colombiano del siglo XX estuvo enmarcada por el juego de los partidos políticos tradicionales: liberal y conservador, quienes desde los primeros años de esa centuria y como prolongación de las guerras civiles de la anterior; tuvieron como premisa fundamental, la degradación y el ataque en contra del rival político utilizando medios y métodos coercitivos y violentos para imponerse sobre él, dejando de lado una posible confrontación ideológica a través de debates sobre manejo público dentro de un esquema de gobierno oposición. Resulta paradójico que los fundadores de los partidos políticos, caracterizados por ostentar altos títulos de formación, incluso a nivel doctoral; no hayan conseguido educar políticamente a sus subordinados y, por el contrario, hayan tolerado vías alineadas con la violencia, la depredación y el odio. Es difícil comprender de manera racional, cómo un país de tradición legalista, independentista, como Colombia; haya sufrido tal nivel de envilecimiento y tenido que debatirse, no solo en medio de guerras civiles, sino en episodios violentos que tiñeron de sangre diferentes comarcas de su territorio a partir del siglo XIX y durante el siglo XX. Los partidos políticos, lejos de crecer como colectividades en donde se implementaban ideas progresistas y democráticas, se transformaron en guetos

donde se profesaba un fundamentalismo ideológico indefectiblemente conducente al odio y la violencia. Años atrás Alexis de Tocqueville, el célebre politólogo francés de principios del siglo XIX; había descrito esta irracionalidad:

Los debates de los políticos sin principios carentes de todo alien-to de magnanimidad y de justicia resultan habitualmente ayunos de resultados y pródigos en vacíos, mostrando en su esterilidad, el desencanto, y la indiferencia de las mayorías ciudadanas. (Rodríguez, 2015, p. 148)

Esa indiferencia por la ideología política fue paulatinamente reemplazada por la descalificación del adversario y la incitación a la agresión sin importar las consecuencias. Como el mismo autor lo consignó en otro aparte de su obra, esto genera que se dé la implementación de partidos sin política, y la existencia de política, sin partidos (Rodríguez, 2015). De esta manera, las colectividades colombianas fueron arrastrando al país a su hora más oscura.

Con frecuencia se dice que la terrible época de la violencia se inició el fatídico 9 de abril de 1948, tras el asesinato del caudillo popular Jorge Eliecer Gaitán; hecho que se reconoce como uno de los más claros referentes de violencia y de enfrentamiento partidista. Quienes aceptan tal tesis, desconocen los enfrentamientos entre liberales y conservadores durante los primeros años del siglo XX, consecuencia de las transiciones de poder entre “régimenes conservadores” y “repúblicas liberales”.

Con la errónea idea de que la democracia estaba fundamentada exclusivamente en las elecciones, es decir, que trataba de un asunto de medios y no de fines; los dirigentes tanto de uno como de otro partido se dedicaron a manipularlas de tal manera que en cada caso tuvieran la certeza de ganarlas. El dominio sobre los censos electorales como método de controlar a quienes se inscribían para votar se tornó en la esencia de las actividades “democráticas”. En muchos lugares la inscripción a elecciones para el siguiente periodo dependía del contar con una membresía al partido gubernamental, lo que implicaba la utilización del grado de

fuerza que fuese necesario. De esta manera se “*liberalizaron*” o “*conservatizaron*”, regiones y más aún, departamentos enteros. Como parte de un segundo procedimiento también poco honesto, se escrutaba no con imparcialidad sino con la visión de conveniencia de quien lo hiciera para así alzarse con “la victoria electoral”. De hecho, la Registraduría Nacional del Estado Civil, nació después de 1948 para tratar de resolver estos vicios. Entre tanto estos dos fenómenos dieron lugar a desacuerdos, reclamos, escalando a enfrentamientos, persecuciones, asesinatos, masacres y violencia generalizada.

Lo importante era ganar las elecciones, pero ya en el gobierno el ganador poco se interesaba en la implementación de lo que hoy se llama política pública y se concentraba en favorecer a su partido excluyendo al contrario. Este puede ser considerado como un tercer ingrediente en la explosión de la Violencia en Colombia y evidenció aún más, el contraste entre territorios abandonados y burocracia floreciente y próspera.

De allí surgen algunas preguntas:

1. ¿Habría de reconocerse a la mala implementación de la idea esencial de democracia, como causa fundamental de la ola de Violencia en el periodo 1948 - 1964?

2. ¿Es realmente la clase política la responsable de los acontecimientos relacionados a la “*época maldita*” de la vida colombiana?

En los primeros capítulos de esta obra se resolverán esas preguntas mediante la exposición de situaciones, desarrollos y consecuencias, que serán presentadas y respaldadas por estricta investigación académica. Ello conduce a una segunda serie de preguntas:

1. ¿Cómo surge entonces la denominada “rebelión de los Llanos”?

2. ¿Es también una consecuencia de la manipulación política nacional de procesos democráticos, tales como las elecciones?

3. ¿Lo ocurrido en los Llanos fue la prolongación de lo sucedido en otras regiones de Colombia?

La Orinoquia colombiana, en particular durante la época aquí estudiada; tenía una gran dependencia de algunas de las ciudades del interior como la capital de la República y otras de menor valor político, pero con amplia influencia, como Sogamoso, en el Departamento de Boyacá.

Lo que sucedía en los alrededores de aquella ciudad conectada con el Llano por todo tipo de razones tiene serias repercusiones sobre él. Así la Violencia que venía de las áreas rurales de Santander y Boyacá en donde con más fuerza se intentaba cambiar el censo electoral a favor del conservatismo, se va transportando a los centros de poder en particular hacia Bogotá de donde; a partir del 9 de abril luego del “Bogotazo”, en un movimiento que podríamos llamar de reflujo; se difunde nuevamente por campos y veredas, en especial en el piedemonte llanero y en la llanura en sí, trasformando un panorama de tranquilidad y paz, en uno de confrontación, violencia y destrucción.

El surgimiento de esta rebelión requirió necesariamente la participación de los habitantes para conformar los grupos armados que, a lo largo y ancho de la región, implementaron esa violencia. Aparecen como consecuencia nuevos interrogantes. ¿Fue una participación espontánea surgida en el corazón de los pobladores de esta inmensa comarca que simplemente deseaban defender su vida y propiedades o, por el contrario, una movilización inducida a través de narrativas políticas que llevaron a los combatientes a exigir cambios estructurales en el país?

Estos interrogantes constituyen quizás una de las partes centrales del presente estudio. Con anterioridad, estos temas han sido abordados por analistas y politólogos desde diferentes ópticas. Aquellos de tendencia izquierdista, como Orlando Villanueva Martínez, *Guadalupe Salcedo y la Insurrección llanera 1949-1957*, Reinaldo Barbosa Estepa, *Guadalupe Salcedo y sus Centauros*, en general tienden a explicar el problema como la explosión de una gran injusticia social generada por las evidentes inequidades existentes a lo largo y ancho de la región entre los poderosos dueños de haciendas y hatos y sus empobrecidos y sufridos peones si bien reconocen la trascendencia que la persecución política conservadora tuvo sobre la inmensa población liberal que allí existía desde tiempos anteriores, centran su atención sobre la parte social y esto los lleva a describir el fenómeno como una de las mayores revoluciones de Latinoamérica y a presentar a los jefes del movimiento como verdaderos revolucionarios, comprometidos con una causa que impulsaban a la vez que sostenían acciones armadas en contra de las fuerzas del gobierno.

Para ellos, más que una rebelión se trató de una revolución que buscaba finalizar de una vez por todas con las injusticias reinantes. Desde este punto de vista explican la incapacidad del gobierno para derrotarlos, pues el apoyo de los llaneros —que era incondicional— sumado a la habilidad de los combatientes en el terreno, se vinieron a constituir en verdaderos pilares de la revolución que no pudieron ser superados por las fuerzas del Estado, que a través de acciones descoordinadas y abusivas intentaban acabar con el problema. Ambos coinciden en concluir que sintiéndose derrotadas las fuerzas del Estado fue necesario acudir a una solución política para solucionar el problema. Para ambos analistas, el papel del gobierno fue absolutamente ineficaz y solamente las contradicciones internas entre los jefes guerrilleros dieron al traste con tan importante proyecto. Desde luego, es una visión política alejada de parámetros estratégicos.

Algunos de los jefes guerrilleros que participaron en la contienda también han escrito sobre el tema basados en sus propias experiencias y visión del conflicto. Eduardo Franco Isaza, *Las guerrillas del Llano*, sin mayores precisiones de tiempo, basado exclusivamente en su memoria, reconstruye diálogos y escenas de sus días como integrante de las guerrillas y presenta un panorama novelesco de “buenos” y “malos” en donde el primer título corresponde a él y a sus compañeros, en tanto el segundo es exclusivo del gobierno y sus fuerzas. La esencia de su obra está en acciones tácticas y combates y su visión sobre el funcionamiento interno de las guerrillas. No trasciende de este nivel y se queda muy corto en explicar el fenómeno, sin entrar a dilucidar sobre asuntos de mayor fondo, como reales propósitos del movimiento o explicaciones serias sobre los motivos de la movilización de campesinos hacia los campamentos guerrilleros. Concluye reafirmando la derrota del Estado y la ingenuidad de los guerrilleros al entregarse cuando se encontraban ganando la contienda, pero no hace consideraciones que expliquen tal comportamiento, como en su caso personal, cuando cansado, desilusionado y despreciado por sus compañeros de lucha, desertó hacia Venezuela desde donde pretendió ejercer una cómoda posición de “líder e ideólogo”.

Eduardo Fonseca Galán es otro de los exguerrilleros que presentó sus memorias en forma de un libro *Los combatientes del Llano 1949-1953*. Al igual que el ya comentado de Franco; es ante todo un escrito justificativo de nivel táctico en donde se relatan aventuras y combates, naturalmente victoriosos para los rebeldes ante un Ejército al que en todos los casos (con muy pocas excepciones) presenta como incapaz y fundamentado en técnicas que incluyen la persecución a la población civil. Aporta muy poco a los temas de fondo, pues es evidente que el autor no los entiende ni los dimensiona. Al no tener ideas claras sobre el manejo estratégico de un conflicto pretende utilizar premisas tácticas como verdades de aquel nivel. Por ejemplo, confunde la utilización de minas y explosivos improvisados, elemento absolutamente defensivo; como un avance hacia la ofensiva estratégica, demostrando su confusión mental. Deja entrever la gran rivalidad que existió entre los jefes guerrilleros por asuntos relacionados con el mando, factor que impidió su unificación en un solo “Ejército”. Al contrario de la obra de Franco es rico en fechas y lugares lo cual brinda mayor credibilidad al autor.

Desde el punto de vista de la institución militar, dos analistas: el coronel Gustavo Sierra Ochoa y el teniente coronel Carlos Cortes y Ahumada; presentan sus puntos de vista a través de libros muy poco conocidos y de escasa distribución. El primero de ellos, a través de una sencilla narración *Las Guerrillas de los Llanos Orientales*, hace una sinopsis general del problema desde su óptica como comandante del batallón Vargas en Apiay (Meta), durante la época más violenta del conflicto y aporta principalmente recomendaciones en esencia táctica. Sin embargo, hace una reflexión seria del problema apartándolo de la visión del bandolero, conocido desde 1947, que en oportunidades se le otorga para reconocer que se trata de otro tipo de violencia más próxima a un conflicto de ideologías, desconociendo su verdadero origen partidista. Brinda una solución estratégica con su idea de una colonización dirigida, muy próxima a la idea de un Kibutz israelita; que como filosofía a ese nivel tiene gran valor, aunque cae nuevamente en asuntos tácticos cuando se habla de su implementación, lo cual, le quita peso. Sin embargo, apunta a la resolución del conflicto desde una óptica

diferente y que de alguna manera antepone los problemas de orden social que requerían solución.

El teniente coronel Cortes y Ahumada en *Desde la Orilla Opuesta*, hace algunas reflexiones sobre el conflicto y su origen político, aunque al igual que su predecesor no contribuye a determinar la naturaleza del mismo ni aporta en cuanto a las causas de la movilización. Describe con algún detalle la personalidad de los más importantes jefes guerrilleros, demostrando que lejos de ser líderes con ideales revolucionarios, se trataba de individuos más enfocados hacia el combate, carentes de profundidad ideológica, con muy poca visión política, aparte de declararse liberales, aunque realmente lo eran por tradición y no por convicción. Durante su experiencia como comandante de tropas en el área de Guanapalo (Casanare), tuvo la oportunidad de enfrentar personal y directamente a Guadalupe Salcedo, lo presenta en su real dimensión de caudillo popular, y carismático, aunque también implacable cruel y falto de ilustración.

De las versiones historiográficas de los anteriores autores, además otros que siguen en líneas generales; de las tres tendencias descritas se desprenden numerosas teorías que son analizadas a lo largo del libro y que cubren desde antes del estallido violento del 9 abril de 1948 hasta llegar a la entrega incondicional y desmovilización de todos los grupos guerrilleros o “comandos” que participaron en la contienda armada en 1953, luego de la toma del poder por el general Rojas Pinilla.

El libro se compone de 33 capítulos, estructurados en contenidos entre 8 y 9 hojas. A su vez, se encuentra dividido en tres secciones en las cuales se analizan los temas propuestos al inicio del capítulo. En términos generales, se intenta utilizar una metodología inductiva a través de la cual la descripción de diferentes fenómenos va conduciendo gradualmente al entendimiento del problema general. Entre el capítulo I y el XIV, se hace una descripción básica de diferentes actores, fenómenos e instituciones de tal manera que se logre una conveniente familiarización del lector con el ambiente confuso, violento e incierto como fue la época inicial de la Violencia y su extensión hacia los Llanos Orientales. Dentro de esta descripción, se intenta hacer una radiografía de la política

colombiana y sus actores, así como de la manera como su equivocada concepción e implementación condujo al caso que se estudia. Esta descripción se remonta aun a las épocas de la Independencia y las luchas entre federalistas y centralistas. Se incluye una descripción de los Llanos Orientales y sus principales características, así como de sus habitantes.

Esta parte descriptiva finaliza para dar paso a partir del capítulo XV y hasta el XXXIII, de un análisis de la situación vivida dentro de los propios Llanos y las conductas de los principales participantes. En esta sección se hace un procedimiento adaptativo de los modelos ideales del politólogo alemán Max Weber, para establecer determinadas comparaciones entre aspectos tales como Estrategia, Liderazgo y Conducción de Acciones por parte de los bandos en conflicto, es decir, los rebeldes y el gobierno; incluyendo perfiles de líderes en dos niveles estratégico y táctico. Estas comparaciones se llevan a cabo utilizando tanto parámetros generales de comportamiento, como análisis de actuaciones de acuerdo con los marcos que regulan este tipo de actividad.

Se llega posteriormente a una serie de conclusiones en las cuales se establecen desde el punto de vista del autor aspectos tan importantes como naturaleza del conflicto, características de la movilización, estrategia de ambos bandos y personalidad de los líderes.

EL EJÉRCITO NACIONAL

Su pasado reciente

La época de la Violencia política (1948-1954) fue funesta no solo para la población civil, sino para las Fuerzas Militares de Colombia, en especial para el Ejército Nacional. Su preparación y proyección nada tenían que ver con el tipo de problema que tuvo que afrontar a partir del 9 de abril de 1948. Al igual que la sociedad colombiana “era una institución de concepciones rígidas. Rígido en sus concepciones, en su autoridad, en su disciplina, y la forma en el manejo de los hombres, poca muy poca iniciativa individual” (Valencia, 1993, p. 63). En otros términos, estaba diseñado para actuar de manera corporativa mediante el despliegue de sus unidades centralizadamente y de esta forma poder desarrollar siguiendo una lógica y secuencia ordenada sus maniobras, siendo coherente con los apoyos de la aviación y si era del caso las fuerzas navales.

Así había sido durante la reciente guerra contra el Perú en 1934, al ser ocupada Leticia (Amazonas) por un grupo de civiles dirigidos por el ingeniero de esa nacionalidad Oscar Ordóñez de la Haza y el alférez Juan Francisco de la Rosa Guevara, posteriormente apoyados por el gobierno del Perú y su Fuerza Militar, el debilitado Ejército colombiano

tuvo que intervenir para forzar la devolución del territorio ocupado arbitrariamente y por la fuerza.

Luego de la guerra civil “de los mil días” entre 1899 y 1902 los efectivos, el material y equipo de esta institución habían sido reducidos sustancialmente dado el catastrófico estado de las finanzas nacionales (Pardo, 2004, p. 372). Para 1905 el número de soldados alcanzaba escasamente la cifra de 5000 mal equipados y con muy poco entrenamiento y movilidad. Para 1930 sus efectivos solo llegaban a 6500 (Pardo, 2004, p. 393). Al estallar la guerra con el Perú hubo un aumento sustancial de hombres bajo banderas y se logró movilizar al teatro de operaciones a los batallones Boyacá, Tenerife, Huila, Juanambú y otros con algún material de artillería además de varios cañoneros y transportes fluviales como el Cartagena, el Barranquilla, el Pichincha, el Boyacá, el Mosquera y otros adquiridos a última hora además de varias escuadrilla aéreas (Valencia, 1994, p. 89), algo realmente digno de elogio porque se trató de crear, casi que de la nada, una fuerza conjunta y compacta con buenas capacidades de combate, que luego de muchas privaciones y sacrificios logró en definitiva el restablecimiento de la soberanía colombiana sobre Leticia. Según Ramsey el número total de efectivos que alcanzó a llegar al teatro de operaciones fue de 12.000 (Ramsey, 1981, p. 94) aunque quizás haya sido un poco menor y no haya sobrepasado los 6000. El concepto estratégico colombiano consistente en realizar una aproximación “indirecta” mediante la cual evitando una batalla decisiva se estableció progresivamente un dispositivo alrededor de la ocupada Leticia con miras a aislarla y desgastarla, para ya debilitada, atacarla luego de ocupar en una maniobra de desembarco fluvial los puertos de Tarapacá y Guepí (Valencia, 1994, p. 32) y utilizar la aviación para neutralizar las comunicaciones de Iquitos la ciudad más importante del Perú en la Amazonía; circunstancias inesperadas como el asesinato del presidente peruano general Sánchez Cerro cuando inspeccionaba una fuerza de 20.000 soldados que serían enviados al teatro de guerra con Colombia y la declaratoria de la Liga de las Naciones del Perú como nación agresora (Ramsey, 1981, p. 94) permitieron la victoria y Leticia fue recuperada aun sin realizar totalmente el plan.

De esta manera El Ejército regresó triunfante con gran prestigio y en medio de manifestaciones de júbilo de la población civil. A partir de ese momento la instrucción de los nuevos reclutas, el entrenamiento de oficiales y suboficiales, así como de los altos mandos tuvo como base el triunfo en la campaña de Leticia que era el referente más cercano y disponible. La mentalidad de los militares colombianos como consecuencia se centró en los conflictos de tipo convencional.

Superada esa emergencia el sectarismo político de liberales y conservadores, cada día minaba la tranquilidad nacional y hacía que la convivencia pacífica entre los dos partidos paulatinamente desapareciera. De hecho, al iniciarse la guerra con el Perú ya en algunos sectores de la geografía nacional reinaba la intranquilidad. El gobierno contaba con la Policía para contrarrestar estos brotes, pero ante su evidente politización (Torres, 2000, p. 16) el Ejército era enviado a calmar los ánimos en oportunidades exaltados de liberales y conservadores. Su reciente victoria le proveía con la legitimidad necesaria y era visto con buenos ojos por la mayor parte de la población. Pese a ello la seguridad rural continuaba deteriorándose. En realidad, los dirigentes políticos, llamados “caudillos” por sus copartidarios poco contribuían a calmar los ánimos y por el contrario cada día exacerbaban más a los incautos campesinos que inocentemente se alineaban con unos y otro, no por convicción ideológica pues la mayoría no sabía leer ni escribir el analfabetismo alcanzaba el 66% en 1900, el número de alumnos rurales matriculados en escuela primaria era del 3.5% (Banco de la República, 2002, p. 1) y mucho menos se entendían los inflamados discursos de los jefes políticos locales y regionales, pero sentían como un deber seguir la corriente que sus padres tan ignorantes e incautos como ellos les habían inculcado y se declaraban furibundos defensores de la causa liberal o conservadora sin entender qué era lo que estaban defendiendo, dispuestos a matar a otros campesinos que igual que ellos se declaraban defensores de lo contrario aunque ninguno de los dos sabía de qué se trataba. Eso era suficiente para asesinar a quienes quizás habían sido sus vecinos o amigos.

Evolución

A partir de 1863, Colombia, cuyo nombre para la época era Confederación Granadina; adoptó el federalismo como forma de gobierno promulgando una constitución en tal sentido. Básicamente contemplaba procedimientos políticos tomados de los Estados Unidos de América y buscaba emular el bienestar y desarrollo que ese sistema ya estaba generando a través de un evidente progreso que atraía inmigrantes de todas partes del mundo ilusionados con una mejor forma de vida o como se conoció posteriormente “el sueño americano”. Uno de los aspectos importantes de la nueva legislación fue el cambio de nombre a Estados Unidos de Colombia el cuarto en una línea que había pasado por la Gran Colombia 1819-1831, Nueva Granda 1832-1861, Confederación Granadina 1862-1863 y ahora Estados Unidos de Colombia. Como es apenas lógico el proceso de federalización que tal condición implicaba incluía a las Fuerzas Militares del Estado, en otros términos, el Ejército y a una débil Marina de Guerra. Pero no era algo tan simple.

Lo anterior demandaba dejar atrás procedimientos consolidados a través de los años y de las guerras de independencia y civiles que habían sucedido en Colombia. Algunos de ellos eran “Su naturaleza nacional, la profesionalización de los hombres de armas, el servicio militar masculino que aunque cargaba con el defecto de algunas conscripciones forzadas no lo reducía solo a los voluntarios y el carácter no deliberante y esencialmente obediente de las Fuerzas Armadas” (Martínez, 2012, p. 2) El Ejército como tal fue disuelto y se permitió al gobierno federal conservar una “guardia colombiana” que era un fuerza pequeña controlada por este, la única de carácter nacional y a los Estados Soberanos que conformaban los Estados Unidos de Colombia conformar las fuerzas que consideraran necesarias para su seguridad. La primera consecuencia fue que cada Estado Soberano que integraba la Unión colombiana se sintió con el derecho de tener su propia Fuerza Militar, sin contar con la aprobación del gobierno central presentándose evidentes conflictos de mando y control. Algunos estados como Panamá conformaron fuerzas numerosas en tanto otros como Boyacá dependieron de las unidades que

la guardia colombiana pudiera enviarles para solucionar sus problemas de seguridad. En otros casos tropas de la Unión y de los Estados Soberanos interactuaban coordinadamente (Martínez, 2012, p. 33). En la época existía cierta animadversión y temor en contra de los ejércitos permanentes y por ello la idea era conformar milicias en los Estados Soberanos que pudieran ser convocadas cuando fuere necesario de tal manera que la idea de un Ejército Nacional con excepción el pequeño contingente de la guardia colombiana desapareció por completo y las milicias de los Estados Soberanos tomaron su lugar. Varios problemas surgieron con estas determinaciones. Los Estados no conseguían que la totalidad de sus reclutas fueran voluntarios y por ello echaron mano a la “contribución de sangre” o reclutamiento forzado por parte de fracciones armadas (Martínez, 2012, p. 39). Esto estimuló la antigua tradición castellana de reclutar a personas de las clases sociales marginadas, práctica que se mantiene. Al tratarse de milicias conformadas por entes políticos con intereses de partido como los Estados Soberanos o la propia guardia republicana influida por el liberalismo que campeaba en Colombia, terminaban al servicio de esos intereses políticos de partido y en muy pocos casos al servicio de los intereses del Estado colombiano.

Esta fue una práctica nefasta pues politizó el estamento militar y propició revueltas y divisiones cuyas consecuencias se verían inclusive durante la Violencia en los Llanos Orientales a partir de 1949 cuando aún oficiales se consideraban a sí mismos como liberales al servicio del partido como el caso del capitán de la Fuerza Aérea Colombiana Alfredo Silva Romero, quien determinó el inicio de esa triste etapa de la vida colombiana y de quien hablaremos posteriormente. Más tarde la constitución de 1886 atribuida a Rafael Núñez en su artículo 166 expresaba que “La nación tendrá para su defensa un Ejército permanente” y en el 168 “La fuerza armada no es deliberante no podrá reunirse sino por orden de la autoridad legítima ni dirigir peticiones, sino sobre asuntos que se relacionen con el buen servicio y moralidad del Ejército y con arreglo a las leyes de su instituto” y así acabó así con la caótica situación creada por la constitución de 1863 que permitía la participación en política de los hombres bajo banderas, casi todos ellos liberales, reestableció

al gobierno central la potestad de conceder grados y ascensos, algo que de acuerdo con sus intereses realizaban los presidentes de los Estados Soberanos y que había proliferado en cientos de generales y coroneles. Al inicio del gobierno de Núñez algunos oficiales se identificaban con los conservadores, en especial durante el episodio trágico de la Guerra de los Mil Días hasta que la reforma militar de 1907 acabó con esas prácticas. Pese a ello la influencia política partidista sobre la fuerza militar colombiana continuó por algún tiempo.

A partir de la reforma de 1907, los oficiales que hubiesen participado en la Guerra de los Mil Días y desearan permanecer en filas debían ingresar a la Escuela Superior de Guerra inaugurada en 1909 y aprobar un curso cuyo pensum académico estaba dirigido a dos aspectos fundamentales, la tecnificación y la profesionalización como herramientas para desterrar la politización que había causado tanto daño. Sin duda el objetivo se cumplió y se logró la deseada transformación en una fuerza apolítica, aunque las influencias partidistas en forma de nexos familiares, amistades, regiones de nacimiento y hasta intereses personales continuaron ejerciendo determinado grado de influencia.

La guerra contra el Perú ayudó a implementar los principios democráticos y unificó no sólo a la oficialidad sino también a clase política en torno al objetivo de recuperar Leticia dejando de lado temporalmente los visos partidistas. Pero al final de la contienda nuevamente la acción destructora de los caudillos y caciques políticos retornó.

Hacia el futuro

La nueva concepción profesional del Ejército permitió avizorar un futuro mejor. Aun cuando las reformas estaban apenas iniciando, “se comenzó a trabajar en pro del país. En 1905 el Ejército se integró en un proceso de servicio social a la nación, antecedente no reconocido, en la medida adecuada de los posteriores programas de acción cívico-militar” (Ramsey, 1981, p. 78). Esto era consecuencia del nuevo concepto profesional de servir al país y no a uno de los partidos políticos tradicionales.

Grupos de oficiales y soldados fueron enviados a diferentes partes del territorio para que contribuyeran en la reconstrucción luego de la terrible devastación ocurrida durante la Guerra de los Mil Días. Arduamente las tropas trabajaron en la reparación de caminos, puentes, conventos, iglesias y hospitales, así como para proveer protección y trabajar en un proyecto de colonización fomentado por el gobierno en los Llanos Orientales. Quizás ha sido esta, la época en que el país tuvo verdadera paz, aunque breve y el Ejército se dedicó a servir con lo mejor de sus capacidades al pueblo en las diferentes regiones del país.

Sin duda, la profesionalización de la institución dejó de fondo la idea de defender una constitución, que representaba el deseo y la voluntad de los colombianos. Las nuevas generaciones de miembros del Ejército que se empezó a llamar Nacional queriendo decir que representaba a la nación y a la vez que era uno solo, en contraste con lo especificado en la constitución de 1863 iniciaron un proceso de profundización en sus capacidades para prestar un mejor servicio en la protección del territorio nacional. Sin embargo, este esfuerzo se realizaba dentro de los presupuestos de un conflicto internacional que se suponía podría ser el próximo desafío. Como medida de prevención se dejaron unidades destacadas en el teatro del sur del país en sitios tales como Tarapacá (Amazonas), La Pedrea (Amazonas) Puerto Leguizamo (Putumayo) y otros. Se establecieron mejores sistemas de comunicación y se mejoraron las instalaciones existentes en esos territorios.

Esta profesionalización es discutida por Cesar Torres del Río quien refiriéndose a las Fuerzas Armadas manifiesta “los años treinta permitieron un proceso de profesionalización tardía”, (Torres, 2000, p. 16) o por Gonzalo Bermúdez Rossi “las Fuerzas Armadas se han visto precisadas a defender una constitución política y un sistema dominante que muy poco vale la pena” (Bermúdez, 1992, p. 40). En ambas expresiones se puede apreciar la falta de entendimiento de la reforma, pues por una parte no fue tardía por el contrario al finalizar la más sangrienta de las contiendas partidistas era el momento exacto para acabar con los ejércitos de partido y aunque quizás no fue completa por las causas anotadas, fue eficaz.

En cuanto a lo expresado por Bermúdez, la constitución que se defiende por parte de las Fuerzas Armadas es el producto de los deseos del pueblo expresado a partir de sus representantes y eso fue precisamente lo que hizo la reforma, posibilitar la expresión del pueblo dentro de una democracia que evolucionó con el tiempo de representativa a más participativa con un Ejército apolítico.

Se puede entonces apreciar cómo el Ejército luego de trasegar por la época del “Olimpo Radical” a partir de 1863 con una liberalización total hasta 1886 con la “Regeneración” conservadora, es finalmente reformado y transformado en una fuerza sin partido político que sirve a la constitución expresión de la voluntad del pueblo colombiano. Pero como se expresó en el párrafo anterior no fue total, pues quedaron algunos residuos de las épocas partidistas si bien en número ínfimo pero dañinos y perniciosos.

En el año 1944, durante el segundo gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo, se produjo un intento de desconocer su autoridad y deponerlo en Pasto cuando el primer mandatario asistía a las maniobras anuales del Ejército. Estas maniobras eran otro de los productos de la reforma pues en ella se practicaba con un número considerable de efectivos cómo reaccionar ante una nueva agresión a alguna de las fronteras nacionales. Eran pues una muestra de profesionalismo y dedicación. Sin embargo, el 10 de Julio de ese año el Presidente se encontraba en el hotel Niza de esa ciudad preparándose para partir hacia el sitio en donde se realizaban los ejercicios militares cuando fue arrestado por capitán Olegario Camacho y llevado ante el coronel Diógenes Gil, líder de un improvisado intento de golpe de Estado. Luego de un breve período de tiempo el coronel Gil desistió de su idea y se entregó. Gil pretendió que el Presidente firmara un papel en el cual renunciaba a la presidencia y lo encargaba del poder, algo absurdo y sin sentido. (Atehortúa, 2000, p. 12).

De otra parte, el capitán José Gregorio Quintero asesinó al comandante de la V Brigada coronel Julio Guarín en Bucaramanga cuando este le increpó por su apoyo a la situación de Pasto. Gil terminó detenido, procesado en consejo de guerra y pasó algún tiempo en prisión. Aunque las causas de la insubordinación nunca fueron claras es posible que la

disminución de los efectivos del Ejército de 8200 a 7000 en favor de la Policía que era totalmente liberal y el anuncio de que en adelante los soldados serían dedicados a la agricultura productiva, en favor de la nación, dejando de lado las prácticas militares, hubieran hecho pensar a Gil que tales medidas eran una muestra de la persecución del liberalismo contra la institución militar.

Es posible también que el nombramiento de un civil mediante decreto 2107 del 9 de noviembre de 1943 como jefe de inteligencia del estado mayor del Ejército hubiera terminado por exacerbar los ánimos (Bermúdez, 1992, p. 88). Gil no era un hombre brillante, ya había sido juzgado en consejo de guerra por su descuido en la guerra contra el Perú pues en medio de la contienda en abril de 1933, en el sitio Varadero Calderón sobre el río Putumayo, olvidó el peligro en que se encontraban y decidió efectuar una revista de limpieza de uñas a sus soldados. En ese momento y aprovechando tal oportunidad su posición fue atacada por los peruanos que sí estaban alerta, causando la muerte de algunos soldados y la dispersión del resto, pues para la revista de uñas los fusiles se encontraban temporalmente guardados en depósitos.

Versiones diferentes atribuyen el intento de golpe a “la filiación conservadora de la mayoría de los oficiales del Ejército sumada a la oposición política del partido conservador” (Torres, 2000, p. 16). Sin embargo, esta situación demostró que el Ejército había asimilado el proceso de profesionalización, pues de manera corporativa y bajo sus mandos naturales controló la situación dominó a Gil y reestableció la normalidad. Si realmente se hubiera tratado de un Ejército de filiación conservadora, otra hubiera sido la situación y probablemente López hubiera sido derrocado. Aun así, la idea de profesionalización todavía no era suficiente y se apreciaba que se debía trabajar más en la verdadera formación intelectual del Ejército Nacional para prevenir repeticiones de este tipo de actos que verdaderamente afectaban la disciplina e imagen de la institución y de sus integrantes ante la ciudadanía.

EL DESACUERDO VIOLENTO

Los políticos

Desde la propia época de la independencia los dirigentes políticos colombianos han estado permanentemente en desacuerdo, utilizando la violencia para enfatizar sus puntos de vista. En esos días el afán de poder y la intransigencia los llevó a formular un dilema del cual nunca pudieron escapar entre el federalismo y el centralismo, representados por las Provincias Unidas de la Nueva Granada y el Estado Libre de Cundinamarca. Camilo Torres y Antonio Nariño encarnando respectivamente a cada una de las tendencias, protagonizaron la primera guerra civil de la historia de Colombia (Pardo, 2004, p. 99). Se enfrentaron inicialmente en Ventaquemada (Boyacá), en donde los cundinamarqueses fueron derrotados. Ante tal circunstancia Nariño ofreció la rendición de sus tropas, pero Camilo Torres la rechazó, pues estaba seguro de que si persistía obtendría una victoria absoluta (Pardo, 2004, p. 99). Las condiciones que Nariño ofrecía eran muy racionales y favorables para la causa de las Provincias Unidas. En primer lugar, renunciar a su cargo como presidente de Cundinamarca, y en segundo, reconocer temporalmente la autoridad de las Provincias Unidas mientras se convocaba a un nuevo congreso. Sin duda, reconocía su derrota y buscaba una salida digna.

¿Qué motivó la negativa de Torres a aceptar tan favorables condiciones?, ¿Quería humillar a su rival y resaltar sus dotes de conductor militar?, ¿Pensaba en el futuro de la Nueva Granada o en el suyo sabiendo que muy pronto vendría el intento de los españoles por reconquistar a la Nueva Granada? Esa es precisamente la huella que parecen haber seguido los políticos colombianos a lo largo de la historia. En medio de las crisis de toda índole que con frecuencia han azotado al país, lejos de discutir una posible solución se han trezado en verdaderas batallas verbales fútiles e improcedentes que, por el contrario, han contribuido a que el problema se agrave. En definitiva, Torres fue derrotado de manera total al intentar tomar a Santa Fe de Bogotá en donde se habían refugiado los centralistas, pero ello no unificó a los dos bandos ni dio a la República un gobierno único (Pardo, 2004, p. 99). En 1814 y ante la derrota y captura de Nariño en la campaña del sur, nuevamente los federalistas cuyas tropas comandaba ahora Simón Bolívar atacaron y tomaron la capital. Pero ello fue efímero ya que al poco tiempo Pablo Morillo reconquistó a la Nueva Granda y Torres fue apresado y fusilado en 1816. Quizás, si en lugar de desgastarse inútilmente en la guerra civil con Nariño se hubieran preparado juntos para defenderse de la reconquista española, la historia habría sido diferente.

En 1903 cuando el país observaba como un hecho incontrovertible la separación de Panamá y el Congreso de la República era convocado de urgencia por el presidente Marroquín, en medio de la angustia y el dolor de los ciudadanos, para buscar una solución que lograra detener tan nefasta perspectiva, los congresistas se enfrascaron en verdaderos duelos verbales para determinar si se trataba de sesiones ordinarias o extraordinarias y de las consecuencias legales que de ello se podrían derivar proposición promulgada por el senador boyacense Próspero Márquez (Lemaitre, 1972, p. 418) dejando para más adelante en las sesiones, la discusión del tratado sobre el istmo con los Estados Unidos con miras a definir su soberanía por parte de Colombia y las condiciones que ello exigiría. Así el tiempo empezó a pasar y pasar con el tratado guardado en el escritorio del secretario del Senado. Entre tanto, el movimiento separatista crecía y crecía en el istmo y los Estados Unidos con evidente

desprecio hacia los “atareados” congresistas colombianos, quienes estimulaban cada vez más la separación hasta llegar al hecho cumplido de la pérdida del territorio para Colombia.

Cuando el Congreso de este país negó la propuesta presentada por los comisionados de ambas naciones que la habían estructurado y que había sido aprobada en el congreso del país del norte, ya los estadounidenses habían tomado la decisión de despojar a Colombia y hasta preparado los detalles de la manera como lo harían en complicidad con funcionarios panameños y de otros países incluyendo colombianos. Así el 6 de noviembre de 1903, Panamá se separó de Colombia y se constituyó en una nación soberana ante la pasividad del Congreso nacional.

Una vez más los políticos colombianos habían demostrado que no siempre los intereses nacionales eran su prioridad y que su eficiencia en el campo de las relaciones internacionales era precaria. La huella de Torres y Nariño estaba presente.

El 9 de abril de 1948, en las horas de la tarde, luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá cayó en el más absoluto caos y anarquía que la ciudad haya conocido en toda su historia. Turbas de energúmenos armados con todo lo que podían recorrían el centro de la ciudad incendiando, asesinando y saqueando. El propio presidente Mariano Ospina había escapado por segundos, de ser retenido por la muchedumbre y quizás masacrado por ella como lo consigna Arturo Alape en su libro *El Bogotazo* “A duras penas el Presidente se había escapado de ser asesinado poco minutos después de la muerte de Gaitán cuando regresaba a Palacio luego de haber asistido a una exposición ganadera en Bogotá” (Alape, 1987, p. 314).

Tal situación requería altas dosis de gobernabilidad mediante decisiones rápidas, pero maduras y fruto de profunda reflexión. Sin duda el apoyo en este sentido de los partidos políticos era indispensable. Por una parte, los liberales podrían aportar ideas sobre medidas que pudieran ser aplicadas. Por otra, su intervención de manera seria, racional y consciente a través de sus voceros utilizando la radio tan pronto su control fuera recuperado por las fuerzas del orden, llamando al desarme de los ciudadanos y su paulatino regreso a la normalidad hubieran sido muy

importantes. Quizás un buen número de exaltados, ebrios sin control y fanáticos liberales hubiesen persistido en prolongar la horda destructora pero quizás muchísimos ciudadanos hubieran desistido al escuchar a sus jefes naturales y regresado a sus hogares. Tal vez la cantidad de muertos hubiese sido mucho menor. Pero lejos de hacerlo algunos de ellos se dirigieron a Palacio aprovechando la turbulencia intimidatoria que aun reinaba en la capital de la República, para pedir la renuncia del primer mandatario y hacerse cargo del mando político a través de una “Junta patriótica” de la cual naturalmente ellos eran parte.

Carlos Lleras uno de los dirigentes del partido liberal en medio de la confusión y el tremendo descontrol, insistía en la renuncia del presidente Ospina y luego recordaba “Yo hice de nuevo la declaración que no consideraba que hubiese sido aceptada la solución de descartar la fórmula del retiro del presidente”. (Alape, 1987, p. 482). Fue entonces necesario controlar la situación a través de la fuerza, pues los dirigentes liberales o bien no intervinieron o bien se dedicaron a tratar de calmar la situación utilizando floridos y hermoso discursos a los cuales naturalmente nadie hizo caso con la esperanza que la revuelta triunfara como se puede apreciar en las palabras de Carlos Lleras.

Los partidos políticos

Alexis de Tocqueville el connotado sociólogo francés refiriéndose a los partidos políticos decía algo totalmente aplicable a Colombia “Quienes reducen la política una dimensión liliputiense se consideran así mismo Gulliver” (Rodríguez, 2015, p. 149). Más adelante continúa “Todo trabajo político debe ser en su esencia un trabajo cultural y ello no ocurre cuando no existen (o se ignoran) principios que transmitir o valores que informen la existencia, eleven la dimensión humana de los sujetos singulares y del conjunto social” (Rodríguez, 2015, p. 150).

Los partidos colombianos tuvieron su origen en el siglo XIX. El liberal fue fundado por Ezequiel Rojas “El 16 de julio de 1849, en el periódico bogotano El Aviso, No. 26, apareció un artículo de Ezequiel

Rojas, llamado “La Razón de mi Voto”, en el cual el intelectual boyacense explicaba porque él y sus seguidores votarían por el General José Hilario López en la elección presidencial de 1849. En este artículo, Rojas expresaba qué quería el liberalismo y fijaba una serie de principios que aún hoy están vigentes” (Llano, 2009, p. 8). Más que eso, expuso el ideario liberal y dio vida al partido político, Ezequiel Rojas fue uno de los conspiradores contra Bolívar y por ello tuvo que exiliarse de Colombia durante algunos años. Posteriormente regresó al país en donde mantuvo una relación política muy estrecha con Francisco de Paula Santander. Siempre hizo gala de una posición radical con respecto al conservatismo, aunque fue un hombre culto y estudioso.

El partido conservador colombiano tuvo su origen en octubre de 1849 alrededor de José Ignacio Márquez con el nombre de “republicanos moderados” con ideas católicas, partidarios de la autoridad y el orden. “Aun cuando ya existía un movimiento político que los enemigos denominaban “los godos” no se había escrito un documento que resumiera el pensamiento de esa agrupación. Consecuentemente, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro elaboraron un documento que denominaron “Programa Conservador de 1849” y que apareció en el periódico “La Civilización” (Partido Conservador, 2019, p. 1).

Si se revisan los perfiles académicos y profesionales de los dirigentes de ambos partidos a lo largo de la historia, es interesante observar que se trata de personas de un elevado nivel intelectual y profesional. Muchos de ellos se habían doctorado en Derecho, en Ciencias de diferente naturaleza y en muchas ramas del saber. Adicionalmente, eran egresados de claustros académicos muy ilustres y pertenecían a la alta sociedad o en algunos casos a la burocracia local como parte muy importante de sus comunidades.

En la época de la Violencia mucho tiempo después ello no fue menos cierto. La dirigencia política del país constituía quizás la clase más ilustrada y con mayores títulos académicos. Sin embargo, pese a ello fueron incapaces de contener el ímpetu y la ambición de sus subordinados y permitieron que estos cruzaran todos los límites de la controversia política propia de una democracia y la convirtieran en una vulgar reyerta violenta, y aún más que eso, en una actividad criminal que se valió de

todos los medios para tratar de imponer “su partido” por encima del de su rival. No se trató de una situación sorpresiva o que en determinado momento hubiese surgido como consecuencia del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, si bien el discurso clásico así lo interpreta.

Fueron muchos políticos colombianos de las épocas de los 30, sectarios incorregibles e incitadores con el elegante verbo del cual su preparación intelectual los dotó, quienes prepararon durante años el estallido del 9 de abril. En lugar de educar a sus subalternos de partido en las discrepancias y desacuerdos de la democracia, les inculcaron el odio hacia el otro bando. Lo peor fue que llevaron esas ideas a los campos y veredas de Colombia en donde dirigentes con evidente preparación moral e intelectual mucho más precaria, las interpretaron como la forma correcta de ejercer la política. Gobernadores, alcaldes y hasta inspectores de Policía creyeron que todo aquel que no pensara como ellos era merecedor de ser tratado con hostilidad y más que eso con crueldad. Quienes huían de estas persecuciones lo dejaban todo buscando salvar su vida y la de su familia. Así se fueron aprovechando esos dirigentes políticos de baja cultura y se fueron apoderando de esos bienes abandonados y pronto hicieron riquezas que quizás en algunos casos perduren hasta nuestros días.

Un ejemplo de la manera como esos dirigentes políticos actuaban pude leerse en un artículo del periódico el Espectador de Bogotá que rememora algunos de esos acontecimientos violentos de los años 30:

10 de septiembre de 1932, el alcalde de San Andrés, Clímaco Rodríguez, dirigió feroces acciones que se tradujeron en la muerte de numerosos labriegos, la intención de asesinar al coadjutor, Carlos Colmenares, el ataque a las religiosas del hospital y del colegio de señoritas y la destrucción de la imprenta donde se editaban el semanario Lucha y Defensa y la Hojita Parroquial. (Perez, 2016, p. 15)

Era en este caso un subalterno del partido liberal quien creía que así estaba implementando un proceso democrático para que su partido prevaleciera sobre el odiado partido conservador y tal vez algunas de sus

ambiciones personales se vieran satisfechas. Nunca fue destituido ni hay constancia que la dirigencia del partido liberal o algún órgano estatal tomara alguna acción tendiente a remediar semejante situación. La razón era que la justicia también era manipulada por el engranaje gubernamental en ese momento bajo la dirección de ese partido, luego de muchos años de haber estado excluido del manejo del gobierno.

Sus contrapartes conservadores actuaban con igual o peor sevicia en contra de los aborrecidos liberales. Lo siguiente es una muestra de sus actos criminales, en el pueblo Zetaquirá (Boyacá) en octubre de 1946 a la llegada de un nuevo alcalde conservador.

Concentraban a la gente en la plaza principal que actualmente es el parque central para identificarlos y luego encarcelados en La Desmotadora, donde eran torturados a latigazos con una vara de guayacán con un recatón en acero, y al otro lado tenían un rejo torcido con un nudo en la punta del rejo. Cada latigazo les sacaba sangre, haciéndoles sentir el peso del gobierno conservador que imperaba en toda la república. (Giraldo, 2018, p. 49)

Lo anterior fue, quizás propiciado por el ministro de gobierno en 1946 Juan Antonio Montalvo de filiación conservadora quien se había hecho “célebre” con su lema “hay que defender el gobierno contra los liberales a sangre y fuego” (Giraldo, 2018, p. 23), posiblemente se hacía para corresponder a los llamados que irresponsablemente hicieron desde la Radio Nacional de Colombia los políticos liberales encabezados por Rómulo Guzmán que la ocuparon a la fuerza el 9 de abril de 1948 y que no solo incitaban, sino que obligaba moralmente a los liberales “a tomar las armas formar batallones y marchar sobre el Palacio presidencial para vengar la muerte de Jorge Eliecer Gaitán. La consigna es a las armas” (Radio Nacional, Colombia, 2018).

Para exaltar más a los enfurecidos liberales, propagaban la especie que un “Policía conservador pagado por el presidente Mariano Ospina era el autor del crimen” (Radio Nacional, Colombia, 2018) Algo tan falso como absurdo.

Las instituciones políticas

Conformadas por políticos y partidos fanatizados, el funcionamiento de las tradicionales instituciones democráticas no podía ser diferente. Allí también se hablaba violentamente y se actuaba en consecuencia; pero llama la atención que personas con tales niveles de educación hayan sido incapaces de entender lo que estaban generando en el pueblo que dócilmente los seguía sin siquiera pensar que esas personas tan cultas o “Doctores” como aún les llaman los conducirían al abismo de la muerte y el terror.

En 1946 con el fin de torpedear el gobierno de Mariano Ospina, los congresistas liberales ignorando que ellos también habían generado la Violencia en los años 30, responsabilizaron al presidente Ospina del ambiente hostil que se vivía en Colombia y querían revocarlo. Russel describe claramente lo que sucedía en el congreso:

Las frases hirientes y los improperios terribles que llovieron como virtual invitación al delito al descender al plano rural envenenado por ambos partidos en poco tiempo produjeron miles de personas en alerta, a la espera de la señal para atacar a sus oponentes políticos. (Ramsey, 1981, p. 107)

Ospina se adelantó, cerró el congreso y ordenó censura de prensa. En adelante gobernaría mediante una Asamblea Nacional Constituyente. Se había convertido en un Dictador. Antes de que esto sucediera, un grave incidente en el congreso de la República sirvió como un pequeño anticipo de lo que sucedería en Colombia tiempo después. A partir de 1940, de acuerdo con el reglamento interno del congreso, tanto los senadores como los representantes, tenían la facultad de ingresar armados e igualmente podían ingerir licor; de hecho, en la cafetería del congreso se expendía libremente.

El 9 de septiembre de 1949, en desarrollo de un debate sobre la reforma política que se pretendía discutir, luego de una noche de insultos y recriminaciones los ánimos se caldearon en forma definitiva: luego de

reiniciarse la sesión después de las 12 de la noche el representante liberal por Boyacá Gustavo Jiménez interrumpió a su coterráneo Carlos Del Castillo Isaza para recordarle que “no es Del Castillo ni Isaza. Su padre fue un modesto campesino boyacense, que por cierto murió en un lamentable accidente, y era Castillo y no Del Castillo. El apellido de su madre era Saza y no Isaza”. Visiblemente alicorado el ofendido respondió “Al menos soy hijo legítimo y usted no lo es” a lo cual Jiménez le gritó “miente malnacido”. A continuación, el recinto se transformó en un campo de batalla “e inmediatamente el representante Jiménez hizo el ademán de llevarse la mano derecha al cinto, el representante Del Castillo, quien durante toda su intervención había mantenido la mano derecha en el bolsillo del saco, en actitud amenazante, sacó inmediatamente su revólver y disparó sobre el representante Jiménez. El representante liberal, gravemente herido [sic] cayó sin vida sobre la escalinata que conduce al centro del recinto” (El Espectador, 2016). El representante Jiménez resultó muerto, así como Jaime Soto del Corral también liberal y otros 3 congresistas quedaron heridos. Tal comportamiento de los congresistas es considerado por algunos analistas como una de las causas inmediatas del inicio de la Violencia en Colombia, que fue complementada por el asesinato el Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948.

Se responsabiliza el gobierno de Ospina Pérez por tan trágicos hechos, pero en realidad la costumbre de ingerir licor antes de la sesiones en la propia cafetería del Congreso le da otro matiz al incidente. También es un hecho que los congresistas de uno y otro bando estaban armados y durante la sesión mantuvieron sus manos muy cerca de sus revólveres, que procedieron a “desenfundar” casi que simultáneamente. Por alguna circunstancia los conservadores fueron más rápidos e infortunadamente letales. Sin lugar a duda, se trató de acciones personales más que de acciones institucionales, pero sus consecuencias trascendieron el campo personal y se transformaron en motivos de mayor odio y rencor entre los partidos tradicionales que fueron extrapolados a los campos y veredas del país.

Los inocentes campesinos lo tomaron como ofensas a su partido y creyeron que su deber era defender las ideas que sus ancestros les

habían inculcado. Desde otro punto de vista, refleja la cara más oscura de la politiquería colombiana como expresión de un sistema político que desde los primeros tiempos fue muy difícil de controlar en esencia ante la absoluta falta no solo de cultura política, sino de elemental formación dentro un ambiente de convivencia ciudadana. Por desgracia, a partir del asesinato del gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre en la montaña de Berruecos, el crimen pareció haberse convertido en otra forma de hacer política. Cada etapa de la historia está salpicada por un asesinato político.

LOS LLANOS ORIENTALES

Planicies y aventura

Los Llanos Orientales son quizás una de las regiones más pintorescas, coloridas y románticas de Colombia. Sus vastas planicies cubiertas de pastos y “morichales” cruzados por caños y ríos, les dan una apariencia casi sobrenatural y de otra dimensión.

En las grandes ciudades andinas del país el solo pensar en ellos invita a la aventura, a lo desconocido, a dar un paso más allá. Sobre sus cálidas tierras transcurrieron en la mente del escritor José Eustasio Rivera, las ilusiones y la vida de Arturo Cova y su amada Alicia, en medio del ambiente hostil y más que eso, tenebroso generado por la casa Arana.

En su novela *La Vorágine* (y en la realidad), los indígenas eran esclavizados torturados, explotados en medio de indescriptibles escenas que dejan ver el grado de depravación, deshumanización y codicia de muchos de los empleados de esa nefasta empresa peruana (Caballero, 2020), ante la indolencia de las autoridades colombianas dedicadas a su habitual labor politiquera. Pero también Rivera describe llaneros domadores de caballos y coleadores de reses, con su carácter indómito, libre y despreocupado del mundo que existe más allá de las montañas que no conoce, que no desea y mucho menos le importa.

Los Llanos han sido teatro de grandes gestas y aventuras. Por allí ingresaron los conquistadores españoles al mando de un alemán Nicolás de Federmann en 1535. Partió de Coro cerca de Maracaibo, Venezuela, arribó a lo que hoy en día es Riohacha fundó un pequeño poblado llamado Nuestra Señora de las Nieves se adentró luego por la región de Casanare y de allí ascendió al paramo de Sumapaz, para descender hacia los alrededores de Bogotá. Este recorrido le tomó dos años (Aguado, 1989, p. 88). Al llegar, quizás también como un preludio de lo que sucedería después con los habitantes de esa región, entró en conflicto con otros conquistadores que ya se encontraban en la región como Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar.

Quienes realmente dieron vida a los Llanos fueron los sacerdotes misioneros que los acompañaban para atender espiritualmente a los conquistadores y para evangelizar a los habitantes del nuevo mundo que encontraran. Se destacaron varias comunidades como los Dominicos y en especial los Jesuitas, probablemente a partir de 1538. Ellos en las inmensas praderas fueron quienes iniciaron la industria ganadera en la región, trayendo vacunos de la española (Haití-República Dominicana) y de Venezuela. “Dentro su labor evangelizadora en la Orinoquía, esta comunidad religiosa importó y montó organizadas haciendas, que se convirtieron en el principal renglón económico de los Llanos colombo-venezolanos” (Radio Nacional, Colombia, 2018). Sus empresas más representativas se llamaron Hacienda Caribabare, donde hoy están ubicados los municipios de Hato Corozal y Tame, “así mismo tuvieron la Hacienda Apiay donde actualmente están las instalaciones de la Universidad de los Llanos (Unillanos) y la Fuerza Aérea Colombiana” (Radio Nacional, Colombia, 2018). En esas empresas enseñaron a colonos, negros e indios, las actividades de la ganadería junto a otros elementos culturales de su país de origen; estimularon la siembra de productos básicos de agricultura, y es muy posible que esto sea el origen del “conuco” o parcela llanera en donde se cultiva yuca, plátano, maíz y otros. Según la tradición, los Jesuitas trajeron también instrumentos musicales como la “vihuela” de cuerda, probable antecesor del “cuarto” y la guitarra española que originó la bandola llanera.

El joropo también puede haberse originado de esta música y su relación con el flamenco.

Así se inició la vida en los Llanos. Habitantes originarios de la región, bajo la tutela de otros venidos de más allá del océano, los conquistadores españoles que estimulados por el afán de riqueza y la codicia o como lo expresa Carlos Humberto Cortes y Ahumada “plebe española que cesante y errabunda luego de haber expulsado el último moro de Granada (Cortés, 2003) quedó sin trabajo”, corrían todo tipo de aventuras buscando fortuna pero por otro lado de los misioneros, empeñados en convertirlos en fervientes católicos y proporcionarles calidad de vida, así fuera en un mínimo grado en medio de un ambiente tan difícil, tan hostil y distante de los escasos centros de civilización que pudieran existir en esa época. Estas dos actitudes fueron moldeando el carácter de los llaneros.

Allí se mantuvo viva la llama de la libertad, (Perez, 2016) a través de grupos, partidas y mesnadas independientes de patriotas que impedían el ingreso a esa área de las tropas peninsulares que eran enviadas desde Caracas o desde Santa Fe para reprimirlas y consolidar el dominio del rey de manera absoluta sobre todo el territorio, mientras el resto del país colapsaba ante la llegada de Pablo Morillo y su cruel reconquista del territorio granadino, en tanto sus más importantes dirigentes eran llevados al cadalso y fusilados.

Por sus tierras y ríos también pasaron los libertadores. Bolívar y su Ejército cruzaron en 1819, al igual que Federmann desde Venezuela, se adentraron por Arauca y Casanare y como el conquistador español, remontaron la gigantesca cordillera, cruzaron los páramos en especial el de Pisba y descendieron hacia Boyacá, en donde libraron las batallas definitivas de la independencia en contra de los colonizadores españoles descendientes de los conquistadores.

Luego de la independencia, los Llanos entraron en una etapa de adormecimiento en donde, gracias a una economía basada en la industria ganadera que habían organizado los Jesuitas, prosperaron hatos y grandes fincas pertenecientes a hacendados que de una u otra manera las habían adquirido o heredado y que se fueron convirtiendo en la esencia

del tejido social de la región. La leyenda del hato La Rubiera cerca de los ríos Pauto y Meta tal vez resume la riqueza y poder de los hacendados. Se dice que era tan extenso que para trasladar ganado de un extremo al otro del hato se tardaba 3 días (Vargas, Getulio, 1999).

Ese grado de riqueza de un sector favorecido en medio de la pobreza de la inmensa mayoría además de la Violencia que endémicamente azotó a Colombia, sería una de las causas del surgimiento muchos años después, de lo que se llamó “la insurrección llanera” o la “rebelión de los Llanos Orientales” a finales de 1949.

¿Cómo son los Llanos?

La región oriental de Colombia (también llamada Orinoquía) se extiende a partir de la cordillera de ese nombre que le sirve de marco longitudinal. Incluye sus estribaciones que reciben el nombre de “pedemonte llanero” y cumplen una función de conexión con el interior del país. Los Llanos siguen dirección nororiente hasta el río Arauca y límites con Venezuela en donde la llanura se prolonga dentro del territorio de ese país. Hacia el oriente las planicies parecerían infinitas pues se extienden más allá del horizonte alcanzando la frontera venezolana en donde es interrumpida por el majestuoso río Orinoco. Más al suroriente se encuentra con el río Guaviare y su afluente el Ariari, en donde inicia otra región de natural de Colombia, la Amazonía cubierta de extensas y profundas selvas.

Se calcula que tienen una extensión de 285.437 kilómetros cuadrados que es equivalente al 28% del territorio colombiano. Su clima es cálido, con dos estaciones llamadas “estaciones del trópico” una lluviosa y una seca, esta última se presenta en marzo, abril, mayo, octubre y noviembre con fuertes precipitaciones e inclusive tormentas. El caudal de los ríos se incrementa ostensiblemente y favorece la navegabilidad en pequeños buques, lanchas y naturalmente canoas. Por el contrario, la estación seca presenta escasez de agua, dificulta la navegación en determinados sectores, pero permite una mayor oportunidad de transitar por la llanura. Se presenta especialmente en diciembre, enero, junio y julio. Estrictamente

las operaciones militares se favorecen en esta época del año, pues tanto jinetes como peatones pueden cruzar libremente sus tierras. Si se observan las mayores acciones realizadas por los guerrilleros durante el año de 1952 como fueron el ataque a la base militar de Orocué y la emboscada del Turpial se aprecia que tuvieron lugar durante la estación seca, precisamente porque era posible transitar por la llanura sin inconvenientes. Las temperaturas a lo largo de ambas temporadas oscilan entre 28 y 34 grados centígrados presentándose los picos altos durante la estación seca.

La conformación hidrográfica de los Llanos está demarcada por abundantes cursos de agua que los cruzan y que determinan zonas fácilmente identificables. Por ejemplo, de manera transversal se forman dos grandes zonas. La primera va desde las estribaciones de la cordillera oriental hasta el río Meta. La segunda desde el río Meta hasta el Orinoco teniendo como límites en sus extremos a los ríos Ariari y Arauca. Este tipo de zonificación no fue tenido en cuenta por los guerrilleros en 1948 que por el contrario prefirieron una más acentuada y podría decirse vertical conformada por los cauces de los ríos que bajan directamente de la cordillera sin sinuosidades como si lo hace el Meta y son de hecho sus tributarios. Las distancias entre cada uno de ellos son menores y conforman zonas en este caso más pequeñas y fáciles de controlar. Por ello los insurgentes llaneros escogieron este sistema para organizar sus áreas bases en las cuales cada “comando” las controlaba de acuerdo con su conveniencia. Durante el invierno llanero muchas veces los movimientos se restringían y la movilización se hacía por las trochas y caminos pues no era posible a campo traviesa en esta parte de la región.

Esos ríos de sur a norte en un orden secuencial pueden ser divididos en dos grupos uno de 3 y otro de 4 teniendo en cuenta que esta división se hace con relación a la parte central del Llano. Inicialmente desde el sur occidente se encuentra el río Upía sobre cuyas márgenes queda la población de Barranca de Upía víctima de ataques y crímenes de liberales y conservadores. A continuación, el río Cusiana, que baja de la laguna de Tota en Boyacá conformado por sus afluentes el Charte y el Caja. El río Cravo sur en cuyas vecindades se erige la ciudad de Yopal capital del departamento del Casanare. Este punto se podría considerar como la

mitad de los Llanos, clave en el control de la región. Los últimos 4 ríos situados de esta referencia hacia el nororiente son el Pauto, cuyas aguas bañan los municipios de San Luis de Palenque y Trinidad ambos críticos en la historia de insurgencia llanera. A continuación, el Guachiria con el municipio de Pore, parte de “la ruta de la libertad” en 1.819, el Ariporo que cruza por la población de Paz de Ariporo y el caudaloso Casanare con sus tributarios Tame, Ele y Cravo Norte.

La ciudad más importante de toda la región es Villavicencio, “puerta del Llano” y epicentro durante mucho tiempo de la actividad regional cerca de los ríos Guayuriba y Guatiquia. Se comunica con el centro del país y en especial con Bogotá a través de una inestable carretera que a partir de su construcción en 1937 ha sido reformada, reparchada y reconstruida en múltiples ocasiones. Esta misma carretera se adentra en el Llano paralela al río Meta y sigue su curso hasta el último poblado en territorio colombiano Puerto Carreño a 853 kilómetros de distancia, pasando por caseríos y pueblos muchos de los cuales fueron asaltados y atacados por insurgentes y “chulavitas” como Pachaquiario, Puerto López y varios más.

Otra carretera que parte de Villavicencio llega a Arauca cruzando la llanura y localidades también importantes en la lucha guerrillera de 1949-53 como Cumaral, Villanueva, Monterrey, Tauramena, Aguazul, Yopal, Nunchía, Hato Corozal y termina su recorrido en Arauca tras recorrer 614 kilómetros. Tiene dos importantes ramales que la comunican con el interior del país. Uno de ellos parte de Aguazul y luego de pasar por el pueblo de Pajarito finaliza en Sogamoso (Boyacá) a 93 kilómetros de distancia. El otro a partir de Hato Corozal llega a Socha (Boyacá) luego de recorrer 153 kilómetros.

Arauca, Yopal, Puerto Carreño también son actualmente capitales de departamento, en la época de la violencia lo eran de comisarías y por ende son polos de desarrollo en sus respectivas jurisdicciones políticas, y si bien estaban integradas al sistema gubernamental colombiano, su distancia con relación a la capital era inmensa y por ello gozaban de determinada autonomía que desde otro punto de vista puede calificarse de abandono.

Su población se concentraba en los cascos urbanos si bien la propia llanura estaba tenuemente ocupada por colonos, e indígenas.

Los llaneros

Cuando se habla de los llaneros es imposible no asociarlos con los “Lanceros de Rondón” y su épica carga en el pantano de Vargas. La leyenda ha conservado el recuerdo de su intrepidez y valor como un atributo a quienes fueron capaces de impedir que los españoles invadieran y conquistaran el llano último bastión libre de la Nueva Granada. Luego encabezados por Bolívar y organizados por Santander iniciaron la parte final de la campaña libertadora con el cruce del gélido páramo de Pisba y su descenso hacia la campiña boyacense para el feliz desenlace en el puente de Boyacá. Doscientos años después, así como durante la época de la insurrección de 1949, los llaneros siguen siendo iguales, sacrificados, trabajadores, independientes y celosos de sus tradiciones y costumbres.

Sin embargo, aún desde esos días, el llanero quizás por tales atributos ha sido indisciplinado, poco dado a aceptar la autoridad de otros que no sean como él y agresivo si se le insiste en que lo haga. Uno de los mejores ejemplos es el rechazo que hicieron del mando del general Santander en Trinidad de Arichuma (Venezuela) en medio de un motín de tres escuadrones y una junta de oficiales, que lo intimidó de tal forma que tuvo que renunciar al mando de las tropas que el gobierno de la provincia de Casanare le había otorgado. (Paez, 1.941, p. 91). La razón, que Santander no era llanero. Tal vez ello de alguna manera explique el asesinato de muchos de los jefes de la revolución de 1949 a manos de sus propios compañeros como fue el caso de los hermanos Bautista comandantes de una de las más importantes y agresivas guerrillas en la región del Iguaro (Casanare), del asesor del congreso de la Profunda en 1953 José Alvear Restrepo en las aguas del río Meta del jefe de las guerrillas en Maní (Casanare) Marco Tulio Rey, (Fonseca, 1987, p. 66) del ostracismo de Eduardo Franco quien marchó desilusionado hacia Venezuela y solamente regresó cuando la rebelión había finalizado.

Otro rasgo que ha conspirado en contra de la cohesión de los llaneros ha sido su tremenda indisciplina y deseo de protagonismo. En los días de la independencia el conflicto entre los jefes de las parti-

das llaneras de Casanare fue permanente. Juan Galea, Ramón Nonato Pérez, Juan Nepomuceno Moreno, los venezolanos José Antonio Páez, Antonio Arredondo (nacido en Ceuta colonia española) tenían su tropas dispersas y en permanente conflicto unos contra otros casi siempre por el mando y en oportunidades dedicadas al pillaje (Valencia, 1993, p. 105).

José Nonato Pérez fue un caso especial era considerado como el más valiente y el más hábil en el manejo de la lanza, al punto que se decía que era la mejor “lanza de los Llanos” y uno de los pocos que había vencido al jefe español José Antonio Yáñez un temible caudillo nacido en Canarias (España). Sin embargo, era un hombre indisciplinado que no admitía razón o consejo y que en oportunidades montaba en cólera y se excedía en su deber llegando a cometer delitos. Por ello Bolívar en 1818 le ordenó entregar sus responsabilidades como gobernador de Calabozo y jefe militar del área al teniente coronel Antonio Vásquez y dirigirse “a mi cuartel general en donde será tratado con decoro y dignidad y se le administrará justicia con la mayor imparcialidad [...] en 1819 fue sometido a juicio, acusado de haber cometido ciertos delitos” (Bolívar, 1818, p. 1). En el fondo nunca los patriotas colombianos en los Llanos de Casanare tuvieron la cohesión suficiente para formar por sí mismos un ejército que pudiera enfrentar a los españoles y derrotarlos en una guerra de independencia invadiendo la sábana de Bogotá. Por el contrario, los llaneros tuvieron que depender de Bolívar quien a través de Santander los unificó y los transformó en la vanguardia del nuevo Ejército Libertador.

Muy similar fue la insurgencia de 1949 en contra del gobierno conservador de Ospina Pérez. Nunca los llaneros dejaron sus rencillas e intereses personales y nunca tuvieron la capacidad de conformar un ejército único, a pesar de contar con todas las facilidades para ello. A la larga, esa fue la principal causa de su derrota política y su entrega en 1953 luego de haber alcanzado determinado grado de eficiencia en combate y de resiliencia ante la adversidad y de haber causado numerosas bajas, entre muertos y heridos, a las fuerzas oficiales. Nunca abandonaron su

región y por el contrario se centraron en desarrollar sus acciones amadas en ella, sin proyectar el avance más allá de la cordillera oriental y hacia el interior del país. Quienes sí tuvieron esa visión, no eran nacidos en la Orinoquía y quizás por ello no tuvieron el respaldo suficiente de la gran mayoría de combatientes que naturalmente eran de origen llanero y circunscribían su mundo a esta región.

LAS COSTUMBRES POLÍTICAS

Mi partido

Para entender la dinámica de la rebelión de los Llanos Orientales entre 1949 y 1953 es necesario entender las costumbres políticas de Colombia. Como en muchos otros países, se nace liberal o conservador de acuerdo con quienes sean sus padres. Familias de uno y otro partido tienen una inmensa tradición que viene desde la fundación de las colectividades políticas hasta el punto de que determinados apellidos se identifican con alguno de los partidos. Por ejemplo, los Lleras son tradicionalmente liberales, los Ospina, conservadores, aunque por lo general esta caracterización se reduce a las familias de mayor abolengo y posición social. Estas familias de “gamonales” por ser igualmente depositarias de inmensas riquezas son indudablemente muy influyentes políticamente. El sistema democrático, sin embargo, permite a personas de diferente condición social acceder a colectividades e instituciones políticas como el senado, la cámara, pero las familias de “abolengo” no, por ello pierden su influencia pues uno de sus mayores recursos es el económico que juega un gran papel. Esto se evidencia a nivel nacional y a nivel local.

En los Llanos se asentaron diferentes tipos de familia, pero muchas de ellas de origen liberal por varias razones. Por una parte, la manera de

incrementar sus ganancias a través de inversión en regiones potencialmente productivas en especial en lo que al ganado se refiere, luego de que la herencia dejada por los Jesuitas y otras comunidades empezó a rendir frutos. Así, por ejemplo, “la familia liberal de los Rocha que también poseía inmensas haciendas en el sur del Tolima cerca a Chaparral,” (Molano, 1966, p. 37) en los años 40 inició un proceso de inversión y adquisición de tierras en los Llanos orientales. Compró la Hacienda o Hato Candilejas cerca de San Martín llevando allí sus ganados y peones desde Chaparral”, naturalmente esos peones, al igual que la familia, eran liberales, aunque por motivos diferentes; pues si bien los Rocha lo eran por tradición sus peones por solidaridad y lealtad con sus patrones y para conservar sus trabajos. Su nivel cultural era muy bajo y solamente entendían que tenían que acompañarlos. En muchos casos rencillas que persistían de la Guerra de los Mil Días eran la motivación liberal. Entre la peonada de los Rochas, un joven Plinio Murillo era nieto del guerrillero liberal, Tulio Varón, “un arrojado combatiente liberal líder del sur del Tolima que murió atacando a la ciudad de Ibagué en 1901, se transformó en el “capitán Veneno” lugarteniente de Guadalupe Salcedo” (Molano, 1.966, p. 37).

Otros hatos importantes como Yacuana inicialmente conocida como el Buque, con 22.000 hectáreas en cercanías de Puerto López (Meta), fue adjudicada a Clímaco Manrique y Lorenzo Codazzi de acuerdo con lo establecido en ley 48 de 1.882 (García, 2003, p. 143) y luego de una serie de repartos de herencia transformada en otras menores en las cuales naturalmente los peones eran liberales. Así fueron prosperando hatos en diferentes partes del Llano, unos por compra o herencia, otros por adjudicaciones de baldíos y otros por “fundación” por parte de personas venidas de diferentes partes del país.

Por lo general los propios llaneros, nacidos de la mezcla entre colonos e indígenas tenían tendencia a desplazarse hacia el centro del llano en tanto los hacendados buscaban quedar cerca de un polo de desarrollo o al menos a alguna vía de comunicación, aunque la aviación representada en pequeños aparatos cambió los términos de la ecuación y los dueños de hatos pudieron llegar a las partes más remotas de la llanura en donde casi siempre era fácil construir una pista de aterrizaje adecua-

da. Por ejemplo, en Orocué (Casanare), se construyó una de magníficas especificaciones y así también en muchos hatos antaño muy difíciles de acceder dadas las malas condiciones de trochas y caminos en especial durante la temporada del invierno de la planicie. Los llaneros rasos en la mayoría de los casos poseían los mínimos de supervivencia y por ello se empleaban en los hatos en diferentes labores. De esta manera terminaban como subalternos de los hacendados verdaderos jefes políticos locales muy influyentes y en una inmensa mayoría liberales. Así se constituyeron las primeras guerrillas de ese partido a finales de 1948.

En la región oriental abundaban los colonos que habían venido del interior del país muchos de ellos después de finalizada la “guerra de los mil días”. Por lo general se trataba de miembros del bando perdedor (liberal) que buscaban refugio e iniciar una nueva vida. En sector de Tame (Arauca), el generalísimo José Vargas Santos jefe y comandante de los ejércitos liberales durante esa guerra y en la de 1895 a quien según la leyenda los campesinos llaneros saludaban “adiós general Vargas corazón bueno” y sus copartidarios llamaban el “gran viejo” tenía sus propiedades entre ellas un inmenso hato ganadero. Con sus peones y otros individuos organizó un “ejército” que se unió a los de los generales Rafael Uribe y Benjamín Herrera para conformar el “gran Ejército Liberal” que fue derrotado en la batalla de Palonegro (Santander) el 26 de mayo de 1900.

Muchos de esos soldados regresaron al Llano y se establecieron en pequeñas parcelas en diferentes regiones de la Orinoquia y en parte fueron quienes dieron fuerza a la tradición liberal de los Llanos Orientales. Así los peones, armados y en oportunidades liderados por sus patronos se lanzaron a una lucha que identificaban con la que sus mayores habían desarrollado con los “grandes caudillos liberales” en contra de los “despreciables” conservadores.

Las elecciones

Luego de la independencia se trató por parte de los libertadores de imponer un sistema muy similar al de los Estados Unidos. Como sociedad

de hombres libres, uno de los más importantes instrumentos debía ser las elecciones. Los primeros comicios presidenciales con participación universal se desarrollaron en 1856. Anteriormente era el congreso quien elegía al presidente de la República través de delegados de los Estados, copia fiel de la democracia americana. En esa primera elección resultó ganador el conservador Mariano Ospina Pérez y además fueron electos el vicepresidente, los senadores, gobernadores, magistrados de la Corte Suprema y Procurador. Sin embargo, la elección no fue tan universal. Fueron excluidos quienes no estuvieran casados los analfabetas, las mujeres y quienes no pudieran probar que poseían propiedades de acuerdo con la constitución de 1853.

Pero las continuas guerras civiles, cambios de constitución y forma de Estado en especial a partir de 1863 con el federalismo y el posterior regreso al centralismo con la constitución de 1886 impidieron que el proceso fuera realmente ordenado dentro de una verdadera lógica republicana. Lo que en unas constituciones era permitido en otras era absolutamente en contra de la ley. Ello radicalizaba a los partidos pues se constituían en polos opuestos. Por ejemplo “La cuasi-teocrática, constitución de 1886 era vigorosamente centralista y resueltamente autoritaria, en diametral oposición a lo que había sido la anterior 1863, laica, federalista y libertaria” (redacción Revista, 2010, p. 1). En el caso de la religión los legisladores de 1886 determinaron que la religión católica sería la religión oficial de Colombia en tanto que los de la de 1863 la ignoraron y dieron lugar a que surgiera un sentimiento anticlerical. La elección indirecta del presidente de la República a través de los delegados de los estados y las asambleas electorales estuvo vigente hasta 1910 (Registraduría, 2010, p. 1) cuando nuevamente se optó por elección universal. Tales extremos como es lógico despertaban sentimientos de odio entre los partidos pues los dirigentes de las colectividades lejos de inculcar ideas democráticas y tolerantes a sus seguidores les infundían una profunda pasión sectaria que validaba cualquier método para ganar al opositor que ya se veía más como un enemigo mortal, pese a la gran ilustración de personajes como Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe etc. Quizás como muchas veces se ha dicho no lograron entender lo que sus encendidos

discursos levantaban entre sus seguidores evidentemente con menor ilustración. De ahí que un recurso siempre fue la violencia. En la elección de Rafael Núñez en 1874 sus seguidores en los departamentos de la costa gritaban “Núñez o la guerra” (Redaccion Revista, 2010).

Como consecuencia, las elecciones adquirieron una importancia que quizás iba más allá del campo político, pues estaban en juego grandes intereses económicos y de otro orden como consecuencia de la “politización de la sociedad” es decir la unión de la clase política con la clase social lo que normalmente se llama la exclusión política y social de quienes no pertenecen a ese círculo de poder. Ganar las elecciones a toda costa se constituyó en una obligación. Se atribuye a Miguel Antonio Caro la frase “el que escruta elije” y más recientemente a Jorge Eliecer Gaitán “el pueblo vota hasta las 4 de la tarde. De ahí en adelante la Registraduría” (Brieva, 2000, p. 12), tal vez esto influyó en el imaginario de los ciudadanos en la conformación de la idea del “fraude” cuando se pierden las elecciones dejando como único recurso la acción violenta.

Otra manera de imponerse en las elecciones era excluyendo a los candidatos del partido opuesto mediante actos de hostilidad o violencia previo a la realización de los comicios. Durante la campaña política para las elecciones de 1948, un hermano del dirigente liberal Darío Echandía que participaba con él en una manifestación en el centro de Bogotá fue asesinado en un confuso incidente. Naturalmente se retiró de la contienda electoral y su rival conservador Laureano Gómez como único candidato ganó las elecciones presidenciales de ese año.

Para poder participar en las elecciones era necesario estar inscrito en una lista que se denomina el “Registro Electoral” práctica que aún se mantiene pues es absolutamente indispensable para poder participar de manera organizada en la elección en sí. Para ello en la fecha determinada por la autoridad electoral, los ciudadanos debían inscribirse de tal forma que pudieran ser distribuidos en lugares y mesas de votación y al presentarse a votar el día señalado, tuvieran certeza de en donde hacerlo.

Este simple procedimiento empezó a ser utilizado en algunas partes para detectar con anticipación quienes eran liberales o conservadores y de alguna manera evitar que votaran. En sí el proceso es secreto —es

decir no se está obligado, en el momento de la inscripción de declarar filiación política— pero en los pueblos de Colombia antes del estallido de la Violencia, era algo muy fácil de saber pues los campesinos eran identificados por su lugar de procedencia. Por ejemplo, campesinos procedentes de determinadas veredas del oriente de Cundinamarca que se inscribían para votar en la cabecera municipal, eran inmediatamente identificados como conservadores. Con base a los resultados de los comicios anteriores se tenía una estadística de votos por partido y al identificarse la filiación de quienes se inscribían se podía calcular su potencial. La siguiente acción era cambiar ese potencial y alterar el registro electoral, impidiendo que se registraran o en el más extremo de los casos asesinandolos tal como sucedió en algunos lugares de la geografía nacional (Universidad Sergio Arboleda, 2015, p. 13). Una de las causas de tales atropellos era la presencia de veteranos de la Guerra de los Mil Días en empleos públicos en departamentos y municipios, para muchos de los cuales la guerra nunca acabó y vieron en sus antiguos enemigos de los campos de batalla, una amenaza permanente a la cual había que neutralizar al precio que fuera. Tal vez también este fenómeno pueda explicar en parte la desconexión entre sofisticados dirigentes políticos y sus nada ilustrados seguidores.

Los resultados en las diferentes elecciones habían determinado etapas de la vida nacional. A partir de 1863 y hasta 1886 se estableció lo que se ha denominado el Olimpo Radica:

En este corto período, de escasos dieciséis años, fueron presidentes de los Estados Unidos de Colombia —nombre que recibió el país en la Constitución de Rionegro— los radicales Manuel Murillo Toro —dos veces—, Santiago Acosta Castillo, Santos Gutiérrez Prieto, Eustorgio Salgar, Santiago Pérez de Manos Albas, Aquileo Parra Gómez y Julián Trujillo Largacha [...] sin embargo, la historia ha comprobado que fue en el extenso reino de la ilimitada libertad donde el radicalismo cometió sus mayores errores. En particular, la implantación de un sistema federal que fragmentó la unidad nacional e instauró la

vigencia de nueve estados soberanos, cada cual más poderoso en armas y en rentas que el poder central. (Daniels, 2017, p. 3)

Como es natural la reacción conservadora no se hizo esperar y en las siguientes elecciones, los conservadores unidos con un liberal moderado Rafael Núñez, volvieron a salir triunfantes. En esa oportunidad ganaron las elecciones de 1884 (segunda elección Núñez fue elegido 3 veces) con una ventaja de 3 votos sobre Solón Wilches quien solo obtuvo 3 de los 9 votos que correspondía a los 9 estados soberanos en tanto Núñez obtuvo 6. Era una elección a través de las Asambleas electorales en donde cada estado podía enviar un delegado para que votara. Previamente esos delegados habían sido electos en su estado y allí era en donde se presentaba el problema. Los estados que tenían una orientación definida liberal o conservadora ajustaban sus elecciones para que no pudieran ser elegidos sino los que representaban la tendencia de ese estado. Si por ejemplo el estado era de tradición conservadora como Antioquia el voto debía ser por un representante conservador y no podía ganar un liberal. Esa práctica continuó y cuando se cambió nuevamente a sufragio universal los gobernadores de los departamentos (reemplazaron a los estados en la constitución de 1886) en época de elecciones, se concentraban en el censo electoral para evitar que el partido rival pudiera en un momento dado ganar las elecciones. El mecanismo era controlar el proceso de inscripción electoral es decir controlar el censo electoral, que a la postre como se verá más adelante fue el verdadero detonante de la violencia.

La política en los Llanos

La trama política que sucedía en el resto de Colombia era imperceptible en toda la región de la Orinoquia hasta después de 1940. Hasta 1936, más allá de Cáqueza (Cundinamarca) no existía carretera que conectara a esa región y naturalmente el Llano estaba aislado de Colombia. En 1840 un grupo de habitantes de Fosca y Quetame (Cundinamarca) animados por el progreso de la industria bovina bajaron de la cordillera

hacia los predios de la antigua Hacienda o Hato Apiay y fundaron un poblado que bautizaron Gramalote a la orilla del caño del mismo nombre y en 1850 le cambiaron por Villavicencio. Para la época ya existía comercio de ganado hacia Bogotá, pero se realizaba por una trocha que salía de San Martín (Meta) y atravesaba la cordillera oriental. El camino directo a pie entre Villavicencio y Bogotá se recorría en más de 3 días con inmensas dificultades. Por tal razón mientras en el resto de Colombia se sucedían los acontecimientos políticos de todo tipo, Villavicencio y el Llano se encontraban aislados y por ende no participaban de ellos. Durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) se impulsó la apertura de la vía carretable y con mano de obra de presos de las cárceles de Bogotá y Villavicencio y aportes de la ciudadanía finalmente la obra fue inaugurada en 1936.

El tiempo de recorrido inicialmente era superior a las 4 horas. En esos días también se inició la navegación por el río Meta utilizando pequeños vapores que impulsaron el comercio. Así fue conformándose un tejido social y político un tanto disparejo y concentrado alrededor de Villavicencio, como primer polo de desarrollo regional. Administrativamente el Llano estaba dividido de acuerdo con su grado de desarrollo en Intendencia Nacional del Meta, comisarias especiales de Arauca y Vichada y la Provincia boyacense del Casanare. (Andrade, 2009, p. 8) pero dadas las inmensas distancias y pocas vías de comunicación, la actividad principal estaba concentrada en la más importante ciudad del Llano, Villavicencio.

En las llanuras, lejos de Villavicencio el conglomerado social se había estructurado con los hacendados a la cabeza dado su poder económico y social. Un grupo de ellos que habitaba en las capitales de departamentos vecinos o en el propio Bogotá eran quienes realmente ejercían el mayor control de la zona. Su capacidad financiera era más que evidente, su riqueza notable y actuaban como auténticos “padrinos”. Permanecían casi todo el año dedicados a otros negocios o actividades en sus residencias en las ciudades y 1 o 2 veces al año viajaban al Hato a verificar su funcionamiento, a inspeccionar el ganado y a pagar a sus empleados. Los sueldos eran mínimos y por lo general ya estaban comprometidos

en anticipos necesarios para que sus familias pudieran subsistir hasta que el “patrón” viniera a arreglar cuentas una vez más. (Esquivel, 2002, p. 68) Así el nuevo ciclo empezaba con saldo en rojo para el trabajador. Esta clase dominante también se había establecido en Villavicencio en donde de acuerdo con un estudio de la universidad de los Llanos “se dio unas particulares formas de Violencia y ejercicio de la política regional caracterizada por: debilidad estatal, control político de una élite local, lucha por el poder local y exclusión de los sectores populares” (Gómez, 2011, p. 2). Al lado de los hacendados florecieron los comerciantes que surtían las áreas rurales y algunos graduados de universidades de Bogotá que en esa época constituían la elite de la sociedad local. “Otros eran dueños de grandes extensiones de tierra en el Llano, o se destacaban por haber hecho estudios de nivel profesional en Bogotá, como el primer médico de la ciudad, Jorge Sabogal” (Gómez, 2011, p. 2). Esta élite dividida entre liberales y conservadores controlaba la vida no solo de la ciudad sino de la Orinoquía. Los liberales desde 1930 dominaban y al igual que en otras regiones del país habían cometido abusos e inclusive se hablaba de “corrupción” fenómeno que en su totalidad se denominó “la vieja violencia” (Gómez, 2011, p. 80), es decir persecución de liberales contra conservadores. Los conservadores llaneros luego de 1946 (tras la elección de Mariano Ospina), desconocieron la autoridad del intendente liberal Manuel Castellanos y realizaban actos agresivos en su contra, hasta lograr su destitución por el gobierno nacional y reemplazo por Enrique González conservador; así como también del alcalde liberal Tulio Rengifo por Pardo Calderón igualmente conservador algo que causó gran resentimiento entre los liberales.

Siguiendo en sentido descendente en la pirámide sociopolítica del Llano estaban los hacendados locales muchos de ellos adjudicatarios y quienes permanecían todo el año en su hato. Su influencia sobre los “peones” era mayor de hecho algunos de ellos los lideraron el estallar la rebelión. Su fortuna no era tan considerable, pero en el ambiente del Llano era respetable.

En el último, lugar de la pirámide estaban los propios llaneros, en su mayoría mezcla de indígenas y colonos, excluidos de los juegos políticos,

ignorantes de las componendas de partido, pero fieles a su “patrón” y fáciles de manipular. Serían más tarde los soldados de la rebelión.

La división liberal de entre gaitanistas y turbayistas (seguidores de Gabriel Turbay) en 1946 permitió el triunfo en las elecciones presidenciales de ese año de un conservador moderado, Mariano Ospina Pérez quien también triunfo en Villavicencio. Sin embargo, en las elecciones regionales y locales de 1947 triunfaron los liberales en el Meta y obtuvieron la mayoría en el consejo municipal y asamblea pues no tenían representación en el congreso por no ser un departamento. Hubo gran influencia del “gaitanismo” que había penetrado al departamento y dominaba sindicatos muy fuertes como el de la “Shell” y que fue adquiriendo mayoría inclusive sobre el oficialismo liberal. A su vez ello se fue enquistando en las áreas rurales en donde en medio de la pobreza y los bajos sueldos en las haciendas, la voz del líder popular ilusionaba. Los discursos de Gaitán eran directos, populistas fáciles de entender a diferencia de la oratoria santanderista y enredada de los políticos tradicionales que en definitiva no eran ni entendidos ni escuchados. Gaitán “Responsabilizó a los jefes conservadores de los grandes males nacionales, afirmando que no tenían límite en su interés por lograr las prebendas del poder y los puestos de influencia” (Gómez, 2011, p. 86).

CAPÍTULO 5.

EL ESTALLIDO

La vieja violencia

La intolerancia de liberales y conservadores, inculcada desde el siglo XIX nunca pudo ser superada, ni por los dirigentes pese a su hipócrita convivencia, ni por sus seguidores. Finalizada la Guerra de los Mil Días el bando vencedor, el conservador, continuó con el control político del país manteniendo su hegemonía hasta 1930. Rafael Reyes electo en 1904 asumió la presidencia luego de unos comicios en los cuales los liberales no participaron como consecuencia de su derrota en la guerra. Trató de implementar su célebre frase “más administración menos política” pero al final tuvo que renunciar, luego de haber clausurado el congreso que con absurda necedad bloqueaba sus esfuerzos por recuperar al país de los efectos de la Guerra de los Mil Días (Ramsey, 1981, p. 75). Infortunadamente trató de prolongar su presidencia a través de una Asamblea Nacional y esto le costó su salida.

Sin embargo, Rafael Reyes es recordado como un hombre progresista; pero lo más importante es que durante esa época Colombia tuvo paz que se ha denominado “la paz conservadora” (Correa, 2019, p. 97) basada en autoridad, centralismo y asistencialismo. Tal situación se mantuvo hasta el final de la segunda década del siglo XX cuando las huelgas de

trabajadores en los yacimientos petroleros de Barranca, los braceros de la Dorada y la denominada huelga de las bananeras afectaron el orden público nacional. En especial la última de ellas causó gran conmoción dado el trágico final que tuvo entre 5 y 6 de diciembre de 1928. Ese día tropas del Ejército Nacional comandadas por el general Carlos Cortes Vargas hicieron frente a una inmensa multitud en la plaza de Ciénaga (Magdalena) causando un número de muertos que nunca se ha podido establecer. Gabriel García Márquez según su propia confesión, con la idea de adornar su libro *Cien años de Soledad* exageró y causó una gran confusión:

No quedó muy claro nada, pero el número de muertos debió ser bastante reducido. Lo que pasa es que 3 o 5 muertos en las circunstancias de ese país, en ese momento debió ser realmente una gran catástrofe y para mí fue un problema porque cuando me encontré que no era realmente una matanza espectacular en un libro donde todo era tan descomunal como en *Cien años de soledad*, donde quería llenar un ferrocarril completo de muertos, no podía ajustarme a la realidad histórica. Decir que todo aquello sucedió para 3 o 7 muertos, o 17 muertos... no alcanzaba a llenar ni un vagón. Entonces decidí que fueran 3.000 “ (Colombia informa, 2015, p. 2).

Este nefasto acontecimiento, además de los efectos de la gran depresión mundial sobre la economía colombiana fueron el principio del fin de la hegemonía conservadora, representada en ese momento por el presidente Miguel Abadía Méndez. En las elecciones de 1930 triunfaron los liberales a través de su candidato Enrique Olaya Herrera como producto de un liberalismo unificado en contra de un conservatismo dividido entre Alfredo Vásquez Cobo y Guillermo Valencia. (Ramsey, 1981, p. 87)

Las elecciones en sí fueron pacíficas, pero en medio de gran agitación haciendo necesaria la presencia del Ejército “que demostró ser demasiado reducido, pobremente equipado e ineficazmente entrenado para la difícil tarea de mantener el orden interno” (Ramsey, 1981, p. 88). Las ambiciones de los pequeños caudillos locales que soñaban con sus botines burocráticos aún eran causa de hostilidad en los pueblos y caseríos. Ese fue también el final de la “paz conservadora” si bien la tran-

sición y entrega de puestos y empleos fue extremadamente pacífica. Ello fue tan solo una ilusión pasajera pues “en ese 1930 retornó la violencia política al país la que con sucesivas metamorfosis se prolongó durante casi cien años y trascendió por ende hasta bien entrado el siglo XXI” (Correa, 2019, p. 97).

El primer paso en su generación fue la retoma del poder electoral por los liberales y para ello despidieron de todo cargo público a los gamonales y caciques conservadores. Una vez asumido, los jefes regionales planearon primero que todo con sus partidarios, aspectos como el control del censo electoral y la manera de tornarlo favorable. En segundo lugar, la captación de dirigentes a nivel nacional y fracciones del Ejército, como se verá más adelante y apuntaron a una división interna. El tercero la liberalización de la Policía que no era aún nacional, “y que participó en actos políticos de represión colectiva” (Ramsey, 1981, p. 88). Todo ello preparó el terreno para lo que sucedió a continuación que fue la explosión regional de actos violentos en especial en los departamentos de Boyacá, Norte de Santander y Santander. Como fecha de partida se tomó el 29 de diciembre de 1930 “en Capitanejo provincia de García Rovira (Santander) se presentó una masacre de conservadores a manos liberales; ese fue el detonante del conflicto en la región y que marcó el reinicio de la violencia partidista” (Villamizar, 2018, p. 126).

Ese día liberales enceguecidos de poder al observar a un grupo de campesinos procedentes de veredas cercanas que luego de asistir a misa se disponía a inscribirse para las próximas elecciones los increparon gritándoles “Godos miserables, somos nosotros ahora quienes estamos en el poder” y a continuación los cercaron en la plaza principal del pueblo utilizando la Policía municipal para atacarlos a tiros “doce conservadores fallecieron y un número igual de personas resultó herida. Nunca antes en 45 años de hegemonía conservadora había sucedido algo similar” (Correa, 2019, p. 110).

La investigación estuvo a cargo de los policías municipales que causaron la tragedia; naturalmente nunca se esclareció nada. De ahí la frase del temible caudillo conservador Laureano Gómez quien años más tarde propiciaría la persecución contra los liberales “En Capitanejo nació la

violencia y en Capitanejo nació la impunidad” (Correa, 2019, p. 111). La “purga” contra los conservadores no paró ahí; en vísperas de la elecciones regionales de 1931 fueron atacados en Medellín por turbas liberales, los periódicos conservadores de la ciudad, en Manizales fue encarcelado injustamente por la Policía municipal el dirigente conservador Gilberto Alzate Avendaño (posteriormente sería un fiero contradictor de los liberales en el gobierno conservador y torpedearía su participación en gobiernos de Unidad Nacional) en el Tolima los conservadores fueron obligados a retirarse de las elecciones bajo amenaza. En febrero de 1931 en Guaca (Santander), la Policía declarada definitivamente liberal detuvo dos dirigentes conservadores que habían formado parte de la administración municipal anterior. En este estado un fanático liberal los asesinó sin que los agentes hicieran nada para impedirlo como tampoco lo hizo el alcalde Florentino Rincón. Al día siguiente otra turba liberal apedreó las casas de los conservadores del pueblo y cuando intentaron defenderse muchos de ellos fueron asesinados a bala (Ramsey, 1981, p. 88).

Los conservadores organizaron grupos de autodefensa (igual que las posteriores autodefensas liberales y comunistas). “El gobierno respondió organizando una especie de milicia partidista a la que le dio el nombre de Guarida Civil Liberal al frente de la cual se colocó al general liberal Juan B Castaño antiguo dirigente liberal de la guerra de los mil días” (Casas, 1987, p. 89). Se trató sin duda del primer grupo paramilitar en Colombia pues sus funciones eran muy claras “Ese cuerpo armado no solo fue lanzado contra los conservadores violentos, sino que se utilizó también para agredir y reprimir las manifestaciones populares que pedían al gobierno liberal el cumplimiento de sus promesas” (Casas, 1987, p. 90). Como es apenas lógico la situación empeoró considerable y angustiosamente. “Verdaderos fusilamientos en masas de campesinos se sucedieron en diferentes comarcas colombianas. Las propiedades abandonadas eran ocupadas por feroces tiranuelos o compradas irrisoriamente bajo amenaza de muerte” (Correa, 2019, p. 112). El clero también fue víctima de terribles atropellos por parte de las autoridades liberales “Muchas Iglesias, e imprentas católicas fueron incendiadas y destruidas” (Correa, 2019, p. 112). Un dirigente liberal, Max Grillo, resumió esta

nefasta etapa de la vida colombiana “Apenas transcurre un día sin que los periódicos den cuenta de un crimen horrendo. Lo más doloroso es que la sociedad parece haberse familiarizado con la producción en serie del crimen” (Correa, 2019, p. 112).

De mal en peor

En la medida que pasaba el tiempo, la situación lejos de mejorar empeoraba cada vez más. Los jefes regionales del liberalismo, en especial determinados gobernadores oficializaban la persecución en contra de sus adversarios conservadores. Uno de los factores que más incidía en este comportamiento abusivo era que la Policía municipal ya se había tornado en fanáticamente liberal. Pensaban sus agentes que, al cumplir las órdenes de los funcionarios políticos sin siquiera considerar las consecuencias de su actuación, estaban actuando en beneficio del gobierno y quizás por ende del bien común. En realidad, la calidad humana de los miembros de esa institución dejaba mucho que desear “A la Policía Nacional y las guardias departamentales ingresaron delincuentes y maleantes reconocidos” (Correa, 2019, p. 112). Incidentes en diferentes regiones del país en las cuales la Policía permanecía indiferente ante los abusos de los liberales, confirmaban su escasa preparación profesional y la ausencia absoluta de toda ética o al menos parámetros morales de conducta. En Lórica (Córdoba) el alcalde liberal ordenó hostigar a los conservadores, con la anuencia de la Policía que permanecía indiferente mientras estos eran maltratados y perseguidos. En un momento dado reaccionaron y causaron la muerte a 4 de sus atacantes. (Ramsey, 1981, p. 90), el Ejército tuvo que ser convocado para calmar la situación y retornar a la normalidad. Russel Ramsey investigador norteamericano y analista de la Violencia en Colombia, compara esta etapa con la generada en los estados de Virginia y Kentucky en Estados Unidos entre 1863 y 1819 cuando dos familias los Hatfield y los McCoy se enfrentaron a muerte. Ambas familias fueron casi exterminadas en la lucha, pero no existía un motivo real aparte de sospechas sobre un asesinato para que esto

sucediera. Tanto unos como otros eran pobres, iletrados, enclaustrados dentro del aislamiento geográfico de la montaña y guiados por jefes de familia irracionales y fanáticos. (Ramsey, 1981, p. 88)

Alejandro Galviz Galviz, gobernador de Santander y Plinio Mendoza Neira de Boyacá en esa época, parecerían estar cumpliendo una labor similar a la de los jefes de las familias norteamericanas analizadas, pues “de manera irracional con más celo del que era menester se dedicaron a implantar a sangre y fuego las mayorías liberales en sus departamentos” (Correa, 2019, p. 115). Su labor fue nefasta y sus consecuencias se verían más adelante cuando los conservadores recuperaran el poder.

Lo peor era que se utilizaba a la Policía para ejecutar las acciones y se intentaba hacer lo mismo con el Ejército, con todo el propósito de politizar sus cuadros algo contrario al espíritu de la reforma militar llevada a cabo por el presidente Rafael Reyes. La funesta acción de estos personajes y sus áulicos dio inicio a un fenómeno social que afectaría no solo a Colombia sino también a Venezuela, como fue el inicio de una inmensa migración de perseguidos políticos conservadores tratando de salvar sus vidas. Al huir dejaban atrás sus hogares, muchos de ellos destruidos y desolados y colocaban sus vidas en manos del destino. Varios municipios quedaron prácticamente vacíos cuando sus pobladores despavoridos emprendieron el camino al exilio. Según Hernando Correa Pedraza, investigador de la universidad Sergio Arboleda de Bogotá, municipios como “Arboledas, Cucutilla, Mutiscúa, Chinácota, Rosario, Ragonvalia, Pamplonita y Gramalote quedaron desolados. De sus habitantes los que no murieron huyeron hacia Venezuela y sus casas quedaron convertidas en ruinas” (Correa, 2019, p. 116).

La lucha no solo se libraba en los campos sino también en las ciudades a través de los periódicos en manos de los dirigentes de ambos partidos. Continuamente se agredían, insultaban y se responsabilizaban mutuamente de la violencia y de todo lo que pasaba en la región. Ello fue como un tipo de adelanto para lo que más tarde harían algunas estaciones de radio el 9 de abril de 1948 en Bogotá, cuando en manos de dirigentes políticos extremistas arengaban irresponsablemente a sus

seguidores contribuyendo a que el número de muertos que ese día hubo en la capital fuera tan alto.

Desde su periódico, Vanguardia Liberal de Bucaramanga el gobernador de Santander Alejandro Galvis Galvis responsabilizaba a los conservadores de la caótica situación que se vivía en su jurisdicción. Ello era refutado por Manuel Serrano Blanco, quien en el periódico de su propiedad:

El Deber de la misma ciudad, rechazaba estas sindicaciones y arremetía contra la Policía liberal, afirmando por el contrario que los liberales eran los responsables de los numerosos asesinatos que ocurrían por motivos políticos en el departamento. Una muchedumbre liberal enfurecida, atacó e incendió el periódico. (Correa, 2019, p. 116)

Los crímenes y enfrentamientos no cesaban. Cada asesinato tenía una retaliación. Un temeroso sacerdote de Guaca (Santander) informaba que “luego del asesinato de 14 conservadores, los habitantes de San Andrés (Santander) pueblo habitado por liberales, que estimaba en miles están armados y solamente esperan el momento de derribar al gobierno”. Otro crimen que aterrorizó a la región de Chiquinquirá (Boyacá) fue el de Supelano Medina dirigente conservador abaleado y muerto muy cerca de su propia vivienda (Correa, 2019, p. 116). En octubre de 1936 “se presentaron incidentes en Pensilvania (Caldas) en los que la policía disparó contra manifestantes conservadores con el resultado de seis muertos” (Villamizar, 2018, p. 131).

Lo que se estaba viviendo en los tres departamentos era un verdadero genocidio, con algunas características similares, aunque en menor proporción de lo que sucedió en Rwanda en 1994 cuando el enfrentamiento entre las tribus Hutus y Tutsis causó más de un millón de muertos por razones étnicas. No se trató de una guerra civil propiamente, sino de crímenes colectivos y retaliaciones muy similares a lo que ocurrió en el oriente de Colombia a partir de 1930.

La instrumentación de la violencia como arma política en el caso de Boyacá y los Santanderes tuvo un objetivo concreto, cambiar el censo

electoral y por ende alterar el resultado de las elecciones a favor del partido liberal. Eso era el producto de lo que habían sembrado a lo largo de los años los dirigentes de las colectividades políticas, ganar sin importar los medios que se utilizaran. No era exclusividad de los liberales, pues los conservadores también lo utilizaron cuando regresaron al poder años más tarde. Así se explica en parte, el asesinato de campesinos que fieles a su partido votaban inocentemente a su favor y con ello sellaban su propia sentencia de muerte. Eduardo Fonseca Galán uno de los líderes de las guerrillas de los Llanos después de 1948 explica su adhesión a la lucha armada como la consecuencia del asesinato de su hermano mayor, Carlos Julio a manos de la Policía que para la época era conservadora (Fonseca, 1987, p. 36). Este crimen buscaba intimidar a su familia liberal y obligarla a abandonar el pueblo en donde residían, en este caso Tuta (Boyacá) para “conservatizarlo” y ganar las elecciones.

Un caso especial

La historia de la Violencia en Colombia está plagada de narraciones espeluznantes, de personajes sombríos y crueldades sin par. Pese a todo ello hay un nombre que cuando se menciona evoca los días más siniestros y las acciones más tenebrosas de esa oscura etapa de la historia de Colombia. Se trata de los tristemente recordados “chulavitas”, habitantes de la vereda Chulavita, municipio de Boavita departamento de Boyacá muchos de los cuales se enrolaron en la Policía durante esta época.

La presencia casi permanente de chulos o samuros en las montañas que la rodean le dan el nombre con que se conoce. Sus habitantes han sido tradicionalmente conservadores, agricultores dedicados al cultivo de trigo, cebada, cebollas y otros productos que venden en Bogotá. Son fervientemente católicos y de costumbres tradicionales. Está situada en medio otras poblaciones como el Cocuy y Tipacoque fanáticamente liberales. Como es apenas lógico, sus dirigentes hostilizaban permanentemente a los de Chulavita y con frecuencia los hostigaban e impedían el tránsito por

sus predios, perjudicándolos notoriamente pues por allí debían pasar para poder vender sus productos agrícolas (Cardona, 2012 , p. 1).

El gobernador de Boyacá, Plinio Mendoza Neira, como muchos de sus colegas consideraba que su principal obligación era liberalizar el departamento, y para ello debía transformar a los campesinos conservadores. Se dio a la tarea de destituir alcaldes conservadores entre ellos el de Boavita, la cabecera municipal de Chulavita y reemplazarlos por otros de filiación liberal que pudieran instaurar esta “ideología” entre sus habitantes, esto significó un cambio total en la situación de los “chulavitas” pues ya no se trataba de defenderse de sus vecinos del Cocuy y Tipacoque, sino de su propio mandatario, algo que consideraban insólito. Según el investigador Hernando Correa “una de las medidas que se le ocurrió al alcalde fue quemar las despensas de Chulavita” (Correa, 2019, p. 119). Era precisamente allí en donde residía la prosperidad de la vereda y su esperanza para el futuro, quemarlas era acabar con él. La siguiente medida del burgomaestre también muy drástica; para evitar inscripciones en el registro electoral “a cualquier campesino que se le ocurriera bajar a Boavita, lo azotaban inmisericordemente, lo lavaban públicamente en la pila municipal y así lo devolvían inmediatamente a su vereda” (Correa, 2019, p. 119). En realidad, era una tremenda humillación. Estos atropellos y otros similares se tornaron recurrentes y poco a poco tanto abuso fue copando la paciencia de los “chulavitas” que veían a su cabecera municipal en Boavita como un territorio ocupado por el enemigo y procuraban no acercarse a él.

Los chulavitas descendientes de las tribus indígenas de la región eran aparentemente pasivos, pero conservaban muchas de las características de sus ancestros y eran también “valientes pero muy zorros”. En un momento dado decidieron castigar a sus atormentadores y sin previo aviso una día cercaron su cabecera municipal, Boavita, prendieron fuego a la cárcel, atacaron a la Policía integrada por tipacoqueños y los obligaron a huir. La dinámica de este conflicto conlleva por cada acto que se comete una represalia por lo general más cruel que el acto inicial, por ello los tipacoqueños al enterarse se armaron y decidieron atacar a Chulavita y cobrar justicia, pero sus habitantes se anticiparon y ocuparon posiciones

no en su vereda sino en el propio Boavita, de modo que cuando los atacantes procedentes de Tipacoque se aproximaban fueron sorprendidos por los chulavitas que les causaron varios y muertos y los obligaron a huir sin haber podido llevar cabo su venganza (Correa, 2019, p. 119).

La violencia entre estas veredas se trasladó a Soatá otra cabecera municipal del departamento de Boyacá en donde los asesinatos eran el pan de cada día, así como los ataques contra la iglesia del pueblo y esa actitud amenazaba con extenderse a toda Colombia.

Los “chulavitas” no se sintieron seguros y “como consecuencia durante la República Liberal, que se extendió desde 1930 hasta 1946, muchos vecinos de Boavita, víctimas de las persecuciones liberales, abandonaron sus tierras para salvar la vida y emigraron a las zonas frías del Viejo Caldas y del Tolima, llevando consigo las larvas de la venganza, que ensangrentaron años después a Salamina y a la zona de Barragán en el Quindío” (Cardona, 2012, p. 1). El resentimiento y deseo de venganza que los chulavitas siempre tuvieron contra los liberales no solo salió a flote en las regiones antes mencionadas, sino que estuvo presente en todas aquellas áreas en las cuales actuaron cuando fueron reclutados por el gobierno conservador como policías del régimen en especial luego del 9 de abril de 1948 o simplemente actuando como civiles armados.

Las medidas de los gobernadores liberales fueron muy “efectivas” y lograron cambiar el censo electoral durante las elecciones para corporaciones de 1932 en donde por primera vez en casi 50 años ganaron los comicios, que desde luego no fueron en paz pues se presentaron 17 muertos y 60 heridos. Poblaciones tradicionalmente conservadoras repentinamente cambiaron de filiación como en Cundinamarca los municipios de Zipaquirá, Villeta, Viota, Fusagasugá, Nemocón y Pacho, en donde la violencia fue factor predominante.

RECONQUISTA Y REPRESIÓN

Régimen conservador

A pesar de contar con mayoría los liberales nuevamente perdieron las elecciones en 1946 pero no por culpa del censo electoral. Sus dos principales caudillos Jorge Eliecer Gaitán y Gabriel Turbay dividieron al partido y lo hicieron vulnerable a la unidad conservadora representada por Mariano Ospina Pérez “un conservador moderado y contrario a la política de acción intrépida de Laureano Gómez” (Villanueva, 2011, p. 95). El nuevo mandatario recibió como legado un país azotado por la violencia partidista generada a partir de 1930 y que accidentalmente la invasión peruana a Leticia en 1932 ayudó a mitigar, pero que con el tiempo renacía en medio de un odio incomprensible entre ambos partidos. Prueba fehaciente eran las elecciones a las que la gente temía, pues con frecuencia eran pretexto para causar muerte y destrucción.

De ahí surgió la absurda costumbre o quizás necesidad de utilizar al Ejército para controlarlas, algo exótico en una auténtica democracia. Pero Ospina era un hombre bien intencionado, aunque perteneciente a la élite y con evidente desconexión con las clases populares. Estableció dos medias de orden político que en su concepto ayudarían a moderar los caldeos

ánimos, un gobierno que llamó de unidad nacional o “UN” en el cual los liberales recibían participación equitativa tanto en gobernaciones como alcaldías y “el gobierno cruzado” a través del cual se compartían las responsabilidades de la administración a nivel local y si por ejemplo un alcalde era conservador su colaborador más inmediato es decir el secretario de gobierno debía ser liberal (Villanueva, 2011, p. 95).

Pensando en la necesidad de elecciones verdaderamente transparentes.

Mediante la ley 89 del 16 de diciembre de 1948, se hizo la reforma electoral para Colombia; su objetivo fue la purificación de los métodos del sufragio en las elecciones. Se creó la Corte Electoral y las comisiones escrutadoras en los departamentos, intendencias, comisarías y municipios, complementada con la Registraduría Nacional del Estado Civil. (Arizmendi, 1989, p. 250)

Sus buenos propósitos fueron saboteados tanto por conservadores como por liberales y en pocos meses habían desaparecido. Laureano Gómez quien realmente era el jefe del partido conservador, tenía como único propósito la instauración definitiva de una república conservadora y pensaba que la UN era un simple recurso táctico, que no podía obstruir el auténtico propósito político. Otro dirigente conservador importante como Gilberto Alzate Avendaño (quien había sido injustamente encarcelado durante la República Liberal) también se opuso.

Los esfuerzos de Ospina Pérez en el sentido de lograr una convivencia armónica de los partidos que le permitiera adelantar una administración eficaz se verían continuamente socavados en varios frentes. Laureano Gómez, jefe del conservatismo, solo vio en la política de Unión Nacional una táctica electoral y propendió por el establecimiento de una fuerte hegemonía conservadora que permitiera el desmonte de dieciséis años de hegemonía liberal (República Liberal) también se opuso al proyecto unitario. (Reyes, 1989, p. 10)

La división del partido liberal conspiró también en contra del proyecto de Ospina. Presionado por su propios partidarios pensó que al nombrar en su gabinete seguidores de la fracción “turbayista” que eran moderados en lugar de “gaitanistas” a quienes consideraba extremistas, estaba haciendo un gobierno bipartidista, cuando en realidad lo que hacía era exacerbar aún más la división entre estas fracciones, llevando a los gaitanistas a unirse con socialistas y comunistas (Ramsey, 1981 p. 109).

Todo ello condujo al fracaso de su proyecto político de reconciliación y las rencillas y odios no solo continuaron, sino que se exacerbaban a pesar de que en 1947 hizo un nuevo intento incluyendo en esta oportunidad representaciones de los partidos y sus divisiones entre ellos el “gaitanismo”. De acuerdo con Orlando Villanueva, la labor de Gaitán en el congreso no fue eficiente. No logró hacer aprobar ninguno de sus proyectos de ley, lanzó acusaciones falsas en contra del gobierno a quien sindicó de introducir armas ilegalmente para utilizarlas contra el pueblo, por lo cual los liberales oficialistas lo acusaron de irresponsable. Además, su imagen se vio afectada pues como caudillo populista compartía con lo más rancio de la oligarquía que a su vez lo acusaba de tener nexos con los comunistas (Villanueva, 2011, p. 98). Gaitán se retiró del gobierno y así terminó la Unidad Nacional. Esta idea en realidad ya había sido utilizada en 1945 por Alberto Lleras Camargo luego del retiro del presidente Alfonso López Pumarejo y luego del intento de Ospina sirvió como antecedente para la figura que posteriormente se llamó el “Frente Nacional” en 1957.

Inexorablemente la violencia continuó su horrible recorrido en determinadas zonas del país. El fanatismo irracional de jefecillos de ambas fracciones que aspiraban al control local no solo político sino económico lo continuaba llevando a lo que Clausewitz llama “la violencia absoluta sin ningún control racional de los medios utilizados para obtener el objetivo político” (Wilson, 2012, p. 67).

La diferencia era que ahora esos jefecillos eran conservadores y estaban ansiosos de recuperar el terreno perdido en todos los campos. Peor aún estaban ávidos de venganza, sentimiento que había ido pasando de padres a hijos en tan corto período y que con frecuencia se entendía como un deber político luego de escuchar los incendiarios discursos de

algunos de sus jefes en especial de Laureano Gómez. Ello no había sido gratuito, pues los liberales habían procedido en iguales términos.

“En las homogéneas conservadoras poblaciones boyacenses de Boavita (cuna de los chulavitas) Güicán, La Uvita, Guacamaya y San Mateo los perseguidos conservadores comenzaron a acuartelarse y se dedicaron a soñar con el día en que pudieran vengarse de los odiados liberales. A este fortín se unieron los también perseguidos conservadores de la provincia santandereana de García Rovira. (Correa, 2019, p. 126)

Los funcionarios del nuevo gobierno conservador iniciaron con todas sus fuerzas a revertir las políticas impuestas por sus adversarios liberales en los decenios anteriores. Una de ellas fue “purificar” a la Policía el factor determinante en el control de las regiones que ahora se debían conservatizar. Los gobiernos de la “República Liberal” la habían moldeado a su favor en especial en las áreas rurales en donde se encontraban destacadas. “Los comandantes de tales destacamentos por lo general muy poco profesionales, eran elegidos por alcaldes o dirigentes políticos locales quienes a su vez tenían obligaciones con sus gobernadores” (Ramsey, 1981, p. 90). En 1936 un decreto (1715 del 18 de Julio) había dispuesto que el control de las diferentes Policías (municipales y departamentales), así como la Nacional debía quedar en el ministerio de Gobierno (hoy del Interior). De esta manera el control de las áreas rurales quedaba en absoluto poder del gobierno, pues su intención era nacionalizarla. Sin embargo, los conservadores rechazaban tal medida pues alegaban que el real propósito era no nacionalizarla, sino “liberalizarla” (Ramsey, 1981, p. 90). En realidad, ese efecto se había observado durante la “vieja violencia” en donde sus agentes se habían mostrado todo menos imparciales cuando se trataba de asuntos relacionados con población civil conservadora. Quizás ese fue uno de los peores daños que se hizo en contra de la seguridad pública pues politizar a una institución armada en medio de una situación de violencia partidista equivale a condenar a muerte al partido rival. Eso fue precisamente lo que también

entendieron los conservadores y especialmente en Boyacá en donde se inició la incorporación de jóvenes que se sabía eran conservadores fanáticos, pero de pocas cualidades morales e intelectuales y muchas veces con conocidas tendencias a la delincuencia.

Violencia otra vez

Los departamentos que habían sido afectados por la “Vieja Violencia” (liberal) lo fueron una vez más. En el departamento de Boyacá se complementó el reclutamiento de la Policía departamental, que no quedó totalmente bajo el control del ministerio de Gobierno, y con el nombre de División de Policía Boyacá, inició la contratación de un cuerpo de oficiales que era conservadores radicales. Al igual que en 1930 la misión de esa Policía departamental sería cambiar una vez más la conformación del censo electoral para conservatizarlo, en especial a lo que se refería a la región oriental aquella que limita con Llanos Orientales. Se sabía que una inmensa mayoría de sus habitantes habían sido “liberalizados” además que la cercanía de la Orinoquía influía poderosamente en ellos.

En su ciego afán por cumplir con dicha tarea, los gamonales conservadores no entendieron que estaban sentando las bases para la posterior insurrección llanera de 1949 pues tratando de protegerse de esta persecución algunos finqueros organizaron grupos de guerrilla que posteriormente se convertirían en los más agresivos, beligerantes y crueles.

Desde la gobernación se planeó cómo transformar nuevamente el censo electoral. “La mayoría de las poblaciones del occidente de Boyacá fueron sometidas a un proceso gradual en el que se atacaba a los liberales, vilipendiándolos, destituyéndolos de sus cargos y acosándolos a tal punto que terminaban por abandonar sus hogares” (Ramsey, 1981, p. 112).

La inmediata consecuencia fue el desplazamiento de más de 6.000 habitantes de esa región (Ramsey, 1981, p. 112) hacia las ciudades buscando preservar la vida, proteger a la familia y buscar una nueva forma de sobrevivir. Muchas de esos desplazados vinieron a engrosar los cinturones de miseria de las capitales en especial de Bogotá, en donde la

situación económica no era buena, así como tampoco la generación de empleo. Otro grupo se marchó con gran ilusión hacia Venezuela que en ese momento estaba llegando a uno de los picos de su producción de petróleo. Así se continuó con la desafortunada tradición del desplazamiento forzado en Colombia, que se había iniciado durante la “República Liberal” y que continuaría durante muchos años prolongándose hasta las primeras décadas nuevo siglo.

Esta cruzada conservadora estaba complementada con otra campaña que buscaba la restauración de la fe católica que los liberales habían tratado de destruir, desde sus primeros días. El general Tomás Cipriano de Mosquera lo había intentado en 1847, luego José Hilario López en 1850 con la expulsión de los Jesuitas. “políticos miembros del gobierno de José Hilario López le exigieron a éste la expulsión de la Compañía por estar conspirando contra el país” (Salcedo, 2004, p. 685), luego de que habían sido invitados a regresar nuevamente en 1842 por Mariano Ospina Rodríguez.

Los liberales han interpretado tradicionalmente “modernizar con laicizar” (Correa, 2019, p. 129) lo cual exacerbaba los sentimientos religiosos de quienes han nacido crecido y se han educado en esta fe. Caudillos conservadores han acudido a este sentimiento cuando la situación se ha complicado. Nariño durante la época de la “patria boba” convocó a la defensa de la capital que estaba siendo atacada por los federalistas, invocando la protección del Señor de Monserrate. Prospero Pinzón, jefe de los ejércitos conservadores en la Guerra de los Mil Días alentaba a sus soldados con arengas religiosas como la defensa del catolicismo, cuando sus estos flaqueaban (Ospina, 2017, p. 155).

A partir de 1946 también se inflamaba el entusiasmo de los conservadores utilizando el mismo método que de alguna manera contribuiría a que la confrontación fuera más radical. Inclusive algunos altos jerarcas del clero eran implacables en sus homilías como Monseñor Miguel Ángel Builes.

“Que el liberalismo ya no es pecado, se viene diciendo últimamente con grande insistencia; los prelados no sólo callan, sino

que han prohibido hablar del liberalismo [...] y que, por tanto, ser liberal ya no es malo [...] Nada más erróneo, pues lo que es esencialmente malo jamás dejará de serlo, y el liberalismo es esencialmente malo” Homilía 5 de abril, 1931

Al igual que los liberales, los gobernadores conservadores trataron también de utilizar al Ejército. Por una parte, buscando acercarlo al partido y por otra utilizándolo en su beneficio. Por razones naturales, esta institución era cercana al conservatismo. Luego de la época del “Olimpo Radical” en la cual el liberalismo lo había reemplazado por la intrascendente Guardia Republicana, Núñez lo había rescatado con la constitución de 1886 y le había otorgado el título de Ejército Nacional. Durante la Guerra de los Mil Días había combatido de acuerdo con esa constitución defendiendo al gobierno que era conservador. En desarrollo de la reforma del general Reyes en 1907 se había transformado en una fuerza apolítica al servicio del Estado, pero aun persistían rezagos de cercanía partidista como se interpretó durante el intento de golpe en Pasto en 1944.

Aprovechando estas circunstancias el gobernador del departamento de Boyacá pidió al gobierno central el envío de tropas de esta institución para estacionarlas en aquellos pueblos en donde la mayoría era liberal, para que hicieran valer los derechos de los minoritarios conservadores y si era del caso propiciar enfrentamientos con esa mayoría liberal. Por el contrario, en donde la mayoría era conservadora se enviaba Policía departamental con el fin de que reprimiera a la minoría liberal inclusive propiciando el empleo de bandas de civiles armadas a las cuales no se les hacía ningún control (Ramsey, 1981, p. 112).

Este método maquiavélico se extendió a las áreas rurales y las casas y haciendas liberales empezaron a ser molestadas y hostigadas. En lugares como Sogamoso, la discriminación se hizo insoportable. Sus dueños tenían que pagar cuotas, en oportunidades sus cosechas eran intervenidas y la acción de la Policía ahora integrada por “chulavitas” no daba tregua. Grandes regiones no solo de Boyacá, sino de los Santanderes empezaron a experimentar este tratamiento. El fanatismo absurdo llevaba a la violencia y está a la retaliación y venganza. Muchos conservadores habían

aguardado pacientemente el cambio de gobierno para ejercerla, como sucedió en Coper (Boyacá).

Luego del inicio del gobierno en 1930 la Policía liberal hostigó a los campesinos conservadores que se dedicaban a la agricultura y eran analfabetas. En un momento dado asesinaron a varios de ellos y el responsable de nombre Jehová Olarte, fue protegido por la Policía liberal. Luego, en el gobierno conservador vino la venganza de los afectados. La Policía —ahora “División Boyacá” — masacró a la familia Olarte. Uno de los sobrevivientes fue Drigelio, menor de edad quien después se convirtió en un feroz guerrillero que asesinó a muchas conservadores y en diciembre de 1952 dirigió el frustrado ataque contra la base aérea German Olano en Puerto Berrio conocida como Palanquero. (Ramsey, 1.981, p. 113).

En las elecciones de 1947 los conservadores pudieron experimentar satisfacción pues sus métodos estaban produciendo resultados favorables si bien los seguidores de Gaitán habían obtenido mayoría. Pero lo que interesaba a los conservadores era cambiar la situación a largo plazo, pues asumían que el control que tenían en los campos (en esos días Colombia tenía mayoría de población rural) sería suficiente para seguir ganando las elecciones.

Todo ello llevó a que el país se tornara ingobernable. El presidente Ospina trataba de ejercer su autoridad ya que sus propuestas de reconciliación, habían fracasado y su ministro de Gobierno José Antonio Montalvo pedía “frenar al liberalismo a sangre y fuego” (Villamizar, 2018, p. 144) los gobernadores se empeñaban en cambiar los censos electorales en favor de su partido utilizando violencia, los jefecillos y caudillos regionales y locales en perseguir a los liberales y si era posible borrarlos del mapa, los liberales en responder cuando era posible, la iglesia católica se alineaba con los conservadores y el partido comunista iniciaba su agitación laboral y campesina.

La explosión definitiva

Los crímenes y la violencia se extendían por todo el país. Con frecuencia se sindicaba al presidente Ospina como responsable e instigador de tal situación. Es evidente que desde el punto de vista político como presidente naturalmente le cabría tal responsabilidad que la historia con frecuencia le endilga. Pero la verdad es que la clase política había creado tal ambiente de odio, violencia y destrucción que era muy difícil transformar la situación máxime cuando los propios subalternos se encargaban de agitarla cada vez más y la oposición era ciega y sorda en su rencor.

Los liberales se quejaban con toda razón de la persecución de que eran víctimas y pedían al gobierno que acabara con ella. Los jefes liberales exigían el retorno de la paz y hasta se declaraban en resistencia civil, que en el fondo era armada, especialmente en Santander. Olvidaban que eran ellos quienes habían iniciado este círculo vicioso que ahora los envolvía y golpeaba sin piedad. “comenzaron a presentar resistencia armada con la sustancial ayuda de armas y municiones donadas por el partido Acción Democrática liderado por Rómulo Betancur a través de la frontera con el norte de Santander” (Correa, 2019, p. 218).

Otros departamentos también empezaron a reportar los efectos de la violencia propiciada en muchos casos por los funcionarios del gobierno en particular la Policía. De ahí que con frecuencia se pidiera la presencia del Ejército que se consideraba apolítico y era aún muy respetado en la mayoría de los departamentos del país. Se nombraban miembros de esta institución como alcaldes militares para que con su actitud mitigaran la belicosidad de los dirigentes políticos locales. A pesar de todo representaba un dilema pues los dos partidos se enfrentaban en los consejos municipales y el alcalde militar debía tomar decisiones, que si favorecían a un bando eran consideradas como politiqueras por los opositores, pero si lo hacían favoreciendo al otro las trataban como amañadas. Aun así, hubo en 1946, 220 alcaldes militares, casi la 5 parte de las alcaldías del país. Tal era el nivel de violencia y la ingobernabilidad que reinaban que Boyacá llegó a tener 42 alcaldes militares. Norte de Santander 18 y Santander 13. (Ramsey, 1981, p. 130)

Aun así, la Violencia no paraba; los conservadores utilizaban cualquier pretexto para atacar a sus adversarios políticos. Cuando los alcaldes militares en cumplimiento de sus funciones como administradores de la cosa pública municipal decidían de tal manera que sus intereses no eran servidos los denunciaban ante el alto gobierno y buscaban la movilización de sus copartidarios a nivel local en contra de estos funcionarios.

Un caso que ilustra este panorama fue lo que sucedió en el departamento del Valle, ante la violencia que generaban los denominados “pájaros” (la gente del común los denominaba con ese apelativo porque se decía que una vez cometido un crimen volaban para escapar) equivalentes a “sicarios” los alcaldes militares informaron lo que sucedía a la autoridad militar que en esa instancia era el comandante de la Tercera Brigada. El oficial ordenó a sus unidades tomar acción en contra de estos delincuentes. Al poco tiempo, recibió la orden de “suprimir toda interferencia por parte de las unidades del Ejército en los pueblos donde bandas de conservadores, Policía local y criminales a sueldo llamados pájaros, asesinaban a los liberales” (Ramsey, 1981, p. 119), la razón de tal comportamiento fueron los falsos informes que los caciques conservadores enviaron a Bogotá en donde se presentaba una situación totalmente distinta y desfigurada con relación a lo que realmente estaba sucediendo.

En otra ocasión los gamonales del mismo partido impidieron que el comandante de la Primera Brigada del Ejército con sede en Tunja, Coronel Carlos Bejarano Muñoz enviara tropas a las poblaciones de Garagoa y Leyva (ambas en Boyacá) a proteger a los liberales que estaban siendo cruelmente tratados por los conservadores, informando falsamente que el Coronel en mención se negaba a obedecer las órdenes del gobernador Eduardo Rodríguez Castillo, informes tan mal intencionados incendiaban aún más el ambiente y propiciaban el rencor.

LA METÁSTASIS DE LA VIOLENCIA

9 de abril

Sobre el 9 de abril de 1948 se han escrito infinidad de libros, artículos, ensayos, tesis etc. Se ha responsabilizado de lo sucedido al presidente Ospina, a Laureano Gámez, a los norteamericanos, a la CIA, a los rusos, a la KGB, a Fidel Castro, a Rómulo Betancur, a la enajenación mental de Juan Roa Sierra, a un agente de la Policía conservadora; se han explicado teorías “de la conspiración” y muchas otras. Han aparecido testigos que afirman haber estado presentes en el momento en que se planeó el crimen, otros que las contradicen y entre todas estas versiones han logrado edificar una intrincada maraña de hipótesis y contra hipótesis al punto que después de tantos años aún no se sabe quién fue el real autor del magnicidio.

Lo que sí se sabe es que ese día se selló definitivamente un enfrentamiento a muerte entre liberales y conservadores que se extendería hasta junio de 1953 cuando el único gobernante militar que ha tenido Colombia a partir del inicio del siglo XX general Gustavo Rojas Pinilla decretó una amnistía total y logró que cesara la violencia interpartidista. Infortunadamente durante esos años el partido comunista, organizado a partir de 1930 sobre las bases del antiguo Partido Socialista Revolucionario,

había estructurado un plan para la toma del poder, para el cual la pacificación del país sería desastrosa pues vendría a neutralizar su posterior teoría de “combinación de todas las forma de lucha” y por ello se opuso e impidió que la amnistía de Rojas tuviera éxito total negando la desmovilización de las guerrillas comunistas.

Dentro del partido (comunista) existían dos corrientes: una minoritaria que se inclinaba por un partido clandestino y armado y una mayoritaria que proponía mantener las conversaciones con emisarios del gobierno para ganar tiempo en el proceso de transformación de la guerrilla en movimiento de masas. (Villamizar, 2018, p. 164)

Esto era la esencia de la teoría porque las masas generaban movilización popular que armada, así fuera rústicamente, con bombas molotov y similares, era un factor definitivo en el momento de la insurrección generalizada.

Luego de una serie de desaciertos del general Rojas y sus subordinados, causados por la arrogancia propia del autoritarismo fue derrocado por los mismos liberales y conservadores que habían originado la violencia en Colombia quienes a su regreso fueron saludados por el pueblo como verdaderos “salvadores” La fórmula, para continuar con la pacificación iniciada por Rojas, fue la vieja fórmula de Mariano Ospina de la Unión Nacional que ahora se llamó “Frente Nacional”. Si estos caciques políticos hubieran aceptado la idea de Ospina en 1946, quizás miles de muertos se hubieran evitado. Solamente vinieron a aceptarla cuando vieron en peligro su posición como elite política.

El 9 de abril salieron a flote las maquinaciones que desde 1930 y aún antes se venían tejiendo. La clase política sembrando el odio y la venganza entre un pueblo con índices de analfabetismo escandalosos superiores a 48% del cual el 70% rural. (Banco de la Republica, 2002, p. 2) . Jefes políticos alejados por completo de sus bases, más interesados en sus partidos y en la burocracia que en mantener el nexo vital con estas. Discursos como se ha visto en el presente trabajo con contenidos que lejos de

ser de corte democrático tenían todas las características del sectarismo radical sin entender los sentimientos que estaban despertando entre un pueblo empobrecido, mal educado y pesimamente remunerado.

Mientras tanto, Jorge Eliecer Gaitán se había preocupado por forjar su imagen como caudillo popular y esperanza de los más pobres. Su contacto con las masas era electrizante pues había verdadera devoción entre ellas por su líder. Su lenguaje sencillo, agresivo, comprensible hacía que siempre fuera el centro de atención de cualquier evento que solo por contar con la presencia del líder se hacía de grandes magnitudes. Hizo celebre la frase “a la carga” que había sido utilizada en la Guerra de los Mil Días para ordenar el asalto sobre el enemigo. En ese momento se llegaba al éxtasis de sus seguidores. Se convirtió en jefe único de su partido y nadie dudaba que en la siguiente elección presidencial sería el ganador. El general Valencia Tovar así lo analizaba:

Convertido en jefe único de su colectividad, podía hacer con ella lo que tuviera. Así lo confirmaron los célebres viernes culturales, cuando sus enfervorecidos seguidores salían a apedrear a cuanto su caudillo hubiera atacado en su discurso. (Valencia, 1992, p. 84)

En febrero de 1947 ante el incremento de la persecución conservadora que ya se extendía a todo el territorio nacional Gaitán convocó una marcha de antorchas en Bogotá para pedir al presidente Ospina que se tomaran medidas más efectivas para frenarla. Para mayor impacto se dispuso que la marcha fuera silenciosa y en el momento adecuado Gaitán pronunció un discurso que fue como una súplica por la paz. Se estima que 100.000 personas estuvieron presentes. El epicentro de su discurso fue “Todo lo que pedimos sr. Presidente es garantías para la vida humana, que es lo mínimo que una nación puede pedir” (Simons, 2004, p. 40).

“Mataron a Gaitán” fue el grito que a partir de la 1:30 pm. del 9 de abril de 1948 se expandió desde las aceras de la carrera 7 con calle 13 (Avenida Jiménez) en el centro de Bogotá a todos los rincones de Colombia. Su asesino, Juan Roa Sierra luego de apretar el disparador del revólver que utilizó para asesinar al líder cuando este tranquilamente

salía a almorzar con algunos copartidarios entre ellos el implacable Plinio Mendoza Neira, fue también asesinado por la turba que se congregó a su alrededor y nunca pudo explicar los motivos de su acción. No fue necesario porque inmediatamente se culpó a los conservadores y en especial al presidente Ospina que en ese momento regresaba al palacio presidencial en su automóvil luego de inaugurar la Feria Internacional Agropecuaria que se iniciaba en la capital de la República. Por segundos logró ingresar antes de que la enfurecida turba se hiciera presente arrasando el ya desfigurado cadáver de Roa Sierra.

La reacción de quienes se encontraban cerca del lugar del crimen que era gente del común al enterarse de lo que había sucedido fue de una ira incontenible, pues para muchos de ellos, lustrabotas, meseros, obreros, zorreros etc. más que un líder era una esperanza que les acababa de ser arrebatada por la odiada oligarquía conservadora. (Alape, 1.987, p. 240)

Inmediatamente luego de linchar a Roa Sierra esa ira incontenible se volcó en un deseo de revancha y de destruir lo que representara el régimen o algo que se pareciera a los conservadores e iniciaron a volcar e incendiar los tranvías que en ese momento eran el principal medio de transporte masivo de la ciudad capital.

La reacción inicial de la gente del común empezó a ser capitalizada por los jefecillos políticos que vieron una oportunidad para canalizarla en su favor. El dirigente liberal Gabriel Muñoz Uribe según sus propias palabras “yo personalmente di la orden aprovechando la cierta autoridad que tenía como presidente del directorio liberal de Bogotá de llevarlo a Palacio (el cadáver de Roa Sierra)” (Alape, 1987, p. 250). Es en este momento de acuerdo con Eric Hoffer cuando se “produce una transformación de un movimiento de masas en una revolución” (Hoffer, 1989, p. 17) es el instante en que el individuo por alguna motivación empieza a identificarse con el conjunto y se conforma una causa común que exige violencia. El crimen de Gaitán unió a sus seguidores en ese sentido y los llevó a explotar en un frenesí infernal cuya primeras víctimas fueron los

tranvías volcados e incendiados y algunos locales comerciales situados en el centro de la ciudad. Aparecen entonces los agentes que canalizan esa ira y la transforman en una revolución y le imprimen un tinte político al descontento popular que guían fácilmente.

Pandemonio y juntas de Gobierno

Puede decirse que esa fue la primera fase del 9 de abril. Ira popular, deseo de venganza, linchamiento del asesino, desordenes, incendio de los tranvías y locales comerciales de los alrededores del lugar. Lo anterior, acompañado de un gran desconcierto que en otros términos constituye el ser más propenso a ser arrastrado a otros actos. La siguiente fase de los trágicos sucesos ocurridos ese fatal día, fue la canalización de la angustia y rabia de la gente adolorida y es cuando aparecen los jefecillos fanatizados a explotar la situación primero dirigiendo la multitud al Palacio “para tratar de tomar al presidente pasearlo por la carrera séptima, arrastrarlo cualquier cosa había que hacer, pero no había como tener acceso al Palacio” Gabriel Muñoz Uribe (Alape, 1987, p. 250).

Al frustrarse la acción sobre el Palacio que provocó varios muertos, los dirigentes liberales ocuparon las emisoras e incendiaron los ánimos con arengas, consignas, instrucciones, mentiras, exageraciones que en esos momentos producen un efecto electrizante. “Ultima Noticias, con ustedes. Los conservadores y el gobierno de Ospina acaban de asesinar a Gaitán quien cayó frente a la puerta de su oficina baleado por un policía, a las armas a la carga!!!” (Alape, 1987, p. 254). Esa emisión fue hecha por el “periodista” Rómulo Guzmán “uno de los principales promotores de la violencia de ese día” (Radio Nacional, Colombia, 2018). Otros dirigentes ya mencionados entre ellos el poeta Jorge Zalamea, Gerardo Molina, Diego Montaña Cuellar y Jorge Gaitán Durán llamaban al desorden a armarse con lo que fuera y a vengar la muerte del caudillo. “Que sigan los perros godos creyendo que van a continuar alimentándose de nuestra sangre” (Alape, 1987, p. 254). Sin duda, estaban obteniendo su venganza.

Un nuevo factor la Policía, intervino en esta fase. Durante la “República Liberal” se había hecho todo lo posible para liberalizarla y mantenerla como una fuerza del partido inicialmente para alterar el censo electoral y luego para mantener el control sobre los conservadores. Ahora que las cosas habían cambiado esa relación seguía siendo importante pues si bien muchos de ellos habían sido relevados por “los chulavitas” aún en la Policía había simpatizantes del liberalismo.

El capitán Benicio Arce Vera perteneciente a la V Estación de Policía recuerda “A la cabeza de la multitud armada venían unos agentes de Policía de otras divisiones armados de fusiles, agentes que fueron los primeros en no cumplir mi orden” (p. 290) el capitán también recuerda que encabezando la turba se encontraban 3 sujetos con boina vasca negra de 20 a 25 años de edad. “Ello me causó curiosidad y les pregunte quienes eran, contestándome que eran cubanos y que con el pueblo colombiano trataban de vengar la muerte del Dr. Gaitán” (p. 290). Se trataba de Fidel Castro, Rafael del Pino y Enrique Olivares quienes habían venido al Congreso de Estudiantes y Jóvenes que se realizaba paralelamente a la IX Conferencia Panamericana con el propósito de sabotearla. En su libro *“El Castro desconocido”* Gutiérrez explica la presencia de los cubanos en Bogotá como parte de un complicado plan para asesinar a Gaitán diseñado por Juan Domingo Perón en complicidad con estructuras de la mafia norteamericana. (Gutierrez, 2010). El informe de Scotland Yard sobre el asesinato de Gaitán suscrito por el inspector Sir Norman Smith, dice que “los cubanos llegaron a su hotel El Claridge, llevando una gran cantidad de armas y permaneciendo allí durante varias horas hablando por teléfono en inglés con varias personas” (Simons, 2004, p. 46)

Así los agentes insubordinados, los cubanos y la enorme masa de seguidores de Gaitán lograron entrar a la V Estación de Policía, rompieron la puerta de la sala de armas y saqueando todo lo que pudieron se dirigieron nuevamente al centro para intentar otra vez tomar el Palacio dirigidos por jefes y líderes, aunque era un maremágnum sin pies ni cabeza. Ya en ese momento había saqueos y los incendios proliferaban incluyendo edificios públicos, religiosos y comerciales. La turba por segunda vez no pudo tomar el Palacio, pero se presentaron enfrentamientos de

magnitud con los pocos soldados del Batallón Guardia Presidencial que se mantuvieron firmes. Ese intento costó muchas vidas. La “chusma” regresó apresuradamente a la plaza de Bolívar.

Luego se inició una tercera fase que es la completa anarquía en donde ya no hay asomos de organización ni de propósito sino una violencia generalizada estimulada por el consumo de licor desenfrenado que tornaba en normales los actos más absurdos. Ese fue otro de los factores contribuyentes al elevado número de muertos. La llegada de tropas procedentes de Tunja y otros lugares contribuyó a calmar la situación y luego de varias horas en medio de las humeantes ruinas de edificios, iglesias, comercios, la ciudad empezó a retomar la calma. Nunca se ha oficializado el número los muertos, pero se estima que alrededor de 2500 (Forero, 2020) aunque otros autores más radicales más de 5000 (Villamizar, 2018, p. 143) pero realmente no hay seguridad de que hubiera sido así.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, los dirigentes políticos buscaban cómo aprovecharlos; los del partido liberal, que no se identificaban con Gaitán, naturalmente con la posibilidad de hacerse con el gobierno en medio del caos asistieron al Palacio a proponer al presidente Ospina una transición de poder. La firmeza del presidente hizo inviable la propuesta, aunque nombró a Darío Echandía (liberal) como Ministro de Gobierno tratando de solucionar políticamente la crisis que se presentaba. Los dirigentes liberales aceptaron e inclusive posteriormente expidieron una floja declaración pidiendo el cese de la violencia, pero nadie los escuchó pues no tenían legitimidad ante los seguidores de Gaitán. En adelante esta Dirección Nacional Liberal cumplirá un papel muy tibio durante el resto de la Violencia pues, aunque no se comprometían con ella, especialmente en los Llanos Orientales ni en el sur del Tolima, tampoco la condenaban ni procuraban apartarse de ella, sino que hacían declaraciones ambivalentes, mientras enviaban subrepticamente elementos de supervivencia a los guerrilleros.

En realidad, otros exaltados como Adán Arriaga, Diego Montaña Cuellar, Gerardo Molina, Humberto Zalamea, Carlos Lleras habían tenido la idea de organizar una “Junta Revolucionaria” que se hiciera cargo del poder una vez renunciara Ospina. Inclusive enviaron ese mensaje a

través de la radio en medio de anuncios espectaculares sobre la adhesión del Ejército al movimiento, totalmente falsa, la muerte de Ospina, etc. con el fin de estimular su formación en el resto del país y así conformar un esquema de gobierno con una Junta Central en Bogotá y otras en las diferentes regiones que dependerían para las decisiones de trascendencia de la Central en tanto se conformaba un nuevo gobierno. Siguiendo estas instrucciones se conformaron Juntas Revolucionarias en ciudades como Ibagué, Bucaramanga, Barrancabermeja, Puerto Vilches, San Vicente de Chucuri en el departamento de Santander de las cuales la de Barrancabermeja tuvo la mejor organización y logró realmente dominar la situación llegando a fabricar cañones hechizos para combatir al Ejército en caso de que hiciera presencia. En el Departamento del Valle del Cauca en Cali, Buga y Tuluá. En el departamento del Tolima en Líbano, Chaparral, Armero, Cunday, Santa Isabel, Natagaima, Coyaima y por supuesto, Ibagué. En los departamentos del Viejo Caldas, Armenia y Pereira también se conformaron juntas revolucionarias acompañadas de saqueos. En Antioquia, en Medellín de manera muy efímera pues sus miembros fueron prontamente detenidos y encarcelados por las autoridades locales.

Violencia paralela

En la medida que se iba conociendo la noticia sobre el asesinato de Gaitán en la provincia se iba levantando una ola insurreccional. Al calor del caos surgieron las mencionada Juntas Revolucionarias. Todas fueron efímeras, incitaron al desconocimiento del gobierno de Ospina y pidieron el regreso del liberalismo al poder. En algunas regiones apartadas como en Santiago Pérez (Tolima) los campesinos destituyeron a las autoridades y los reemplazaron con sus propios representantes que en estos casos eran reservistas del Ejército pues se consideraba que eran personas con experiencia en el manejo de asuntos públicos (Matta, 1999, p. 36).

La violencia y destrucción que se generó en la constitución de estas juntas no fue menor. En Armero por ejemplo asesinaron a golpes al párroco del pueblo presbítero Pedro María Ramírez a quien para colmo

de humillación enterraron desnudo, la leyenda dice que en el momento de su muerte vaticinó que en Armero no quedaría piedra sobre piedra; en 1985 una avalancha acabó para siempre con esta localidad. En otras ciudades persiguieron y asesinaron a los conservadores e incendiaron edificios y locales comerciales como en Ibagué, Armenia y otras ciudades. Esos actos seguían en paralelo a los que sucedían en Bogotá. Era una inversión temporal de lo que a partir de la reconquista conservadora de 1946 había pasado y nuevamente los liberales perseguían y atacaban a los conservadores utilizando para ello las movilizaciones espontáneas que el asesinato del caudillo había originado. Esa manera de atacar en grupo les valió el remoquete de “chusma” o “chusmeros nueve abri-leños”, nombre con el cual se empezaron a identificar a los grupos de liberales que atacaban a los conservadores.

Esta conducta más la asumida por las Juntas al desconocer la autoridad del gobierno así hubiera sido temporalmente, constituyó un pretexto más para que los conservadores “restauraran” la situación de normalidad e intensificaran la persecución en contra de los liberales. En donde se supiera que había presencia de un “chusmero” inmediatamente se enviaba una comisión de Policía por lo general acompañada por “chulavitas” (conservadores armados) que actuaban sin piedad. Al menor asomo de resistencia asesinaban indiscriminadamente a toda persona que encontraran e incendiaban los caseríos y poblaciones. Más tarde se produciría la reacción liberal en forma ya no de una violencia paralela sino de guerrillas organizadas en diferentes partes del país entre ellas en los Llanos Orientales.

El 9 de abril fue la consecuencia de la irracionalidad, aunque otros factores sin duda influyeron en el trágico suceso, como la celebración de la IX Conferencia de los Estados Americanos en Bogotá. Se esperaba que con la presencia del general George Marshall representante de los Estados Unidos y Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Militares de ese país durante la segunda guerra mundial, se condenase a Rusia y su expansionismo y se aprobara la carta constitutiva de la OEA. Es curioso observar como el dinero que se invirtió en la preparación de la conferencia e impresionar a los delegados que para la época fue muy considerable,

no fue ni la mitad de lo que posteriormente costó la reconstrucción de la ciudad luego de los motines e incendios. Mientras los preparativos para la iniciación de tan importante reunión se llevaban a cabo en el centro de Bogotá, no muy lejos de allí, también se hacían los preparativos para sabotearla.

La convocatoria de un congreso de juventudes y estudiantes en la misma fecha y en la misma localidad, lo mínimo que sugiere es la intención de perturbar la tranquilidad, no solo de la conferencia sino de la ciudad. Algunos analistas han demostrado que Fidel Castro y Rómulo Betancur se reunieron en Caracas antes de la conferencia, y que luego este y sus acompañantes ingresaron vía Medellín. El ciudadano Francés M. Dammon, quien más tarde se reunió con los estudiantes cubanos en Bogotá, llevaba consigo \$50.000 dólares para hacer propaganda adversa durante la IX Conferencia Panamericana. (Ramsey, 1981, p. 128). No es el propósito del presente trabajo establecer responsabilidades sobre el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, pero los hechos que se presentan como fruto de la investigación dan una idea de la polarización existente y su influencia en el surgimiento de las guerrillas. Laureano Gómez también intentó sacar provecho y convenció al alto mando militar de que ofreciera como solución una junta conformada por ellos mismos y presidía o no por Ospina la cual también fue rechazada por el primer mandatario.

SITUACIÓN PREINSURRECCIONAL

Cierre del Congreso

Lejos de calmarse la situación luego de controlar los sucesos del 9 de abril en Bogotá:

El país se fue precipitando cada vez más en una guerra civil no declarada y en lugar de hacer un alto en la forma agresiva y pasional como se había conducido el sentimiento del ciudadano, lo que siguió fue cada vez peor. (Valencia, 1993, p. 73)

Los conservadores sintiéndose nuevamente fuertes, impulsaban la persecución de los “chusmeros nueve abrileros” que habían causado tanto daño y destrucción. En especial el establecimiento de las Juntas Revolucionarias era considerado como un auténtico desafío a la autoridad y sus miembros eran duramente tratados. Se les buscaba, se capturaban y eran prontamente enjuiciados. Fue precisamente en este período que se consolidó y oficializó la presencia de los “chulavitas” como miembros auxiliares de la Policía en el departamento de Boyacá propiciados por la propia gobernación. “el gobierno incorpora a la Policía miembros

de una comunidad arriscada y violenta del municipio de Boavita que se llamaron los chulavitas” (Valencia, 1993, p. 74). Su acción en particular en el oriente del departamento se constituyó en uno de los factores que más impulsaron la Violencia pues estimularon un furioso deseo de retaliación y venganza en grandes sectores de la población civil de esas regiones. De esa manera los “chulavitas” incluían algunos sectores de la Policía y grupos de conservadores armados.

Entre tanto el presidente Ospina intentaba de manera desesperada estabilizar la situación, recomponer su maltrecho gobierno y pacificar el país. Desde el punto de vista político pensó que volviendo su vieja idea de equilibrar la conformación de cargos públicos con la participación de todos los sectores del espectro nacional (Unión Nacional) podía aumentar sus niveles de gobernabilidad. La presencia de prominentes liberales como Darío Echandía nombrado Ministro de Gobierno y de Samuel Arango de Justicia era prueba fehaciente de ello. Fue un hecho importante pero igualmente efímero porque antes de un año se habían retirado de sus cargos, como lo expone Gonzalo Sánchez en *Violencia Guerrillas y Estructuras Agrarias* “en protesta por el tratamiento sangriento que se daba a sus copartidarios, hechos que estaban disminuyendo de manera preocupante las posibilidades electorales del liberalismo en la sucesión presidencial que habría de definirse a fines de 1949” (Tirado, 1.989, p. 137).

En realidad, lo que estaba sucediendo era lo que ya por tradición se hacía en Colombia, el partido que tenía el poder, utilizando la fuerza de la violencia le daba forma al censo electoral a su favor para así manipular la situación una vez en el gobierno. A partir de ese instante el gabinete volvió a ser netamente conservador y la legitimidad del gobierno de Ospina continuó en picada y deteriorándose, así como la situación de orden público del país. Más grave aún, “el retiro del partido liberal resultó ser sin embargo un punto de no retorno” (Tirado, 1.989, p. 137).

Laureano Gómez quien en todas las ocasiones en que tuvo oportunidad se opuso al equilibrio de los partidos en el gobierno (Unión Nacional) de su copartidario el presidente Ospina Pérez, siguió siendo considerado como el ala extrema del conservatismo. Aún después del 9 de abril su discurso fue radical e incendiario, como el pronunciado en Medellín:

En Colombia se habla todavía del partido liberal para designar a una masa amorfa inconforme y contradictoria que solo puede compararse o calificarse como la creación imaginaria de épocas pretéritas: el basilisco. El basilisco era un monstruo que tenía la cabeza de un animal, el rostro de otro, los brazos de otro más y los pies de una criatura deforme, formando en conjunto un ser tan horroroso y espantoso que con solo mirarlo causaba la muerte. Nuestro basilisco se mueve con pies de confusión y estupidez sobre piernas de brutalidad y violencia que arrastran su inmensa barriga oligárquica con pecho de ira, brazos masónicos y una pequeña diminuta cabeza comunista. (Tirado, 1.989, p. 137)

Laureano Gómez asociaba al liberalismo con el comunismo y pensaba que Colombia estaba a punto de caer bajo la cortina de hierro. Para él la diferencia entre ambas tendencias se había reducido y existía comunidad de objetivos; de ahí que su posición fuera eminentemente sectaria y extremista y su encendido discurso definitivamente incitaba a la Violencia. Consecuentemente se traducían en reacciones iracundas e irracionales de muchos de sus engegucidos seguidores que con frecuencia creían tomar la justicia en sus manos o defender la religión católica sin entender que estaban profundizando en una era de Violencia que causaría miles de muertos y destruiría la cultura política y social del país, pues al igual que ellos lo habían hecho durante la “República Liberal” sus adversarios reaccionarían con furia e irracionalidad contribuyendo a atizar la Violencia.

Esta como es apenas lógico no cesó, en el desarrollo de una manifestación en Bogotá con miras a la campaña política presidencial el 21 de noviembre de 1949 se atentó contra el renunciado ministro de Gobierno, Darío Echandía, asesinando a su hermano Vicente. (Tirado, 1989, p. 138), inmediatamente, el liberalismo se retiró de la contienda electoral.

En octubre del mismo año un grupo de 22 refugiados de ese partido que se encontraban en la casa liberal en Bogotá también fueron asesinados por sicarios. (Villamizar, 2018, p. 144). Posteriormente, tuvo lugar el enfrentamiento en el congreso de la República en que murió el representante boyacense Jiménez (Ver Capítulo II Las Instituciones Políticas).

El presidente Ospina indudablemente sentía la presión de su propio partido en cabeza de Laureano Gómez, de la oligarquía liberal que había abandonado su gobierno y lo acosaba desde el congreso, de la Violencia que era cada vez mayor y de un inmenso sentimiento de ingobernabilidad. Ello influyó para que políticamente tomara medidas drásticas. Rompió relaciones unilateralmente con la Unión Soviética “el gobierno Ospina estimó que tal potencia había instigado el proceso y los sucesos de ese mes” (Reyes, 1989, p. 251). En el fondo nunca se pudo probar la responsabilidad de esta nación en los hechos del 9 de abril de 1948.

En junio de 1949 los liberales triunfaron en las elecciones para cámara de representantes y lograron el control del legislativo. “El liberalismo se vería favorecido por una leve minoría que le permitiría controlar el poder legislativo, ejerciendo una enconada oposición al gobierno del conservador Mariano Ospina Pérez” (El Espectador, 2016). Los liberales envalentonados por su triunfo decidieron frenar al máximo la labor del ejecutivo mediante dos proposiciones que causaron gran controversia. Por una parte, el adelantamiento de las elecciones presidenciales que se debían realizar a principios de 1950 con el fin de acortar el periodo del presidente Ospina y así demostrarle su descontento y oposición y un segundo proyecto que buscaba promover un juicio político en contra del presidente, pues alegaban los legisladores liberales no había hecho lo suficiente para terminar con la Violencia en Colombia y en especial por detener la persecución en contra de los liberales.

Ante la actitud hostil de los legisladores liberales y la posibilidad que su gobierno de esta manera se viera neutralizado y él posiblemente destituido de manera ignominiosa, decidió clausurar el congreso el día 8 de noviembre de 1949. Simultáneamente se reemplazó con una Asamblea Nacional Constituyente que funcionaría hasta el final del gobierno del general Rojas Pinilla en 1957. Para completar el control de la situación, también declaró la censura de prensa. Durante este periodo solamente se podían publicar las noticias que el gobierno a través de sus censores consideraba adecuadas y que no afectaban el orden público.

En compañía del reportero gráfico Alberto Garrido y de la redactora de las páginas sociales Elvira Salcedo, el periodista Guillermo Cano había viajado a Cartagena para cubrir las incidencias del segundo Concurso Nacional de la Belleza. Con la censura a bordo y militares y civiles instalados en la redacción para controlar sus contenidos, las páginas de *El Espectador* tuvieron que priorizar las crónicas desde Cartagena con la coronación de la señorita Atlántico Myriam Sojo Zambrano. (*El Espectador*, 2016)

Espíritu revolucionario

En diferentes regiones de Colombia el espíritu revolucionario en contra del gobierno de Ospina Pérez se había incrementado notoriamente. No solamente por que representaba al tradicional “enemigo” —el partido conservador— sino porque se había transformado en una dictadura y no era garantía de nada. La esperanza de que la persecución en contra de los liberales en las áreas rurales y en algunas ciudades disminuyera se iba esfumando. Los afectados tenían muy pocas opciones. Una era huir y refugiarse en algún lugar en donde no pudiera ser encontrado por sus enemigos; Venezuela como ya se ha dicho, se transformó en un buen sitio para ocultarse en tanto pasaba este régimen que veían como del terror. Para otros la opción se reducía a buscar asilo en alguna ciudad en donde pudiera, junto con su familia, pasar desapercibido. Como los bienes no se podían llevar tendrían que pasar trabajos y aumentar la población de los barrios de extracción humilde, en busca de una oportunidad. Otros, pensaban en la resistencia, hacer frente a sus perseguidores y asumir las consecuencias. Dentro de esta línea de pensamiento había otro grupo que pensaba que la resistencia organizada sería la mejor manera de defenderse.

El 9 de abril en medio de la efervescencia revolucionaria que se generó en Bogotá y que a través de la radio fue transmitida a otras regiones y ciudades, surgieron los primeros grupos dispuestos a luchar en contra del gobierno de manera organizada. Uno de se dio en Barrancabermeja

(Santander); A partir de 1927 cuando se organizaron las primeras huelgas del sindicato de braceros del río Magdalena en la Dorada (Caldas), ya sus dirigentes hablaban de “un plan insurreccional para la toma del poder que fue aprobado” (Villamizar, 2018, p. 120). En realidad, no se trataba de liberales sino de seguidores del Partido Socialista Revolucionario futuro Partido Comunista de Colombia. Años antes, en 1924 y también bajo el auspicio del PSR había tenido lugar la primera huelga de la USO (Unión Sindical Obrera) en Barrancabermeja que agrupó aproximadamente a 3000 obreros (Villamizar, 2018, p. 119).

En esa ocasión estuvo dirigida por Raúl Mahecha, miembro del PSR y conocido agitador que posteriormente promovió los graves desórdenes de la bananeras en Santa Marta que finalizaron en la muerte de un número indeterminado de ciudadanos en confrontación con el Ejército en Ciénaga (Magdalena) en 1928. Mahecha fue estigmatizado por el propio Partido Comunista tiempo después (Villamizar, 2018, p. 118). Este ambiente fue generando la rebeldía y el rechazo a la autoridad del gobierno no solamente como parte integrante de la actividad sindical sino también política pues Barrancabermeja se había transformado por todo ello en un fortín antigubernamental.

Tan pronto las emisoras de Bogotá dejaron conocer lo que estaba sucediendo con motivo del asesinato de Gaitán, en Barrancabermeja el espíritu revolucionario alcanzó su máximo fervor. Inmediatamente se organizó una Junta Revolucionaria integrada entre otros por Gonzalo Buenahora, presidente, Apolinar Díaz Callejas, Arturo Restrepo, Mario Cujar, José María Vesga y Hernando Soto, que tomó el control de la ciudad, organizó milicias armadas populares, luego de llevar a la cárcel a los conservadores que pudieron ser localizados en la ciudad para “protegerlos”, desarmó a la Policía que les entregó 17 fusiles, nombró a Rafael Rangel Gómez como alcalde popular y se preparó para el caso de que de Bogotá fueran enviadas tropas a retomar el control de la ciudad. Se emitieron órdenes para mantener la cordura y la tranquilidad sin embargo “hubo venganzas de tipo personal. En Barranca no hubo más de quince muertos en esos días (10 días), generalmente por parte de individuos que se volaron de la cárcel”. Pero también, “hubo saqueos en los mercados

y los almacenes, pero fueron realizados por personas extrañas ya que Barranca era ya una ciudad cosmopolita”.

Se prepararon todo tipo de armas y al igual que el ejército liberal en la Guerra de los Mil Días, prepararon “catalicones” o cañones improvisados con tubos que lanzaban de manera imprecisa sus proyectiles también hechizos, en los talleres de la refinería. Bloquearon el aeropuerto con barriles de petróleo para así impedir la llegada de tropas vía aérea y se estableció control sobre la navegación fluvial. La toma del puerto petrolero empezó a prolongarse durante varios días, más allá de lo que las demás Juntas Revolucionarias habían logrado mantenerse en el reto del país.

La Junta barranqueña tenía una ventaja y era el complejo industrial que ya existía en la ciudad. En realidad, esa era su verdadera arma; en determinado momento la Junta amenazó con volar la refinería, algo que alarmó al gobierno y lo obligó a negociar con los directivos del movimiento. “si Barrancabermeja vuela la Refinería en Puerto Wilches pasaran cosas peores” (Audio María Camila Buendía “*La comuna de Barranca*”) En la medida en que el tiempo pasaba, la situación tendía a normalizarse en toda Colombia. Los exaltados liberales poco a poco empezaron a replegarse de sus posiciones en todo el territorio nacional y las encendidas proclamas fueron siendo reemplazadas por otras más racionales e inclusive llamamientos a la concordia y a la paz.

La “comuna de Barranca” empezó a sentir que estaba aislada pese a que controlaba la ciudad. Establecida la comunicación con el gobierno se acordó que este enviara una comisión para que en el terreno negociara un acuerdo con determinadas garantías de cumplimiento, la principal de las cuales fue la no toma de represalias en contra de los participantes en el movimiento. El acuerdo fue firmado y el movimiento se disolvió. Autores como Darío Villamizar dicen que el acuerdo al que se llegó para llevar a buen final la negociación no se cumplió por parte del gobierno “los miembros de Junta fueron capturados y sometidos a consejos de guerra verbales, unos condenados, otros en ausencia y otros absueltos” (Villamizar, 2018, p. 144).

El Ejército arribó al 20 de abril y ocupó nuevamente la ciudad luego de haber hecho lo mismo en San Vicente de Chucuri. Las tropas pertenecían al Batallón de Artillería Galán y venían procedentes de la ciudad del Socorro. Rafael Rangel, el alcalde interino nombrado por la Junta, luego de la firma del acuerdo huyó de la ciudad y se refugió en el área rural en donde en compañía de otros fugitivos.

Uno de estos fugitivos fue Antonio Pérez Toloza, exsargento del Ejército y uno de los más activos participantes en las acciones armadas de la “comuna de Barranca” organizó un grupo guerrillero de naturaleza liberal e inició a hostigar los alrededores de la ciudad y en general de ese sector del Magdalena Medio. Fue un hombre popular y recibió el apoyo de los campesinos de la región. El 26 de noviembre de 1948 dentro de un plan general organizado y dirigido por la Dirección Nacional Liberal para derrocar al gobierno de Ospina, atacó el día de las elecciones la población de San Vicente de Chucuri. En realidad, la DLN había cancelado el golpe (se explicará en el capítulo XII) y había ordenado no realizar ninguna acción armada, pues se llevaría a cabo en su lugar una huelga general anti-gobierno. Al parecer Rangel no recibió la contraorden y sin previo aviso arremetió en contra de los electores que se encontraban presentes en la plaza del pueblo alrededor de las urnas, algunos depositando su voto, otros observando, algunos de ellos con su familia. El ataque fue implacable. Murieron indiscriminadamente hombres, mujeres y niños. Se estima que en total fueron 200 las personas que perdieron la vida ese trágico día (Villamizar, 2018, p. 147).

No hay certeza sobre el número de hombres que llevaron a cabo la masacre, pero se estima que fueron alrededor de 400. Como es natural, esto deslegitimó a Rangel y su causa. A partir de ese momento muchos de sus admiradores dejaron de verlo como un defensor de la población civil y empezó a ser considerado como un bandido o bandolero, aunque para algunos sectores liberales nunca tuvo esta connotación. En años anteriores Rangel había sido oficial de la Policía Nacional, pertenecido a la División Santander, pero ante la persecución de los conservadores había salido de la Policía y se había dedicado a la actividad política.

Aumentan los rebeldes

En la medida que pasaba el tiempo, las actitudes de rebeldía iban creciendo en las diferentes regiones de Colombia. Los resultados inmediatos del asesinato de Gaitán empezaban a disiparse. En todas las ciudades y particularmente en Bogotá se hacían los balances de los daños que en todo sentido habían causado por los enfurecidos seguidores del líder asesinado. Un número de muertos no establecido había sido el precio más alto que se había pagado. Se habían realizado entierros colectivos en fosas comunes y por ello había sido muy difícil de establecer. Por otra parte, el número de edificaciones, públicas, privadas y religiosas incendiadas en todo el país era fácilmente apreciable. El gobierno había iniciado una acción punitiva en contra de los promotores que a nivel local tomaron parte de una u otra forma en los desórdenes y crímenes. Contra ellos se desarrollaban consejos de guerra presididos por oficiales del Ejército.

Ahora los efectos, que era lo verdaderamente grave, empezaban a surgir en regiones y veredas de Colombia. El choque entre autoridades que buscaban y perseguían a los “chusmeros nueve abrileros” y estos que se escondían o respondían con las armas a sus perseguidores de la “chulavita” daba a pie a una confrontación que se veía sería de grandes repercusiones en particular en las áreas rurales, alejadas, empobrecidas y en manos de los jefecillos locales que defendían sus intereses.

El gobierno inicialmente empleó la Policía al lado de la cual actuaban los grupos locales de civiles conservadores que constituían propiamente la “chulavita” movidos por el odio y el deseo de venganza en contra de los liberales que habían ejercido la represión en su contra. El Ejército actuaba esporádicamente y buscaba separar a los grupos de liberales y conservadores que se agredían mutuamente.

Por su parte los sectores liberales que definitivamente habían adoptado una actitud de rebeldía en contra del acoso del que eran víctimas tenían diferente procedencia. Primero los políticos locales que habían usufructuado la “República Liberal” y posteriormente encabezado los actos violentos del 9 de abril. Paulatinamente se estaban transformando en guerrilleros y establecían contactos con finqueros y hacendados

establecían áreas bases y organizaba sus hueste. Segundo un buen número de agentes desertores, incluyendo algunos oficiales de la Policía liberal que habían participado en el amotinamiento contra el gobierno en Bogotá y otras ciudades, asesoraban a los jefes guerrilleros y con los conocimientos que tenían en cuanto a organización, armamento y procedimientos eran muy importantes dentro de las estructuras que se organizaban por parte de las agrupaciones rebeldes. En los grupos armados que actuaron en los Llanos Orientales era frecuente encontrar agentes y en menor cantidad oficiales que se encontraban en esta situación. Tercero criminales o sujetos involucrados en reyertas políticas que habían sido liberados durante el Bogotazo y que tomaron rumbo a las montañas como miembros de las guerrillas (Ramsey, 1981, p. 157).

Así surgieron grupos importantes como el ya mencionado de Rafael Rangel. En Yacopí (Cundinamarca) no muy lejos de Bogotá a finales de 1948 sobre las montañas que caen al Río Magdalena, un político local Saúl Fajardo que era miembro de la Asamblea Departamental de Cundinamarca y también había sido sargento de la guardia de Cundinamarca (Policía liberal politizada) organizó y lideró las milicias populares de esa región y durante 5 meses realizó actos violentos y de depredación en ese sector del departamento y atacó en repetidas oportunidades a las unidades de la Policía Nacional. Posteriormente perdió el apoyo político de su partido y terminó su actividad armada (Valencia, 1993, p. 74), luego fue asesinado cuando se encontraba en tránsito de una embajada en donde se había asilado a la cárcel, en circunstancias nunca aclaradas.

No muy lejos de allí en los alrededores del pueblo de Coper (Boyacá) surgió un grupo organizado y liderado Drigelio Olarte ya citado en este trabajo que “pertenece a una segunda generación de vigilantes liberales” y cuyo grupo fue creciendo paulatinamente. Amigo de Saúl Fajardo no trascendió, pero sin embargo llevo a cabo actos violentos en contra de la población conservadora y la Policía. En Antioquia en el sector de Urrao apareció el “capitán Franco” cuyo nombre era Juan Franco y también había sido sargento del Ejército. Opuso tenaz resistencia a las autoridades y en determinados momentos también actuó con crueldad, finalmente aceptó la amnistía y se entregó.

EL INCONTENIBLE ESTALLIDO

Incendio en Boyacá

Las presiones de los funcionarios conservadores estaban empezando a dar frutos. Boyacá nuevamente se estaba “conservatizando” y los resultados estaban a la vista. Sin detenerse a considerar métodos o consecuencias, el proceso iba hacia adelante; la primera prueba a que se sometió fue durante las elecciones de junio de 1948. Según Rafael Pardo “en 23 municipios de Boyacá, por ejemplo, de 36.798 hombres en edad electoral (en ese tiempo las mujeres no podían votar) había 43.975 cédulas expedidas para votar (Más que los habilitados para hacerlo) y votaron 37.709 personas por el partido conservador y solamente 11 por el partido liberal” (Pardo, 2004, p. 397). Añade el mismo autor “no era generalizable esta situación, pero sí era indicativa de la manipulación electoral” Si a ello se suma la constante queja del líder radical conservador Laureano Gómez que “había 1.800.000 cédulas falsas en favor de los liberales”, se puede observar que evidentemente el sistema electoral funcionaba irregularmente. Pese a ello se continuaban aplicando los mismos procedimientos durante las elecciones haciendo recordar la frase “El que escruta elige”.

Dos factores entonces se convierten en acicate para perseguir a los liberales; inicialmente, la imperiosa necesidad de recuperar la mayoría en las elecciones previo arreglo del censo electoral. En segundo lugar, castigar a los “nueve abribeños”, “chusmeros” o “collarejos” que habían participado tanto en los desórdenes, saqueos y crímenes el fatídico día de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán.

En Boyacá se cruzaban ambos factores, pues las regiones con mayoría liberal estaban siendo convertidas en lo contrario y como es lógico los campesinos se veían seriamente afectados. Por otra parte, algunos de ellos habían participado del 9 de abril quizás manifestándose a favor del liberalismo o en algún acto político más evidente. Un buen ejemplo de ello lo proporciona el jefe de guerrillas liberales, Eduardo Fonseca Galán mencionado con anterioridad en esta obra. Su familia era originaria del pequeño poblado de Tuta (Boyacá) a tan solo 26 kilómetros de la capital del departamento, Tunja.

La vida en el municipio era extremadamente tranquila y sus habitantes se dedicaban a la agricultura y la agroindustria como la mayor parte de los habitantes del departamento; los hijos del matrimonio, como muchísimos hijos de las familias campesinas de Colombia, cuando tuvieron edad fueron incorporados al servicio militar o como se dice coloquialmente a “pagar servicio”. La tradición familiar era liberal y por ende padres e hijos se alineaban estrictamente con esa filiación política y dado su carácter bonachón y sincero le eran leales así no entendieran sus postulados filosóficos. Los muchachos durante su servicio militar habían sido eficientes y disciplinados y por esa razón dos de ellos habían logrado, superada la etapa de la conscripción ingresar como suboficiales.

Entre tanto su hermano mayor Carlos Julio, en Tuta se dedicaba a otras labores. Era sin embargo un conocido liberal, al parecer con alguna actividad proselitista en favor del partido y específicamente del caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Se desconoce su real participación en los hechos del 9 de abril de 1948, pero fue detenido y llevado a la cárcel. Según narra el propio Eduardo Fonseca Galán “Es un liberal a quien se debe eliminar, fue la orden del propio gobernador del departamento José María Villareal y en la propia cárcel fue asesinado” (Fonseca, 1987, p. 30). No hay

evidencia de que el propio gobernador haya emitido una orden tan concreta y específica, pero sus políticas, al igual que las de otros gobernadores estaban dirigidas a impulsar el conservatismo y a tratar de dominar al liberalismo en especial al gaitanismo y de paso castigar posibles “chusmeros”. De todas formas, Carlos Julio apareció muerto en la cárcel.

En realidad “en Boyacá contrario a lo que ocurrió en otras regiones del país desde mediados de los años veinte, cuando el desarrollo industrial y la explotación agrícola y petrolera fueron importantes en el desarrollo regional, no se presentaron cambios significativos en la producción, que en general era de subsistencia y con poca o casi nula salida al comercio fuera de lo local” (Jiménez, 2007, p. 151). Sin duda tal atraso trae implícito dos tipos de conducta por parte de los afectados, el conformismo y la resignación o por el contrario el inconformismo y la rebelión para tratar de cambiar tan insoportable modo de vida. Aunque es probable que el concepto no sea taxativo, Gaitán ilusionaba a las gentes de Boyacá en especial a sus sindicatos como lustrabotas, agricultores con la segunda de ellas. Era la razón por la cual en sitios tan desconocidos como Tuta tuviera seguidores tan fervientes como la familia Fonseca.

A nivel de los dirigentes conservadores regionales quienes competían por el control del departamento, su burocracia y recursos, esos planteamientos solamente causaban reacciones negativas en su contra y se buscaba como neutralizarlos y dejarlos sin valor, recurriendo a la fuerza si era necesario; la consecuencia inmediata eran los enfrentamientos físicos violentos entre los partidarios de cada uno. En oportunidades, como ya se ha explicado, eran verdaderas batallas campales que terminaban con elevadas cifras de muertos y heridos. De ahí que con frecuencia se clamara por un autoridad que impidiera desde un punto de vista neutral que ello ocurriera.

Ruégoles activar nombramientos alcaldes militares para Samacá, Jenesano, Tibaná, Turmequé, Tasco, Leiva, Toguí, Moniquirá, Miraflores, Cocuy, Chiscas, Chita, La Salina, Sogamoso, Toca, Tuta, Saboyá, Sutamarchán, Santa Ana, Pare, Guayatá, Campohermoso, donde prepárase fraude teniendo nosotros absoluta

mayoría. Empleados deben ser extraños Policías departamento. Firma Esteban Medina (dirigente gaitanista de la época). (Jiménez, 2007, p. 151)

Por otra parte, los conservadores respondían “Los fraudes de los Santanderes y Boyacá no elegirán presidente. Se equivocan quienes así lo piensan” (Jiménez, 2007, p. 151).

Como había sucedido durante la “República Liberal”, todo ello condujo a un ambiente de ilegalidad y fraude en las elecciones puesto que se presentaron acciones fuera de la ley antes, durante y después de los comicios. Teniendo en cuenta que el nombramiento de funcionarios públicos dependía del gobierno y que este estaba interesado en garantizar la continuidad del régimen, no sorprende que se estableciera una red de empleados públicos que perpetuaron el fraude en diferentes niveles. Durante el proceso de cedulación, por ejemplo, estos funcionarios facilitaban la cedulación de liberales y entorpecían la de conservadores (ahora es lo contrario). Como costumbre política:

La elección de jurados también era crucial. El día de las elecciones de ellos dependía permitir el voto de la misma persona en dos o más ocasiones, aceptar que menores de edad emitirán su voto, permitir el uso de cédulas de personas ya fallecidas, entre otras prácticas fraudulentas. (Orozco, 2007, p. 83)

Las tendencias hegemónicas liberal-conservadora boyacenses fueron quienes incendiaron el departamento y lo condujeron por la senda de la violencia entre 1930 y 1953, tal como lo afirma Olga Yaneth Acuña Rodríguez en su investigación, “las dirigencias liberales y conservadoras fueron quienes generaron formas de confrontación y fuertes antagonismos políticos en el entorno local y regional. Situación que promovió la formación de grupos de “bandoleros” conservadores y liberales” (Acuña, 2014, p. 238).

El departamento lenta y paulatinamente fue cayendo en ambiente de incompreensión, odio y violencia, totalmente ajeno a su idiosincrasia y sus

campos y veredas antaño tierras de libertad y esperanza para Colombia se transformaron en lugares para la confrontación violenta entre los dos partidos y sus inocentes, pero ahora violentos seguidores.

¿Guerra civil, o terrorismo de Estado?

El conservatismo incrementó sus acciones de fuerza en Boyacá en contra de los liberales bajo las orientaciones de “Alfredo Rivera Valderrama, que emprendió su persecución; posteriormente, el gobernador José María Villareal, quien estableció como política eliminar a todos los liberales del departamento y homogenizar política y electoralmente a Boyacá” (Acuña, 2014, p. 244). Era una manera de oficializar la persecución y darle un carácter más dramático; durante este lapso se incrementó la violencia y la beligerancia por parte de la Policía, ahora de filiación mayoritariamente conservadora, en contra de la población liberal, lo que a su vez generó su reacción y los motivó a organizarse para hacer resistencia al hostigamiento del “bandolerismo oficial” conformado por la Policía, “los chulavitas”, la guardia de rentas y los conservadores armados.

El fenómeno que se presentó en ese momento ha sido calificado por diferentes autores y analistas de dos maneras: como terrorismo de Estado o como el inicio de una guerra civil no declarada. Una intervención del dirigente conservador Gilberto Alzate Avendaño en la revista *Eco*, recogida por Orlando Villanueva, ha sido tomada como base para afirmar que se trató de lo segundo, una guerra civil no declarada “La guerra es inevitable. Si el liberalismo se empeña, el problema del poder no se decidirá en las urnas sino en las barricadas” (Villanueva, 2011, p. 104).

El mismo dirigente según la compilación de la mencionada revista hecha por Villanueva insistía “lo importante no es la paz. Es la victoria. Lo que importaba no era convencer al liberalismo, sino vencerlo”. El presidente Ospina, que no tenía el apoyo de total de su partido, pues la fracción en la que militaban Laureano Gómez y Gilberto Alzate se oponía a sus políticas, intentaba calmar la situación con sus maniobras

ya analizadas como gobierno de Unidad Nacional y gobierno cruzado, pero no obtenía mayor respaldo en ninguna de las orillas en contienda.

Llegó inclusive a proponer para el periodo presidencial siguiente (1950- 1954) el establecimiento de un gobierno alternado por medio del cual cada partido se haría cargo del poder durante un lapso y luego lo cedería por igual espacio de tiempo al otro partido de tal forma que durante los 4 años ambas colectividades habrían ejercido el poder de manera ordenada y equitativa. Los jefes de ambos partidos rechazaron la propuesta, el conservatismo pues no era de su agrado que los liberales pudieran tener tal oportunidad y los liberales en cabeza de Alfonso López Pumarejo quien consideraba que era un procedimiento alejado del sentido de lo que es una democracia. Ante tales inconvenientes Ospina no tuvo más remedio que optar por un gobierno netamente partidista.

Así, el enfrentamiento armado en especial rural entre los seguidores de los dos partidos se incrementó en frecuencia y se profundizó en ferocidad. Sin duda en este sentido el presidente Ospina tuvo que enfrentar un gran dilema, pues por un lado trataba de apaciguar la violencia y por el otro su propio partido la propiciaba. Gonzalo Sánchez, explica tal posición de los conservadores como:

No bastaba el aplastamiento de la rebelión, sino que había que eliminar toda posibilidad que se repitiera algo semejante o de que sucediera algo que eventualmente pudiera ser más peligroso: que el movimiento obrero se convirtiera en el eje articulador de la protesta social y de la oposición política. (Tirado, 1989, p. 139)

A este sentimiento habría que adicionar los intereses y ambiciones de los dirigentes locales y regionales de esta fracción, que veían la oportunidad de tomar definitivamente el control de las diferentes comarcas e incrementar su patrimonio personal. Puede afirmarse que a partir de este momento “los chulavitas” pasaron a ocupar la vanguardia en las acciones violentas de los conservadores y se convirtieron en el mayor factor de terror y miedo.

Por su parte los liberales oficialistas, rechazaban los planteamientos políticos del gobierno Ospina y se apartaban de su administración. No avalaban públicamente la violencia que muchos de sus militantes empezaban a ejercer como retaliación a las persecuciones de las cuales eran víctimas, inclusive en determinados momentos hacían declaraciones en diferentes medios de comunicación llamando a la cordura y a la tranquilidad.

Internamente, sin embargo, no rechazaban la organización de grupos armados ni desestimulaban su existencia. Eran contrarios al suministro de armas o equipos bélicos, pero colaboraban con el envío de elementos de tipo logístico que eran muy importantes para el sostenimiento de esos grupos y su capacidad de actuar. Era una posición ambigua que muchos analistas y los propios miembros de los grupos armados liberales consideraron como tibia o indecisa, y que sin duda reflejaba la falta de carácter de estos dirigentes que en el momento en que debían haber actuado no lo hicieron. De ahí que el enfrentamiento partidista se incrementara y permitiera ser calificado como una “guerra civil no declarada”.

Una visión diferentes presentan Donny Meertens y Gonzalo Sánchez quienes son taxativos al calificar el problema “El factor dominante de los dos primeros gobiernos de la violencia (1946-53) fue, pues, el terrorismo oficial” (Merteens Sánchez, 1985, p. 138) Para estos autores, “el terrorismo oficial o de estado inicia en las áreas urbanas para buscar el silenciamiento de la clase obrera lo cual permite al capital usufructuar sin contradictores la bonanza económica y la acumulación de la postguerra” Complementan esta afirmación “luego este terrorismo se generaliza a nivel rural como cruzada antiliberal y anticomunista tendiente a extirpar las aspiraciones democráticas del campesinado y anular el espacio propio conquistado por los campesinos conquistado frente al poder terrateniente” (Merteens Sánchez, 1985, p. 38).

Es interesante observar que el termino terrorismo de Estado u oficial, tiene exclusivamente connotaciones políticas y académicas, pues es “necesario comprender que no existe un tipo penal que se denomine terrorismo de Estado” (Torres, 2010, p. 130). Es un hecho que cuando se presenta esta clase de acción a quien se juzga es a los dirigentes, pero no a los Estados tal como sucedió en el caso de la guerra de los Balcanes

cuando se llevó a juicio a Slobodan Milosevic como criminal de guerra y no al Estado Serbio del cual era presidente de tal manera que el calificativo es aceptable solo dentro de determinadas esferas.

Otro analista Manuel Santos Pico, en términos más prácticos, habla de “acción represiva frente a la violencia política” (Santos Pico, 2007, p. 293) como estrategia gubernamental y como manera de describir la situación que se presentó, fundamentando su afirmación en lo observado en el terreno.

Es posible que estas tendencias en la manera de calificar los hechos de Violencia sucedidos durante los gobiernos de Mariano Ospina y sus sucesores inmediatos sean calificadas de acuerdo con la visión y tendencia del observador y que aparentemente no coincidan. Sin embargo, todas ellas están sustentadas en variables comunes que, si bien difieren en su clasificación académica o política, llevan a las mismas conclusiones desde el punto de vista estrictamente histórico.

En general estas pueden ser, antecedentes de violencia con fines de exterminación del partido rival desde 1930, concepción de los ataques a partir de estamentos gubernamentales, utilización de medios oficiales para su ejecución incluyendo la Policía, concentración de acciones en áreas en donde la mayoría corresponde al partido rival con el fin de alterar los resultados electorales, impunidad en el juzgamiento de los crímenes cometidos, sevicia y crueldad, apropiación abusiva de los bienes de quienes huyen por temor a la violencia, intención de prolongarse indefinidamente en el ejercicio del poder.

Los bandoleros liberales

El proceso de reversión de la filiación política hacia el conservatismo del campesinado boyacense a partir de 1946 se hizo de manera rápida y expedita, por dos razones básicas: primero, siempre hubo entre ellos espíritu conservador, no por idealismo o por adoctrinamiento sino por costumbre derivada del tipo de vida que llevaban y la gran influencia de la iglesia Católica, y en segundo, por la expulsión de miembros liberales

de la Policía departamental y su reemplazo por jóvenes traídos de las veredas boyacenses. Un exgobernador de esta corriente política, Rafael Azula relató cómo fue esta mecánica:

Cuando subí a la gobernación la Policía era en su mayoría de filiación liberal, yo empecé a cambiarlos por otros de filiación conservadora. Naturalmente yo quería una Policía en la que pudiera confiar, no para cometer atropellos sino para poder garantizar a los ciudadanos los derechos que yo estaba obligado a garantizar a los ciudadanos. (Alape, 1987, p. 138)

De esta manera se impuso el conservatismo como política oficial del departamento. Adicionalmente, según el mismo Azula, cuando retornó la hegemonía de su partido “los grandes electores eran los canónigos de la catedral de Tunja, porque la masa campesina conservadora prestaba siempre oído a la orientación que les diera el cura párroco desde el púlpito. Entonces la generalidad de los campesinos boyacenses era conservadora” (Alape, 1987, p. 138). La razón para que esto sucediera venía de la época del “Olimpo Radical” o hegemonía liberal entre 1863 y 1886 cuando “los liberales radicales se habían presentado como los grandes perseguidores y opositores de la iglesia de tal manera que ahora los curas párrocos se sentían autorizados para aconsejar sus feligreses que por ninguna razón fueran a votar por los enemigos de la Iglesia” (Alape, 1987, p. 138).

No en todas partes, sin embargo, había funcionado esta dinámica, en realidad en una minoría de ciudades y pueblos del departamento, esta influencia había sido menor y por exclusión la mayoría de sus habitantes era de filiación liberal. El propio exgobernador Azula lo reconoce y confiesa “Solamente había una docena de poblaciones de mayoría liberal como Sogamoso en el centro del departamento. Chiscas en el norte y unas cuantas más en donde por razones históricas predominaba una mayoría liberal” (Alape, 1987, p. 138).

Sogamoso, como epicentro liberal de la región oriental de Boyacá, ejercía influencia sobre determinadas regiones y facilitó que poco a poco surgieran grupos de personas dispuestas a resistir activamente y por la

fuerza la acción violenta que se generaba de las políticas establecidas por los gobernadores y altos funcionarios del departamento. Espontáneamente fueron surgiendo estas agrupaciones que anteriormente ya habían realizado actos violentos en los regímenes liberales y que tradicionalmente se denominaban “bandoleros” por quienes ejercían el poder. De ahí que Olga Yanneth Acuña los describa “En este caso, los denominados bandoleros, rebeldes contra el sistema político, estaban vinculados a los partidos políticos tradicionales, convirtiéndose en bandoleros cuando se ubicaban fuera del poder; o en funcionarios cuando el partido gobernante pretendía legitimar sus acciones” (Acuña, 2014, p. 234).

En la medida en que el tiempo fue pasando y la persecución conservadora lejos de disminuir aumentaba, estos grupos se fueron consolidando en el terreno buscando rechazar los ataques en su contra y la de la población civil que defendían adquiriendo un curioso perfil que nuevamente Acuña presenta “En las anteriores circunstancias, las cuadrillas liberales se fueron transformando en “cuadrillas bandoleras”, con base en municipios y veredas. Conformándose, cada vez más, como grupos autónomos con ánimo de lucro o financiadas por comerciantes y las capas medias de las ciudades y los pueblos” (Acuña, 2014, p. 134). Era solo una consecuencia que con el tiempo se expandiría y causaría grandes estragos en las regiones orientales de Colombia. “En respuesta a la beligerancia del gobierno, los grupos intimidados, en muchas ocasiones, consolidaban, a su vez, sus propias bandas para defenderse y atacar a la fuerza pública, bajo la orientación de funcionarios y gamonales de las regiones” (Acuña, 2014, p. 134).

Inicialmente los “bandoleros liberales” se limitaban a acciones de poca trascendencia y por lo general locales que causaban daño limitado pero que de todas formas afectaba sus propietarios. Con el tiempo el fenómeno se haría cada vez más intenso y difícil de contener.

SE EXTIENDE LA REBELIÓN

Sogamoso y el Llano

Este municipio boyacense influyó notoriamente en la propagación de la rebelión liberal en los Llanos Orientales, aunque no fue el lugar en donde tuvo su origen. Sin embargo, el liberalismo fuertemente arraigado desde épocas anteriores constituyó uno de los principales apoyos de los “bandoleros liberales” que pronto surgieron en grandes números en sus vecindades.

Sogamoso puede también ser considerada como “la puerta del Llano”; su comercio permanente con esa región y los servicios que presta hacen que esta relación sea muy estrecha, la carretera Sogamoso-Pajarito-Aguazul que ahora se llama “longitudinal del Cusiana” con sus 120 kilómetros de extensión, desde antes del estallido de la rebelión llanera, prestaba invaluable servicios; cumplía función similar que la carretera Bogotá-Villavicencio y al igual que esta, había reemplazado a los viejos caminos coloniales asumiendo el transporte del ganado y haciéndolo más ágil, rápido y funcional.

Si bien las especificaciones de esta carretera eran inferiores a las de Bogotá-Villavicencio, tenía igual importancia y permitía a los hatos ganaderos de la región de Aguazul y toda esa extensa comarca del Llano,

enviar sus reses a la capital de la República. Por allí transitaban los ganaderos o hacendados que residían en Sogamoso y en otras partes del departamento. De esta manera el viaje a sus fundos era más corto que en las épocas anteriores y les facilitaba el manejo de sus empleados pues en un momento dado estos podían ir a rendirles cuentas en sus propias casas. El servicio intermunicipal de buses era de gran utilidad a la comunidad de ambas regiones. No es exagerado afirmar que por esta vía entró parte del progreso de los Llanos. Aún hoy en día es una importante variante para la ruta Bogotá Villavicencio, si bien el tiempo de recorrido es mayor y las condiciones de la carretera son de inferior calidad afectando a vehículos no adecuados para sus características. Ello en nada ha incidido en la influencia que ha tenido Sogamoso sobre los Llanos Orientales, así como en el intercambio comercial que por allí fluye.

Paralelamente, la influencia de los patronos sobre los peones también había sido importante; los primeros, algunos de los cuales vivían cómodamente en Sogamoso, habían inculcado en los segundos la preponderancia y justicia del partido liberal y la maldad que representaba el conservador. Muchos de los peones sin saberlo se habían convertido en acérrimos, leales y fanáticos defensores del liberalismo en la región que sus amos dominaban. Habían inculcado el odio en las almas buenas y nobles de “sus siervos” tal como lo habían hecho los conservadores con los suyos en “nombre de Dios”.

Resulta curiosa la narrativa de ambos bandos, pues mientras los liberales predicando libertad e igualdad y progreso los explotaban inmisericordemente, sus contrapartes conservadores pregonando religión y justicia, hacían igual. En realidad, los gamonales de ambos partidos habían detenido el tiempo a su favor, pues la Guerra de los Mil Días y las innumerables guerras civiles del siglo XX habían seguido iguales patrones y tenido similares antecedentes con los mismos resultados, un odio visceral entre unos y otros que se reflejó en inenarrable crueldad y depredación cuando ambos bandos se enfrentaban o atacaban los pueblos en donde habitaban sus contradictores.

Eduardo Franco Isaza un despreocupado y cómodo heredero de una de las familias más ricas y “orgullosas” (descripción tomada de su libro)

de Sogamoso, quien posteriormente se transformaría en uno de los principales jefe guerrilleros de la rebelión llanera, en su libro “Las guerrillas del Llano” permite apreciar hasta dónde se había inculcado el odio en contra de los conservadores en sus “peones”, cuando estos intranquilos por la orden de que el alcalde conservador del pueblo de Chámeza (Casanare) en donde residían, había emitido en el sentido de que todo debían votar por el partido conservador en las elecciones próximas a realizarse, lo consultan pidiendo un consejo sobre cómo proceder, este les contesta que actúen con tranquilidad, una humilde mujer probablemente analfabeta le responde “bueno que vote el viejo, pero que mis hijos no se empuerquen” (Franco, 1976, p. 14). Es más que evidente el odio que se refleja en las palabras de la mujer, que es reflejo del sentimiento de rencor inculcado a los campesinos, apelando al paternalismo que sobre ellos ejercían los patrones aprovechando su poco nivel intelectual.

Al igual que muchos otros pueblos del vecino departamento de Boyacá en ese momento, Chámeza había sido ocupada por la Policía que ya era llamada “chulavita” con la misión de verificar que estas poblaciones que ya se consideraban conservadoras no alteraran esta condición y sus agentes se dedicaban no solo a controlar a la población civil, sino también a tratar de usufructuar al máximo la ventaja que ser autoridad les brindaba y caían en excesos y abusos. Esto les acarreaba la enemistad no solo de quienes se convertían en sus víctimas, sino de la comunidad en general, como en el caso que es citado por Franco.

La sociedad sogamoseña a partir de ese momento empezó a ejercer influencia y liderazgo en el proceso insurreccional de los Llanos, aunque ese liderazgo no era estratégico sino por el contrario se dirigía a apoyar a los combatientes en vez de orientarlos y dirigirlos. Además, con el tiempo se hizo evidente que ello era solamente parcial pues favorecía al grupo de Franco y no se relacionaba con otros más activos, organizados y agresivos, situados en el piedemonte y las montañas del oriente de Boyacá. Si se observa el mapa del departamento es fácil apreciar que el trazado de la carretera Sogamoso-Pajarito-Aguazul, era el eje de influencia del apoyo proveniente de esa ciudad, aunque naturalmente otros grupos interactuaban en esa región específica.

Se llegó inclusive a conformar un comité de apoyo con el nombre de Junta Revolucionaria que organizó el pomposamente llamado “Ejército de Liberación Nacional, División Gustavo Jiménez”. Era un heredero directo de las Juntas Revolucionarias que fueran establecidas el 9 de abril de 1947, luego del asesinato de Gaitán. “En su declaración inicial el Comando identificó al gobierno de Ospina Pérez como el enemigo que malogradamente dirigía los destinos del país, como representante del falangismo criollo” (Villanueva, 2011, p. 237), buscaba conformar un organismo armado descentralizado o confederado que permitiera determinado grado de descentralización en sus acciones a sus miembros.

En el fondo la Junta no era sino una figura decorativa que muy poco influyó en el desarrollo de la insurrección, y por el contrario fue fuente de desacuerdos y acciones solapadas en contra de sus propios miembros, los “comandos descentralizados” que supuestamente conformarían el Ejército de Liberación Nacional División Gustavo Jiménez pronto lo desconocieron y actuaron por su cuenta.

Puede entonces concluirse que la acción de la Junta Revolucionaria fue más que limitada, así como la influencia que venía de Sogamoso; con el tiempo se disolvió y tuvo un muy lánguido final con sus miembros dispersos en el mejor de los casos y detenidos por los organismos de seguridad del Estado. Por su parte, los “comandos” nunca tuvieron las más mínima intención de cumplir sus orientaciones, pero la utilizaron cuando lo consideraron necesario cuidándose de no subordinarse.

Rebelión en otras regiones

Al ritmo de la persecución conservadora empezaron a surgir grupos armados liberales que buscaban defenderse y contratacar, algunos de ellos como el caso de Rafael Rangel en Barrancabermeja o el “capitán Franco” en Urrao (ya mencionados) fueron consecuencia inmediata del 9 de abril. Otros aparecieron en la misma época y aunque menos conocidos actuaron con igual fiereza especialmente en el departamento del Tolima, como Teodoro Tacuma en Natagaima sur del Departamento,

el “Triunfante” en Rovira, los hermanos Borja hacia la cordillera central y Juan de la Cruz Varela entre Icononzo y Villarrica en la región oriental (este más conocido que los anteriores). En Antioquia Aníbal Pineda en lo que llamaron Campa-Rusia y sus conexiones hacia Urabá. (Valencia, 1993, p. 37). Estos grupos atacaban de manera independiente, pero en todos los casos en nombre del partido liberal, con excepción del de Juan de la Cruz Varela que lo hacía a nombre del partido comunista. Este individuo aún en etapa de consolidación y expansión con pocos seguidores era sin embargo muy agresivo en sus planteamientos y pronunciamientos.

El partido a partir de 1937 había fundado “ligas campesinas” en el sur del Tolima no lejos de Chaparral (Tolima) bajo la dirección del dirigente comunista Isauro Yosa, quien más adelante adoptó el alias de “mayor Lister” (quería ser asociado al líder comunista de la guerra civil española con el mismo nombre), (Pizarro, 1989, p. 27). Al intensificarse la violencia luego del asesinato de Gaitán y con el acoso de la Policía y los “chulavitas” en muchos casos apoyados por los patronos de las grandes haciendas cafeteras de la región (entre ellos los Rocha mencionados en el presente trabajo) “las ligas campesinas” se reorganizaron en columnas de marcha y se desplazaron hacia la región general de los ríos Cambrín y Davis, al sur de Chaparral (Tolima) con el fin de protegerse de la persecución de la cual eran víctimas permanentes. También llevaban el propósito de unirse a otro grupo liberal que ya se encontraba en esa área y conformar un “comando” de mayor tamaño.

El grupo al que proyectaban anexarse les había enviado emisarios invitándolos a conformar un solo “comando” y así formar un proyecto conjunto de resistencia al gobierno conservador. Estaba encabezado por Gerardo Loaiza, un liberal gaitanista convencido originario de la región de Génova (Quindío) quien había emigrado en los años 30 hacia el sur del Tolima. Loaiza se había dedicado al cultivo del café con éxito; su finca “la Gallera” era una de las más prósperas de la región y ello le permitía ser uno de los líderes de la comarca. Al iniciar la violencia con el fin de protegerse y a la vez atacar a sus enemigos conservadores organizó una guerrilla en compañía de sus hijos que eran cinco y eran conocidos

por apodos como “Veneno”, Tarzán”, “Metralla”, “Calvario” y “Agarre”, Gerardo Loaiza no solamente se defendía, sino que a través de una guerrilla relativamente bien organizada y dotada, basada en campesinos algunos de los cuales trabajaban para él, atacaba a los conservadores que habitaban en sus alrededores. Gracias a ello había alcanzado algún prestigio y su nombre era respetado, en el fondo igual que los hacendados que vivían en Sogamoso, era un hombre pudiente que defendía sus propiedades y atacaba sus odiados enemigos del partido opuesto, pero no estaba interesado en reivindicaciones sociales o algo que se le pareciera, aun así, la idea de conformar un bloque más sólido de combatientes y que tuviera mayor proyección fue suya.

Junto a Loaiza se hallaba uno de sus primos segundos, Pedro Antonio Marín, que también había emigrado de Génova (Quindío), aunque bastante más joven que Loaiza, ya contaba con bastante experiencia en la lucha de guerrillas; en su pueblo natal había tomado venganza de los conservadores que lo habían acosado y desterrado y según su propio relato había tumbado (asesinado) personalmente por lo menos a 25 de ellos. Más tarde con otros familiares organizó un grupo liberal que buscaba imponer su autoridad en la región y en agosto de 1950 (para impedir la posesión de Laureano Gómez), atacó su propio pueblo y la estación de Policía que allí funcionaba.

No logró sorprender a los agentes quienes rápidamente ocuparon sus posiciones le hicieron frente y le causaron un elevado número de bajas quedando su grupo prácticamente eliminado. Ante tal circunstancia tuvo que retirarse y buscar refugio en el área selvática, hasta allí lo persiguió la Policía y lo acosó de tal manera que tuvo que definitivamente huir y alejarse de la región con los 3 únicos sobrevivientes de su grupo. Se dirigió en búsqueda de su primo lejano Gerardo Loaiza, pues sabía que este dirigía otra guerrilla en el sur del departamento del Tolima, tomó contacto con él e inició una nueva etapa en su vida como guerrillero (Alape, 1982, p. 69).

Más adelante el 11 de noviembre de 1962 asesinó al sargento de la Policía Nacional Ismael Quintero Rodríguez comandante de la estación de esa institución en Gaitania (Tolima) mediante un disparo de fusil que

hizo a más de 400 metros de distancia. Tal acción le valió el apodo de “Tirofijo” por parte de los campesinos que presenciaron este acto.

En enero de 1951 una vez reunidos en el Davis las diferentes agrupaciones guerrilleras venidas de los lugares mencionados conformaron un “gran Comando” con más de 400 efectivos armados y un pueblo de aproximadamente 3000 personas con las familias que los habían seguido y otras que luego se unieron. Conformaron un Estado Mayor mixto ente los liberales de Loaiza y los comunistas de Yosa e iniciaron una serie de ataques en contra de los conservadores de los alrededores. Inclusive incursionaron en el vecino departamento del Valle del Cauca hasta donde llegaron con la intención de acabar con sus enemigos políticos. También atacaron en el departamento del Huila la población de Órganos en donde murieron más de 25 agentes de la Policía; dentro del departamento del Tolima, asaltaron y tomaron la estación de Policía de Gaitania (Ugarriza-Pabón, 2017, p. 78).

Cometidas estas acciones se refugiaron en el área del “gran comando” en el Davis y pretendieron efectuar una “guerra de posiciones” es decir una defensa a ultranza de lo que consideraban su territorio contra el Ejército; inicialmente lograron causar bajas a esta institución y detener su avance utilizando posiciones de combate (trincheras), pero posteriormente este intensificaron sus operaciones y el 22 de febrero de 1953 lograron ocupar el área del Cambrín, desde donde habían tratado de efectuar una última resistencia (Valencia, 1993, p. 314).

Además de esta acción militar, las diferencias internas entre liberales y comunistas resquebrajaron la cohesión de los guerrilleros; los liberales no estaban interesados en revoluciones o cosa parecida y lo único que querían era castigar a los conservadores y ayudar a que su partido volviera al poder. Los comunistas anhelaban una revolución, un cambio del régimen político vigente y la implantación de uno de corte socialista, tales diferencias los llevaron inclusive a enfrentarse por las armas y solamente la presencia del Ejército en el área los hacía reunirse temporalmente para combatirlo.

Pero en junio de 1953 la amnistía promulgada por el nuevo presidente general Rojas Pinilla, acabó definitivamente con el “gran comando” en el

Davis; al considerar que no iban a continuar siendo perseguidos, los liberales se acogieron a ella por orden de la DLN, en tanto los comunistas por orden el partido no lo hicieron y por el contrario mediante diferentes ardis se dispersaron en “comisiones rodadas” que se desplazaron a otras regiones del país para continuar su lucha adoptando diferentes formas como movimientos de masas, colonizaciones armadas, autodefensas y similares. Inclusive intentaron evitar que los guerrilleros liberales que actuaban en la región de los Llanos Orientales no entregaran las armas y continuaran la lucha contra el gobierno, propósito en el que fracasaron.

La experiencia del Davis guarda alguna similitud con que lo que posteriormente se vería en los Llanos, pues los guerrilleros liberales en ambos lugares combatían por razones muy diferentes a la imposición de un nuevo tipo de Estado a través de una revolución armada, y en esencia lo hacían por protegerse de la persecución conservadora. Tan pronto creyeron que esto se había logrado a través del advenimiento de un nuevo gobierno encabezado por Rojas, diferente al conservador, cesaron en la lucha.

Desde el punto de vista de la táctica el “gran comando del Davis”, fue la primera vez en donde se intentó por parte de un grupo insurgente, resistir el avance militar por la fuerza. Cuando esto sucede puede hablarse de una “guerra de posiciones” en la cual hay un propósito firme de resistir hasta que el atacante desista, requiere de capacidades adecuadas. Algo de lo que los miembros del “gran comando” del Davis carecían.

Pájaros y bandoleros

Fue en esta época que aparecieron otros grupos criminales enfocados principalmente en el ataque personal y en el crimen de conveniencia. Se pueden agrupar en dos categorías: uno de origen conservador denominados los “pájaros” y otro de origen liberal llamado propiamente “bandoleros”, los primeros “recibían contraprestaciones económicas según el rango de sus víctimas, sin embargo, los más beneficiados con su acción homicida eran los grandes propietarios rurales y urbanos, amparados en la impunidad garantizada por notarios y jueces, a veces amedrantados y

otras confabulados con los delincuentes” (Rodríguez, 2013), era la manera como algunos de los caciques políticos de los pueblos mantenían el orden del censo electoral e impedían que el partido liberal alcanzara alguna trascendencia. Eran asesinos contratados expreso y algunos de ellos llegaron a ser temidos, como el principal de todos León María Lozano también conocido en el departamento del Valle del Cauca como el “Cóndor”:

Comandó la masacre de Ceilán el 21 de octubre de 1949: 150 personas fueron asesinadas a machetazos, sus casas incendiadas y los cuerpos tirados a las quebradas. Fue el responsable de la muerte de ocho notables políticos liberales que escribieron una carta que publicó *El Tiempo* el 8 de julio de 1955 en la que denunciaron la persecución a los campesinos. Nunca mató, pero sí daba las órdenes [...] edificó un verdadero reinado del terror en toda la región. (Posada, 2013)

Visitó al presidente Rojas Pinilla en el palacio presidencial, lo cual implica que eran conocidos. Fue a su vez asesinado en Pereira (Risaralda).

Por otra parte, los auténticos “bandoleros” eran también temibles asesinos que habían pasado la mayor parte de su vida integrando grupos armados liberales en donde habían recibido su “formación” y posteriormente organizaron sus propios grupos o “cuadrillas” y se dedicaron a asesinar y depredar en su propio beneficio o de acuerdo con sus rencillas y rencores. De ahí que a veces se les llame los “hijos de la violencia”. Sánchez y Meertens enmarcan el fenómeno “en términos generales el bandolerismo puede ser calificado como obsoleto o prepolítico. Frente a los movimientos revolucionarios tiene con estos relaciones muy complejas a veces actúa como precursor, en oportunidades coexiste con ellos” (Merteens y Sánchez, 1985, p. 22).

Algunos de los más conocidos por su crueldad, sevicia y falta de escrúpulos fueron “El Mosco,” “Zarpazo”, “La Gata”, “Chispas”, “el capitán Venganza”, “Desquite” y “Sangrenegra”. También un conservador actuó igual a sus enemigos liberales, Efraín González. Casi todos con excepción de González tienen una historia común, llevaban una vida

tranquila con su familia cuando los “chulavitas” sorpresivamente irrumpen en la propiedad de la familia y asesinan a uno o varios miembros del grupo familiar. En represalia y búsqueda de venganza se asocian con otros en las mismas condiciones o ingresan a un grupo armado. Fals, Guzmán y Umaña lo explican así:

A medida que el morbo de la violencia avanza, crece la capacidad del campesino para la lucha y el crimen. Como la consigna es exterminio y muerte surge la cuadrilla esencialmente anárquica capitaneada muchas veces por combatientes segundones de valor temerario y ferocidad sin precedentes. (Guzmán, Fals y Umaña, 1962, p. 32)

Estas “cuadrillas” realizaron crímenes de proporciones inimaginables. “Chispas” cuyo nombre era Teófilo Rojas Varón, impulsado por la venganza se convirtió en el más grande criminal en la historia de Colombia; luego del asesinato de algunos familiares en la época más cruda de la violencia, buscando venganza se unió a la cuadrilla de Leónidas Borja con la cual participó en varias masacres, pasada la amnistía de Rojas Pinilla a la cual inicialmente se acogió, amparado por gamonales liberales, volvió a sus actividades asesinas en varios departamentos, hasta que fue muerto por el Ejército en la vereda Albania Municipio de Calarcá (Quindío) en 1962, se estima que asesinó a 592 personas indefensas (Bolaños, 1999).

CONTRA EL GOBIERNO

Villavicencio

El 9 de abril de 1948 en la capital metense tuvo repercusiones menos graves en cuanto a daños físicos que Bogotá, pero iguales proporciones desde el punto de vista político. En parte el aislamiento que aún cobijaba a la ciudad contribuyó a que los acontecimientos no se desarrollaran de manera exageradamente violenta y las reacciones no fueran tan espontáneas y precipitadas. Si bien ya existía la carretera que unía esta ciudad con Bogotá, el tránsito vehicular era difícil y lento, los servicios públicos, en particular la luz, eran muy deficientes. La noticia sobre el asesinato de Gaitán se recibió así:

De manera imprecisa: brotada desde el taller electrónico de don Manuel Conti, ubicado a dos casas al norte de la actual Casa del Kumis y a unas dos cuadras del parque principal, ya que allí se encontraba el único radio que contaba con energía eléctrica durante los sucesos del 9 de abril de 1948, debido a que la planta eléctrica se prendía normalmente a las 5 pm. (Gómez, 2011, p. 95)

La energía eléctrica de acuerdo con este relato solamente era colocada a las 5 de la tarde ya que se trataba de un servicio particular a cargo

de un señor de apellido Bejarano, inmediatamente se supo la noticia se produjeron reacciones de incredulidad, ira y deseo de venganza.

Sectores populares que contaban con una mediana organización, como los empleados del distrito de carreteras y algunos obreros de la petrolera Shell, deciden crear, frente al taller electrónico de don Manuel Conti, a eso de las 4 pm del 9 de abril de 1948, la Junta Revolucionaria 41, motivados por los anuncios que se hacían por la radio de que el poder en Bogotá estaba en manos de una Junta Revolucionaria de carácter popular que al mismo tiempo, ordenaba la conformación de juntas revolucionarias regionales que se tomaran los poderes locales, con el fin de consolidar la toma del poder popular a nivel nacional. (Gómez, 2011, p. 95)

Esta junta revolucionaria, constituida básicamente por el sindicato del Distrito de Carreteras encabezado por ingeniero Luis Zapata, tuvo como primer acto emitir una ponencia constitutiva que le brindaba la legitimidad suficiente para poderse presentar ante el pueblo que ya en esos momentos empezaba a arremolinarse en el parque principal, los sectores más humildes constituían esta manifestación en la cual destacaban artesanos, obreros de la construcción, baquianos, matarifes, empleados de servicios generales, entre otros ansiosos de ejercer su “derecho a la venganza” en contra de los gobiernos departamental y municipal a quienes consideraban responsables directos de semejante crimen.

Posteriormente “cerca del atardecer la Junta encabezó la marcha compuesta según versiones de la época por 700 personas armadas con todo tipo de herramienta como martillos, picas, machetes, cuchillos y tacos de dinamita sobre el parque del Samán” (Gómez, 2011, p. 98). La Policía municipal que controlaba el orden en la ciudad, integrada por máximo 20 agentes al observar la belicosidad de los marchantes se plegó a su causa pues se enteraron de que en muchas partes del país sus colegas habían adoptado igual actitud. Así la “chusma” pudo dirigirse libremente a la oficina del Intendente, Ricardo Rengifo quien previamente informado sobre lo que sucedía había huido y se encontraba oculto.

Ante tal circunstancia los amotinados enrumbaron hacia al edificio de la alcaldía lanzando piedras, palos y objetos contundentes, penetraron en él y retuvieron al alcalde conservador Enrique González, expulsándolo de su despacho. La primera orden de los revolucionarios fue hacer prender la planta eléctrica que proveía el fluido a la ciudad, que a esa hora 6:30 pm todavía se encontraba apagada. A partir de ese momento la Junta Revolucionaria tomó el poder en la ciudad y el departamento mientras que la turba enfurecida se dirigía a incendiar la casa parroquial Monfortina y el periódico Eco del Oriente que en algún momento había escrito artículos en contra de Gaitán.

En definitiva, no incendiaron los edificios señalados pues estaban muy cerca de la casa de uno de los miembros de la Junta Revolucionaria y corrían el peligro de incendiarla también, la razón de que se quisiera prender fuego a la casa de los Monfortianos, era que en determinado momento alguno de sus sacerdotes había predicado en contra del caudillo asesinado y era algo que la masa liberal no perdonaba. Además, informaciones procedentes de Bogotá vía Radio Nacional, decían que en esa ciudad se estaba disparando desde las torres de las iglesias en contra de los liberales amotinados, asumían los manifestantes en Villavicencio que era los “curas” quienes estaban detrás de estas acciones y por ello debían ser castigados.

En la medida en que el tiempo fue pasando la Junta Revolucionaria de Villavicencio empezó a perder su comunicación con la Junta Central en Bogotá y el desconcierto empezó afectar a sus miembros, inicialmente habían creído gracias a lo que aquella transmitía que había Juntas Revolucionarias en todo Colombia y que paulatinamente se estaban tomando el poder en todo el país. Ignoraban que el Ejército ya había recuperado el control de las emisoras radiales en Bogotá y que la Junta Central se había disuelto, aunque, como ya se estableció con anterioridad, esta realmente nunca existió y fue más una maniobra de tipo psicológico y distracción de quienes lograron el control temporal de las emisoras de radio.

Al mismo tiempo el gobierno estaba enviando refuerzos de Policía a Villavicencio y tan pronto hicieron presencia en la ciudad, el día 10 de abril de 1948 asumieron su control. El Intendente fue restituido en sus funciones, así como el alcalde y los miembros de la efímera Junta Revo-

lucionaria fueron retenidos y enviados a la cárcel como reos del delito de Rebelión. Tiempo después fueron enjuiciados por un consejo de guerra que luego del proceso, condenó a unos, absolvió a otros y envió los expedientes a la justicia ordinaria de aquellos que caían bajo esa jurisdicción, las sentencias del consejo de guerra no fueron tan duras pues fluctuaron entre 6 meses y 5 años.

Así con relativa tranquilidad transcurrió el 9 de abril en la capital del Meta, el orden y control de la ciudad fueron restaurados en menos de 24 horas. Sin embargo, sus consecuencias políticas si fueron de gran trascendencia y tendrían gran influencia en los acontecimientos que se desarrollaron posteriormente en el año de 1949 que dieron inicio a la gran rebelión llanera.

Por una parte, la instauración de la Junta Revolucionaria, desconociendo el poder y autoridad del Intendente y Alcalde, así como la amenaza de incinerar edificios públicos y religiosos, creó entre los conservadores la idea de que eso podría repetirse en cualquier momento inclusive con mayor intensidad y por ello era necesario llevar a la cárcel a todos aquellos que de una u otra manera hubieran participado en los desórdenes. Además, era necesario reestablecer el principio de autoridad que había sido seriamente vulnerado. Los odios se profundizaron, así como la persecución antiliberal.

La actuación de la Policía fue otro de los eventos que más adelante generaría graves consecuencias. Al haberse plegado sus integrantes a la rebelión en Villavicencio se pudo apreciar como la intensa labor proselitista que los gobiernos liberales habían realizado entre 1930 y 1946 entre la fuerza pública había sido fructífera. No solamente en Villavicencio y no solamente dentro de la Policía habían conseguido adeptos, pues si bien la inacción y posterior deserción de los agentes que cuidaban el parque de Samán había sido relativamente de muy baja escala, era un indicador de que en el futuro podría presentarse más acciones del mismo tipo en condiciones tal vez más notorias y con consecuencias de mayor trascendencia como en efecto se pudo comprobar con el paso del tiempo. Orlando Villanueva recoge la opinión de Eugenio Gómez Martínez autor del libro *La Guerrilla Liberal*:

Parecía que la nación se encaminaba a la guerra civil, al cual contribuyó poderosamente la politización de la Policía que fue primero obra de la segunda administración de López Pumarejo y que luego el conservatismo tomó muy en serio sobre todo por parte del sector laureanista. (Villanueva, 2011, p. 130)

Buscando La Chusma

El 9 de abril también hubo levantamiento de liberales en Puerto López (Meta). “Era la una de la tarde del 9 de abril de 1948, en este pequeño caserío de Puerto López. Se escuchaba la radio en la agencia de «flota Guayuriba», la voz del locutor Guzmán del Basto informaba desde la capital de la República del atentado perpetrado contra el Dr. Gaitán” (Gómez, 2011, p. 336). Eliseo Velásquez, posteriormente uno de los líderes de la rebelión armada, organizó y presidió una Junta Revolucionaria, al igual que en Villavicencio, fue más un gesto simbólico, que real pues Puerto López no era ningún centro de poder y nadie se opuso. Los pocos policías que se encontraban destacados no hicieron nada para impedirlo pues ellos al igual que sus colegas del parque de Samán en Villavicencio eran gaitanistas, al menos así lo manifestaron, quizás para evitarse problemas.

Al poco tiempo la Junta se disolvió y un nuevo corregidor con unos pocos policías volvió a instaurar el gobierno. Se dictó auto de detención en contra de Eliseo Velásquez, pero este huyó se ocultó en los alrededores y se dedicó a pregonar la rebelión en diferentes lugares en donde era bien acogido por los pobladores de la región, todos ellos gaitanistas. Como consecuencia su prestigio como líder rebelde contra el gobierno se incrementó; en una ocasión se apostó cerca a la entrada de Puerto López e interceptó a un grupo de 8 policías que se dirigían al pueblo a reforzar la guarnición, los intimidó y los persuadió de que regresaran a Villavicencio.

Iban llegando unos policías a Puerto López y los paró y les exigió que se devolvieran, eran 8 pobres policías que eran novatos y Eliseo hablándoles duro y haciéndoles creer que estaba mejor

armado los hizo devolver, luego ellos contaron eso y pues ya ningún policía quería ir a buscar a los liberales. (Gómez, 2011, p. 238)

Velásquez tomó contacto con los liberales de Villavicencio y se mantuvo entre esta y Puerto López intimidando a los conservadores y a la “chulavita” de diferentes maneras. Creó así una región favorable para su siguiente paso, la confrontación con las fuerzas del Estado empezó como consecuencia a ser buscado como miembro de la “chusma liberal” y a ser conocido por su apodo “cheito”.

Ya para esta época el Congreso había sido clausurado, las asambleas departamentales y consejos municipales habían corrido la misma suerte, la prensa se encontraba censurada por lo tanto no existía límite para los gobernantes en los diferentes niveles.

La búsqueda de la “chusma” se intensificó por todo el departamento. Los “chulavitas” fueron muy activos buscando “chusmeros” para informar a la Policía y detenerlos. En este procedimiento se cometieron grandes abusos.

El 18 de septiembre de 1948, Acacías (Meta) fue invadido por un grupo de “chulavitas” dirigidos por dos agentes de la Policía. El propósito era buscar y capturar “chusmeros” que se encontraban escondidos entre la población civil, el procedimiento se transformó en una gigantesca batalla campal en el cual se utilizaron machetes, piedras, palos y armas de fuego.

En medio de la trifulca fue asaltada y robada la caja fuerte del Molino INCCA (Villanueva, 2011, p. 137). Los supuestos “chusmeros” Eliseo Pardo y Evelio Romero aprovecharon tal confusión para ocultarse y posteriormente huir, los habitantes sintieron que el alcalde del pueblo no los había protegido como debía y parte de ellos huyó hacia la capital del departamento en busca de refugio. Según Villanueva, la situación no paró allí y se extendió hacia otros pueblos que se consideraban de mayoría liberal, de esta manera la búsqueda de los “chusmeros” continuó (Villanueva, 2011, p. 157).

Menos violenta pero más significativa fue la expulsión de los habitantes de filiación liberal de San Martín (Meta) por parte del alcalde

quien les exigió que abandonaran el pueblo para evitarse mayores molestias. En otro municipio, Restrepo (Meta), se desató una campaña de hostigamiento nocturno mediante la cual se lanzaban piedras y se intimidaba con disparos al aire realizados por la Policía, a los sectores que eran habitados por gaitanistas y liberales en general. También se produjeron desplazamientos hacia Villavicencio, otros pueblos en los cuales se llevaron a cabo operaciones de diferente índole contra la población liberal fueron Cumaral (Meta) en donde se efectuó una requisita en búsqueda de armas al igual que en la salina de Upín (Meta).

A Puerto López, el pueblo en cuyos alrededores merodeaba Eliseo Velásquez y su grupo, se envió un refuerzo de agentes de Policía que elevó el total de sus efectivos a 12 luego del incidente en el cual se habían devuelto 8 que originalmente habían sido enviados. El refuerzo incluyó dos armas automáticas, bastante escasas en esos días en las dotaciones de las instituciones armadas, se pensaba que en cualquier momento podría ocurrir un ataque por parte de Velásquez y sus hombres.

La búsqueda de “chusmeros” se convirtió en una verdadera obsesión y se envió una comisión de Policía al municipio de Miraflores (Boyacá) en octubre de 1949. Este municipio no forma parte el Llano y por el contrario está situado sobre la cordillera, tampoco es un pueblo grande, pero su característica más notable es que era un pueblo de filiación liberal, además de ser un punto de paso entre los Llanos y el interior del país es el lugar de nacimiento de Ezequiel Rojas, fundador del partido liberal colombiano lo cual le da una connotación especial al pueblo.

A pesar de ello, había sido nombrado un alcalde conservador, era casi que una afrenta al pueblo pues muchos de sus habitantes se enorgullecían de ser auténticos liberales. Naturalmente era fuente de permanente de rechazo por parte de sus pobladores y de confrontación entre los ciudadanos y el gobierno municipal. Días antes de las elecciones de 1949, la Policía se hizo presente para apoyar las políticas del alcalde. Esto generó un enfrentamiento con la población civil pues se pretendió que los habitantes del pueblo colocaran las banderas azules del partido conservador en las casas de los prominentes liberales, en especial en el

local que ocupaba el directorio de ese partido.

Simultáneamente se buscaba a dos dirigentes de la “chusma” que eran cuadros del partido liberal. En medio de la confusión se llevó a cabo el saqueo de algunas de las más importantes tiendas del municipio, sin que se hiciera ningún esfuerzo por evitarlo. Naturalmente los almacenes saqueados eran propiedad de comerciantes liberales.

Estas demostraciones de poder de los funcionarios locales y regionales del gobierno conservador, si bien constituían una retaliación a lo sucedido durante la “República Liberal”, fueron llevando al límite a quienes eran sus víctimas, los liberales casi siempre denominados “chusmeros”. El presidente Ospina era un hombre moderado y había hecho parte de sus políticas la concertación entre partidos, pero fue incapaz de frenar esta ola violenta que cada vez tomaba más fuerza hasta que en un momento dado estuvo fuera de control. Los campesinos se referían a él como la persona que ordenaba las persecuciones, la búsqueda de los “chusmeros” y los demás abusos que se cometían y ello hacía que el sentimiento fuera cada vez más fuerte en su contra. Infortunadamente esta forma de ver la Violencia se extendió por todo el país y fue una de las causas por las cuales los partidos en sus bases se tornaron en acérrimos, mortales e irreconciliables enemigos.

No hay vuelta atrás

La Dirección Nacional Liberal continuó con una posición política ambigua y débil a pesar de la persecución que se llevaba a cabo en los campos. El presidente Ospina no tenía el control de su partido y a nivel regional y local sus delegados actuaban de acuerdo con su propia conveniencia aun sin observar las leyes y mucho menos principios de la más mínima ética.

Para 1949 el ambiente se agitaba todavía más debido a la proximidad de las elecciones para presidente de la República, los dos partidos realizaban sus agresivas campañas, aunque el conservador aprovechaba todas las ventajas que el poder le brindaba. Como se ha visto a lo largo

del presente trabajo, gobernadores y alcaldes no escatimaban recurso para obtener la mayoría absoluta llegando a expulsar, atacar y asesinar a quienes se declararan seguidores del partido liberal.

Por el partido conservador se postulaba Laureano Gómez quien había regresado de un autoimpuesto exilio en España y cuyo programa de gobierno se fundamentaba en un concepto muy centralizado de la autoridad como base para el desarrollo nacional, su agresividad le había dado notoriedad desde sus primeros días como político. Su discurso encendido había sido definitivo en la renuncia de dos presidentes, Marco Fidel Suarez (conservador) en 1921 y Alfonso López Pumarejo (liberal) en 1945 (Arizmendi, 1989, p. 256). Ahora se centraba en debilitar al máximo a sus rivales utilizando el mismo discurso encendido y sectario que lo había caracterizado. Su rival era Darío Echandía dirigente liberal y exministro de Gobierno durante el intento del presidente Ospina por establecer la Unión Nacional luego del 9 de abril, era un hombre culto y estudioso, un político moderado y por tercera vez que se presentaba como candidato presidencial.

Fue en este momento que se produjo el crimen de Vicente Echandía —hermano de Darío— en desarrollo de una manifestación en el centro de Bogotá muy cerca de la plaza de San Martín; un miembro de la fuerza pública que participaba en el control del acto político accionó su arma de fuego en contra de los manifestantes. Algunas versiones indican que el blanco era su hermano menor Darío, no hubo represalias inmediatas por parte de los liberales, pero Darío Echandía retiró su postulación como candidato de esa colectividad a la presidencia de la República. Así para la contienda política de noviembre de 1949 Laureano Gómez quedó como candidato único, “La Dirección liberal no tuvo remedio que decretar la abstención” (Tirado, 1989, p. 138).

La elección de Laureano Gómez como presidente era, sin duda, un hecho y nuevamente el liberalismo estaba condenado a sufrir la estigmatización y persecución que había tenido que soportar durante el gobierno de Ospina Pérez. Inclusive se presagiaban tiempos más duros pues el presidente saliente al menos había intentado actuar con equidad, pero no había tenido la capacidad de controlar a su propio partido. Con la llegada de Gómez al poder se temía la asunción de un instigador que no solo no

controlaría, sino que estimularía la acción en contra de los liberales.

Es interesante recordar que a través del congreso dominado por mayorías de ese partido se había intentado realizar una maniobra política, adelantando un debate en contra del presidente por su falta de acción en el control del orden público nacional, para finalizar destituyéndolo y permitiendo que el designado a la presidencia; Eduardo Santos perteneciente al partido liberal asumiera la primera magistratura (Pardo, 2004, p. 396), Ospina pese a ser un hombre bien educado y partidario del equilibrio político entendió perfectamente la maniobra que en su contra se planeaba desde el congreso y se adelantó a la acción de esta corporación, declarando turbado el orden público y clausurándola además de instaurar censura de prensa.

Ante tales circunstancias la Dirección Nacional Liberal entendió que tenía que ir más allá de lo que tradicionalmente había hecho e inclusive acudir a la conspiración como mal menor para evitar el mayor que se venía venir con el gobierno de Gómez:

Exploraron varias posibilidades. La del pronunciamiento (Golpe) militar primero, aunque el Ejército seguía siendo tan leal como lo había sido el 9 de abril de 1948. Intentaron la huelga general luego del 25 de noviembre de 1949 pero ellos mismos habían destruido la sindicalismo” (Tirado, 1.989, p. 138).

Por ahora con el fin de sabotear las elecciones y de que estas no se llevaran a cabo se decidieron por la primera opción, confiados en que tendrían un amplio apoyo de los sectores liberales de las Fuerzas Militares. Al fin y al cabo, durante la “República Liberal” muchos de sus esfuerzos habían estado dirigidos a politizar la fuerza pública y sabían que tenían adeptos tanto en las Fuerza Militares como en la Policía. Ante las circunstancias pensaban que el “golpe” era una acción lícita.

GOLPE DE ESTADO Y MÁS ALLÁ

Los hechos

El golpe de Estado es una práctica odiosa que proliferó en América Latina durante algún tiempo. En muchos de los casos los Estados Unidos con el fin de proteger sus intereses lo propiciaron o apoyaron tal como sucedió en Guatemala en 1952 empoderando al coronel Carlos Castillo Armas derrocando al gobierno de Jacobo Arbenz. En Colombia fue la clase política la que estimuló, dirigió y trató de aprovechar este tipo de acción, contra la cual, hipócritamente, hacía frecuentes pronunciamientos llenos de encendido espíritu democrático y “antimilitarista”. En 1949 los liberales incluyendo a su dirigencia que representaba los más nobles ideales del estado de derecho, “Darío Echandía, Carlos Lleras Restrepo, Eduardo Santos, Plinio Mendoza Neira, Eduardo Duran Dussán, Alfredo López Velásquez y el mayor retirado Carlos Arturo Jaramillo” (Villanueva, 2011, p. 141), planearon un golpe de Estado contra el presidente Ospina Pérez.

Es fácil entender que si bien se contemplaba la participación de sectores de las Fuerzas Militares no era un movimiento planeado o dirigido por ellas, sino que por el contrario su participación era instrumental en favor de los líderes políticos. Igual situación se presentó en junio de 1953 cuando los conservadores divididos e incapaces de controlar el orden público nacional, instrumentaron al general Rojas Pinilla para que se hiciera cargo del poder. Cuando este tomó vida política propia e intentó desplazar a los políticos tradicionales, verdaderos responsables de lo que sucedía en Colombia, estos se presentaron como grandes demócratas a la vista de la población civil y lo derrocaron. Al respecto Alain Rouquié conocido politólogo francés expresa “Organizado para operaciones de contraguerrilla en pequeños destacamentos, no es un Ejército diseñado para golpes de estado, aunque tiene una buena dosis de poder local” (Rouquié, 1982, p. 209).

Refiriéndose al tema del general Rojas Pinilla escribió “la idea de un golpe militar empezó a ser aceptada favorablemente por los conservadores que temían la descomposición de los sistemas social y económico y por los liberales que esperaban que fuera el fin del ostracismo al que se habían visto sometidos” (Rouquié, 1982, p. 211).

En noviembre de 1949 aceptado como la única posible salida de la difícil situación en que se encontraban los liberales, se inició su planeamiento que contenía dos variables fundamentales. Por una parte, el total respaldo de los sectores de las Fuerzas Militares que seguían esa corriente política y segunda secreto absoluto que permitiera una total sorpresa que tornara inviable cualquier intento de reacción coherente de parte de las unidades militares que permanecieran leales al presidente de la República. Para dar mayor fuerza a estas variables se tomó contacto con dirigentes comunistas como Gilberto Vieira secretario general del partido y otros miembros del comité central con el fin de que colaboraran en el golpe, dada su innegable influencia y control sobre organizaciones sindicales de base que le darían aún más fortaleza.

Si esas dos variables se cumplían era posible seguir con el plan. Este debía en primer lugar contemplar la retención y envío del primer mandatario de la República a algún lugar alejado de Bogotá para así restar-

le legitimidad. Simultáneamente impedir que pudiera comunicarse con miembros de su gobierno en especial con los mandos de las Fuerzas Militares que aún lo respaldaban. Esta sería la fase más importante pues implicaría la ruptura de la línea de mando, el aislamiento del presidente y el caos e incertidumbre en la ciudadanía.

Como siguiente fase que podía llevarse a cabo de manera simultánea, el levantamiento de cuerpos de tropa y estaciones de Policía en diferentes regiones del país apoyados por civiles armados (Mendoza, 1984, p. 267) que a su turno debían retener a los gobernadores y desplazarlos de sus despachos para así crear el vacío de poder que, posteriormente sería llenado por funcionarios designados por el nuevo gobierno. Muy importante sería el alzamiento en las bases de la Armada Nacional en Cartagena (Bolívar) y de la Fuerza Aérea en Apiay (Meta); si era necesario se haría una demostración de fuerza mediante el sobrevuelo del batallón Guardia Presidencial por aviones de combate de la FAC (Fuerza Aérea Colombiana). Este batallón era precisamente el que había impedido que la “chusma” liberal llegara a Palacio el 9 de abril de 1948 y hubiera asesinado al presidente Ospina. Algunos de sus hombres habían muerto en esta acción como el teniente Álvaro Ruiz Holguín y habían demostrado su compromiso con el lema de la unidad “En defensa del honor hasta la muerte”, de ser necesario, se atacaría por parte de los aviones y se bombardearía el Palacio (Mendoza, 1984, p. 268).

De acuerdo con la reconstrucción hecha por Plinio Apuleyo Mendoza (hijo de Plinio Mendoza Neira) “se organizó un bazar en el parque Nacional (Bogotá) se trataba de reunir fondos no para la campaña electoral, sino para comprar armas. No se dijo naturalmente. Pero con ese fino olfato que tiene el pueblo nadie se llamó a engaño, sobre los reales propósitos de aquel bazar” (Mendoza, 1984, p. 266), esas armas serían distribuidas entre las milicias que organizaría el partido comunista y que participarían en coordinación con las Fuerzas Militares. Las armas efectivamente se compraron en Panamá, fueron transportadas mimetizadas en camiones con arena y distribuidas, el golpe lo darían el pueblo y las Fuerzas Militares.

Un aspecto clave sería el papel que los altos mandos debían asumir. Ante todo, su actuación tendría que ser decidida y oportuna, algunos de ellos habían sido ascendidos por Plinio Mendoza Neira cuando era ministro de Guerra de López Pumarejo y se daba por descontado que eran liberales con excepción de los generales Sánchez Amaya y Rojas Pinilla (Mendoza, 1984, p. 267).

Esos eran los días de la postguerra con el Perú y todavía el pueblo se sentía representado por el Ejército que tan dignamente había defendido las fronteras del sur del país. Se convocaría una huelga general por parte de la CTC (Confederación de Trabajadores de Colombia) que ocurriría al mismo tiempo que los demás eventos planeados y se esperaba que hubiera desorden y caos. En ese momento los “generales liberales” debían actuar con prontitud, asumir el mando y convocar a elecciones libres con la certeza de que el pueblo los apoyaría.

Pese a todo el plan no se llevó a cabo, faltando 5 días (se debía realizar el 25 de noviembre) Darío Echandía, Carlos Lleras y algunos otros de los golpistas quizás entendiendo la inmensa responsabilidad que estaban a punto de asumir en especial en caso de que la conspiración fallara, dieron marcha atrás. “Los altos mandos por lo que veo no quieren asumir la iniciativa de una acción. Nos la dejan a nosotros que somos un partido inerme. El riesgo que asumimos es de una magnitud considerable” (Mendoza, 1984, p. 273). De acuerdo con esta versión tomada del libro *La Llama y el Hielo* de Plinio Apuleyo Mendoza, Echandía esgrimió como pretexto que la ciudad se quedaría sin energía eléctrica por un espacio de varias horas y en ese periodo de tiempo podrían morir por falta de asistencia varios niños en el momento de su alumbramiento pues no habría capacidad para atenderlos. Carlos Lleras Restrepo uno de los más entusiastas promotores del golpe, en este momento también perdió su valor y asumió una actitud pasiva.

Pese a la insistencia de Gilberto Viera la decisión de cancelar el golpe se mantuvo y no fue modificada, pero en ese proceso se olvidó informar a la base de Apiay y a su comandante el capitán piloto Alfredo Silva Romero, uno de los principales complotados, quien seguía pensando que debía cumplir con su objetivo de tomarse la ciudad de Villavicencio el

25 de noviembre de 1949. Quizás la falta de un medio de comunicación adecuado causó este involuntario error que sería la causa de los sangrientos acontecimientos en los Llanos entre 1949 y 1953.

Otra versión también recogida por Villanueva dice que el golpe fue denunciado por uno de los propios complotados el mayor de infantería en retiro Carlos Arturo Jaramillo quien inicialmente se había mostrado como uno de sus más decididos partidarios.

Una fuente diferente a las anteriores señala que la información sobre el plan liberal comenzó a difundirse, “bajo este plan modificado y perfeccionado en el siguiente año los liberales supuestamente debían colaborar con el Ejército para derrocar al presidente el 25 o el 27 de noviembre” (Ramsey, 1981, p. 170). Para complicar más las cosas el 20 de noviembre se distribuyó clandestinamente un panfleto instando al Ejército a sumarse a la rebelión. Como es lógico se tomaron medidas por parte del gobierno incluyendo movimientos de cuadros de mando, encarcelaciones y similares.

El capitán Silva

Apiay es una de las veredas más antiguas del municipio de Villavicencio, tiene sus orígenes en una hacienda de propiedad de los sacerdotes Jesuitas en donde habían iniciado la industria de la ganadería, que abarcaba los terrenos que hoy comprenden las veredas El Hachón, La Vigía, La Llanerita, La Cecilia, y parte de Corpoica.

El aeródromo de Apiay. Este proyecto se materializó gracias a la decisión de la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo (SCADATA), de construir en Apiay un Aeródromo con equipos de radio, radiofaro, estación meteorológica y maquinaria para sondeos de vuelo entre otros, de los equipos de aviación moderna del país. Su apertura significó la redención para esta extensa región, que percibió por primera vez el beneficio de la aviación comercial representada en la movilización de pasajeros y carga. (Tobon, 2002, p. 2)

En 1932 con motivo de la guerra con el Perú y por razones logísticas se construyó un aeródromo militar en San José del Guaviare, pero una vez finalizada esa contienda por motivos técnicos y por presión de la ciudadanía de Villavicencio se trasladó a la vereda Apiay ocupando las instalaciones que hasta ese momento había tenido SCADATA. En 1947 fue anexada como aeródromo a la base aérea de Madrid (Cundinamarca) y se organizó como “Escuadrón Mixto de los Llanos Orientales”, más adelante el Escuadrón se vería envuelto no solo en la toma de Villavicencio, sino en el conflicto que se generó durante casi cuatro años.

Algunos de sus hombres participaron junto con el capitán Silva en la toma de Villavicencio, varios de sus pilotos perecieron en combate apoyando a las tropas de otra unidad que se organizaría “a partir de 1950 en el mismo lugar el Batallón de Infantería ‘Batalla del Pantano de Vargas’ o simplemente Batallón Vargas”. Tanto la base de Apiay (en ese momento aeródromo) como su comandante el Capitán Silva pasaron a la historia como protagonistas de uno de los episodios más trágicos en la historia de Colombia, la rebelión de los llaneros.

El Capitán piloto de la Fuerza Aérea Colombiana Alfredo Silva Romero había sido destacado a la base aérea de Madrid en 1949 de donde fue enviado en comisión al aeródromo militar de Apiay como comandante. Durante su trayectoria militar luego de graduarse como piloto en Julio de 1941 en la Base-Escuela Ernesto Samper de Cali (Hoy en día Escuela Marco Fidel Suarez) ocupó varios cargos. Su especialidad básica fue piloto de aviones de bombardeo y posteriormente de aviones Catalina (con flotadores para acuatizar en ríos) motivo por el cual estuvo destacado en las bases aéreas de Palanquero (Dorada, Caldas) y Tres Esquinas (Caquetá); se especializó en bombarderos en la estación aeronaval de Corpus Cristi (Texas) en 1944, era natural de un pequeño pueblo cundinamarqués, Junín en la provincia del Guavio.

El capitán Silva era uno de los militares “liberales” que habían sido contactados para participar en el golpe en contra del gobierno de Mariano Ospina pues como los hechos lo comprobaron era un hombre en el cual la “revolución” podía confiar. Su pueblo natal (Junín) había sido

tradicionalmente conservador, sus estudios de bachillerato en el colegio Nuestra Señora del Rosario sugieren una educación católica y de corte igualmente conservadora. Sin embargo, su ingreso a la Base-Escuela Ernesto Samper de Cali en 1937, en plena hegemonía liberal, pudieran igualmente haber tenido influencia en su personalidad, cuando Silva se encontraba en plena juventud. Es muy posible que el choque entre la cultura restrictiva con que había sido educado y la libertad que le brindaba su profesión hubiera tenido una reacción contra productiva muy propia de los jóvenes de la época y se hubiera inclinado hacia una visión más liberal de la realidad.

También es posible que otras dos variables hayan influido en su comportamiento, el discurso sectario de la “República Liberal” que se centraba en un país más equitativo que implícito traía un mensaje para inducir a la fuerza pública a su favor y la violencia que quizás presencié durante su ejercicio profesional, generada por los conservadores y su criminal deseo de venganza. Sin embargo, de haber sido así es probable que hubiera sido algo temporal, pues muchos años más tarde entre 1977-78 fue presidente de la Asociación de Oficiales Retirados de la Fuerza Aérea, ASORFAC, institución de reconocidos principios conservadores y dedicados a preservar las tradiciones, en la biografía que es presentada en la mencionada asociación como referencia no se menciona su paso por Apiay en 1949.

No hay certeza de cómo el capitán Silva resultó implicado en el intento de golpe de Estado, pero su apoyo se convirtió en el eje de la revolución en los Llanos Orientales; indujo a sus subalternos para que fueran parte del movimiento y obtuvo su lealtad y cooperación. Entre ellos se encontraba el Teniente Ricardo Vanegas Castillo, también miembro de la Fuerza Aérea e hijo del General del Ejército Carlos Vanegas a quien llamaban “el Buchón” y quien formaba parte del Estado Mayor del Ejército. El teniente Vanegas recibiría la mayor de las condenas (17 años en prisión) por los actos del 25 de noviembre de 1949, también lo secundaron en sus acciones violentas los suboficiales Jorge Ballén, Alejandro Orrego, Juan José Espinel, Manuel A. García y Víctor H. Monroy todos ellos pertenecientes a la Fuerza Aérea Colombiana.

El capitán Silva fue quien conectó al liberalismo local y al sector popular gaitanista con las directrices del liberalismo de Bogotá.

Silva consigue que tanto la élite liberal como los sectores populares liberales gaitanistas, unifiquen sus objetivos en base a la lucha bipartidista [...] El capitán Silva se acercó a los sectores populares ayudándolos a protegerse de los abusos de la Policía conservadora. De esta manera la cuadrilla de Eliseo Velázquez comienza a recibir apoyo militar y órdenes de boicotear la campaña y las elecciones presidenciales que se realizarían el 27 de noviembre de 1949. (Gómez, 2011, p. 244)

Ello evidencia que Silva tenía comunicación con la DLN y de ella recibía las órdenes e instrucciones para preparar la toma de la ciudad además de otros municipios cercanos. También permite ver que el mencionado capitán, ejercía determinado grado de control sobre Eliseo Velázquez y su grupo armado. Recorrió los sectores de los Llanos que consideraba importantes para las futuras acciones revolucionarias y no solo realizó reuniones políticas, sino que distribuyó logística para los grupos armados que ya empezaban a surgir como en Trinidad (Casanare) en donde dejó munición (Gómez, 2011, p. 244).

Quizás el aspecto de mayor trascendencia que se puede deducir de las actuaciones del capitán Silva fue la manera como unificó al liberalismo; logrando que tanto los oficialistas, que constituían la oligarquía local y las clases populares que eran la base del gaitanismo, formaran causa común y se involucraran con la rebelión. Así los hacendados se confundieron con sus peones e iniciaron la lucha armada en contra del estamento conservador con la idea de derrotar a su fuerza principal, la Policía.

La toma de Villavicencio

El no haber informado sobre la cancelación del golpe desembocó en que se llevaran a cabo tres acciones importantes por parte de los complotados, dos ellas en los Llanos Orientales y la otra en Santander.

El último de los casos ya ha sido mencionado y estuvo a cargo de Rafael Rangel Gómez, el ex miembro de la Policía Nacional y ex alcalde de Barrancabermeja quien para sabotear las elecciones atacó con una fuerza de 400 hombres la población de San Vicente de Chucuri y asesinó a 200 personas incluyendo un número apreciable de mujeres y niños. Indudablemente cumplió con su misión de sabotear las elecciones.

En Villavicencio el capitán Silva tampoco fue notificado de la cancelación del golpe y el 25 de noviembre en las primeras horas de la noche lanzó su operación:

Lo que desató todo esto fue la falta de un teléfono para que le hubieran dicho a Silva que ya no íbamos a hacer nada. El error fue ahí, ese fue el detalle, la falta de una llamada telefónica desató una página sangrienta en la historia de Villavicencio. (Gómez, 2011, p. 244)

No se trataba de un sola acción era la coordinación de varias de tal manera que el Llano fuera rápidamente controlado y así contribuyera al cumplimiento del propósito general la toma del poder por los liberales. En términos generales mientras él se tomaba a Villavicencio, Eliseo Velásquez y su grupo harán lo mismo en Puerto López, Cumaral y otras, segunda acción importante que se realizaría en los Llanos.

Un grupo de conservadores supo de las intenciones del capitán y trató de anticiparse y acabar con el plan realizando un atentado en su contra mediante la colocación una bomba que fue activada cuando transitaba entre Villavicencio y Apiay el 24 de noviembre de 1949. El intento falló, pero Silva alcanzó a reconocer entre los autores a José Luis Rojas llamado el “chato Rojas” integrante del partido conservador, rostro que el capitán no olvidó.

La descripción que hace Andrés Gómez Barrera del desarrollo del plan resulta bastante ilustrativa. Al lanzarse la contraseña “cabo Bobo, tomó cerveza” el plan entró en actividad, pues era una señal pre convenida para indicar que el intendente Carlos Julio Rengifo y la mayor parte de la Policía habían salido hacia Cumaral que ya estaba siendo

atacada por hombres de Velásquez como primera parte del plan. Inmediatamente los hombres de Silva se dirigieron a la entrada oriental de la ciudad con el fin de controlarla y en la bomba de gasolina que allí existía dieron muerte a los agentes de la Policía Nacional Carlos Eduardo Leal y Manuel Simón Nieto quienes fueron las primeras víctimas de la insurrección llanera. Una vez asegurada la entrada en ese momento más importante de Villavicencio se dirigieron a la estación de Policía en el centro de la ciudad y la tomaron luego de que los 6 agentes que la defendían se hubieran rendido.

Otro grupo de los seguidores de Silva tomó la planta eléctrica en la salida hacia Bogotá y detuvo a los dos agentes que la custodiaban; finalmente rodearon el parque principal y allí también detuvieron a los 4 agentes que custodiaban ese sector y sus alrededores, de esta forma eliminaron la presencia de la Policía y tuvieron el control total de la ciudad. Silva penetró a la gobernación (hoy en día es el edificio Nacional de Correos) asumió el poder departamental y dispuso que todo el material electoral destinado a las elecciones presidenciales del 27 de noviembre de 1949 fuera destruido e incinerado.

Entre tanto el Intendente Rengifo y el resto de los agentes de la Policía que habían ido y resuelto la situación en Cumaral regresaron a Villavicencio aproximadamente a medianoche, para encontrarse con los soldados de Silva y unos hombres de la cuadrilla de Velásquez que apoyaban al capitán —entre ellos el “cabo Rojas” que en realidad era un matarife de Puerto López, Jorge Carreño y otros— quienes luego de intimarles rendición los tomaron cautivos y los condujeron a la cárcel.

Al enterarse los compañeros del “chato Rojas —el frustrado conspirador en contra del capitán Silva— de lo que estaba sucediendo, intentaron protegerlo encerrándolo en la cárcel para librarlo de las represalias que posiblemente Silva tomaría luego del frustrado atentado en su contra, sin saber que ese era otro de los objetivos de los complotados y que el propio capitán se dirigía hacia ese lugar.

Como sucede en casi todas las tomas de pueblos y ciudades, la liberación de los presos, por su valor populista, es uno de los pasos más importantes para cumplir con el objetivo de cambiar tanto el régimen local

como el nacional. Silva sabía que en ese lugar de detención de Villavicencio de encontraban numerosos campesinos, que habían sido detenidos la mayor parte de ellos injustamente; dirigió sus soldados hacia allí, tomó el control y los liberó, entre ellos se encontraba Guadalupe Salcedo, quien no estaba detenido por asuntos políticos o arbitrariamente encarcelado por la Policía. Por el contrario, era un conocido “cachilapero” o ladrón de ganado y el motivo de su detención era el asesinato de una tía por lo cual fue liberado por error.

Silva que era un hombre vengativo se había enterado de que el “chato” Rojas autor del atentado en su contra, había buscado refugio en ese lugar tratando de escapar de las represalias que estaba seguro se tomarían contra él. Fue en vano pues tan pronto fue identificado cayó fusilado por el propio capitán (Gómez, 2011, p. 249).

Simultáneamente Eliseo Velásquez a quien ahora llamaban “cheíto” atacaba Puerto López, luego de lo sucedido el 9 de abril la localidad había sido reforzada con más agentes de Policía y 18 de ellos (al mando de un sargento), se encontraban presentes cuando se produjo el ataque. “Cheíto” logró sorprender a los miembros de la Policía quienes se entregaron, “primero fueron los abusos contra la población civil, la violación de las mujeres, robos asesinatos, incendios, y pillaje. Después fueron decapitados los policías, pero en esto hubo un aporte nuevo: la decapitación se hizo con un serrucho” (Villanueva, 2011, p. 166).

Para mayor crueldad “cheíto” obligó a algunos habitantes a participar de estos actos para así comprometerlos con la revolución, cumplida su misión “cheíto” se replegó Llano adentro sobre las márgenes del río Meta para alentar a sus pobladores a unirse a la revolución. Su llamado fue recibido con entusiasmo y muchos de ellos en efecto lo hicieron además de brindar su apoyo material; fue una época de efervescencia revolucionaria en las planicies de la Intendencia del Meta y la comisaria del Casanare, se miraba al futuro con esperanza y se creía que el movimiento armado recién iniciado tendría éxito.

Tan pronto se supo en Bogotá sobre lo ocurrido en Villavicencio, el gobierno dispuso el envío de un destacamento militar que restableciera el orden, tomara el control de la región e instituyera de nuevo la

presencia y autoridad del Estado en Villavicencio y todos los Llanos Orientales.

De manera apresurada se dispuso el envío del mayor del Ejército Ezequiel Rojas Casadiego quien comandaría la tropa secundado por un joven y brillante oficial el teniente de infantería José Joaquín Matallana Bermúdez. Una vez en Villavicencio, Rojas desplegó sus soldados y de manera incruenta ocupó la ciudad, restableció la autoridad, liberó al intendente y normalizó la situación. Había sido designado Jefe Civil y Militar de los Llanos y de inmediato inicio sus funciones, el capitán Silva no opuso ningún tipo de resistencia se entregó pacíficamente y fue detenido igual que sus subalternos. Otros instigadores como Hernando Durán Dussán y Jorge Carreño conocidos dirigentes políticos liberales de Villavicencio quienes participaron activamente en el movimiento también fueron colocados bajo arresto.

Aparentemente la normalidad regresó a Villavicencio, el teniente Matallana Bermúdez fue designado como alcalde de la ciudad e implementó una serie de medidas de control que fueron efectivas. El problema, sin embargo, no era Villavicencio, era lo que las acciones del capitán Silva habían despertado en dos sentidos; por una parte, el espíritu rebelde de los llaneros que ahora sentían que la rebelión era posible y sería exitosa. El ejemplo lo estaba dando Eliseo “cheíto” Velásquez, con la toma de Puerto López y los demás poblados que habían atacado y ocupado el 25 de noviembre de 1947. El entusiasmo era tal que ya muchos habitantes de las llanuras se habían unido a su causa y “cheíto”, pese a la crueldad innecesaria que había desplegado en Puerto López era visto como un líder de respeto.

Pero por otra parte la muerte de agentes de la Policía y de algunos ciudadanos durante el levantamiento, así como los saqueos y abusos que también se habían presentado, habían convencido al gobierno conservador que la única manera de poner fin a tales desmanes y al riesgo de una escalada liberal era mediante la utilización de la fuerza.

Era por consiguiente indispensable implementar una serie de medidas drásticas en toda la región para evitar que se saliera de control, se pensaba en la existencia de una revolución coordinada. La herramienta

principal sería la Policía que, si bien no contaba con efectivos muy altos, según datos de la época no contaba sino con 25.000 miembros en toda Colombia (Ramsey, 1981, p. 179) podía ser acompañada por auxiliares “chulavitas” que también existían en esta parte de país como consecuencia del constante hostigamiento entre los seguidores de los dos partidos.

Además, estaban por realizarse las elecciones para presidente de la República el 27 de noviembre de 1949. Luego de la muerte de su hermano Vicente, Darío Echandía había desistido de su candidatura determinando así el retiro del partido liberal de las elecciones, por lo cual Laureano Gómez a nombre del partido conservador sería el candidato único. Lo que preocupaba no era entonces que se pudieran perder las elecciones, sino que fueran saboteadas en las diferentes ciudades y regiones y tuvieran que ser suspendidas lo cual daría una nueva oportunidad a los liberales. Las medidas de seguridad fueron muy severas y las elecciones pudieron ser realizadas el día señalado para tal fin.

CONSOLIDACIÓN DEL CONSERVATISMO

Lo que siguió

Luego de la rendición del capitán Silva y la “normalización” de la situación, las elecciones presidenciales del 27 de noviembre de 1949 pudieron ser llevadas a cabo en todo el país (en realidad las elecciones debían llevarse a cabo en junio de 1950 pero por presión del congreso fueron adelantadas) a pesar de la huelga general que convocó el liberalismo y que no tuvo ningún efecto importante. Como era apenas natural el ganador fue el único candidato, el conservador Laureano Gómez quien obtuvo 1.140.122 votos (Caicedo, 1.999, p. 5), solamente hubo 23 votos en todo el país por los liberales y 501 anulados. En estas elecciones por primera vez en la historia colombiana un candidato logró rebasar el 1.000.000 de votos a su favor. Sin embargo, para nadie era un secreto que la manera como se habían obtenido había sido lo tradicional en esos días en Colombia: a través de la intimidación y la violencia. El nuevo presidente tuvo como eje de su gobierno el mantenimiento del orden en todo el país y sus acciones estuvieron dirigidas a ese fin. La transición entre el gobierno de Mariano Ospina y el de Laureano Gómez no trajo cambios definitivos en la situación.

En los países vecinos en especial en Venezuela la elección del presidente Gómez causó malestar pues líderes políticos como Rómulo Betancur jefe del partido Acción Popular veían en esa elección un obstáculo para la expansión de sus ideas de izquierda. Inclusive hay versiones que lo vinculaban con Fidel Castro y otros estudiantes cubanos, en la preparación del “Bogotazo” como parte de las actividades que coordinó la izquierda para sabotear la IX conferencia panamericana el 9 de abril de 1948 en Bogotá. De ahí que afirmó “En Colombia el doctor Laureano Gómez discípulo oportunista de Francisco Franco llegó al Palacio de San Carlos pasando por encima de los cadáveres de miles de liberales, hacendados, trabajadores y granjeros y luego sostuvo una farsa electoral sin competencia en las urnas y sin libertad en las calles” (Ramsey, 1981, p. 171).

El presidente Gómez implementó una serie de medidas de diferente índole que en el fondo buscaban mantener un férreo control sobre los liberales. La esencia de su política fue el mantenimiento del “estado de sitio” en todo el territorio nacional. Esta figura jurídica comprendida dentro de la constitución de 1886 artículo 121 establece que:

En los casos de guerra exterior, o de conmoción interior, podrá el Presidente, previa audiencia del Consejo de Estado y con la firma de todos los Ministros, declarar turbado el orden público y en estado de sitio toda la República o parte de ella [También se establece] Mediante tal declaración quedará el Presidente investido de las facultades que le confieran las leyes, y, en su defecto, de las que le da el Derecho de gentes, para defender los derechos de la Nación o reprimir el alzamiento. Las medidas extraordinarias o decretos de carácter provisional legislativo que, dentro de dichos límites, dicte el Presidente, serán obligatorios siempre que lleven la firma de todos los Ministros. (Congreso, 1885)

Con la adopción de estas disposiciones, el poder de Gómez fue casi que absoluto y complicó más la situación de los liberales. Se traducían en las áreas rurales y en caseríos y poblaciones en un régimen de autoritarismo extremo en donde el poder por lo general sin límites recaía sobre

los alcaldes, conservadores naturalmente, que delegaban o se servían de la Policía, que en el momento estaba casi en su totalidad conservatizada para hacer cumplir los mandatos del “estado de sitio” En todos aquellos lugares en donde no solamente el 9 de abril, sino durante el frustrado golpe de Estado del 25 de noviembre de 1949 había habido acciones en contra del gobierno se aplicaban los decretos con toda drasticidad. La justicia se ejercía con indudable sesgo y la acción violenta la complementaba con la nefasta intervención de policías politizados y “chulavitas” empoderados y con habitual deseo de venganza.

Los enfrentamientos armados entre veredas liberales y conservadoras aumentaron considerablemente tanto en frecuencia como en intensidad. Finalizadas con elevados saldos de muertos y herido venían las retaliaciones individuales con la participación de “pájaros” y “bandoleros” En el municipio de Yacopí (Cundinamarca) grupos de liberales que apoyaban a los guerrilleros de Saúl Hernández el temible jefe de un grupo al que los conservadores clasificaban como “bandoleros” fueron atacados por estos quienes querían cobrar venganza de sus rivales para terminar arrojándoles dinamita resultando muertos 12 liberales y heridos otro tanto.

En los pueblos del piedemonte llanero estas sangrientas peleas partidistas entre vecinos cobraron tantas víctimas que se inició el reconocido éxodo hacia la república de Venezuela en donde cada día era mayor el número de colombianos que llegaba huyendo de los enfrentamientos en los pueblos y veredas del país. En un momento dado llegaron a contarse 1300 personas atravesando la frontera de los dos países, dando inicio a una verdadera romería, que se mantendría durante muchos años constituyéndose en casi que una costumbre. Solamente mucho después (gobierno de Nicolás Maduro) la tendencia se invertiría y serían los venezolanos los que buscarían refugio en Colombia ante el cambio drástico de la situación interna en Venezuela con perfiles tan dramáticos como los que se presentaron a partir de 1949.

Al nivel político era muy poco lo que podían hacer los dirigentes liberales, pues sin la posibilidad de intervenir desde el congreso que se encontraba clausurado se limitaban a expedir declaraciones condenando al

gobierno. La Dirección Nacional Liberal “declara que la farsa electoral del 27 de noviembre de 1949 no concede a nadie el derecho a ejercer el poder con título valido ni tampoco a ser obedecido o acatado en un pueblo libre” (Ramsey, 1981, p. 172).

Esta serie de circunstancias llevaron a que paulatinamente surgiera un vector que jalonó diferentes grupos hacia la acción violenta en contra del gobierno, sin que obligatoriamente hubiese existido unidad en los métodos ni en los medios, aunque la conveniencia en determinados momentos orientó el curso de acción a tomar, entre ellos se contaban guerrilleros, bandoleros, delincuentes de todo tipo y otros.

Una característica común fue la falta de coordinación o subordinación con alguna entidad política como el partido liberal pues, aunque este simpatizaba y apoyaba estos grupos surgidos como una reacción ante la violencia, no se involucraba directamente en su conducción. Su falta de decisión había quedado demostrada durante el frustrado golpe de estado del 25 de noviembre; en otras regiones del país como el en sur del Tolima el partido comunista había organizado y estimulado y apoyado a grupos armados que seguían sus orientaciones.

El gobierno, siguiendo su política de autoritarismo vio legitimada su idea de sofocar la violencia que se generaba con la imposición de su autoridad enfrentando a los generadores de violencia y aún más anticipándose a sus propósitos, aprovechando los decretos y disposiciones que el estado de sitio le brindaba. Para aumentar sus herramientas a todo nivel en 1950 se ordenó unificar la Policía municipal, departamental y Nacional en un solo cuerpo. No significó algún cambio en la cadena operativa de mando que continuó encabezada por los gobernadores y alcaldes quienes incesantemente las utilizaban en el cumplimiento de sus propósitos políticos por encima de los de gobierno, pese a que desde 1932 durante la administración presidente Olaya Herrera a solicitud de los mandos militares de la época se había suspendido el derecho a participar activamente en los procesos electorales como sufragantes directos es decir se les había suspendido el derecho al voto para prevenir su intervención en asuntos proselitistas de partido o tratar de influenciar a quienes se hallaban a su alrededor por razón del servicio.

La provincia de Casanare y las Comisarías

Los Llanos Orientales, tradicionalmente habían estado marginados de las guerras y la violencia que por lo general azotaban al país, internamente sufrían de alguna inseguridad y del robo de ganado que dadas las magnitudes que había alcanzado esta industria era difícil de controlar, dando origen al abigeato llamado localmente el “cachilapeo”. La distancia que separaba a la provincia de Casanare y a las comisarías de Arauca y Vichada en especial en sus regiones orientales hacía que la influencia del gobierno colombiano fuera muy poca, pues las grandes distancias y las pocas vías de comunicación eran verdaderos impedimentos.

No es exagerado decir que a esa región de los Llanos solamente iban personas con la idea de explotar alguna de las capacidades de la región sin intención de buscar aportar o emprender alguna iniciativa beneficiosa. Solamente los sacerdotes católicos de diferentes órdenes religiosas mostraban sincero deseo de progreso y aún más de protección de las comunidades indígenas que allí habitaban y eran duramente explotadas por “colonos” o propietarios de fincas y haciendas.

Al Casanare la guerra o la violencia había llegado siempre de afuera, a veces de Venezuela a veces del interior de Colombia; los llaneros eran excelentes equitadores y grandes luchadores en la sabana pero no eran los organizadores de las gestas en que participaban, durante el período de la independencia la provincia se constituyó en el único territorio libre de la Nueva Granada luego de la reconquista española llevada a cabo por Pablo Morillo. Juan Nepomuceno Moreno, un llanero nacido en Paz de Ariporo fue el primer presidente de la Nueva Granada, aunque sus funciones fueron simplemente interinas y después tuvo cargos de menor trascendencia como comandante de la caballería patriota y otros de ese nivel. Moreno nunca tuvo la iniciativa de organizar en mejor forma su provincia y aspirar a libertar a su patria, ni aun cuando uno de los organizadores de la República el general Francisco de Paula Santander estuvo bajo su mando durante algún periodo de tiempo. Por el contrario, la vida transcurría entre rencillas, rivalidades y vanidades. Pore, un municipio olvidado hoy en día, ubicado en llanura casanareña, tuvo el

honor de ser la capital temporal de la Nueva Granada, no fue sino hasta que Simón Bolívar trajo la guerra y la iniciativa desde Venezuela que los llaneros se movilizaron, organizaron batallones de infantería y escuadrones de caballería y se aprestaron para cruzar la cordillera y derrotar al Ejército del Rey en Boyacá. Irónicamente Santander, quien abandonó el Llano y se unió a Bolívar en Venezuela, fue la persona que posteriormente y bajo el mando del Libertador organizó, entrenó y equipó a las tropas llaneras, las mismas que tiempo antes lo habían despojado del mando en Casanare.

Años más tarde llegó al Llano un caudillo liberal natural de Charalá (Santander) llamado Gabriel Vargas Santos, se estableció en Tame (Arauca) en una finca de su propiedad, pronto empezó progresar y su ganadería a aumentar. Era un hombre noble, querido y respetado, participó en la guerra civil de 1885 y organizó algunas unidades con los llaneros, pero en esencia actuó en la batalla de la Humareda (Magdalena) el 17 de junio de 1885. Regresó al Llano, pero poco tiempo después fue llamado por liberalismo para comandar el Ejército en la Guerra de los Mil Días (1898 -1902). Con su peonada, más otros elementos, organizó un ejército que llevo a combatir en Santander en la célebre batalla de Palonegro en donde fue derrotado, volvió nuevamente a su finca en Tame. Allí propagó el liberalismo entre el campesinado de tal forma que en una inmensa mayoría esa región de Arauca se tornó liberal.

Uno de los principales factores era el carisma del general pues el bajo nivel intelectual y cultural de los habitantes de esa parte de Tame, hacían que fuera más un proceso emocional que ideológico. Así fue también como durante la insurrección llanera de 1949-53 los peones siguieron a sus amos a la lucha contra el Policía y los “chulavitas. Vargas permaneció en el Llano hasta su muerte en Tame el 22 de junio de 1914. Su liderazgo fue la causa que los llaneros participaran en dos guerras civiles (1885 y 1899), pero no dirigieran ninguna limitándose como siempre a ser soldados bajo sus órdenes.

Más adelante, el 30 de diciembre de 1916, en la población de Arauca capital de la intendencia del mismo nombre otra persona proveniente de un departamento del interior volvió a llevar la violencia al Llano.

Humberto Gómez quien se decía liberal, cruzó el río Arauca procedente de Venezuela con 50 hombres armados, sorprendió a la guarnición dio muerte a 12 gendarmes y al resto los tomó prisioneros, ocupó el edificio de gobierno, asesinó al comisario General Esteban Escandón y proclamó la independencia de Arauca. Pese a ello parece que no se trató de un acto político sino por el contrario, de delincuencia común con oscuros fines de enriquecimiento pues su primera acción fue saquear el tesoro público, incinerar los archivos judiciales y de la comisaría.

Con anterioridad el presidente Carlos E. Restrepo temiendo una secesión dada la inmensa influencia venezolana sobre este territorio, lo había segregado de Casanare le había dado gobierno y vida propia. Aun así, diariamente aumentaba el número de venezolanos que se asentaba en Arauca huyendo de la violencia en su tierra. Para prevenir cualquier situación anómala era que se había nombrado a un militar como el general Escandón a la cabeza de la comisaría, luego de la ocupación de la capital de la comisaría por parte de Gómez la noticia tardó 5 días en llegar a Bogotá en donde el presidente José Vicente Concha la recibió con gran sorpresa. Inmediatamente ordenó le envió de tropas con el fin de poner término a tan oprobiosa situación. Dos columnas fueron enviadas una al mando del general Jesús García sobre el eje general Boyacá-Chita-Tame para desembocar sobre la ciudad de Arauca. Una segunda columna dirigida por el general Salomón Correal navegando por el río Meta hasta Orocué y de allí cruzando los Llanos hasta Arauca.

Humberto Gómez previendo esta reacción huyó desde el 5 de febrero hacia Venezuela y cuando las tropas enviadas desde Bogotá arribaron a Arauca el 9 del mismo mes, solamente encontraron a algunas personas de las cuales se sospechaba que de una u otra forma habían participado o colaborado con los asaltantes.

Un juicio en contra de Humberto Gómez (ausente) y sus hombres realizado en Santa Rosa de Viterbo permitió ver no solamente las atrocidades cometidas por este grupo sino los abusos de las tropas que habían sido enviadas a sofocar la violencia en Arauca, lo cual causó un gran escándalo. Los liberales encabezados por Enrique Olaya Herrera utilizaron lo que se llamó el “asunto Arauca” para unir a su partido en

contra del gobierno conservador. Humberto Gómez quien tenía la doble nacionalidad colombo-venezolana permaneció oculto en ese país hasta que con el tiempo el proceso prescribió y los cargos en su contra perdieron vigencia. Posteriormente regresó a Colombia se radicó en Cúcuta y murió de muerte natural en 1956.

Algunos autores han tratado de demostrar con este episodio como desde tiempo atrás existía en la región un alto grado de rechazo al gobierno conservador de Arauca que se materializó con el ataque de Humberto Gómez. Los hechos por el contrario han logrado comprobar que lejos de una acción política se trató de una acción eminentemente delincinencial con fines de lucro y que no buscaba un objetivo de aquella naturaleza.

Las acciones aquí narradas demostraron una vez más que la violencia o la guerra ha llegado a los Llanos Orientales proveniente de regiones situadas fuera de su territorio e impulsadas por personas que no nativas de su territorio que han aprovechado las características y circunstancias propias de la región para instrumentarlas a su favor e impulsar diferentes causas incluyendo la rebelión de 1949-53. Con el tiempo, la mayoría de estos líderes han comprendido que su propósito es inviable y al igual que Humberto Gómez han emprendido la huida o claudicado sin haber aportado nada por la región. (Portafolio , 2007).

Listas para la rebelión

A pesar de su aislamiento con relación al resto del país el liberalismo había penetrado profundamente en la provincia de Casanare y en las comisarías de Arauca y Vichada, como ya se explicó no era un liberalismo doctrinario sino una tradición oral surgida de los labios de los amos y patronos de los hatos que con el correr de los años se había arraigado profundamente en el corazón de los llaneros. Se hablaba de las glorias de los grandes caudillos como el considerado llanero Gabriel Vargas Santos “corazón bueno” también conocido como el “gran viejo” que había sembrado el liberalismo en toda la región, aunque en realidad sus glorias

eran reducidas ya que había sido derrotado en la batalla definitiva de la Guerra de los Mil Días y así condenado al liberalismo, a estar fuera del poder durante 30 años o del empuje de Rafael Uribe Uribe, otro de los grandes derrotados de esa contienda que en algún momento había recorrido el piedemonte llanero para ascender a la sabana de Bogotá y con sus tropas que incluían un buen número de llaneros tratar de resarcir los resultados adversos para nuevamente ser derrotado y abandonar definitivamente la lucha.

Esos peones cuya escala social analizan varios autores como Villanueva, Ramsey y otros, (Conuqueros, vegueros, caballerizos, vaqueros, capataces) y que, en el centro del Llano, no habían sido víctimas de la violencia y represión oficial conservadora, se estaban sin saberlo preparando para ser los soldados de la rebelión, defendiendo un liberalismo al que se creían obligados y agradecidos, pero que los mantenía en la situación de pobreza de la cual nunca habían salido ni podrían salir. Así transcurría la vida Llano adentro en los hatos y grandes haciendas de las inmensas regiones de Meta, Casanare, Arauca y Vichada. No existía un concepto político unificado, sino que por el contrario cada dueño o patrón ejercía la autoridad dentro de los límites de su predio incluyendo a sus colonos, aparceros, jornaleros, arrendatarios y demás teniendo como guía sus propios intereses. Más adelante se verá como esta forma de ver la rebelión fue la causa principal de su estancamiento y posterior entrega.

A pesar del incidente sucedido en Arauca en 1.916 con Huberto Gómez también conocido como la “Humbertera”, las comisarías para 1948 se encontraban en estado de abandono. La burocracia local era realmente muy pobre, los comisarios debían hacer grandes esfuerzos para cumplir con su deber y pocas veces lo conseguían pues precisamente esas condiciones no eran suficientes. La venta de licor y el consecuente impuesto era quizás el renglón financiero que permitía sobrevivir si bien la estructura de la burocracia era muy magra, fundamentándose en los empleados estrictamente necesarios.

En muchos casos tal estado de pobreza hacía que los funcionarios locales se dedicaran a otras actividades como la misma ganadería, la agricultura y algunas menos productivas como la caza de animales “de

monte” e inclusive la pesca. Como es apenas lógico, al estar aisladas de su gobierno central en Bogotá dependían más de lo que pudieran obtener en Venezuela, aunque algunas de sus necesidades no podían ser resueltas allá, como por ejemplo la justicia. Los juzgados se encontraban en Villavicencio y allí se tomaban las decisiones. Pero para poder llegar a esa instancia el camino era tan largo y complicado que muchas veces no era viable y por ende la impunidad era rampante.

Sin duda había dependencia de Venezuela que para la época ya estaba consolidando su fabulosa industria petrolera que a partir de 1916 y bajo el gobierno del dictador Juan Vicente Gómez había iniciado actividades, ese movimiento proveniente del país vecino favorecía a los comerciantes locales tanto en Arauca como en Puerto Carreño, pues lograban colocar sus mercancías a precios muy favorables que eran rápidamente adquiridas por visitantes provenientes del otro lado de los ríos fronterizos.

La situación era un tanto diferente en Casanare pues la proximidad de la cordillera y en particular del piedemonte llanero, facilitaba las actividades comerciales y brindaba mayores posibilidades al comercio y este tipo de actividad. De todas formas, el ambiente producido por todos estos actos había generado un ambiente muy propicio para el estallido de la rebelión.

LA REBELIÓN

¿Cómo se inició?

Las acciones armadas que dieron inicio a la rebelión llanera no se presentaron de una manera uniforme o coordinada, por el contrario, fueron dándose en la medida en que los grupos que se alzaron en diferentes regiones lograron determinadas condiciones que lo permitieron. Estas condiciones se referían en esencia a los mínimos de logística necesarios para lanzar los primeros ataques así estos fueran de poco alcance, de tal manera que la secuencia de los acontecimientos se dio de acuerdo con ello. Al presentar tales características es fácil inferir que no hubo un plan específico para desarrollarla, así como tampoco objetivos a largo o a corto plazo. No existió inicialmente intención de llevar a cabo una manifestación colectiva, como sí se había tratado en noviembre de 1949 en desarrollo del frustrado golpe de Estado promovido por la Dirección Nacional Liberal. En términos generales quizás el único aspecto en común había sido tratar de impedir la realización de las elecciones de noviembre de 1949.

En últimas se comenzó a escuchar la consigna dada por nadie, pero repetida por todos: no se debía permitir la realización de las elecciones del 27 de Noviembre, por ser la única estrategia para que el liberalismo volviera al poder y cesara la persecución. Esa consigna la hicimos nuestra y así la difundimos a donde quiera que íbamos. (Fonseca, 1987, p. 46)

Sin embargo, el capitán Silva trató de que el estallido de la rebelión en el Llano si fuera un acto coordinado y lo más violento posible. Con anterioridad se hizo presente en varios caseríos para informar, coordinar y organizar hasta donde fuera posible la rebelión, como lo asegura uno de los jefes del liberalismo en Villavicencio Rafael Gómez en reunión con el jefe guerrillero Eduardo Fonseca:

La orden del capitán Silva era no dejar hacer las elecciones, comenzando el ataque el 26 de noviembre por la noche y sosteniéndolo por cuatro días más, plazo calculado para derrocar las autoridades de todo el país; así mismo que en Bogotá la situación era alarmante que una emisora clandestina estaba informando sobre las huelgas en los principales centros obreros y que ya había estallado la primera en Barrancabermeja. (Fonseca, 1987, p. 50)

Rafael Gómez seguía al pie de la letra las instrucciones del capitán Silva, pero al igual que este, estaba desactualizado y desinformado, pues desde el 20 de noviembre se habían cancelado todos los planes para el levantamiento armado, por la Dirección Nacional Liberal (DNL) y únicamente aquellos que referían la huelga estaban vigentes; el grado de desinformación iba más allá, pues ni se habían iniciado huelgas en las principales ciudades, ni en Barrancabermeja se desarrollaba ninguna y por el contrario se esperaba la llegada de la Policía. Esto dio lugar a la descoordinación entre la dirigencia política del partido y algunos de los conspiradores que más tarde tuvo serias consecuencias.

El capitán Silva asumió el liderazgo regional y tanto los dirigentes liberales del Llano como las bases creían y confiaban en él, pero igno-

rabán su falta de comunicación con la DNL, poco antes de la fecha indicada, había volado a algunos pueblos de la región para coordinar con los campesinos su papel en el golpe y por ese motivo confiaban plenamente en sus instrucciones. Cuando se supo que su levantamiento en Villavicencio había sido el único y que además ya estaba controlado por el gobierno, hubo desilusión y mucha gente que estaba preparada para actuar, regresó a sus lugares de origen.

Si bien es cierto que los planes del capitán fracasaron en todo el Llano y él mismo fue detenido por el mayor Ezequiel Rojas y el teniente José Joaquín Matallana (al poco tiempo fue sometido a un consejo de guerra que benévola­mente lo condenó a tan solo 5 años de cárcel que en definitiva no cumplió pues escapó del lugar en donde encontraba detenido y buscó asilo en la embajada de Guatemala en Bogotá de donde salió para ese país regresando cuando su condena había prescrito y quedó libre), tampoco es menos cierto que su acción y liderazgo fueron la base sobre la cual se apoyó la rebelión. Sin su decidida intervención probablemente no hubiera adquirido las dimensiones que tuvo, pues Silva supo aprovechar factores como el odio contra los conservadores, algunas de sus acciones en contra de la población civil liberal, pero más importante, el hecho de ser un miembro activo de las Fuerzas Militares que ocupaba un cargo de trascendencia en la región. Ese hecho le garantizó la legitimidad y credibilidad ante el conglomerado liberal, que pensaba que era la punta de lanza que precedía al respaldo total de estamento militar colombiano.

A pesar de su condición de piloto militar y de su entrenamiento especial como comandante de aeronaves tipo bombardero y Catalina en el fondo Silva había sido transformado en un “político uniformado”, más preocupado por las luchas partidistas que por su desempeño profesional en el cual se había invertido bastante dinero incluyendo su viaje de capacitación a los Estados Unidos.

Era sin embargo el producto de un esfuerzo de la “República Liberal” que tuvo como prioridad politizar las Fuerzas Militares, desvirtuando lo alcanzado durante la reforma militar de 1907 del general Reyes. Plinio Apuleyo Mendoza lo confirma en su libro *La Llama y el Hielo*:

Los altos mandos y la oficialidad del Ejército eran todavía, en su gran mayoría de filiación liberal. A muchos de aquellos oficiales, él (se refiere a su padre) los había hecho entrar al Ejército cuando era ministro de guerra. La Marina y la Fuerza Aérea eran liberales en un 95 % no había que olvidarlo. (Mendoza, 1984, p. 195)

Esta labor destructiva había sido cumplida por Plinio Mendoza Neira su padre cuando actuó como ministro de guerra durante la “República Liberal”, quien además intimidaba a los oficiales y a sus rivales conservadores con un grupo “paramilitar” que había organizado dentro del ministerio de guerra información también confirmada por su propio hijo el escritor Plinio Apuleyo Mendoza:

Enseguida el ministro llamó a uno de sus más leales amigos en Tunja y le dijo: vete inmediatamente a Moniquirá, busca a los Pardos y a Punito Merchán y les dices que se vengan con su gente para Bogotá. Los espero en el ministerio a primera hora mañana, se trata de un asunto muy delicado, yo les explico aquí. (Mendoza, 1984, p. 223)

Los hermanos Pardo y Punito eran conocidos “gatilleros” de Moniquirá “cuando aparecían en la puerta de un café, la gente bajaba la voz” (Mendoza, 1984, p. 223). Estos individuos se aseguraban de que los oficiales liberales no tuvieran desviaciones inconvenientes “estos señores quedan en el ministerio y están autorizados a entrar a donde quieran” (Mendoza, 1984, p. 223) y seguían amenazadoramente a algunos políticos conservadores, tratando de intimidarlos y coaccionarlos.

Los llaneros toman las armas

Una vez más los llaneros tomaron las armas para demostrar su inconformidad con el gobierno, ya lo habían hecho en oportunidades anteriores, pero por lo general guiados por personajes venidos de otras partes

del país quienes asumían las posiciones de liderazgo en estos levantamientos. En 1949, se repitió el fenómeno; los llaneros se fueron a las armas, pero nuevamente quienes los guiaron eran personas procedentes de otras regiones del país y los llaneros volvieron a ser conducidos y dirigidos por extraños. Tiempo después y ya en medio de la confrontación apareció el liderazgo de Guadalupe Salcedo Unda, auténtico hijo de Llano nacido en Tame (Arauca) quien en definitiva se constituyó en la figura más importante de la rebelión, aunque en el fondo no logró entender ni la trascendía de su papel como líder ni el de la rebelión como preludio a una auténtica revolución. Ya “cheíto” Velásquez se encontraba activo como guerrillero y había llevado a cabo dos ataques contra Puerto López (Meta) además de ordenar igual acción contra Cumaral, Restrepo en el mismo departamento, así como contra Barranca de Upía y Sabanalarga (Casanare). Sin embargo, su dirección fue temporal y luego abandonó la lucha con diferentes pretextos partiendo hacia Venezuela. Pero “cheíto” tampoco era llanero, aunque no se tiene certeza sobre su lugar de nacimiento, pues existe una duda sobre si era natural de Junín (Cundinamarca) o Líbano (Tolima).

Aparte de las acciones de “cheíto” en la llanura, los primeros alzamientos se dieron no en el propio territorio de la Orinoquia sino sobre el piedemonte llanero y la cara oriental de las montañas del departamento de Boyacá, siguiendo la influencia que ejercía la ciudad de Sogamoso sobre la región y su conexión con los diferentes pueblos y caseríos vecinos. Allí predominaba una economía impulsada por fincas no muy grandes y un conglomerado social de agricultores dedicados a su labor, algunos con mayor capacidad que otros, pero en general conformando núcleos familiares cohesionados por la tradición y por la forma de vida.

Muchas de esas familias eran boyacenses y habían pasado toda su existencia en los terrenos en donde ahora trabajaban, otras habían venido de diversos lugares, en particular del vecino departamento de Cundinamarca. Su nivel intelectual en general no era muy alto, dado que aún el sistema educativo rural en Colombia era precario, consecuentemente el futuro de las nuevas generaciones no estaba muy claro a menos que desearan continuar con su vida en condiciones similares a las que sus padres habían

tenido. Otra opción era el servicio militar obligatorio que les abría nuevos horizontes dentro del mismo Ejército o gracias al contacto con otros ambientes como el religioso. La tradición de sus familias en este sector del departamento de Boyacá era liberal, como se ha comentado con anterioridad, no tenían muy claro el ideario de esta colectividad, pero la tradición obligaba a que fueran fervientes defensores de su partido.

En ello radicaba su mayor problema, las autoridades conservadoras del departamento se encontraban en pleno desarrollo de sus políticas tendientes a impulsar su colectividad anulando al liberalismo y utilizando cualquier método que fuera útil. Los habitantes de esta región ya habían empezado a sentir su rigor, el primer paso había sido identificar esas regiones que era necesario someter al “adoctrinamiento” utilizando como una justificación la participación de algunos de sus habitantes en los hechos del 9 de abril, y la sospecha de que algo similar podría ocurrir nuevamente, en especial después que se había logrado develar el frustrado golpe del 25 de noviembre de 1949.

Un segundo paso estuvo constituido por el arribo de “comisiones” de Policía que tenían instrucciones muy concretas al respecto, en su forma de actuar denotaban niveles de disciplina y competencia muy bajos, pero eran implacables en sus procedimientos; se apoyaban cuando era necesario en las poblaciones conservadoras de los alrededores, convocando a los “chulavitas” era en esos momentos que su actuación podía salirse de control y transformarse en verdadera orgías de crueldad el rencor en contra de la Policía y los “chulavitas” fue creciendo hasta hacerse incontenible. Algunos de los moradores de la región, como lo narra Eduardo Franco, intentaban a través de lisonjas, aparente cordialidad y tributo en especies de calmar a sus atormentadores.

Mejor de una vez y me fui derecho a la tienducha en donde soñolientos y hediondos se encontraban mis futuros amigos un conservador prominente me los presentó, yo sería amigo de todos, hicieran lo que hicieran porque la hacienda necesitaba una política de entendimiento o de apaciguamiento. Esta fuerza bien manejada daría óptimos resultados. (Franco, 1976, p. 14)

Si se retrocede un tanto en la historia de Colombia, es posible ver ciertos rasgos que asemejan a la situación de 1949 con la de 1899 previo al estallido de la Guerra de los Mil Días, dos rasgos básicos pueden ser identificados: el odio visceral entre los dos partidos, producto de las instigaciones de sus dirigentes y la agrupación de peonadas entorno a gamonales, en este caso de menor capacidad, para iniciar la lucha.

En las montañas de Boyacá y en el piedemonte las acciones en contra del gobierno se iniciaron en diciembre de 1949 aunque no fue en forma coordinada ni simultanea sino de acuerdo con la capacidad de cada grupo. Unos como el caso de Eduardo Franco Isaza en la región de Chámeza (Casanare), de manera paulatina producto de reflexión interior, otros como los hermanos Fonseca en el área del Guavio como reacción a ataques directos de la Policía y los “chulavitas” en contra de su familia, pero en ambos casos respaldándose en sus empleados y su círculo inmediato para organizar la guerrilla. Otros más agresivos como “cheíto” Velásquez dominados por pasiones personales.

A partir de estas organizaciones rudimentarias el movimiento rebelde inicia un proceso de crecimiento y movilización que posteriormente alcanzará cifras próximas a los 20.000 aunque en ningún momento coordinadas o siquiera con la capacidad de colaborar entre sí.

Acciones y retaliaciones

Con anterioridad a la toma de Villavicencio por parte del Capitán Silva, ya se habían producido ataques en contra de varios pueblos situados en el piedemonte llanero, como producto de la violencia interpartidista. Los más importantes y sangrientos tuvieron lugar con motivo de la conmemoración del primer año del 9 de abril de 1948. De acuerdo con el general Valencia Tovar:

Muy poco después del primer aniversario del 9 de abril, ante la reciproca actitud agresiva de las autoridades conservadoras en Boyacá y los ciudadanos liberales, las guerrillas de estos últimos

asaltaron el 17 de abril la población de Chita (Boyacá) produciendo 40 muertos, luego asaltaron a Monterrey en el piedemonte llanero con otros 21 muertos, el día 29 hicieron lo mismo en Nunchía con 10 muertos”. (Valencia, 1993, p. 74)

Aunque no hay referencia escrita sobre que grupos armados llevaron a cabo estos ataques es muy posible que hubieran sido obra de guerrillas liberales improvisadas en la región general de la cara oriental de la cordillera del mismo nombre y el piedemonte llanero. Inclusive no es descartable que hayan sido llevadas a cabo por grupos fanatizados de pobladores de otros municipios o caseríos de filiación liberal que hayan tomado retaliación por crímenes o actos hostiles llevados a cabo en su contra por los habitantes de los pueblos atacados, infortunadamente esta práctica fue común en los campos de Colombia, pues los dirigentes políticos locales constantemente desarrollaban una labor psicológica sobre las mentes de sus seguidores, para mantener vivo el odio en contra del partido político opuesto.

Los dirigentes a nivel nacional observaban estos terribles acontecimientos, pero no actuaban de manera contundente para desautorizarlos o impedir que sucedieran. “Se dice que Carlos Lleras a través de Juvenal Quintero expresó que, si las guerrillas obtienen su victoria, es gracias al partido liberal; si pierden será su problema” (Ramsey, 1981, p. 185) . Tales expresiones enviaban mensajes confusos a los guerrilleros que los interpretaban como “apoyo clandestino” por parte de la DLN; otros dirigentes como Alfonso López y el antaño agresivo y sectario exgobernador del departamento de Boyacá Plinio Mendoza Neira, también adoptaban posiciones vacilantes difíciles de entender por lo cual eran acusados por los conservadores de apoyar actividades criminales y por los propios liberales de no tener una actitud favorable a sus seguidores.

Si se observan los lugares en donde ocurrieron estos ataques iniciales por parte de las guerrillas o grupos armados liberales se puede apreciar que se concentraban sobre la cara oriental de la cordillera y el piedemonte llanero; esta fue la región en la cual se generaron los primeros enfrentamientos. A continuación, los conservadores contratacaron con

verdadera saña produciendo números muy similares de muertos en sitios como la vereda Horizontes del municipio de San Luis de Gaceno (Boyacá) lugar en el cual el dirigente de ese partido, Ezequiel Sánchez, dirigió y participó en los crímenes a finales de 1949. (Fonseca, 1987, p. 49). Los hermanos Fonseca (más adelante se expondrá su surgimiento y el desarrollo de sus actividades armadas), actuaron en retaliación asesinando a Ezequiel Sánchez, preparando la toma y destrucción del municipio de San Pedro de la Jagua baluarte conservador (Fonseca, 1987, p. 49) que más tarde sería llevado a cabo por otro grupo armado liberal de la misma región que incluyó el asesinato de la mayor parte de sus habitantes y atacando a Barranca de Upía, un pequeño caserío ubicado en las orillas del río de igual nombre.

Saquearon el pueblo, en especial las pertenencias de los conservadores forzaron las tiendas en donde se expendía licor que se repartió entre los atacantes y el pueblo, el número de asesinatos no fue mayor porque muchas de las posibles víctimas huyeron al igual que los pocos agentes del pequeño contingente policial que guarnecía el poblado. Este ataque junto con el de “cheito” Velásquez contra Puerto López, son considerados como el verdadero inicio de la rebelión llanera que finalizó en septiembre de 1953 con la entrega de los guerrilleros al gobierno de Rojas Pinilla.

LOS GRUPOS REBELDES

El Piedemonte

Los principales grupos guerrilleros, que fueron los que mayor resistencia opusieron a las Fuerzas Militares, fueron organizados en el piedemonte llanero. Sus integrantes en muchos casos eran campesinos que habían sido desplazados de otras partes del territorio nacional, como el caso de Quintiliano “Quinto” Barreto, desplazado con su familia liberal por la acción de los conservadores del municipio de Campo Hermoso (Boyacá) en 1949, o de Adonisec Amaya, obligado a huir con sus seres queridos de Miraflores (Boyacá) en el mismo año y que luego de asentarse en la vereda el Porvenir en Monterrey (Casanare) fue alcanzado nuevamente por la persecución conservadora y su madre asesinada. (Meléndez, 2013, p. 1). El odio hacia los conservadores era totalmente explicable, así como el deseo de venganza; el recuerdo de la madre o demás seres queridos muertos de manera alevosa, de la pequeña parcela saqueada e incendiada era motivación más que suficiente para integrarse a los grupos armados que se organizaban en la región; era la época del odiado “enemigo político” que no era otra persona que un vecino o antiguo compañero de jornales que era de filiación

conservadora, este odio fue el que los dirigentes de ambos partidos sembraron y gracias a él todos estos crímenes fueron cometidos.

Los grupos armados liberales de la cordillera oriental tuvieron características particulares, la primera de ellas, su organización alrededor del finquero o pequeño propietario que era quien defendía sus intereses del acoso de la “chulavita”; con frecuencia sus integrantes eran perseguidos por su filiación política o por poseer algunos bienes que despertaban la codicia de determinados dirigentes conservadores locales, que enviaban las temibles comisiones mixtas de Policía y los crueles auxiliares civiles armados a cumplir con la misión de tomar posesión de las tierras o bienes y arrestar a su propietarios, quizás con la intención de obligarlo a defenderse para descargar sobre él la acción violenta de todos los comisionados.

La segunda característica de las guerrillas liberales fue la cohesión interna de estos grupos casi que familiares, tanto patronos como campesinos perseguidos u obligados a huir de otras regiones, formaban causa común. Sabían que debían defenderse porque no había otra forma de sobrevivir y esperaban el momento para contratacar y castigar a sus perseguidores, esos núcleos conformaban verdaderos clanes en las cuales los combatientes adquirían un fuerte espíritu de unión del cual surgía la verdadera lealtad.

Una de las características de las guerrillas del Llano fue la organización en torno a núcleos familiares. Las guerrillas de los Calderón, los Parra, los Bautista, y los Fonseca, sostuvieron y mejoraron su organización desde el principio hasta el final. (Casanare, 2008, p. 154)

La cohesión, sin embargo, sufrió severamente a causa del comportamiento de algunos de los finqueros transformados en jefes o comandantes de guerrilla, que nunca entendieron la diferencia entre uno y otro oficio, un buen ejemplo es el de los hermanos Bautista, que una vez organizado y en actividad su “comando”, pretendieron continuar tratando a sus ahora guerrilleros como simples obreros o trabajadores a los cuales les podía ser impuesto determinadas sanciones o se podían tratar sin la suficien-

te dignidad. En una oportunidad Tulio Bautista ejecutó personalmente a uno de sus subalternos por el delito de robo de una mula (Fonseca, 1987, p. 172), la reacción de los subordinados fue terrible y sin piedad, de manera sistemática asesinaron a los hermanos Bautista no quedando ninguno de ellos con vida “Los acusaron de ser extremadamente rígidos y mandones” (Fonseca, 1987, p. 178). Otro caso se presentó en el “comando” de los Fonseca; para mantener la disciplina, como en casi todo grupo de esta naturaleza, los jefes habían impuesto la pena de muerte que aplicaban de acuerdo con su criterio normalmente totalmente falto de ese ingrediente. Se determinó que quien insultara la madre de otro guerrillero sería fusilado, por orden de Eduardo Fonseca. Una guerrillera lo hizo con otro compañero y por ende debía ser pasada por las armas, Fonseca considero que por ser mujer no podía cumplir con la sentencia y ordenó en su lugar cortarle el cabello al rape, humillación máxima para una dama; inmediatamente algunos hombres del “comando” se alzaron en contra de Eduardo Fonseca y pretendieron darle muerte. Sin embargo, la situación fue controlada y no se presentaron enfrentamientos entre los mismos guerrilleros (Fonseca, 1987, p. 181.).

La agrupación de combatientes en los denominados “comandos” no era uniforme, más que una medida de organización militar era una muestra de la capacidad de cada jefe de motivar y movilizar a sus trabajadores y quizás a individuos venidos de otras regiones. No había patrones definidos en su conformación, algunos podían tener varios cientos de guerrilleros en tanto otros tan solo se componían de una o dos decenas; el prestigio y la capacidad del jefe era un factor determinante. El término “comando” era una adaptación que habían hecho los liberales en la Guerra de los Mil Días de la manera como actuaban los guerrilleros Boers en contra del ejército británico durante esa confrontación (1899-1902). Se trataba de colonizadores holandeses que se armaron y organizaron en grupos a los cuales les fue colocado este nombre, para indicar su autonomía y movilidad (Pakenham, 1992, p. 37).

La logística de los “comandos” tenía dos orientaciones diferentes, una de carácter local que se refería a los elementos básicos de supervivencia como alimentación, vestuario y similares que eran obtenidos en

las regiones en donde los “comandos” actuaban, la población civil los conocía, los apoyaba y les colaboraba en su obtención. Mantuvieron en todo momento contacto con su propia región y ello facilitaba aún más las cosas. En determinados momentos los “comandos” se desplazaban hacia las orillas del río Meta dentro de terminadas zonas asignadas por ellos mismos, pero el contacto con su región en la cordillera se mantenía, porque conformaba un “área base” que era el fundamento de su logística. A diferencia de otras guerrillas en regiones diferentes, los “comandos” no experimentaban carencias en este sentido, la segunda orientación logística se conectaba más con el mundo exterior.

La obtención de armas, municiones y en general elementos de carácter bélico, implicaba la necesidad de tener contactos en zonas más allá de su propia área base; si bien algunas armas eran obtenidas en combate, sustrayéndolas de los cuerpos de miembros del gobierno muertos en emboscadas o acciones de igual naturaleza; eran esos contactos los que permitían que la lucha fuera constante. Incluían políticos, comerciantes e industriales, y hasta miembros de la fuerza pública que por simpatía con los liberales o simplemente por dinero suministraban elementos de diferente clase hurtados de sus propios depósitos.

La Llanura

En las llanuras también se organizaron “comandos” que complementaban los ataques y acciones de los del piedemonte, en realidad, todos convergían sobre las márgenes del río Meta que era el límite en el sentido sur este del sector de los Llanos en donde realizaban sus acciones armadas, la diferencia estaba en su origen; estos “comandos” habían surgido de las propias llanuras y sus integrantes en la mayoría de los casos eran nativos de ellas o habían venido de otras áreas del país y adoptado el Llano como su nuevo hogar. Se distribuían lo largo de la intendencia del Meta la región de Casanare y las comisarías de Arauca y parte del Vichada. A diferencia de sus compañeros de la cordillera, tenían una personalidad más abierta y amplia y algunas características en sus cos-

tumbres y tradiciones que lo hacían menos disciplinados y con tendencia a no observar tan estrictamente las normas de los “comandos”.

Su existencia era ruda, forjada por el duro trabajo en los hatos, en donde era muy poco lo que recibía por su diaria jornada. Al igual de lo que sucedía en con los grupos del piedemonte, en ocasiones sus jefes también cometían la imprudencia de no diferenciar entre dirigir la jornada de trabajo y comandar una guerrilla causando gran malestar entre los subalternos.

El caso más notorio fue el de Eliseo “cheíto” Velásquez cuyo ataque contra Puerto López y asesinato a sangre fría de los agentes de Policía de guardia en la localidad, dio inicio a la rebelión Llanera. Velásquez, en medio de un terrible estado de ebriedad durante una de sus frecuentes fiestas, se autoproclamó “general de la revolución” título que utilizó para cometer toda clase de abusos y tropelías en contra de sus propios hombres y de la población civil al punto que fue capaz de tornar una situación de simpatía y apoyo total a su causa en odio y resentimiento, “Por su misma culpa fue haciéndose impopular en toda tierra que pisaba” (Fonseca, 1987, p. 183). A tal punto llegó el rechazo que despertaba que desertó y se refugió en el Amparo (Venezuela) (Fonseca, 1987, p. 183). El absurdo proceder de Velásquez le granjeó el odio de otro de los jefes de la rebelión Eduardo Franco, como lo describe Eduardo Fonseca “Nunca encontramos razón válida que justificara el profundo odio que le tenía Franco a Velásquez” (Fonseca, 1987, p. 183).

Otro caso fue el de Marco Tulio Rey en Maní (Casanare) quien al igual que los hermanos Bautista fue asesinado por su propios hombres, en medio de grandes discusiones y desacuerdos causados por el alcohol.

Los “comandos” de la región llanera estaban conformados por una mayor cantidad de efectivos y “se ubicaban a la orilla de los ríos que ofrecían facilidades de navegación y en tal forma establecían su servicio de enlace por medio de canoas con motores y lanchas de poco calado” (Sierra, 1954, p. 23). Poseían excelentes servicios de información que tenían ramificaciones en el propio Villavicencio y muchos otras poblaciones en donde a través de diferentes medios obtenían reportes sobre diversos temas en especial sobre movimientos de unidades militares, estado de su moral, capacidad de los comandantes de tropas y similares.

Sus servicios de información son excelentes y cubren extensas zonas. Por medio de la información mantienen control de la población civil y lo combinan con un servicio de propaganda haciendo llegar al Ejército datos errados con el fin de desorientarlo. (Sierra, 1954, p. 23)

Ello se facilitaba pues en las inmensas y majestuosas llanuras la mayor parte de la población era de filiación liberal, esporádicamente se encontraban algunos conservadores o personas que no simpatizaban con la violencia que ejercían los “comandos” o las contribuciones que se exigían para su sostenimiento; casi que de inmediato eran obligadas a desplazarse y a abandonar sus posesiones y pertenencias.

“Los habitantes que no querían participar en estas actividades subversivas, se han visto forzados y ante la alternativa de salir de la región, de abandonarla con todos sus bienes o de resistir y ponerse al lado de quienes se empeñan en la subversión. (Sierra, 1954, p. 24)

A estos “comandos” se habían unido algunos ex miembros de la Policía varios de ellos oficiales y otros suboficiales que habían desertado de la institución el 9 de abril de 1948, eran el producto del esfuerzo de la “República Liberal” por controlar la fuerza pública; conocedores de los métodos y tácticas empleados por sus compañeros en el servicio activo, no dudaban en compartir su análisis con sus nuevos compañeros en las guerrillas para hacer más efectivos sus ataques. Además, eran utilizados en labores de propaganda y organización “por medio de esto imponen métodos militares sobre los campesinos y organizan grupos de bandoleros en pequeñas guerrillas” (Sierra, 1954, p. 38).

Las labores de propaganda eran por ende muy similares a las que el gobierno desarrollaba por medio de hojas volantes, pasquines y similares para mantener a los llaneros informados de sus actividades y además para desacreditar las acciones que desarrollaba la fuerza pública. Esto no era tan difícil, pues muchas veces los “chulavitas” participaban y

sus métodos eran brutales. Los guerrilleros también aplicaban la fuerza cuando era necesario y tenían su propio sistema de propaganda “Los individuos que no cumplen sus consignas son eliminados sin misericordia. Cuando una zona no cumple sus órdenes es castigada con asesinatos en masa” (Sierra, 1954, p. 38).

Entre quienes desertaron de la Policía Nacional se destacaba el teniente Jorge González Olmos quien fue asesor e ideólogo del grupo guerrillero de Guadalupe Salcedo (Cortés, 2003, p. 62). Otro notorio desertor fue el cabo del Ejército Dumar Aljure quien organizó su propio “comando” y fue un cruel y temible jefe guerrillero.

Las áreas bases de estas guerrillas además de estar cerca de los ríos, tenían líneas de comunicación con los hatos que los apoyaban y allí obtenían importantes recursos logísticos que garantizaban su sostenibilidad; el plátano llamado “topocho”, “la yuca” y la carne de las reses que allí abundaban eran la base sobre la cual giraba la alimentación de los guerrilleros. Los elementos de sanidad eran escasos y restringidos pues no siempre estaban disponibles. Adicionalmente, el caballo, en la mayoría de los casos, proporcionaba la posibilidad de comunicarse y movilizarse ágil y rápidamente por la llanura. El material de guerra igual que en los “comandos” del piedemonte era obtenido a través de enlaces y contactos con redes en las ciudades, pero también era tomado en combate al Ejército, la Policía y civiles armados. En la conocida emboscada del Turpial el 12 de junio de 1953 los guerrilleros tomaron al Ejército más de 100 armas entre ellas 96 fusiles, 2 carabinas 30, 4 fusiles ametralladores un mortero 81 y suficiente munición para cada uno; suficientes para armar con buena capacidad dos “comandos” de 50 hombres.

Coordinación de los Comandos Liberales

En términos generales esta actividad era más teórica y a nivel de los jefes de los “comandos”, que una realidad en el terreno. Cada uno realizaba las acciones que consideraba necesarias en el momento que creía oportuno; no contaba con los demás y por el contrario en determinados

momentos parecería existir un profundo espíritu de competencia, aunque también existía un absoluto respeto por las decisiones que individualmente se tomaban. Como consecuencia se traducían en la no violación del territorio en el cual actuaba, cada “comando” y la protección que se brindaba a la población civil liberal de las diferentes áreas.

Uno de los factores que puede haber influido en la falta de coordinación entre los “comandos” particularmente en los primeros meses de la rebelión fue la manera como los propios guerrilleros se asignaron grados militares que lejos de establecer jerarquías disciplinadas, por el contrario, estimularon los egos y las rivalidades.

El comentado caso de “cheíto” Velásquez fue el más notorio no solamente por sus excentricidades sino por la manera cruel como imponía su autoridad. Su segundo al mando, un manizalita de apellido De la Roche, obtuvo gratuitamente el grado de coronel y era tan arrogante como inútil, Eduardo Franco de alguna manera también obtuvo el grado de Coronel y lo hacía valer. Inclusive en un momento dado le hizo sentir su grado a Guadalupe Salcedo a quien inicialmente pensaba dar una severa reprimenda, pero cuando este de manera sumisa lo llamó “mi coronel”, sintió halagado su ego y no lo hizo.

Un segundo factor también puede haber sido la ubicación territorial de cada “comando”, por una parte, existía considerable distancia entre algunos, por ejemplo, los situados en el departamento de Arauca y otros en la parte alta del municipio de Monterrey (Casanare) o los ubicados en vecindades de la población de Trinidad (Casanare) y los que se ubicaban en las riberas del río Upía en el límite entre los departamentos de Cundinamarca y el Meta. Ello los hacía profundamente disímiles.

Estas diferencias de ubicación también hacían que la manera de interpretar diferentes conceptos de terreno fuera diferente. Por ejemplo, los “comandos” situados en el piedemonte llanero y las estribaciones de la cordillera oriental, tenían tendencia a utilizar lo escarpado de la cordillera en su ventaja, como protección en contra del avance de las unidades militares. El coronel Gustavo Sierra Ochoa, así lo reconocía en su análisis sobre las guerrillas liberales, “En la cordillera por las ventajas topográficas han organizado puntos inexpugnables como el de Chita y

Cocuy que fueron de difícil y costosa ocupación por el Ejército en los primeros meses de 1952” (Sierra, 1954, p. 22).

Por otra parte, los “comandos” situados en medio del Llano entendían su protección de manera diferente, más orientada a la vegetación que al terreno en sí mismo, dadas las características especiales de la llanura, sus áreas bases se ubicaban en terrenos boscosos a la orilla de los ríos teniendo en cuenta la presencia de obstáculos que dificultaran la aproximación de las fuerzas regulares.

REBELIÓN O REVOLUCIÓN

Cómo se entiende la revolución

Los “comandos” en los Llanos Orientales fueron organizados y paulatinamente tomaron sus posiciones bien en las estribaciones de la cordillera o en lo profundo del Llano. Quienes se unían a ellos, hablaban de la revolución como el caso de Eduardo Franco que ante una pregunta de sus familiares temerosos por la pérdida de unos caballos de su finca a manos de desconocidos le preguntaban si eso era la revolución a lo cual él respondió “Sí... si es la revolución. Si el pueblo lucha honradamente no necesita sino de corazón. Lo demás vendrá por añadidura” (Franco, 1976, p. 18). Era el término que tradicionalmente se había utilizado durante las guerras civiles por parte de los liberales, con ello querían decir que se tomarían el poder y cambiarían la forma de gobernar que en adelante se haría siguiendo los lineamientos de su partido.

En la Guerra de los Mil Días con frecuencia se utilizaba también el término para indicar que el futuro sería liberal, durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos también se hablaba y aún se hace de la “revolución americana” pues entendían que estaban transformando las estructuras sociales, algo muy discutible. En Colombia el mismo

proceso se conoce como la guerra de independencia, pero no como la revolución de la independencia pues no cambió para nada las estructuras sociales ni la pirámide de la colonia. La más importante revolución de la que se habla en la historia colombiana es la “revolución de los comuneros” en octubre de 1781, aunque en realidad se trató de una rebelión.

Los parámetros de funcionamiento social en los siglos XIX y parte del XX, aún tenían un importante condimento tradicional y conservador, que hacía que todo aquello que saliera de esa tradicionalidad fuera considerado como revolucionario. La visión de muchos analistas y politólogos posteriores a esos días, dan una idea muy diferente. Uno de ellos es Theda Skocpol, socióloga y politóloga norteamericana quien es más estricta con el concepto de revolución y afirma que las “revoluciones sociales son raras, pero son acontecimientos trascendentales en la historia del mundo moderno” (Skocpol, 1979, p. 3). Según Skocpol esas revoluciones han transformado las organizaciones estatales, las estructuras de clase social y la ideología dominante.

Como ejemplos fundamentales, cita las revoluciones francesa, rusa y mejicana en tiempos anteriores a la segunda guerra mundial y a la China con posterioridad a esta que a su vez han permitido el surgimiento de otras como Cuba y Vietnam. (Skocpol, 1979, p. 3). Su definición de revolución social es bien interesante “son transformaciones rápidas de un Estado, así como de sus estructuras sociales acompañadas y en esencia llevadas a cabo por movimientos violentos que proceden de la base social” (Skocpol, 1979, p. 4). Para que exista una verdadera revolución, determina que deben existir dos elementos “un cambio societal estructural producto del levantamiento de las clases marginadas y el cambio simultaneo en los órdenes político y social” (Echeverry Ossa, 1993) (Skocpol, 1979, p. 4).

Si el efecto que se produce es un cambio solo en las estructuras políticas, es muy posible que no se transformen las estructuras sociales y entonces se hablaría de una revolución política o transición de poder entre elites, la vieja colonial y la nueva criolla. Así mismo, transformaciones tan importantes como la industrialización pueden cambiar las estructuras sociales de un país sin implicar como consecuencia cambios políticos

estructurales básicos como consecuencia de levantamientos sociales de clases marginadas.

Por el contrario, lo que hace muy especial la revolución social es que las transformaciones tanto en las estructuras de esta naturaleza como de las políticas ocurren de manera simultánea. Por lo general, se presenta a través de intensos conflictos sociopolíticos en el cual la diferencia de clases juega un papel importante.

Desde este punto de vista, es difícil clasificar como revoluciones, las guerras de independencia, porque por lo general lo que se presenta en ellas, es una revolución política a través de la cual se produce una transmisión poder entre elites y la estructura societal no es modificada. Esta falta de transformación social se expresa posteriormente de manera violenta en forma de guerras civiles, una vez independizado el país, cuando las clases marginadas buscan su propio espacio dentro de la estructura de la nueva república.

En términos más generales se puede decir que las guerras de independencia en el siglo XIX en toda América fueron una transferencia de poder entre elites, una colonial desgastada y aborrecida y una nueva conformada por muchos de los descendientes de los colonizadores originales del territorio ahora imbuidos por ideas libertarias, pero conservando su lugar dentro de la escala social. Tal podría ser el caso de los Estados Unidos, en donde el poder pasó de los colonizadores ingleses a una clase social anglófila, descendiente de los peregrinos del Mayflower (Barco en el que arribaron a las costas norteamericanas los primeros colonizadores ingleses en 1620) progresista, con grandes ideas acerca de la libertad y un nuevo orden mundial aún antes de la revolución francesa, pero excluyendo silenciosamente a indígenas y esclavos que durante muchos años continuaron siendo marginados, discriminados y perseguidos.

Fue necesaria una nueva guerra, en este caso civil entre 1861 y 1865 para que los segundos fueran liberados en tanto los primeros fueron siendo reducidos a reservaciones en donde muchos de ellos perecieron y sus descendientes aun habitan esas regiones. Estrictamente, como consecuencia, no se puede hablar de una revolución social americana sino

más bien de una revolución política para referirse al proceso de independencia de esa nación.

Algo similar sucedió en Colombia en donde el poder pasó luego de la derrota de los colonizadores hispanos a la élite criolla descendiente de ellos o asimilada a través de la guerra libertadora como el caso de generales, terratenientes etc. Tampoco hubo una transformación de las estructuras sociales, sino que por el contrario continuaron tal como habían estado durante los siglos de colonización, quedando marginados no solo los negros y los indígenas sino gran parte de la raza mestiza que había emergido paulatinamente.

Muy lejos estuvo por ende la guerra de independencia de ser llamada revolución de independencia y por el contrario ha conservado ese nombre a través de los años. Debe entenderse, que una revolución aparte del contenido de violencia y otras manifestaciones de este tipo debe tener también un importante ingrediente de transformación de estructuras sociales más allá del reparto burocrático que un nuevo gobierno implica, como ha sucedido durante las diferentes épocas en que liberales y conservadores se han sucedido en la presidencia de la República, en las cuales las estructuras sociales no han sido transformadas.

Otros analistas, como Thomas (Tom) Marks, sostienen una posición contraria y argumentan que la independencia de los Estados Unidos fue una verdadera revolución pues cambio las estructuras sociales, políticas y económicas del mundo al servir como ejemplo para que muchos países hasta ese momento colonias obtuvieran su independencia, establecieran un nuevo sistema de gobierno basado en la democracia y dieran gran impulso a los derechos de los ciudadanos, algo que fue complementado pocos años más tarde con la revolución francesa (Marks, 1996, p. 120). Coincide en sus apreciaciones con Elbaki Hermasi politólogo tunecino quien afirma que “el carácter histórico de las revoluciones implica que tienen un efecto demostrativo más allá de las fronteras del país de origen con un gran potencial de enviar olas de revolución y contrarrevolución dentro y más allá de las sociedades” (Hermassi, 1976, p. 214).

La rebelión

Con frecuencia se confunde el concepto de rebelión con el de revolución. Ambos conceptos tienen puntos en común, como el empleo de la violencia política o como Donatella della Porta la clasifica “violencia política clandestina” (della Porta, 2013, p. 15), pues esta emerge de determinados sectores opositores al régimen cuyos principales instigadores permanecen en la clandestinidad y cuyos actos violentos son por lo general sorprendentes, imprevistos y manejados con gran sigilo y secreto. Otro de los elementos en común, es la procedencia, normalmente esta violencia se origina como consecuencia de la inconformidad en clases menos favorecidas con determinadas disposiciones, o condiciones de vida que han sido impuesta por el régimen o que tradicionalmente se han aceptado por se. Se presentan muchas veces de manera espontánea, más por la ocurrencia de un evento determinado que levanta alguna reacción como deseo de venganza, indignación, y similares que como producto de una preparación detallada y consciente.

Diferentes causas pueden llevar a su ocurrencia, pero por lo general se relacionan con asuntos políticos o económicos que afectan severamente a una comunidad o una serie de individuos. Sin embargo, la diferencia fundamental está en que la rebelión no busca el cambio de las estructuras políticas, económicas o sociales existentes, sino la alteración de determinadas disposiciones o la remoción de autoridades que por diferentes causas no son del agrado del conglomerado de esa región o ciudad. Skocpol resume “las rebeliones aun exitosas pueden incluir el levantamiento de clases sociales subordinadas, pero en ningún caso implican cambios estructurales” (Skocpol, 1979, p. 4). Puede entonces decirse que rebelión y revolución comparten medios y métodos, pero no fines; en tanto que los de la rebelión son por lo general parciales los de la revolución son totales y de mayores consecuencias.

Varios ejemplos prácticos pueden facilitar la asimilación de estos conceptos a lo largo de la historia universal, uno de ellos puede ser lo que en su momento se denominó “la revolución de los comuneros”, la rivalidad entre Inglaterra y Francia esta última aliada con España,

culminó en una terrible guerra se denominó la guerra de los 7 años entre 1756 y 1763; los enfrentamientos entre estos países tuvieron lugar en diferentes lugares del mundo, pero se centraron en Norteamérica en Estados Unidos y Canadá, buscando el control del continente. Los ingleses, utilizaron a sus colonos en Norteamérica como soldados además de sus propios efectivos militares. Mejor conducidos y con una estrategia que favorecía el empleo del mayor poder de combate en este teatro de operaciones al contrario del pensamiento franco-español, lograron la victoria y por ende la consolidación de sus territorios más otros que arrebataron a su rivales.

Sin embargo, el tratado de Paris de 1763 puso fin a la contienda y determinó el regreso de algunas posesiones que los ingleses habían tomado a España como las ciudades de la Habana y Manila, así como también parte de la Florida que había sido ocupada. “La humillante derrota de España en la guerra de los 7 años hizo que Carlos III iniciara una reorganización del imperio en América” (Kuethe, 1978, p. 1).

Una de esas reformas consistió en el mantenimiento de una flota naval en el Caribe para evitar una nueva derrota. Esa flota por su ubicación (entre la Antillas y tierra firme) se denominó “la Armada de Barlovento”, su mantenimiento era un gran problema y tal como Inglaterra lo había hecho con sus colonias norteamericanas obligándolas a pagar los gastos de la guerra de los siete años (lo que originó la guerra de independencia norteamericana), el rey español decidió que los gastos debían ser sufragados por las colonias entre ellas la Nueva Granada. Como es natural se originó gran malestar “el 16 de marzo de 1781 en el Socorro Santander, una multitud se congregó en la plaza principal y al grito de viva el rey, abajo el mal gobierno, no paguemos el impuesto de la Armada de Barlovento, 6000 campesinos se congregaron y nombraron a Francisco Berbeo como superintendente general” (Santos Pico, 2007, p. 53). Hubo una gran movilización de improvisadas tropas campesinas para marchar hacia Bogotá, pero en su camino hacia la capital fueron convencidos para firmar unas capitulaciones en las cuales se entre otros puntos se abolía el impuesto de Barlovento.

Ante este hecho, la multitud se disolvió y regresó a su lugar de origen. Si se analiza el caso se puede apreciar que se cumplieron las dos condiciones comunes entre rebelión y revolución, movimiento generado en los estratos sociales de menor capacidad económica y utilización de la fuerza para forzar el cumplimiento de sus demandas; pero, el propósito no era cambiar las estructuras políticas, económicas o sociales de la nueva Granada, ni siquiera desconocer la autoridad del Rey, a quien al contrario alababan y reconocían, culpando de manera ingenua a los gobernantes locales de la imposición del tributo de Barlovento, pero dentro de los marcos de las leyes españolas.

Al tener un fin o propósito limitado, es evidente que no se trataba de una revolución sino por el contrario de una rebelión que intentaba derogar una disposición que se consideraba onerosa e injusta como era el mencionado impuesto y quizás aspiraba a obligar algún cambio dentro de la estructura del gobierno colonial de la Nueva Granada, pero no a reemplazarlo. Este acontecimiento es tratado indistintamente como revolución o rebelión o como el caso de Jorge Orlando Melo en su obra *Reportaje a la Historia Colombiana* (Melo, 1989), como “La sublevación de los comuneros” Es importante, sin embargo, observar que existe una real diferencia entre los dos términos, pues determina el alcance, consecuencias y proyecciones de la acción.

Los llaneros, ¿revolucionarios o rebeldes?

Dos días más tarde llegó en el avión de línea un amigo mío con las más notables informaciones, que se iba a dar un golpe de Estado en la capital, que, hacia Arauca, el Casanare, el Ariporo, el caño Chiquito y el Pauto había numerosas concentraciones de llaneros. Que la “revolución” era inminente y que el Llano sería su baluarte”. (Franco, 1976, p. 44)

De esta manera Eduardo Franco se enteró a fines de 1949 que algo importante estaba por suceder en contra del gobierno conservador de

Mariano Ospina Pérez. La noticia hablaba de dos elementos aparentemente complementarios, un golpe de Estado y el inicio de una “revolución” mediante el empleo de grupos de llaneros concentrados en determinadas regiones de la Orinoquia.

En varios otros pasajes del libro de Franco, se menciona la palabra “revolución”, en uno de ellos, refiriéndose a un combate entre un grupo de “chulavitas” y otro de liberales durante el cual hay un intercambio de disparos que producen un muerto y varios heridos, la acción es descrita de la siguiente manera “esa es la revolución? Así van aprendiendo que nadie nace sabio ni todos tiene sangre para jefes, terció el viejo” (Franco, 1976, p. 25). Es evidente que en ambos casos la idea de una “revolución” se asocia exclusivamente con el uso de la fuerza y se trata de identificar con ella en particular en el segundo caso.

Resulta obvio en ambas oportunidades que quienes participan del diálogo son personas de poca recorrido y experiencia en esta materia y su intención es levantar una pasión o emoción en sus interlocutores. También denota la falta de conocimiento sobre el tema que puede llevar a una idea errónea a quienes se adhieran a él, pues se estaría haciendo referencia a una propuesta de largo plazo con objetivos totales cuando en realidad se trata de lo contrario.

El propio Franco quizás el más ilustrado de los participantes en el movimiento llanero cae en la confusión teórica revolución–rebelión. Quienes lideraron el levantamiento de los llaneros, lo hicieron de manera espontánea sin consultar ni entrar en mayores disquisiciones con entes políticos, en particular con la inerte DNL y ello puede en buena parte explicar la confusión de términos por parte de los militantes. El movimiento fue iniciado por personas que no pertenecían a las elites o clases dirigentes regionales, con excepción de Eduardo Franco que era un joven despreocupado y sin aparente profesión que vivía de la riqueza de su familia en Sogamoso (Boyacá). Los demás eran personas de clase social menos favorecida incluyendo muchos campesinos.

El propósito inicial fue defenderse de los ataques y la persecución de que estaban siendo víctimas por parte del gobierno conservador y en

particular de sus autoridades en la región de la cordillera oriental y el piedemonte llanero. Fue una acción espontánea, sin mayor planeamiento que no tuvo conexión con el frustrado golpe de Estado planeado y abortado por la DNL, al punto que lo ignoraban. Su alcance consecuentemente era muy limitado y no trascendía más allá de intentar detener la violencia que los azotaba.

Esta violencia era partidista y por ello había un ingrediente político, aunque muy rudimentario en sus acciones. El grado de violencia utilizado para su desarrollo era proporcionado al que se utilizaba en su contra que incluía asaltos a poblaciones, crímenes de líderes, asaltos a patrullas y similares; estas actividades, propósito limitado, emergencia a través de las clases sociales menos favorecidas y utilización de la violencia como vehículo para implementar demandas y exigencias, permiten ver claramente que se trataba de una rebelión y no de una revolución. Inicialmente y durante esta etapa no se pensaba en cambio de estructuras sociales, aproximándose más a al cambio de estructuras políticas, pero sin abandonar el tipo de estado vigente y tradicional, con la ambición de empoderar al partido liberal. Esto confirma que se gestaba una rebelión y no una revolución. Este último término era utilizado impropiaemente, más por desconocimiento e ignorancia, los llaneros eran rebeldes y no revolucionarios.

ORGANIZACIÓN DE LOS COMANDOS

Quiénes y en dónde

Se ha establecido que los líderes iniciales de los diferentes comandos guerrilleros eran los propios dueños de fincas o personas que sin poseer grandes capitales formaban parte importante del tejido social de la cara oriental de la cordillera, el pide monte o los propios Llanos. El primer comando que se organizó fue el de Eliseo “cheito” Velásquez, su conformación inicial tuvo lugar con motivo del 25 de noviembre de 1947 en las proximidades de Puerto López, aunque a partir del 9 de abril de 1947, luego de ocupar la población por muy poco tiempo, merodeaba por sus alrededores impidiendo el ingreso de personas que consideraba indeseables de filiación conservadora o agentes de Policía. Su propósito inicial era participar como una fuerza de choque en apoyo del golpe de Estado liberal. Desde ese punto de vista no inició su actividad como un grupo guerrillero propiamente, sino como una pequeña fuerza armada abierta en respaldo de una actividad política.

Es de esta manera que aparece una cuadrilla gaitanista dirigida por Eliseo Velázquez, y en la que participaban los villavicenses Luis Eduardo Rojas, mecánico conocido como el «cabo Rojas», segundo al mando en esta organización; el matarife Jorge Carreño que, dentro de la escala jerárquica de la cuadrilla, estaba en un tercer lugar, y los ex-empleados del Distrito de Carreteras David Zambrano y Antonio Ramírez. (Gómez, 2011, p. 237)

Su primera acción fue exitosa pues el número de sus hombres superaba con creces al de agentes de Policía que defendían Puerto López. En medio de la euforia general, los representantes del gobierno se rindieron, sin presentar combate, no utilizó por tanto en estos primeros momentos tácticas de guerrillas.

Tampoco la cuadrilla permanecía unida; sólo se reunían cuando realizaban alguna acción de defensa o para informarse junto con la comunidad de lo que estaba pasando en Villavicencio y Puerto López. A partir de los reportes que les proporcionaba la población, expedían comunicados de apoyo y protección que eran transmitidos verbalmente; de esa forma sus integrantes, la mayor parte del tiempo, se mezclaba entre la población urbana que los encubría y protegía, dificultando su persecución por parte del Gobierno”. (Gómez, 2011, p. 238)

Luego del 25 de noviembre de 1949 este “comando” tuvo dos etapas muy definidas de acuerdo con la situación personal de “cheito”: una primera, cuando era un líder respetado y admirado, el “comando” creció y su nombre se expandió por la llanura, corría la voz de que era un hombre valiente, que solo quería lo mejor para los llaneros, era recibido con alegría y se le brindaban todas las facilidades, pese al grado de depravación con que había asesinado a los agentes de Policía en Puerto López “y a que decidió atar a la población civil a la revolución haciéndola participar rematando con machete a los agentes” (Behar,

1985, p. 24). Luego de tomar el puerto, siguió por el río Meta hasta la desembocadura del Casanare incitando a la revuelta, logró reclutar miles de llaneros.

Sintiendo que tenía el control de la región, libró escaramuzas con soldados destacados en Arauca, sin mayores resultados, pero manteniendo su prestigio. Pasado el entusiasmo inicial, se abrió una segunda etapa ya en los propios Llanos, en donde de una fuerza abierta y numerosa, pasó a una guerrilla con menos hombres y utilizando este tipo de táctica; Velásquez no era muy ducho en ella, además de carecer de condiciones como líder. Sus excesos eran frecuentes, su capacidad de planeamiento casi nula, su arrogancia desmedida y paulatinamente fue perdiendo el aura de “revolucionario” que inicialmente había tenido.

El campesinado y los demás jefes rebeldes entendieron que no era la persona que todos creían, que el “general” era incapaz de conducir este tipo de movimiento y empezó a ser aislado y a no ser tenido en cuenta, pese a que participó de algunas ‘conferencias’ en las cuales su principal demanda era que se respetara su calidad de comandante y “general”. Al mismo tiempo, su control territorial empezó a debilitarse, y sus efectivos a disminuir como consecuencia de la acción del Ejército que, a partir de marzo de 1950, empezó a seguirle la pista.

Un pequeño destacamento integrado por 20 hombres al mando del teniente José Joaquín Matallana Bermúdez, (Behar, 1985, p. 25), quien hasta ese momento se había desempeñado como alcalde Villavicencio, luego del intento de golpe del capitán Silva, fue enviado en su búsqueda con la misión de capturarlo o en caso contrario al menos de enfrentarlo. Los soldados del teniente Matallana, lejos de ser una fuerza de élite, eran originarios del departamento de Boyacá, no sabían montar a caballo o nadar (Behar, 1985, p. 25). Tenían la ventaja de estar comandados por un hombre de las cualidades de Matallana que, al contrario de Velásquez, era un auténtico líder admirado y respetado por sus hombres y quien infundía confianza en la población civil con la que tomaba contacto, gracias a ello pudo localizar al jefe guerrillero y derrotarlo tácticamente.

Mi primer encuentro con ellos fue muy bien planeado por la guerrilla, pero la destreza de mi gente hizo que las cosas se pusieran a nuestro favor; solo tuve un herido y ellos perdieron a seis de sus hombres. (Behar, 1985, p. 25)

Pese a la desventaja numérica, y a no contar con apoyo de otras unidades militares que en determinado momento pudieran acudir en su auxilio, “por la región no había más tropa en ese momento” (Behar, 1985, p. 25), el joven oficial continuó con su asedio contra “cheíto”, logrando alcanzarlo en varias oportunidades que terminaron en intercambio de disparos, hasta que pudo asestarle un golpe verdaderamente desmoralizante. “Las escaramuzas duraron un mes, hasta que logramos darle un golpe fuerte que determinó su dispersión” (Behar, 1985, p. 25).

A partir de ese momento el jefe guerrillero huyó de “su territorio” en las riberas del Casanare y se internó hacia el centro del Llano, en los alrededores de la población de Trinidad. Hasta allí lo siguió el hábil teniente Matallana con sus 20 soldados desmontados (no tenían caballos), cruzando ríos, pese a que sus hombres eran incapaces de hacerlo por sí mismos, pero según dice Matallana “con dedicación los fui acondicionando a la situación”. En la medida en que se aproximaban a Trinidad, los soldados empezaron a notar que algo raro sucedía en el poblado, pues hacia allí convergían grupos de guerrilleros armados con fusiles y a caballo, en grupos entre 50 y 80. El joven oficial supuso que algo fuera de lo común debía estar sucediendo en el caserío.

Velásquez deserta, otros lo reemplazan

Sin que Matallana y su superior inmediato el coronel Iván Berrio Jaramillo —quien se encontraba en Villavicencio— lo supieran, en Trinidad se estaba dando inicio a una reunión o congreso de guerrilleros programado por “cheíto”. Al llegar el jefe guerrillero intentó incendiar el caserío, pero los habitantes lo impidieron, luego quiso llevarse el dinero de la Caja Agraria algo que también fue evitado por los campesinos.

Entre tanto, los soldados se aproximaron hasta una pista de aterrizaje cercana al pueblo tomaron posición y desde allí abrieron fuego contra los guerrilleros. “Usábamos fusiles de repetición de 7 milímetros que daban en el blanco con facilidad porque el objetivo era tan grande -caballos y jinetes encima- y al final les habíamos hecho doce bajas” (Behar, 1985, p. 25). Los hombres de Velásquez respondieron y lograron dar muerte a un soldado y asediar durante tres días a la unidad militar; estos sin comunicación ya que no poseían radio, lograron sostenerse en su posición hasta que fueron apoyados por un avión AT-6 de la Fuerza Aérea y los guerrilleros se retiraron.

Velásquez ya desacreditado, desmoralizado y sin un número de guerrilleros que fuera comparable al que inicialmente tuvo, emprendió la retirada hacia Venezuela, en donde esperaba obtener fondos, comprar armas y retornar a la lucha en mejores condiciones, cosa que no pudo cumplir, pues ya no era tomado en serio en los demás “comandos”. Sus propios compañeros lo describían “Velásquez es un gañán no sabe sino decir que hay que matar godos, gritar mucho y amontonar mentiras” (Franco, 1976, p. 26). Cuando finalmente intentó regresar a Colombia fue denunciado y murió en un enfrentamiento con la fuerza pública.

Alrededor de este incidente se tejió una leyenda en el sentido que los gobiernos de Colombia y Venezuela habían hecho un trato secreto según el cual Colombia cedía la soberanía sobre los islotes de los Monjes en el mar Caribe y Venezuela en contraprestación entregaba a Velásquez a las autoridades de aquel país. Años más tarde Matallana ya con el grado de General comentó al respecto “Hay leyendas sobre una presunta negociación entre los gobiernos de Colombia y Venezuela que no podrán ser comprobados” (Behar, 1985, p. 27).

Al desertar “cheíto” otros “comandos” que habían surgido casi que simultáneamente tomaron su lugar, el más conocido fue el de los hermanos Fonseca, organizado y dirigidos por los miembros de esta familia Jorge Enrique, Eulogio y Eduardo. Ya mencionados en esta obra, de origen boyacense establecieron su área base cerca a su lugar de origen en Boyacá y realizaron sus acciones en la cara oriental de la cordillera y en el piedemonte llanero. Como característica especial, habían pertenecido al

Ejército y a la Armada Nacional. Dos de ellos, Eulogio y Eduardo habían sido soldados en la infantería y la artillería respectivamente e inclusive Eulogio había alcanzado el grado de cabo y prestado su servicio en la ciudad fronteriza de Leticia. En el momento de surgir la rebelión Jorge Enrique era grumete en la Armada, todos ellos abandonaron las filas militares como consecuencia del asesinato de su hermano Carlos Julio por miembros del partido conservador (Fonseca, 1987, p. 32).

Movidos por el deseo de venganza contra la Policía y la “chulavita” por la muerte de su hermano y por abusos cometidos en su contra y de otros ciudadanos, además de la indiferencia de las autoridades que deberían haber investigado el crimen, se dedicaron a organizar la rebelión en esta parte del país, inicialmente bajo condiciones muy precarias. Tomada la decisión, se desplazaron por la región del Guavio pasando por poblaciones como Guateque, Mambita, el Engaño y Barranca de Upía siguiendo la línea general del río de este nombre. Allí, evitando las concentraciones de población conservadora se dedicaron a establecer contactos con posibles auxiliares y a movilizar campesinos liberales para conformar su “comando”.

En muchos de estos lugares aún no se presentaban episodios de violencia, pero los Fonseca los estimulaban con su prédica liberal e instigando el odio que ellos sentían por los conservadores y por la Policía; viajaron a Bogotá, tomaron contacto con jefes liberales de diferente nivel, pero en definitiva no obtuvieron el respaldo que esperaban. Su idea era organizar un ejército liberal en los Llanos orientales en donde las autoridades militares no pudieran actuar dado el aislamiento de la región y la existencia de una inmensa mayoría de miembros de ese partido. La primera parte de su plan fue la obtención de armamento adecuado, para ello lograron engañar a un pequeño grupo de conservadores armados en el pueblo de Chivor (Boyacá) y así obtuvieron sus primeros fusiles.

Otro “comando” importante fue el de los también Hermanos Bautista. Al igual que el anterior surgió impulsado por un núcleo familiar de personas de alguna prestancia local, con los mismos objetivos y conformando una especie de microestado en donde la ley la imponían los jefes. Tulio y Manuel cumplían esas funciones y su área de operaciones

se ubicó en piedemonte llanero, no muy lejos de donde los hermanos Fonseca desarrollaban sus operaciones. El asesinato de algunos liberales en la región de Horizontes sobre la cordillera había desatado su ira y la iniciación de su vida como guerrilleros cobrando venganza en contra de quienes habían cometido el crimen en la región.

Eduardo Franco, el hijo de la familia acomodada de Sogamoso también quiso organizar su propio “comando” pues su ambición era llegar a ser el jefe de los rebeldes en los Llanos. Tenía la idea de organizar un estado mayor que controlara, supervigilara y dirigiera a los diferentes “comandos. Proveniente de su ciudad natal Sogamoso, también se ubicó en la región del piedemonte llanero y tomó contacto tanto con “cheíto” como con los hermanos Bautista y Fonseca. Aunque tuvo su propio “comando” guerrillero denominado “Mochaca” no dirigió ninguna toma o ataque exitoso en contra de la Policía o el Ejército; al igual que Velásquez, con un pretexto similar desertó hacia Venezuela en donde escribió un libro sobre su experiencia en la guerrilla de los Llanos, como una especie de exculpación o mea culpa de su falta de aptitud como jefe rebelde.

El Comando más importante

En la medida en que pasaba el tiempo, surgieron grupos guerrilleros de diferente naturaleza a lo largo y ancho del Llano y el piedemonte. “Sobre las estribaciones de la cordillera frente a Hato Corozal, Antonio y Álvaro Villa Marín. En Trinidad Jorge Betancur y sus hermanos. En Paz de Ariporo Luis García así también Jesús lozano. En Maní (Casana-re) Marco Tulio Rey” (Fonseca, 1987, p. 66).

Dumar Aljure un cabo primero del Ejército que había sido destacado como seguridad en la población del Engaño (Casanare) luego del 27 de noviembre de 1948 desertó con sus soldados (en total 5) para colocarse a las órdenes de Tulio Bautista. Más tarde se independizó organizó su propio comando que fue el más sanginario de todos.

En el centro de los Llanos surgió el más conocido e importante de los “comandos guerrilleros,” que con el tiempo se denominó “Siqueiro Perdomo”, lo organizó y dirigió Guadalupe Salcedo. El 27 de noviembre se encontraba en la cárcel de Villavicencio detenido por hurto de ganado o cachilapeo y el crimen de una de una tía política (Villanueva, 2011, p. 467), fue liberado por el capitán Silva durante la toma de la ciudad y una vez libre se dirigió al centro de los Llanos en donde continuó con su actividad delictiva como lo describe Eduardo Franco:

En mi paso por el Algarrobo, en el Cravo, para mantener comunicación con Orocué, y controlar el orden por abajo ya que un sujeto de nombre Guadalupe Salcedo andaba alzado con un grupo de 10 hombres introduciendo desordenes e inconveniencias en el vecindario, perjudicando el buen nombre del movimiento y la conducta que uniformemente se seguía. Ningún grupo rebelde y menos con tendencia al bandolerismo podía actuar sin control. (Franco, 1976)

Con el tiempo y debido a cualidades innatas que pocos jefes de “comando” poseían, Guadalupe se fue destacando como el más claro y eficiente líder de la rebelión. En parte se debía a que era llanero a diferencia de muchos de los jefes en los otros “comandos”, como tal, poseía un carisma propio que lo identificaba con los campesinos. Era ducho en el arte de cabalgar, en el manejo de las armas pues desde niño las había conocido y estaba familiarizado con actividades ilegales como el robo de ganado, la tenencia de armas y otros.

Inicialmente desarrolló sus actividades en la región central del Llano, pero paulatinamente y en la medida que fue adquiriendo poder su área de operaciones fue aumentando hasta llegar a ocupar gran parte del territorio comprendido entre el piedemonte y el río Meta. Sus acciones más destacadas fueron las emboscadas a una patrulla del Ejército cerca de Orocué en la cual resultaron muertos un suboficial y 17 soldados que se dirigían a la pista de aterrizaje de la localidad y a tres camiones del Ejército en la región de Pivijay, fundo el Turpial municipio de Puerto Gaitán (Meta) el 22 de Julio de 1952 causando la muerte a 2 oficiales y

94 soldados y suboficiales y como es natural apoderándose de todo el armamento en uno de los golpes más duros asestados al Ejército en el prolongado conflicto interno colombiano. Esta patrulla realizaba con confianza un control sobre la carretera entre Puerto López y Puerto Gaitán (Meta) (Cortés, 2003, p. 104).

En realidad, Guadalupe no participó en la emboscada pues se encontraba enfermo y la misión que encomendó a sus subalternos fue de asesinar a unos conservadores que a su turno estaban maltratando a un grupo de liberales en el municipio de San Martín (Meta), al parecer sus órdenes eran de no combatir al Ejército. Según la versión de los guerrilleros, no comprobada, al ver que este quemaba casas de unos campesinos, lo atacaron con los resultados mencionados. A partir de ese momento el nombre de Guadalupe Salcedo se elevó a los límites de la leyenda y su prestigio lo catapultó indudablemente como el jefe único de la rebelión de los Llanos. Algunos autores lo han comparado con el jefe revolucionario mejicano Emiliano Zapata, algo que desde el punto de vista del autor es completamente desproporcionado, si se tiene en cuenta la absoluta falta de claridad de conceptos de Guadalupe, que lejos de entender los fundamentos de una revolución, se comportaba como jefe de un grupo armado ilegal.

ATAQUES Y COMANDOS

Se rompe el fuego

La violencia que se desató en la región tuvo todo tipo de incidentes: asesinatos, asaltos, incendios de casas y pueblos, fusilamientos, combates, emboscadas, ataques contra poblados, combates entre fracciones y muchos otros. Cada “comando” era autónomo y podía realizar las acciones que su jefe determinara sin restricción. Al fin y al cabo, la motivación principal era la venganza y el propósito acabar con la odiada Policía y los perversos “chulavitas”. A partir de 1949 se atacaba indistintamente a cualquiera de estos actores, incluyendo a la población civil conservadora, que también se encontraba estigmatizada y luego a partir de 1950 se incluyó al Ejército en los ataques. El número de muertos de todos los participantes y los no participantes como la población civil fue muy alto, aunque no cuantificado con exactitud.

Las primeras poblaciones en sufrir los efectos de la violencia estaban situadas en el piedemonte llanero o cerca de él a excepción de Puerto López atacada por el grupo de “cheito” Velásquez y ubicada en pleno Llano, así como Pachaquiario “dirigiéndose a caño Chiquito dejando huellas de crimen a lo largo del camino que recorre”, el pretexto para

tanto crimen de este jefe guerrillero fue al asesinato por parte de la Policía de un niño de 7 años hijo de uno de sus amigos. (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 193). “Luego sigue y ataca a Cabuyaro, Remolino, Chachiva, Poyatas y San Pedro de Arimena, todas en el departamento del Meta con saña feroz” (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 193).

En contra de esas infortunadas poblaciones se desatarían los primeros actos de venganza de los liberales y a la vez servirían para la consolidación de los “comandos” guerrilleros recientemente organizados. De ahí que estas tomas iniciales en la mayoría de los casos se caracterizaran por un alto grado de desenfreno y crueldad. Los hermanos Fonseca y su “comando” ahora consistente en más de 100 hombres con los reclutados en los alrededores del río Upía y algunas poblaciones de Boyacá, armados con fusiles, carabinas, escopetas y revólveres, planearon inicialmente destruir a San Pedro de Jagua (Cundinamarca) por ser un pueblo netamente conservador. (Fonseca, 1987, p. 49) No lo llevaron a cabo probablemente por su ubicación pues le requeriría una marcha de aproximación muy prolongada, pero sí lo hicieron los hermanos Bautista tiempo más tarde y de manera cruel. Los Fonseca en su lugar planearon atacar a Barranca de Upía, situado sobre el río del mismo nombre. En las horas de la noche del 27 de noviembre de 1949 los rebeldes hicieron presencia en el casco urbano de la población, distribuidos en varios grupos rodearon a los 7 agentes de Policía que prestaban sus servicios en la plaza del caserío y abrieron fuego en su contra. Inicialmente uno de los uniformados fue muerto en tanto sus compañeros huían.

El entrenamiento del “comando” guerrillero era aún precario y no se aprovechó la ventaja inicial, que la sorpresa había permitido. Los agentes lograron replegarse al cuartel y desde allí hicieron frente, aunque eran apenas 6 (uno había muerto en la descarga inicial y un cabo). Mientras uno de los Fonseca regresaba apresuradamente a su área de reunión a traer más guerrilleros que se encontraban de reserva, los agentes lograron replegarse dejando el pueblo en manos de los atacantes que saquearon el comercio y las casas de sus rivales conservadores y abrieron los expendios de licor.

Tres días después nuevamente el “comando” de los Fonseca atacó otro caserío, el Engaño (Casanare) en donde 8 policías protegían a la población civil en especial conservadora. Al enterarse de la aproximación de los Fonseca y su gente, huyeron presurosos junto a algunos pobladores, quedando otra vez el caserío en manos de los atacantes que al igual que el caso anterior se dedicaron al saqueo, pero esta vez en “forma ordenada” de casas, oficinas y en general propiedad de los conservadores (Fonseca, 1987, p. 52).

Simultáneamente, los hermanos Bautista se dirigieron con su “comando” hacia Sabanalarga (Casanare), con el objetivo de tomar venganza en contra de los conservadores que habitaban en la región. Utilizaron las orillas del río Upía para su aproximación, pero allí fueron sorprendidos por sus rivales que alertados por campesinos salieron a su encuentro. El choque de las dos fuerzas irregulares, en realidad casi que “chusmas armadas” fue creciendo en intensidad pues se atacaban con fusiles, escopetas, revólveres. El enfrentamiento se prolongó durante varios días causando muertos en ambos bandos cuyo número no fue precisado. Al final los Bautista retornaron a su área base y los conservadores a Sabanalarga.

Los hechos hasta aquí relatados tuvieron ocurrencia a fines de noviembre de 1949, como preparación o complemento del golpe de Estado dirigido por la DNL, tanto los Bautista como los Fonseca esperaban que se produjera, para con mayor ímpetu continuar con sus acciones armadas, con la seguridad que la Policía y la “chulavita” serían acorraladas y desmoralizadas, se derrumbarían y en un término de tiempo relativamente corto, consolidarían el poder para el partido liberal y se acabarían para siempre los abusos de los conservadores.

Confiados en esa realidad llevaron a cabo los ataques y luego se replegaron a sitios seguros en espera el anuncio de que el gobierno había caído y ahora un funcionario de filiación liberal estaba a cargo de la primera magistratura. Esperaban la noticia a través del único medio de comunicación existente en Colombia en esa época, el radio mediante emisoras como la radio Nacional. Los Fonseca que aún se encontraban en el Engaño, se ubicaron en el único lugar de la población que tenía

este rudimentario aparato eléctrico y sintonizaron durante varios minutos las emisoras disponibles esperando la tan anhelada noticia del golpe de Estado.

Nos pusimos a sintonizar las estaciones de Bogotá con la esperanza de escuchar discursos de la revolución triunfante. En la primera oímos música. En la segunda y en la tercera también; al fin detectamos una estación que estaba informando sobre los resultados del debate y aclamaba la victoria de Gómez. Que tremenda desilusión! Nos convencimos de que en verdad el partido liberal no tenía jefes; que todo eran chismes, fruto de la angustia y desesperación”. (Fonseca, 1987, p. 53)

Al no ser parte directa de la conspiración del 27 de noviembre sino grupos de apoyo en la provincia cuyo papel se reducía a causar daños e inseguridad algo que hasta ahora habían logrado, no estaban enterados de los detalles y por ello desconocían que en realidad si había un golpe planeado por la DNL pero que se había suspendido a solicitud de los jefes del partido que a última hora habían perdido el valor y la confianza. Al igual que a otros como el capitán Silva a estos “comandos” no les había sido notificada su cancelación.

Eduardo Franco tampoco estaba enterado de lo que estaba sucediendo y su grado de desinformación era aún mayor. A través de un sastre de Chameza (Casanare) en donde su familia era propietaria de una gran hacienda se enteró que “Hace días llegó a la alcaldía un oficio cerrado en el que se informa que ha estallado una revolución en los Llanos” (Franco, 1976, p. 15). En realidad, la información se refería a la toma de Villavicencio por el capitán Silva y la posterior incursión Llano adentro de Eliseo “cheito” Velásquez. A partir de ese momento siempre quiso ser un gran jefe guerrillero para castigar al partido conservador, la Policía y la “chulavita” y se dirigió al Llano a cumplir con su propósito.

Los Comandos

El fracasado golpe del capitán Silva no logró su objetivo principal como era impulsar la toma del poder por el partido liberal, pero sí estimuló la aparición de los “comandos” guerrilleros anteriormente mencionados. Los hasta ahora subyugados liberales que vivían en la Orinoquía sintieron que era el momento de tomar las armas y sacudirse de sus atormentadores. Si se analiza con algún detalle es indudable que en los lugares en donde existía mayor motivación eran el sector de piedemonte y estribaciones de la cordillera oriental y Puerto López que desde el 9 de abril de 1948 había sido movilizado por “cheito”.

A partir del 27 de noviembre de 1949, vino la expansión de los grupos armados. Inicialmente en el sector cordillerano en donde los “comandos” empezaron a surgir alrededor de los dos grupos de hermanos, algunos de ellos ya han sido mencionados en páginas anteriores, pero es importante seguir la secuencia de los acontecimientos para brindar una mejor información al lector.

Así también fueron haciéndose conocidos en la región los hermanos Solano que inauguraron su vida como guerrilleros en la región del río Upía, los Villa Marín (hermanos) que fueron catalogados como uno de los grupos más difíciles de enfrentar y que en determinados momentos podían reunir efectivos de hasta 400 hombres en la región del Cocuy (Boyacá), Eduardo Franco Isaza el soñador hijo de hacendados de Sogamoso en las vecindades de Chámeza (Boyacá), Rafael Gómez también en la región del Upía, y otros de menor importancia como Eduardo Nossa en la parte alta de Guaichiria, Luis Alberto Parra en los alrededores del río Humea, el ex cabo del Ejército Dumar Aljure muy cerca a los hermanos Bautista y el Tuerto Giraldo conocido delincuente rehabilitado por Franco, quien actuaba en combinación con este en la misma región además de individuos que se juntaban con algunas de estos grupos para realizar sus acciones armadas.

Un poco más tarde es en el propio Llano en donde aparecieron nuevos grupos siguiendo el ejemplo de “cheito” Marco Tulio Rey, el

“capitán” fue uno de los más conocidos en la región de Maní (Casasare), Víctor Manuel López más adentro del Llano bordeando el río Cravo sur, otro “capitán” Jorge Carreño en el Pauto y más hacia Venezuela, Luis García en Arauca. Otros grupos serán detallados más adelante. Según Guzmán, Fals y Umaña:

Desde el principio se perfilan dos tendencias tácticas nítidamente definidas: la de Eliseo Velásquez, brutal depredatoria; y la de Eduardo Franco empeñado en una coordinación de jefes en torno a una programática social, para una acción de positiva eficacia. Velásquez y Marco Tulio Rey con 450 hombres piensan en acciones masivas. Franco en lucha de guerrillas. Al final se impone este acto por fuerza de los hechos. (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 82)

En realidad, en esos momentos lo que prevalecía era el entusiasmo por el anunciado golpe y todos realizaban sus acciones con los medios que tenían a su favor, para no solo ser parte de él, sino para acelerar la caída de las autoridades locales, regionales, la Policía y los grupos de “chulavitas”. De ahí la actuación precipitada de unos y otros. Cuando se sintieron en el aire, por la no ocurrencia del sonado golpe, volvieron a la realidad y se concentraron en otros modos de conseguir su objetivo. Para ello debían organizarse y buscar formas de prolongar sus actividades armadas.

Si bien Velásquez nunca dejó su prosopopeya y absurda arrogancia, tuvo que abandonar su práctica de actuar en forma masiva y se conformó con un “comando” guerrillero de menor número de hombres, hasta que las acciones, las del teniente Matallana en Trinidad (Casasare de donde lo obligó a retirarse) y su falta de credibilidad lo llevaron a desertar y ocultarse en Venezuela durante algún tiempo hasta que su propio orgullo lo hizo regresar y encontrar la muerte.

La proliferación de “comandos” y jefes, capitanes, coroneles, cabos y demás fue la razón que casi desde el propio inicio de la rebelión, se realizaron reuniones que algunos llamaron congresos, conferencias, juntas y otras denominaciones, para designar así los momentos en los

cuales los principales jefes de cada facción, interrumpían sus actividades armadas y convergían en determinados lugares para efectuar coordinaciones, estudiar planes, compartir informaciones, expresar desacuerdos y otras similares.

A partir de la primera de ellas, llevada a cabo en 1949, hasta la última en 1953 poco antes de que el general Rojas Pinilla asumiera el mando de la nación; se puede decir que algunos puntos comunes estuvieron presentes en todas ellas, aparte de los acuerdos y avances que con frecuencia resaltan analistas y escritores como Villanueva, Guzmán Fals y Umaña y otros. Desde el punto de vista del autor esos puntos comunes fueron: el no aceptar la autoridad de ningún otro jefe guerrillero sobre su propia guerrilla, dándole forma de una confederación a la rebelión en donde ni aún en la última reunión el “Congreso de la Perdida” 1953 la mayoría aceptó a Guadalupe Salcedo como jefe militar del movimiento y no se logró unidad pues otros como los hermanos Fonseca lo rechazaron y abandonaron el congreso creando un verdadero cisma.

De ahí que la distribución del territorio de la rebelión entre los diferentes “comandos” era siempre acogida de buen grado, pues era una garantía que nadie interferiría en los asuntos de ese “comando”, dándole al jefe un poder incuestionable dentro de la zona que le había sido asignada. Muy pocos lograron diferenciar entre ser comandantes de un grupo de hombres armados en medio de un proceso de rebelión y ser los patrones de quienes los habían seguido desde sus haciendas, fincas o propiedades.

Otro punto en común fue el establecimiento de determinadas normas de disciplina que eran acogidas por todos los asistentes, pero luego manipuladas a su antojo por los jefes causando inconformismo al extremo que jefes como los hermanos bautista y Marco Tulio Rey fueron asesinados por esos abusos. También la financiación de los “comandos” era discutida. Mientras se basó en el saqueo, la contribución forzada de otros, el botín etc. hubo pleno acuerdo; pero en el momento en que se pidió contribución de los hacendados, estos se negaron y cambiaron de bando.

Junta revolucionaria y Comando Nacional

Una de las consecuencias del 9 de abril de 1948 fueron las juntas revolucionarias que surgieron espontáneamente buscando reemplazar a los gobiernos locales. En Sogamoso, en junio de 1950, unos meses después del abortado golpe de estado liberal y cuando ya algunos de los “comandos” guerrilleros se encontraban activos, se conformó una de ellas cuya principal tarea consistía en coordinar el correcto funcionamiento de los diferentes “comandos” guerrilleros a través de acciones tales como:

Regularización de los comunicaciones entre los comandos, Adquisición de buenas armas, Preparación técnica del elemento humano, Vigilancia y estudio a fondo del enemigo, propaganda metódica, Organización de la sanidad militar. (Villanueva, 2011, p. 238)

Inició plena de entusiasmo y compuesta por ilustres liberales de la región como Francisco Guevara, Alberto Plata, Alfonso Camargo, Luis Barrera y Eduardo Reina miembros principales (Villanueva, 2011, p. 237) que a su vez estaban respaldados por otro grupo de importantes jefes políticos de esa colectividad, que fungían como suplentes. Fueron más allá e inclusive se elaboró otra acta, esta de emancipación y gobierno que en primera instancia identificó al régimen conservador encabezado por el presidente Mariano Ospina Pérez como el verdadero enemigo “que malogradamente dirigía los destinos del país como el representante del falangismo criollo” (Villanueva, 2011, p. 238), los compromisarios establecían que la lucha era hasta el final es decir hasta el derrocamiento definitivo del régimen conservador, para así liberar a la patria de tan oprobioso gobierno. Se comprometían a:

Nunca disolverse ni permitir que los disolvieran hasta tanto haber obtenido la liberación de las injusticias y dado a la vez al pueblo colombiano la liberación económica y social que el instante actual reclama y además instaurando una constitución para bien y honra de todos. (Villanueva, 2011, p. 238)

Teóricamente se trataba de un planteamiento político que impulsaría la rebelión hasta la obtención del objetivo, brindando facilidades en todos los campos que se consideraban necesarios. En la práctica era más un formulismo que otra cosa, pues los comandantes en el terreno actuaban bajo su propia autoridad. A tal punto llegaba este desconocimiento que en su libro *“Los combatientes del llano 1949- 1953”* Eduardo Fonseca, uno de los más importantes jefes guerrilleros de la rebelión, no hace mención a la Junta Revolucionaria de Sogamoso, ni a sus propósitos, en tanto que menciona a “el Comando Nacional” liderado por Jorge Enrique Santos, Rafael Mendoza, el general Jorge Soto (no hay información suficiente para aclarar su procedencia probablemente se trataba de un jefe liberal) y Julio Roberto Salazar, encargados de apoyar a los “comandos” guerrilleros que los reconocían.

Entre las funciones que cumplió se destaca la coordinación del grupo armado de Drigelio Olarte en el ataque a la base aérea de Palanquero (Puerto Salgar Cundinamarca) el 31 de diciembre de 1952 que fracasó ante la reacción oportuna y valerosa de sus oficiales y soldados, y el informe enviado en el sentido de que el gobierno preparaba una gran invasión a comienzos de 1953 por parte del Ejército (Fonseca, 1987, p. 103) y que según el mismo autor pudo ser detectada y rechazada. Es evidente que tanto la Junta Revolucionaria y de Gobierno como el Comando Nacional, no tenían funciones de mando o al menos coordinación estratégica y eran simples elementos urbanos de apoyo logístico y de inteligencia que no eran tomados en cuenta en las decisiones.

LAS CONFERENCIAS GUERRILLERAS

Disposiciones iniciales

Pasados los primeros meses de la rebelión era necesario que se hicieran algunas coordinaciones entre los diferentes “comandos” para buscar un mejor desempeño en el terreno. Hasta ahora se habían realizado algunas acciones en contra de la Policía y los “chulavitas” pero era necesario incrementar la efectividad y obtener el objetivo de derrotarlos definitivamente. Eduardo Franco, fue quien primero tuvo la idea de efectuar coordinaciones permanentes y le propuso a “cheíto” “conformar un estado mayor que dirigiera los destinos de la rebelión y reconciliara las diferencias entre los nacientes caudillos” (Franco, 1976, p. 29). Al parecer Velásquez no prestó atención, pues su ego no le permitía concebir siquiera la idea de que el mando tenía que asesorarse antes de decidir o al menos no ser tan absoluto.

Igual situación se presentó más adelante en fecha no especificada, pero a comienzos de 1950 en el sitio Villablanca (Casanare), en donde se efectuó una reunión de varios jefes guerrilleros entre ellos nuevamente Velásquez a quien pomposamente llamaban “mi general”, Mario Escobar

en ese momento jefe de un “comando” en Arauca y que había venido a intentar algunos acercamientos con otros “comandos”, Rafael Plata, Manolo Vásquez y otros según relata Eduardo Franco, que se encontraba presente. Velásquez en atención a “su grado” era el encargado de dirigir la reunión, se dedicó a ordenar ascensos y nombramientos sin sentido causando la ira de Escobar quien esperaba que se discutieran asuntos de mayor trascendencia. Este le reprochó:

Hay que ser realistas y yo lo he apoyado a usted pero hay que cambiar. Yo quiero que de aquí salga una organización verdadera no que continúe el desbarajuste. Desde lo de Puerto López ha sido una carrera de fracasos por medio llano y qué? Parrandas fiestas y relajos de costa a costa. Tengo dos meses en estas vagabunderías en vez de estar en Arauca organizando algo que valga la pena. (Franco, 1976, p. 89)

Velásquez montó en cólera y asumió una actitud típica del megalómano que era; el incidente tuvo consecuencias muy serias pues Mario Escobar posteriormente a su regreso a Arauca se entregó al gobierno y otros jefes como los Villamarines, los duros combatientes del Cocuy y los hermanos Delgado nunca quisieron hacer parte o asistir a reuniones de este tipo y desarrollaron su lucha en solitario.

Era evidente que la unificación o por lo menos la estrecha coordinación no se obtendría, pese a ello, lograron llegar a algunas conclusiones como mejorar la organización en Arauca, establecer una red de estafetas y mensajeros, enviar un delegado a DNL para informar la marcha de los acontecimientos y atacar el caserío de Nunchía (Casanare) (Franco, 1976, p. 95). Este último fue un fracaso.

Contrario a lo que se podría decir en el sentido de que la reunión tuvo un éxito relativo, sería discutible pues no participaron los jefes más importantes como los hermanos Bautista y Fonseca. Más adelante en abril de 1950, se efectuó otra reunión a orillas del río Pauto (Casanare). Allí se discutió un proyecto de impuesto con el fin de establecer un tributo a los ganaderos con destino a la “revolución” Se acor-

dó que cada conservador debía pagar un 20% del precio del ganado que enviara a los mercados y cada liberal un 10%. En las hojas en que se envió la información por primera vez se estampó el membrete “Fuerzas Liberales Populares de Liberación de Colombia, División Gustavo Jiménez, Llanos Orientales, Estado Mayor”, el nombre había sido adoptado con anterioridad en el momento de establecerse la Junta Revolucionaria y de Gobierno y también se incluyó el nombre del parlamentario boyacense muerto en el intercambio de disparos en el congreso a finales de 1949.

En ese momento, la resolución causó un sentimiento de alegría y se pensaba que se podría comprar armamento suficiente para desarrollar la lucha. A largo plazo, sería una de las causas del descontento de los ganaderos que terminaría en su cambio de posición al sentirse extorsionados por su propios empleados y terminaría en el “congreso de Sogamoso” en donde se conformaría una alianza con el gobierno para luchar en contra de las guerrillas.

Entre tanto “cheíto” Velásquez continuaba con su vida displicente y a esta altura ya su desprestigio se había esparcido por toda la región; jóvenes mujeres se quejaban sobre su conducta “Que por orden de mi general hay que ir a presentarse. Que por orden de mi general hay que bailar. Y que por orden de mi general hay que hacer cuanto les dé la gana” (Franco, 1976, p. 108). Esto sumado a la efectiva acción del teniente Matallana que había logrado el control de la región de Trinidad epicentro de las operaciones de Velásquez había terminado por desmoralizarlo y ya no era tomado en serio por los demás “comandos” que le guardaban un respeto hipócrita pues pensaban que había sido nombrado por la DNL, algo que no era cierto.

Escasa guarnición de 40 hombres (en realidad eran 20) al mando de un teniente Matallana que después de haber causado unos muertos en Trinidad (se refiere a las 18 bajas que había causado al “comando” de Velásquez en las acciones en la pista y en el pueblo) y hacer unos prisioneros había normalizado el comercio y el tránsito por la parroquia. (Franco, 1976, p. 109)

Entre tanto, en febrero de 1950 los hermanos Fonseca, Rafael Gómez e Israel Jiménez (otro jefe guerrillero) habían convocado una reunión que denominaron “Congreso de las Brisas del Charte” en el cual definieron normas de disciplina recopiladas en un escrito denominado “Reglamento de disposiciones disciplinarias y tácticas” aplicables en algunos de los “comandos” aunque como ya se expresó eran utilizadas de acuerdo con la conveniencia del jefe.

El reglamento estimulaba actividades criminales como la pena de muerte:

Capítulo I, numeral 3333. [...] Cuando se capturen sapos se conducirán ante el comandante quien los remitirá al “comando”. En caso que su traslado sea difícil se les interrogará hasta la saciedad en todo sentido y luego se les eliminará informando al comando [...] Capítulo IV, numeral 15. Pena de muerte. Se impone a los delatores, traidores [...] Capítulo V, numeral 4 [...] cobardes, insubordinados, por homicidio en compañeros o superiores y civiles. (Fonseca, 1987)

Más adelante complementa “por sabotaje, por espionaje, por atacar a un superior y por todos aquellos delitos que atenten contra la estabilidad del movimiento” (Fonseca, 1987). Aunque el Reglamento contiene otras normas más benignas de disciplina e incluye órdenes de comportamiento bajo diferentes circunstancias, dispone la obligatoriedad de aprender a leer y escribir por parte de los guerrilleros, abre un inmenso boquete abrogándose el derecho de disponer sobre la vida de los guerrilleros y de quienes hayan sido capturados, entregando tal prerrogativa a personas sin ninguna preparación y muchas veces motivadas por el resentimiento y el odio. Esto fue causa de muchísimos asesinatos causados por deseos de venganza, fue ratificado en 1952 por los hermanos Fonseca.

El territorio

Fue una las principales preocupaciones de los guerrilleros. Desde el punto de vista del autor, no era la idea de organización, sino la de independencia y libertad de actuar lo que motivaba las constantes distribuciones y modificaciones de áreas de responsabilidad. El 27 de abril de 1950 hubo otra reunión en Guanapalo (Casanare), en donde “algunos jefes guerrilleros expidieron la resolución 103 de esa fecha distribuyendo por primera vez áreas de responsabilidad para cada comando (Villanueva, 2011, p. 143). No implicaba coordinación o acción combinada; se utilizaron perpendicularmente los cauces de los principales ríos en su trayecto entre la cordillera y el río Meta, se consideraron 8 sectores o zonas. El epicentro era la región de Guanapalo, Trinidad considerado como el centro del Llano, muy cerca al sitio en donde posteriormente se fundaría el caserío de San Luis de Palenque por parte del Ejército Nacional. No se incluían en esta distribución los “comandos” de los hermanos Fonseca, los Villa Marín, Dumar Aljure (probablemente aun hacia parte del “comando de los “Bautista) ni Guadalupe Salcedo aun conduciendo un grupo muy pequeño. Según Villanueva, esta distribución fue hecha por “cheito Velásquez” cuando todavía generaba alguna credibilidad.

- Zona 1 Luis Escobar Arauca - Casanare
- Zona 2 Luis Esguerra Casanare - Ariporo
- Zona 3 Isaac Vergara Ariporo – Guachiría
- Zona 4 Jorge Betancur Guachiría - Pauto
- Zona 5 Alfredo Parada Pauto – Cravo Sur
- Zona 6 Eduardo Franco Cravo Sur - Guira
- Zona 7 Tulio Bautista Guira - Upía
- Zona 8 Álvaro Parra Upía – Humea

A pesar de ello las disputas y celos entre los jefes de los comandos nunca cesaron; algunos jefes guerrilleros se quejaban “La gente de Giraldo tuvo muchas intenciones de quitarnos las armas por orden de Eduardo Franco, porque no queríamos someternos a él” (Villanueva, 2011, p. 176).

En otra reunión de ese tipo probablemente a mediados de 1950, sin fecha determinada, en la que también estuvo presente Eduardo Franco, se discutió acaloradamente sobre la naturaleza de la organización:

Se habló durante largo tiempo aquella mañana para llegar a la conclusión que en lugar de discutir y pelear por los mandos y jerarquías nos daríamos una reglamentación completa y reforzaríamos nuestros propios servicios. Propondríamos a los demás comandos constituidos y por constituir, la unificación guerrillera a través de la confederación. (Franco, 1976, p. 125)

Era en esencia la misma mentalidad de los patriotas en esa región antes de 1819, dedicados a pelear entre ellos, sin entender la trascendencia de su papel revolucionario, esperando a que alguien de afuera en este caso Simón Bolívar viniera a organizarlos. Los llaneros rebeldes de 1950 también pasaban parte de su tiempo discutiendo sobre aspectos triviales, de vanidad y auto exaltación, pero eran cuidadosos de su autonomía como jefes de “comando” y no permitían siquiera que se hablara sobre unidad bajo un solo jefe. Entre tanto desarrollaban acciones armadas y daban “golpes” a la Policía y a los “chulavitas” conservadores causándoles muertos, heridos y destrucción, anunciando y haciendo alarde de ello, sin entender que a largo plazo no tenían ningún valor, pues solo se trataba de expresiones de “comandos” aislados que los estaba desgastando y los conduciría a su entrega, precisamente por falta de unidad.

Eduardo Franco era quizás el que mejor lo entendía, pero sus muy escasas cualidades como guerrillero no le permitían la autoridad moral para imponerse y muchas veces era mirado por otros jefes de “comando” como una figura simpática y un buen teórico, pero incapaz de desempeñarse en el terreno. Así lo veía Eduardo uno de los jefes del “comando” de los Fonseca, “En esto me di cuenta que a Franco solo le interesaba llamarse Jefe. Nosotros no podíamos aceptar una jefatura inmerecida. Porque teníamos plena confianza en nuestras capacidades” (Fonseca, 1987, p. 109) . Más adelante, y refiriéndose aún a Franco continúa:

Siguiendo las enseñanzas de Velásquez, también había ascendido a su amigos; así fue como resultaron los tenientes Guadalupe Salcedo, Rafael Sandoval, Carlos Rodríguez (el Pote), Víctor Agudelo, Berardo Giraldo (el Tuerto). Guadalupe que era más astuto y combativo aumentó sus efectivos y después se mandaba solo y sin la tutela de Franco, a quien siguió llamando Coronel. (Fonseca, 1987, p. 109)

Al igual que con otros guerrilleros, Franco intentó desarmar al comando de Guadalupe Salcedo, que teóricamente estaba bajo su mando, pero este informado sencillamente se independizó y organizó su propia área base. Es muy posible que, dado su bajo nivel intelectual, Guadalupe inicialmente hubiera sentido respeto por Franco, un hombre mucho más ilustrado y con facilidades para expresarse de manera inteligente, pero en el momento que entendió que la rebelión era más de acción que de palabras elegantes, emprendió su propio camino y muy pronto se destacó como el verdadero líder de la rebelión llanera.

Las conferencias de los jefes de los “comandos” no fueron productivas en lo que se refiere a la consolidación del movimiento insurgente como una fuerza total que pudiera tener mayor capacidad en todo sentido, sirviendo a otros propósitos como reglamentaciones, instrucciones y otros aún más baladíes como ascensos etc. Importante en todas ellas, la distribución de áreas de responsabilidad o de operaciones en las cuales se enfatizaba la independencia, libertad de acción y autonomía de cada uno de ellos, concluyendo que se debía adoptar no una centralización sino una confederación en la cual solo se actuaría en conjunto luego de determinados acuerdos, que únicamente en 1953 se obtuvieron parcialmente.

Intentos de unidad

En la medida en que progresaba la rebelión algunos jefes guerrilleros empezaron entender que no era suficiente con atacar grupos de agentes de Policía, matar conservadores o emboscar patrullas del Ejército. Para

ser exitoso se requería una actitud más ofensiva y ello solo se lograría mediante la unidad en dos niveles. Primero en los Llanos Orientales y luego a nivel nacional con los demás grupos armados que actuaban en diferentes partes del país, para así conformar un bloque muy difícil de enfrentar por parte del gobierno. Una insurrección armada de tales magnitudes sin duda conduciría a la caída de Ospina Pérez y su gobierno y al advenimiento del partido liberal.

En palabras más estrictas, unos pocos jefes guerrilleros empezaron a pensar en términos estratégicos. Esos planteamientos fueron madurando y para 1952 se empezaron a concretar. La euforia inicial causada por los éxitos logrados en determinados momentos no les había permitido apreciar que así causarían muchas bajas al enemigo, el desgaste principal era para ellos mismos pues era una situación muy difícil de sostener. Se requería de un mando único para así contrarrestar este desgaste.

Eduardo Fonseca, según su propia versión, se puso en contacto ya en 1952 con Eduardo Franco, el teórico de las guerrillas y le ofreció por el bien de la rebelión, convertirlo en jefe único y él se comprometió a colocarse bajo su mando con la seguridad que los demás comandantes de la rebelión harían lo mismo.

Los Fonseca fueron siempre agresivos, y por ello su jefe le colocó un único requerimiento a Franco para ungirlo en tan importante posición: que demostrara que no solo era un buen teórico, sino un verdadero comandante guerrillero, para eso le exigió que comandara un ataque en contra de algún objetivo del gobierno y que lo hiciera exitosamente. Franco aceptó y le pidió prestado a Fonseca un F. A. (fusil ametrallador) durante el asalto que realizaría para demostrar su competencia. Coordinó con sus subalternos en ese momento Guadalupe Salcedo y Berardo (el Tuerto) Giraldo para movilizar el máximo de guerrilleros, con el fin de atacar el Tablón de Támara (Casanare) un diminuto caserío ubicado entre los ríos Boyagua y Cuyama muy cerca de la vía que conduce de Pore a Paz de Ariporo en la cual se encontraba una pequeña guarnición militar. El relato de Eduardo Fonseca sobre esta acción, que no determina la fecha y que probablemente sucedió en el segundo semestre de 1950, es muy sencillo.

Con un número superior a 400 hombres muy bien armados pretendía atacar el cuartel del Ejército, existente en aquel lugar, triunfar y convertirse en el comandante de todas las guerrillas. Fue tan mal dirigida la acción que aun antes de entrar en acción, el enemigo le propinó una tremenda derrota, habiendo perdido dos hombres. (Fonseca, 1987, p. 162)

Franco pretendió demostrar que su prueba había sido exitosa e intentó adoptar una posición de superioridad con relación a Fonseca, enviándole una carta con el cual devolvía el F. A. que le había sido prestado y trataba a Fonseca como su nuevo subalterno, exigiéndole disciplina y acatamiento. Como reconocimiento y prueba de su autoridad lo ascendía al grado de capitán (Franco había sido nombrado coronel, por “cheíto”).

Eduardo Fonseca, un viejo zorro le contestó en términos muy cordiales, pero dejándole ver con sorna que ni lo aceptaba como superior ni consideraba que hubiera dirigido una acción exitosa, para enfatizar los dos puntos y mostrar su renuencia a colocarse bajo sus órdenes firmó como Eduardo Fonseca Galán, Mariscal de Campo (Fonseca, 1987, p. 162), al recibir la respuesta Franco, montó en cólera y se deshizo en improperios en su contra

Este incidente tuvo consecuencias aún más profundas para la rebelión, pues Franco entendió que nunca sería reconocido como jefe por el “comando” de los Fonseca y por ende no llegaría a ser reconocido como Jefe único del movimiento. Eso afectó su moral y más tarde igual que “cheíto” desertó hacia Venezuela. Fonseca no volvió a reconocer ni a aceptar nadie como jefe único. Es muy posible que el ofrecimiento que hizo Fonseca a Franco de la jefatura del movimiento si realizaba un combate exitoso, hubiera sido una acción deliberada para demostrar su incapacidad y de una vez por todas dejarlo en evidencia y obligarlo a renunciar a tal aspiración, objetivo que fue cumplido con creces.

EN LO QUE COINCIDIERON

La primera ley del Llano

La promulgación de las leyes del Llano fue uno de los pocos aspectos en que coincidieron los comandantes guerrilleros. Para ello llevaron a cabo reuniones en las cuales alcanzaron acuerdos que les permitían emitir “leyes” que tenían alcance en toda la región. Hubo dos de ellas que fueron importantes y fruto de dos reuniones diferentes; la primera de ellas llevada a cabo en septiembre de 1952 “en algún lugar del Llano” Asistieron 39 comandantes de diferente nivel y todos tuvieron derecho al voto a la manera cómo se hace en las asambleas o congresos; hombres tan importantes para la rebelión como Eduardo Franco, los hermanos Bautista o los hermanos Fonseca y el propio Guadalupe Salcedo, compartieron el voto y la aprobación de los proyectos con otros totalmente desconocidos como Pedro A. Lara, Luis F. Arenas, Hildebrando Plazas o Marcos Achagua.

Según Villanueva, el propósito era emitir una reglamentación adecuada para la administración de justicia, (Villanueva, 2011, p. 314), pues el gobierno tenía abandonado a los Llanos en ese sentido y la impunidad era rampante, luego de los innumerables crímenes cometidos por los conservadores, en desarrollo de la represión iniciada a partir de 1949.

Surgió de la necesidad de organizar y darle forma a un poder local embrionario, frente a la anarquía, la desorganización el descontrol y la desorientación que imperaba dentro y fuera de los “comandos” se buscaba organizar la vida civil, jurídica y militar de las zonas controladas por la insurrección. (Villanueva, 2011, p. 315)

Otros autores van más allá, Antonio López afirma que “Allí se trazaron sus bases legales. Con la sanción de la Primera y la Segunda Ley —en septiembre de 1952 y junio de 1953, respectivamente— se rompió por completo con las estructuras estatales centrales” (López, 1996, p. 196). El mismo López considera, de acuerdo con la investigación realizada por la corporación Alvear Restrepo, “Según estudios de la Corporación Colectivo de Abogados José Alvear (2000), a partir de ese momento los guerrilleros se rigieron únicamente por mecanismos legales autónomos, centraron el poder y organizaron la economía según las costumbres de las comunidades” (López, 1996, p. 197).

En particular, luego de la aprobación de la primera de ellas se empezaron a vislumbrar asomos de unificación bajo Guadalupe Salcedo, pero cada comandante entendía que su capacidad individual para manejar su propio comando era mayor y en cierta forma estaba legitimada por los aspectos expuestos precisamente en la primera “Ley del Llano”. Pese a ello, se podría decir que la rebelión se estaba aproximando a lo que el profesor Tom Marks, denomina el contra-estado, es decir un estado que crece la sombra en regiones controlados por los insurgentes que con el tiempo desplaza localmente al estado y con el tiempo puede llegar a hacerlo a nivel nacional (Marks, 1996, p. 32).

La Ley constaba de 26 artículos que a su turno trataban sobre diferentes tópicos, en uno de los primeros indicaba cómo los ascensos dentro de los cargos que poseían los guerrilleros “debían hacerse con base a parámetros como la rectitud y la disposición de encarnar el sentir popular” (López, 1996, p. 216). Quizás con este artículo se buscaba dar un aspecto más popular a la rebelión hasta ahora dirigida por una élite criolla que poseía poderes casi que sin límite. “Los fundamentos que guiaban ese quehacer eran elementales: conservar la vida, honra y bienes

de los asociados, castigar los delitos —entre la población, pero también los cometidos por los guerrilleros— y controlar los precios de toda explotación económica” (López, 1996, p. 170).

Según el mismo autor “Instauró contribuciones a las transacciones comerciales, impidió la justicia por mano propia, dispuso reglamentaciones sobre debido proceso y doble instancia y fijó penas pagaderas con cárcel”. En otros apartes “También reglamentó disposiciones penales y policivas, caracterizando las siguientes faltas graves, entre otras: homicidio, traición, espionaje, estupro, chantaje, estafa, abuso de confianza, robo, vagancia y lesiones personales serias” (López, 1996, p. 171).

Es muy posible que la reciente muerte de los hermanos Bautista y de Marco Tulio Rey a manos de sus propios subalternos hubiera influido poderosamente en esta moderación pues es evidente que el establecimiento de una doble instancia arrebató a los comandantes la posibilidad de fusilar in situ a quien consideraban merecedor a ello, sin mayor fórmula de juicio y lo que es peor sin posibilidades de apelación u otro mecanismo similar. La pena de muerte pese a ello no fue abolida “Los delitos se pagaban con trabajos forzados en colonias agrícolas o incluso con la vida, situación aplicable a delincuentes reincidentes” (López, 1996, p. 171). Se desconoce el número de “delincuentes reincidentes” que fueron fusilados de acuerdo con estas normas, pero fue un mecanismo eficaz para mantener determinado orden y disciplina dentro de los diferentes “comandos”.

La reglamentación sobre asuntos agrícolas fue otro de los asuntos importantes que abocó la reunión de comandantes. “Obligación de intensificar la agricultura en todos y cada uno de los distintos tópicos” (Corporación José Alvear, 2000, p. 122). Para ello intentó comunizar las tierras, y prohibió cercar o encerrar parcelas con el propósito que todas las tierras fueran productivas y se iniciara un proceso que llevara a una gran prosperidad general. Se sancionaba a quien no hiciera buen uso de la tierra, por ejemplo, efectuando un corte con machete y abandonándolo sin continuar con la siguiente fase dentro del proceso de siembra de productos como yuca, plátano y similares. Determinaba con el fin de armonizar todas estas normas el establecimiento de colonias agrícolas

“La realización de trabajos se hará por convite o por el sistema de brazo prestado. b) Una vez recogida la cosecha, podrán efectuarse [...] pagos con los mismos usufructos. c) Se establecerá el intercambio comercial de artículos agrícolas por ganado, sal y otros elementos”. (Corporación José Alvear, 2000, pp. 122-123).

Naturalmente también se legisló sobre el producto más importante del Llano, la ganadería. Confirmó el impuesto que ya había sido decretado sobre el pago por res transportada, imponiendo como sanción la confiscación de los semovientes a aquellos que se negaran a pagarlo. “Adicionalmente la carne para las tropas era tomada de hatos confiscados, teniendo derecho además a cierto porcentaje de semovientes cuando superaban las 500 cabezas” (López, 1996, p. 172). Inicialmente se distribuía carne gratuita para los agricultores, pero tal práctica asistencialista al cabo de poco tiempo se tornó en insostenible y tuvo que ser eliminada y reemplazada por un suministro particularizado a determinados individuos bajo el control de comisarios.

En términos generales todas estas medidas buscaban movilizar definitivamente a la población en favor de la rebelión, establecer mecanismos para el autoabastecimiento y financiación del movimiento e instaurar orden a la resistencia de los “comandos” guerrilleros.

La segunda ley del Llano

La promulgación de la “Primera ley del Llano” causó entusiasmo en toda la región. Sin embargo, la situación fue evolucionando de tal forma que se hizo necesario unos meses más tarde realizar un nuevo congreso que complementara y profundizara en muchos de los aspectos expuestos inicialmente. En otros términos, la ley fracasó, pues no reflejaba el grado de evolución y madurez a que había llegado el movimiento, según afirma Julio Casas Aguilera autor del libro *“La Violencia en los Llanos Orientales”* citado por Villanueva (Villanueva, 2011, p. 317). Por su parte Eduardo Fonseca lo entiende desde otro punto de vista:

Ante la poderosa invasión iniciada en este año de 1953, unánimemente comprendieron todos los “comandos” la imperiosa necesidad de confederarse y someterse a un comando unificado, dándose a la vez un estatuto jurídico que informara civil y militarmente la acción guerrillera. (Fonseca, 1987, p. 218)

Esta reflexión del comandante de uno de los más importantes y agresivos “comandos” demuestra una vez más la evolución hacia el nivel estratégico de muchos de los combatientes de Llano. Hasta ahora (1953) habían logrado causar importantes bajas tanto a los “chulavitas,” y a la Policía como al Ejército inclusive ya habían sucedido emboscadas y ataques a bases militares como el asalto a la base de Páez. Sin embargo, entendían que sus verdaderos logros no eran tan evidentes como se pretendía y que era necesario replantear el sentido y la organización de la lucha, “pues estaban casi como al principio” (Ramsey, 1.981, p. 234).

Simultáneamente, en una reunión entre el gobierno y una serie de ganaderos que inicialmente se habían mostrado favorables a la insurrección llanera, y que posteriormente habían visto afectados sus ingresos como consecuencia de las normas del congreso de las “brisas del Char-te” que les imponían altas contribuciones que posteriormente fueron denominadas “Vacunas”, estos decidieron cambiar de bando y apoyar decididamente al gobierno con recursos y con hombres.

Fue entonces convocado por los guerrilleros lo que se denominó “el Congreso de la Perdida” que se realizó en el sitio el Barley, hacienda Vega Perdida, sobre el río Tua a su vez afluente del Meta. Hoy en día sobre ese desconocido río se celebra un festival folclórico denominado “festival de verano” y se lleva a cabo en la localidad de Monterrey (Casanare). El lugar en donde se realizó el congreso está situado cerca al cordillera oriental lo cual hacía que su acceso no fuera tan fácil y ello brindaba protección a los “congresistas” contra de intrusos indeseados, se realizó a partir del 10 de junio de 1953.

Desde el primer momento se apreció una pugna de poder entre los dos más combativos guerrilleros Guadalupe Salcedo y Eduardo

Fonseca. Reflejaban la vieja costumbre de aferrarse cada uno a su arista de poder impidiendo la verdadera unidad tan requerida en esos momentos.

Reinaldo Barbosa, otro de los analistas de esta etapa de la violencia en Colombia, explica esta falta de unidad, en los orígenes políticos de cada “comando”. Según él, el “comando de los Fonseca representó y expresó la tendencia más tradicional del partido liberal.

Sus vínculos con los jefes del Centro, de la Dirección Nacional, los pusieron en condiciones de disputar el liderazgo a los hermanos Bautista y el mando general a Eduardo Franco, además de las disputas por generadas por el manejo de recursos obtenidos del impuesto ganadero. Su procedencia de las Fuerzas Armadas y su insospechado aporte en la guerra en los Llanos les enardeció el afán de mando hasta bloquear todo intento de unificación del movimiento guerrillero. Explotaron el sentimiento partidista a la manera clientelista. (Barbosa, 1992, p. 133)

Refiriéndose al comando de Guadalupe Salcedo el más auténtico representante del Llano, pero infortunadamente un hombre sin ilustración ni conocimientos políticos más interesado en ejercer la violencia que entender sus consecuencias expresó:

El sector más progresista tanto por su composición social como por los intereses que representó fue el acaudillado por los hermanos Bautista en el piedemonte y por Guadalupe Salcedo en las sábanas quienes recogieron el modo de ser y de pensar de los peones de sabana el pueblo llanero en su conjunto. Ellos enriquecieron con su aporte una tendencia “Democrática Revolucionaria” que, si bien no logró encasillarse políticamente dentro de alguna de las corrientes conocidas, sentó las bases fundamentales para el proceso de liberación nacional. (Franco, 1976)

La otra fracción en contienda liderada por el teórico Eduardo Franco Isaza quien para la época del congreso ya había desertado hacia Venezuela pero que ahora estaba representada por algunos jefes guerrilleros y es catalogada como “tendencia democrática-liberal”.

Recogió la opinión de algunos hacendados consecuentes con el mejoramiento de la sociedad llanera, pero sin desprenderse de su halo de caciques populares. Asimilaron religiosamente los postulados gaitanistas e intentaron sustanciales cambios sociales. Pero infortunadamente no maduraron postulados programáticos y caminaron más al ritmo de la guerra que de la política. (Barbosa, 1992, p. 133)

De ahí que las fracciones de Guadalupe Salcedo y los Bautista se acercaron y formaron una coalición en contra de los Fonseca que estaban de en desacuerdo con las propuestas más radicales a las que calificaban de “comunistas”. El enfrentamiento culminó con el abandono de los Fonseca del ‘congreso guerrillero’

Los avances del 2º Congreso

Durante las deliberaciones que se extendieron a lo largo del mes de junio de 1953 se llegó a acuerdos, en ese momento trascendentes para el movimiento. Barbosa afirma que ellos lograron aprobar un conjunto importante de normas “que puede confrontarse, para aproximación más cabal con la constitución vigente a junio de 1953 o a la de 1886, matriz de las reformas de ese siglo” (Barbosa, 1992, p. 188). Sin embargo, como es casi que habitual en los Llanos, no fue un llanero quien impulsó la mayoría de los puntos tratados y aprobados y tan densamente elogiados por Barbosa. Ese personaje fue José Alvear Restrepo, un abogado liberal quien con indudable olfato político inició sus labores con el movimiento guerrillero de los Llanos asesorando a quizás el más hábil y carismático

de ellos, Guadalupe Salcedo, a la vez uno de los menos ilustrados e interesados en el surgimiento de una verdadera revolución.

Según el testimonio de algunos de los propios guerrilleros, como Eduardo Fonseca “Nos faltó a los comandantes guerrilleros ilustración política y jurídica para interpretar las aspiraciones del pueblo y saberlas incorporar a la ley, para discutirle al Doctor Alvear Restrepo sus proposiciones comunistas que quería hacer pasar como liberales” (Fonseca, 1987, p. 222). Afirma el mismo jefe rebelde que “Ortiz tenía completamente dominado al jefe guerrillero. Además, Guadalupe, que apenas si había cursado tercer año de primaria nada tenía que discutir con intelectual ni políticamente con Alvear que era un abogado muy inteligente fogueado, astuto y tenaz” (Fonseca, 1987, p. 222).

Más adelante, luego de la toma del poder por el general Rojas Pinilla y la promulgación de su amnistía que daba por terminada la violencia y el enfrentamiento en los Llanos, Alvear continuó alentando su continuación tratando por todos los medios que los campesinos del Llano persistieran en la Violencia, hasta que murió ahogado en la desembocadura del río Tua al Meta al volcarse la canoa en que viajaba en compañía de otros guerrilleros.

Entre los acuerdos más importantes estuvieron, la gestión para coordinar un gran movimiento guerrillero a nivel nacional y la elección de Guadalupe Salcedo como comandante general del movimiento y Alvear Restrepo como jefe de estado mayor. Esas tareas estratégicas, implicaban de acuerdo con Villanueva, otras complementarias como la coordinación del movimiento nacional guerrillero a través del Comando Supremo Nacional en Bogotá cuyo objetivo era derrocar al gobierno.

En el campo armado el ataque con más de 1.000 guerrilleros a las bases de Maní, Chaminay y Nuevo Mundo, dirigido por los 10 mejores hombres de cada “comando” al que dieron el nombre de comando volante. El primero de los objetivos derrocar al gobierno, nuevamente refleja el carácter Rebelde y no Revolucionario del movimiento, pues aspiraba según la formulación de este propósito, a una transferencia de

poder a los liberales, dentro del marco de un mismo sistema de gobierno, pese a que en los acuerdos del “Congreso de la Perdida” se establecieron algunos apartes de carácter revolucionario es decir redactados de tal forma que se sugiere un cambio del tipo de Estado más que de gobierno. La segunda de las tareas no implica como erróneamente los sugiere Villanueva “la formación de un ejército revolucionario” (Villanueva, 2011, p. 399), sino el paso a una fase más avanzada de la guerra de guerrillas como es la “guerra de movimiento” (Tung, 1965, p. 133).

En esta fase, aún no se ha conformado un ejército revolucionario, sino que por el contrario las fracciones guerrilleras se unen para lanzar ataques masivos en contra de objetivos que de esta manera quedan en desventaja y son derrotados de manera fácil. En cada una de las bases que se proyectaban atacar no había más de 40 0 60 soldados, es apenas lógico que una vez lanzado el ataque de aproximadamente 300 o más guerrilleros contra cada una, tendrían que entregarse o resistir con la vana esperanza de la llegada de refuerzos que dadas las circunstancias nunca lo harían y en ese caso perecer en su puesto de combate.

Una vez finalizada la acción los guerrilleros se desconcentrarían y regresarían a su bases, hasta el siguiente ataque. El propósito es obligar a la fuerza militar a abandonar la región que se convierte en área liberada. Esto no implica que se haya conformado un ejército revolucionario, sino que se ha avanzado hacia una fase más trascendente, en donde ya se puede pensar en la unificación de las fracciones para conformar tal organización.

LA REALIDAD DEL CONGRESO

La influencia de Alvear

Al referirse al congreso de la “Perdida” por lo general los analistas lo clasifican como una verdadera pieza maestra en la transformación del movimiento guerrillero de los Llanos Orientales en una auténtica revolución. Darío Villamizar dice “La expedición de esta normatividad, autónoma y revolucionaria era de por sí una forma superior de lucha enfrentada de hecho al Ejército, a los hacendados y al gobierno conservador y profundizaba contradicciones con la jerarquía liberal” (Villamizar, 2018, p. 149). Russel Ramsey expresa “Había una completa codificación sobre una ley radical de reforma agraria, con disposiciones tributarias, fuerzas armadas, control de ganado y esquemas de representación popular a través de consejos” (Jiménez, 2007) (Ramsey, 1981, p. 209).

Reinaldo Barbosa es más profundo al respecto “Estratégicamente su visión del conflicto se proyectaba más allá de los límites regionales y consideraba a la nación y al pueblo colombiano en su proyecto alternativo de poder” (Barbosa, 1992, p. 133). Uno de los asistentes más importantes al congreso, Eduardo Fonseca, tenía una visión contraria y así lo expresaba en su libro “*Los combatientes del Llano*” escrito algunos años

después “Sin haber logrado el fundamental propósito de confederar los comandos el 15 de junio se clausuró el congreso dejando como única conclusión de valor positivo, proclamada la “Constitución de las Fuerzas Guerrilleras” (Fonseca, 1987, p. 221).

Para nadie era un secreto que tales planteamientos estaban impulsados por el abogado José Alvear Restrepo, “quien se adentró en los Llanos Orientales y sistematizó las prácticas democráticas y progresistas de las comunidades llaneras” (Bueno, 2013, p. 2), buscando en definitiva la unión de todos los grupos, la constitución de una especie de “contra-estado” “en toda la región y naturalmente la real posibilidad de una victoria militar que determinara el fin del gobierno conservador.

No era por ende una misión pacífica o conciliatoria, por el contrario, era una acción de politización partidista que condujera a una movilización total en dos sentidos, el primero hacia la constitución de un verdadero ejército guerrillero en los Llanos y el segundo la unión con grupos guerrilleros que ya operaban en otras regiones del país. Además, brindaba un marco jurídico adecuado que permitía la sustentación de las acciones que se llevaran a cabo, sin dejar de considerar la sostenibilidad a través de medidas relacionadas con recaudo de impuestos y tributos que la facilitaran. Alvear Restrepo además de ser un hombre inteligente y bien preparado, poseía dotes de líder, pues sabía cómo utilizar sus conocimientos para generar simpatía por sus ideas.

En el desarrollo del congreso de la “Perdida” demostró ser el más hábil de los comandantes en este sentido. La mayoría de los guerrilleros aceptaban y aplaudían sus ideas y proyectos, en el momento de votar lo hicieron de forma positiva logrando su aprobación pues su retórica los había hechizado y había así mismo levantado su efusividad. Alvear era abogado de la Universidad de Antioquia en donde se graduó defendiendo su tesis “Conflictos del trabajo: la Huelga”.

Guadalupe Salcedo fue elegido jefe de las guerrillas del Llano y Alvear Restrepo jefe de estado mayor, posición que le brindaba autoridad y respeto y le permitía, hasta determinado límite, ejercer el mando de los grupos armados que actuaban en esa región. Pero al igual que en lo referente al proceso de confederación de estos grupos, tampoco hubo

consenso en la elección de Alvear Restrepo como jefe de estado mayor “Los civiles que en su totalidad siempre estuvieron de acuerdo con nosotros, no miraron con simpatía las actuaciones del congreso, en especial la elección de Alvear Restrepo como Jefe de Estado Mayor. “Vivo este camarada que sin haber disparado nunca en su vida un solo tiro, entraba a decidir militarmente en la mayor parte del Llano” según lo manifiesta nuevamente Eduardo Fonseca (Fonseca, 1987, p. 221).

Pese a la manifiesta oposición del grupo de los hermanos Fonseca que constituían una parte importante del congreso pues tenían el apoyo de otros como José Antonio Fonseca Galán y Carlos Roa, a quienes llamaban los civiles, Alvear obtuvo su objetivo de alcanzar una posición importante dentro del movimiento desde donde podía influir para desarrollar una lucha mejor organizada, con verdaderos fundamentos revolucionarios y objetivos realmente claros.

Alvear sabía que la mayoría de los combatientes llaneros eran peones o personas venidas del campo, víctimas en un gran porcentaje de la persecución “chulavita”, desplazados y despojados en sus propias tierras y que con un mínimo de trabajo político en forma de arengas motivacionales serían soldados incondicionales en la lucha. Además, eran analfabetas, no poseían conocimientos diferentes a los que habían logrado obtener por sí mismos, y estaban llenos de inquietudes y dudas sobre su futuro. Era una audiencia ideal para un hombre de ciudad, con un nivel de conocimientos muy superior y una cultura liberal que le daba una visión determinista del porvenir. Sus planteamientos en consecuencia eran vistos como de “avanzada” y electrizaban a los asombrados campesinos.

En realidad, se puede afirmar que las guerrillas del Llano estaban compuestas por tres tipos diferentes de audiencia; en primer lugar un reducido grupo en especial de comandantes que habían tenido acceso a la cultura, tenían diferentes grados de educación, como el propio Alvear Restrepo, Eduardo Franco (se encontraba en Venezuela) y algunos pocos más, que entendían los fundamentos de una revolución y que pensaban que cambios sociales profundos eran necesarios para el verdadero progreso de la región, ellos nunca habían sufrido en carne propia el rigor

de la violencia y sus motivaciones eran más altruistas. Veían la lucha armada como única opción para lograrlo.

De otra parte, seguía un grupo mayoritario de comandantes como los hermanos Fonseca, Bautista, Parra y otros, que sí habían sufrido la violencia, eran propietarios de tierras o haciendas y su posición económica era buena, sus familias y propiedades habían sido afectadas y guardaban un inmenso deseo de venganza, ese era su principal motivación para estar en la lucha, además en algunos casos de poseer vínculos con grupos políticos como el partido liberal. Era el grupo más difícil de influenciar y en él tuvo Alvear sus más enconados opositores. El tercer y último grupo eran los combatientes en sí, peones sin educación, sin propiedades, obreros o jornaleros de profesión, desposeídos y perseguidos que apoyaban sinceramente a Alvear a quien veían como el “Doctor”, la persona superior que los podía guiar en la lucha pues poseía la sabiduría que ellos no tenían y por eso lo admiraban.

Los motivos de la discordia

Aunque las bases apoyaban a Alvear, el grupo que se le oponía tenía razones que consideraban muy serias para hacerlo. En primer lugar, pesaban que aprovechaba su grado de cultura para intimidar intelectualmente a los guerrilleros en especial al recientemente nombrado comandante de todos los comandos, Guadalupe Salcedo. Cobra importancia el ya citado planteamiento de Eduardo Fonseca pues enfatiza la total desconexión entre política y acción armada por ello se considera importante repetirlo:

Nos faltó a los comandantes guerrilleros ilustración política y jurídica para interpretar las aspiraciones del pueblo y saberlas incorporar a la ley. Para discutirle al Doctor Alvear sus proposiciones comunistas que pretendía hacer pasar como liberales. (Fonseca, 1987, p. 218)

Esa falta de preparación política y jurídica era la que utilizaba Alvear para influir y controlar a Guadalupe Salcedo:

Al elegir como Jefe Supremo de las guerrillas a Guadalupe Salcedo están inconscientemente eligiendo como Súper Jefe al camarada Alvear Restrepo quien tenía completamente dominado al guerrillero. Además Guadalupe, que apenas si había cursado tercer año de primaria, nada tenía que discutir, ni podía discutir ni intelectual ni políticamente con Alvear que era un abogado muy inteligente, fogueado y astuto. (Fonseca, 1987, p. 222)

En segundo lugar, el comando de los Fonseca y los demás que lo apoyaban, tildaban a Alvear de “comunista” que había venido al Llano con la idea de tomar para ese partido el movimiento guerrillero. Algunas de sus ideas resultaban francamente opuestas a su pensamiento y modo de entender la sociedad, de ahí que desde el primer momento surgió una gran antipatía entre ellos.

Desde su llegada al Llano, Alvear se dedicó a hacer propaganda comunista, pero cuando se dio cuenta de la natural resistencia que el pueblo le ponía fue disimulando su campaña con lo cual ganó mejor terreno y de hecho por su innegable ilustración y arrojo revolucionario se hizo la persona más indicada para intervenir en asuntos de índole política. Ya he dicho que desconfiábamos de los comunistas pues ya sabíamos que su intención era tergiversar la orientación liberal del movimiento. (Fonseca, 1987, p. 218)

Sin embargo, Reinaldo Barbosa explica esta diferencia como una consecuencia de la orientación política de cada comando, unos como el de los hermanos Fonseca influidos por una tendencia liberal oficialista y su pasado en las Fuerzas Militares junto con su gran eficiencia en la lucha guerrillera, que les hacía pensar que merecían ser los únicos líderes del movimiento. De ahí su manera despectiva de ver a Guadalupe y a Alvear.

Otros grupos como los que seguían orientaciones de Eduardo Franco que recogió la opinión de algunos hacendados consecuentes con el mejoramiento de las condiciones de existencia de la sociedad llanera, pero sin desprenderse de halo de caciques populares. Asimilaron religiosamente postulados gaitanistas e intentaron sustanciales cambios sociales, pero infortunadamente no maduraron postulados pragmáticos y caminaron más al ritmo de la guerra que de la política.

Una tercera tendencia representada por Alvear, Guadalupe y quienes los apoyaban, que Barbosa denomina el “sector más progresista” Ellos enriquecieron con su aporte una tendencia “Democrático Revolucionaria” que, si bien no logró encasillarse políticamente dentro de alguna de las corrientes conocidas, si logró sentar las bases fundamentales para el proceso de liberación nacional (Barbosa, 1992, p. 133). Visiones tan diversas no propiciaban la unión de los comandos y por el contrario propiciaban los celos y envidias entre los comandantes más opcionados a ejercer la jefatura.

Precisamente ese era el tercer inconveniente en las deliberaciones del congreso. Los hermanos Fonseca no aceptaban un liderazgo que fuera impuesto por el congreso y exigían que este nombramiento se hiciera mediante una votación democrática entre el pueblo que en últimas debía ser quien ejerciera esa potestad. Este punto causó acaloradas discusiones y finalmente fue rechazado por los asistentes al congreso, causando el disgusto de los hermanos Fonseca que a partir de ese momento expresaron su deseo de retirarse de esta asamblea. Pero lo que terminó por encolerizar a los Fonseca fue el rechazo de su propuesta de investigar:

Los errores cometidos durante las guerrillas, los dineros recolectados y los atropellos cometidos contra la población civil pues considerábamos que al aceptar un solo comando era necesario dejar en claro graves aspectos del movimiento en cuyos hechos estaban comprometidos varios comandantes. (Fonseca, 1987, p. 220)

Con esto se retiraron de la casa en donde se llevaban a cabo las deliberaciones, tomaron sus armas que habían sido guardadas en un sitio especial durante las sesiones y se retiraron junto con los civiles y demás comandos que los apoyaban, para regresar a su área de operaciones y dar por terminada su participación en el congreso.

Previamente se habían opuesto a tres propuestas que Alvear había presentado: 1. Para que se repartan igualmente entre el pueblo todos los bienes del Llano. Fue rechazada por los Fonseca con apoyo de otros jefes guerrilleros. 2. Para declarar nulo el matrimonio católico en todo el Llano. También rechazada por la misma coalición. 3. Para que se establezca que todos deben trabajar por igual y su producto sacando lo indispensable para cada uno pase a poder de la guerrilla, igualmente negada por los mismos actores (Fonseca, 1987, p. 218).

Sin duda el contenido de estas propuestas daba a Alvear ante los ojos de los Fonseca la idea de querer implantar el comunismo “el Doctor Alvear quería darle a la constitución una estructura comunista” (Fonseca, 1987, p. 218). Pensar en abolir el matrimonio católico en 1953 no solamente era impensable, sino que se consideraba ofensivo pues sectores de la misma guerrilla habían crecido dentro de esa religión y pese a ser liberales no olvidaban sus principios básicos que practicaban como en este caso.

A pesar del retiro de los Fonseca del congreso este aprobó más de 100 artículos (muchos de ellos durante su estadía en él) que constituyen su más importante aporte a la revolución.

Sin proyección

Pese a los elogios que por parte de diferentes autores se hacen del fondo temático del congreso, este no tuvo ninguna proyección en la lucha guerrillera de los Llanos Orientales. Al poco tiempo de clausurado, su principal figura José Alvear Restrepo pereció ahogado en el río Meta; un accidente en el momento en que navegaba junto con otros guerrilleros hizo que la canoa en que viajaba zozobara y el abogado muriera ahogado en el sitio el Puntillero el 19 de agosto de 1953.

Desde luego las condiciones de su muerte sorprendieron e inclusive se ha dicho que fue asesinado como parte de un complot en el que los principales actores habrían sido Eulogio Fonseca, los hermanos Parra y el teniente coronel del Ejército Olivo Torres (Villanueva, 2011, p. 399). Argumenta el mencionado autor que la razón del crimen fue que Alvear se oponía a la desmovilización de los guerrilleros y por el contrario apoyaba la continuación de la Violencia, convirtiéndose en un obstáculo para la implementación de la paz ofrecida por el general rojas Pinilla.

En realidad, Villanueva no aporta ninguna prueba y se basa en conjeturas y suposiciones que no constituyen evidencia creíble de que tal asesinato hubiera ocurrido, y parece más un episodio de la historiografía marxista. Lo que sí es una realidad es que pese al apoyo que tuvo durante la realización del congreso de la “Perdida” tan pronto se iniciaron conversaciones de paz con el gobierno, ese apoyo se evaporó y Alvear quedó aislado como uno de los pocos dirigentes guerrilleros que persistía en la continuación de la rebelión en los Llanos Orientales. Esto iba en contra del deseo de la mayoría de los guerrilleros, la otra circunstancia que evitó cualquier proyección posterior de lo acordado en la “Perdida” fue el ofrecimiento de amnistía que hizo el general Rojas Pinilla tan pronto asumió el poder el 13 de Junio de 1953. Su propuesta ilusionó a los guerrilleros que ya estaban cansados de la Violencia, de la vida guerrillera y por lo contrario ansiosos de regresar a sus hogares con sus familias, seres queridos y propiedades así fueren grandes, insignificantes o inexistentes.

La velocidad con que se implementó la propuesta de paz de Rojas Pinilla demuestra cómo en el fondo, los llaneros no querían continuar la lucha, pues lo único que en el fondo habían hecho era protegerse de los abusos del régimen conservador y de la “chulavita”, pero una vez surgida una posibilidad de que ambas cesaran, toda motivación para continuar “enmontados” perdía sentido.

Los planteamientos de Alvear Restrepo que les habían parecido tan justos ahora carecían de toda validez porque ellos no querían seguir en la lucha ni mucho menos hacer una revolución o algo parecido. Sin duda no había una preparación política al estilo marxista dentro de los combatientes llaneros al contrario de lo que en ese momento estaba sucediendo

en el sur y oriente del Tolima en donde las guerrillas comunistas se alistaban para continuar su lucha contra el Estado amparadas y guiadas por el partido.

Esta falta de preparación política puede explicarse por la poca aceptación que enviados del partido comunista habían tenido en la región. Tan pronto iniciaban la exposición de sus argumentos, eran rechazados por la mayoría y debían retirarse de las diferentes áreas. El predominio del partido liberal era absoluto y no admitía competencia.

Quizás el hecho de que Alvear Restrepo hubiera sido catalogado desde muy temprano como enviado del partido, fue determinante en la oposición de los hermanos Fonseca y de que el congreso no tuviera el éxito en el campo práctico que todos esperaban. El pedir la anulación del matrimonio católico, fue considerado como un peligro para las familias llaneras y por ende objetado y rechazado.

Pero la aceptación inmediata de la amnistía de Rojas Pinilla es evidencia que el éxito de los planteamientos del congreso y la nueva orientación que pretendía infundir era solo de apariencia porque en el fondo no había espíritu para continuar la lucha.

EL LIDERAZGO EN LA REBELIÓN

Liderazgo político

Si se analiza el congreso de la “Perdida” así como las diferentes asambleas, reuniones y encuentros guerrilleros partir de 1949 en los Llanos Orientales se puede evidenciar que carecían de una orientación política que guiara los destinos de la rebelión y que le proveyera un verdadero tinte de lucha política. Lo anterior era compensado por algunos comandantes como Eduardo Franco o José Alvear Restrepo que tenían ideas muy claras acerca de los procesos revolucionarios y que a través de diferentes narrativas lograban establecer un marco de referencia aceptable que guiaba el desarrollo de la lucha dentro de parámetros que podían considerarse como políticos.

El partido liberal nunca se quiso comprometer como tal y se limitó a actuar tangencialmente, con declaraciones, mensajes, expresiones de simpatía, pero nunca de dirección política. Sus dirigentes siempre se cuidaron de no asumir posiciones de dirección estratégica, pese a las múltiples solicitudes que en este sentido les hacían desde los diferentes “comandos” en especial del de los hermanos Fonseca.

Darío Echandía, Carlos Lleras y otros dirigentes no asumieron tal responsabilidad, aunque sus posiciones siempre fueron ambiguas con

respecto a la lucha. Por ello se dice que las guerrillas liberales del Llano fueron abandonadas por el partido liberal. Alfonso López viajó a la región como delegado del gobierno conservador para adelantar aproximaciones de paz con los guerrilleros, luego a su regreso escribió una amplia carta en la cual denotaba determinada simpatía por los combatientes que acababa de visitar, pero nunca fue más allá y su posición como en casos anteriores fue ambigua.

Quizás los dirigentes liberarles comprendían las consecuencias que tendría su intervención que indudablemente llevaría al país a una nueva guerra civil y por ello se abstuvieron de hacerlo, limitándose como ya se ha establecido a gestos meramente simbólicos. Desde este punto de vista se puede decir que la rebelión llanera de 1949 no contó con la dirección política del partido liberal como tampoco con su participación estratégica.

Sin embargo, su actuación en noviembre de 1949 propiciando, estimulando y dirigiendo un golpe militar que en el último momento fue abortado, los hace responsables del estallido de la violencia en los Llanos Orientales, pues así en definitiva se hubieran retractado, fue la actuación de uno de sus complotados el capitán Alfonso Silva Romero lo que incendió a esta región colombiana y la colocó en medio de la Violencia partidista.

Una versión de Reinaldo Barbosa, indica que el partido liberal sí trató de dirigir política y estratégicamente la rebelión al enviar a José Alvear Restrepo como su delegado, inicialmente ante el comando de los hermanos Parra que actuaban sobre las márgenes del río Umea y quienes en el primer momento lo detuvieron. “Aparentemente había sido enviado por la Dirección Nacional Liberal y traía como misión expresada por él, organizar bajo nueva modalidad los “comandos” de la revolución y unificar la lucha guerrillera a nivel nacional” (Barbosa, 1992, p. 143), su insistencia en organizar el congreso de la “Perdida” provenía de la urgencia de su misión.

Los guerrilleros trataron entonces de generar su propia dirección política organizando un “comando nacional”, compuesto por una serie de individuos escogidos por ellos mismos con el propósito de que cumplieran esta función. Pensaban que lejos del campo de combate tendrían la tranquilidad suficiente para generar ideas estrategias que guiaran y

canalizaran la lucha a la vez que obtenían recursos que garantizaran la sostenibilidad de la rebelión y se complementaban con las decisiones que se tomaran sobre el terreno por parte de los comandantes en sus diferentes áreas.

Sin embargo, las personas designadas para cumplir tales misiones nunca entendieron su trascendencia y muchos menos tuvieron la capacidad de generar ideas en ese sentido, al final paulatinamente fueron desapareciendo hasta que no eran tomados en cuenta por los guerrilleros. Algunos de sus miembros fueron factor importante en el proceso de amnistía promulgado por el gobierno del general Rojas Pinilla, que acogieron con entusiasmo transformándose en mediadores, algo muy lejano de la idea mediante la cual habían sido convocados por los guerrilleros.

El partido comunista intentó captar las guerrillas de los Llanos y ejercer más adelante su dirección política y emitir orientaciones estratégicas. Según Orlando Villanueva inicialmente envió a Pedro Abella Latorre uno de sus dirigentes intermedios para contactar a “cheito” Velásquez (Villanueva, 2011, p. 359) con el fin de hacer negocios, “A su regreso a Bogotá informó a sus jefes sobre la existencia de una “República Popular de los Llanos” y un “Ejército de Liberación”, atribuyéndose en buena medida el crédito de tales logros (Villanueva, 2011, p. 359). Más adelante fue enviado de nuevo al Llano, pero esta vez al comando de los hermanos Fonseca con la idea de instalar una emisora que cumpliera el papel de informar y politizar al campesinado, pero los jefes rebeldes, poco dados en el arte de la movilización popular rechazaron la propuesta que les pareció insólita, “pues ellos lo que necesitaban eran armas y no emisoras” (Villanueva, 2011, p. 359).

Por tercera vez Abella acompañado de Aureliano Vaca fue enviado al Llano esta vez al “comando” de los hermanos Bautista, pero como siempre fueron recibidos con hostilidad. En definitiva, ante sus fracasos y una serie de ideas y recomendaciones que presentó al partido para mejorar su relación con los combatientes de los Llanos, fue expulsado del partido que creyó que Abella buscaba promoverse a través de ellas. En 1950 se realizó un último intento comunista por influir en las guerrillas liberales de los Llanos, se envió al joven dirigente Ricardo

Rojas (conocido como Simón Vargas) con la idea de enlazar las guerrillas de Juan de la Cruz Varela que actuaba en el alto Sumapaz con los combatientes de la Orinoquia (Villanueva, 2011, p. 359), Simón llegó al comando de los Fonseca en donde con el consentimiento de los jefes intentó una labor proselitista mediante la lectura y explicación del Capital de Marx, pero como siempre fracasó estrepitosamente y fue expulsado.

Luego de ello los comunistas entendieron que el movimiento era esencialmente liberal, que buscaba proteger a sus afiliados y no estaba interesado en una “revolución”. Simón llegó a la conclusión que faltaba introducir contenido social a la propuesta guerrillera pero también entendió que no era posible dada la arquitectura de clase de los rebeldes. Nunca más el partido comunista intentó politizar a los guerrilleros del Llano ni a pensar en tener su dirección político-estratégica.

El liderazgo estrategico

En este nivel el liderazgo de los rebeldes estuvo representado por 3 figuras que en su momento fueron seguidos por innumerables personas dentro y fuera de los Llanos pues su imagen reflejaba capacidad organizativa, carisma e innegable voluntad de lucha. Sin embargo, era solo apariencia pues cada uno de estos líderes fue siendo consumido paulatinamente por su propio ego, falta de capacidad para liderar bajo condiciones de combate (con excepción de Guadalupe) y ausencia de una férrea voluntad que normalmente caracteriza a los líderes revolucionarios.

Esos dirigentes fueron Eliseo “cheito” Velásquez, Eduardo Franco y Guadalupe Salcedo. El primero de ellos, ampliamente mencionado en los capítulos anteriores, fue el que inicialmente tuvo más trascendencia y despertó esperanza entre la población civil. Luego del 9 de abril, se dio a conocer a favor de la causa liberal, intimidando a la Policía y a los conservadores del municipio de Puerto López, en donde sus habitantes pronto lo identificaron como el “protector de los liberales”.

Posteriormente, el 27 de noviembre de 1949 se alzó en contra de las autoridades policiales del mismo municipio y otros vecinos, e inició una correría de masacres y crímenes a lo largo de las riveras del río Meta hasta llegar a Trinidad (Casanare) de donde posteriormente fue desalojado por el teniente Matallana. Luego de un tiempo en el cual su moral y su credibilidad se fueron evaporando desertó hacia Venezuela en donde se asiló. Posteriormente trató de regresar clandestinamente, pero fue descubierto por una patrulla militar colombiana y murió en el intercambio de disparos que se generó.

En realidad “cheito” nunca fue un verdadero líder, por el contrario, desarrolló las “cualidades” del anti-líder. Era megalómano con un ego difícil de controlar que desde el primer momento desarrolló con su autonombramiento como “General” y los privilegios y pleitesía que demandaba a donde llegaba. Su visión estratégica era nula y no aportó nada para el futuro de la lucha, no entendía el desarrollo del proceso de una revolución y sus posiciones con frecuencia eran cómicas y faltas de seriedad tratando de impresionar con su “grado”. Todo ello lo compensaba con una crueldad criminal que lo llevó a cometer actos verdaderamente en contra de la humanidad (decapitación de los agentes de Policía en Puerto López el 27 de noviembre de 1949). Su viaje a Venezuela fue recibido con alivio por los demás guerrilleros.

Eduardo Franco Isaza fue otro de los líderes estratégicos de la rebelión llanera. Al contrario de “cheito” era un hombre de mayor educación y cultura y su posición privilegiada entre las familias más adineradas de Sogamoso le dio una visión social de la lucha, aunque basada en la revancha en contra de los conservadores. Concebía la rebelión dentro de determinados ejes pues nunca olvidó que era miembro de la clase dominante (Barbosa, 1992, p. 132) y por ende merecedor a ser el jefe supremo de las guerrillas. Sin embargo, entendía sus limitaciones en el campo de combate y las compensaba con una buena capacidad organizativa y la emisión de órdenes y códigos que eran recibidos con complacencia por la guerrilla.

Basado en el conocimiento que tenía del terreno y de la población civil de las áreas sobre los cuales en términos generales se encontraban las propiedades de su familia y su proyección sobre los Llanos, organizó

su propio “comando” guerrillero que denominó “Mochaca” al cual ingresaron algunos de sus conocidos y amigos, pero su capacidad de reclutamiento fue siempre limitada, así como sus resultados en el campo de combate.

En esencia Franco era un teórico y un soñador producto de su posición social pues no se le conoció profesión diferente a hijo de familia privilegiada, pero precisamente esos privilegios de la vida fácil despertaron su conciencia con un sentimiento de culpa al observar cómo sus peones no solo eran maltratados por los conservadores en especial por la “chulavita” sino condenados de por vida a llevar una existencia mucho más triste que la suya. Sin embargo, escogió un camino que no era el indicado pues no poseía habilidades que le permitieran desempeñarse como un eximio combatiente y terminó siendo marginado y al igual que “cheito” desertando hacia Venezuela en donde permaneció hasta el final de la lucha. Desde ese país mantuvo el contacto con las guerrillas y continuó haciendo aportes teóricos a la rebelión.

Finalizada la contienda regresó a Colombia y publicó su libro *“Las guerrillas del Llano”* que tuvo gran difusión y aceptación. Sin embargo, la obra pierde valor al no aportar datos concretos y fechas sobre la ocurrencia de los hechos que narra de tal manera que en determinados momentos da la impresión de que se trata de una publicación reivindicatoria de sus acciones y justificativa de su desertión. Además, expande su rencor en contra de quienes lo combatieron presentado crímenes y atrocidades (que posiblemente ocurrieron) sin el más mínimo sustento evidencial. Si Franco en lugar de pretender posar como un guerrillero, hubiera ocupado un lugar más adecuado con sus antecedentes como dirigente político de la rebelión es posible que esta hubiera alcanzado mayores efectos y quizás hasta hubiera podido triunfar.

Guadalupe Salcedo ocupó el cargo de jefe supremo de las guerrillas por un corto tiempo comprendido entre el congreso de la “Perdida” en junio y la entrega de las guerrillas al gobierno en septiembre de 1953. En realidad, nunca fue un comandante de nivel estratégico y siempre se comportó como un jefe táctico, nivel en el cual era eficiente y daba ejemplo de valor. Pese a su carisma propio de un hombre de pueblo nacido y

criado en el hermoso Llano colombiano, tampoco entendía el propósito de una revolución y por ello fue incapaz de incentivar a sus compañeros para continuar la rebelión y transformarla en una auténtica revolución; por el contrario, fue uno de los primeros en aceptar una entrega incondicional demostrando su absoluta falta de visión política. Tampoco aportó nada para el futuro de la rebelión y se limitó a planear acciones tácticas a la manera como lo hacía cuando ejercía el “cachilapeo” en la región.

Según sus propios compañeros de lucha fue una simple marioneta de José Alvear Restrepo, siempre pronto a cumplir con sus instrucciones demostrando un evidente complejo de inferioridad. Guadalupe es recordado más por sus acciones tácticas que por su conducción estratégica.

En términos generales la rebelión careció de auténticos líderes en los niveles político y estratégico y siempre dependió de las acciones tácticas de sus “comandos”.

Líderes tácticos

En este nivel la rebelión tuvo una de sus mayores fortalezas. Los jefes de los diferentes “comandos” mantuvieron una posición firme y en muchos casos ofensiva a su nivel que fue precisamente lo que dio prestigio a la rebelión y causó mayores bajas en las filas del gobierno.

Los diferentes grupos de hermanos como los Fonseca, los Bautista, los Parra, los Martínez, los Calderón, y otros individuos como Dumar Aljure (ex cabo del Batallón Vargas del Ejército Nacional) Alberto Hoyos, “Minuto” Colmenares, Alejandro Chaparro condujeron hábilmente a sus hombres transformándose en verdaderos baluartes de la rebelión en sus áreas de operaciones.

En particular se destacaron por su agresividad los hermanos Fonseca, Jorge Enrique, Eduardo, y Eulogio quienes realizaron ataques en contra de la población conservadora, “los chulavitas” y el Ejército Nacional. Su motivación era sin duda la venganza en contra del gobierno por el crimen de su hermano mayor, los malos tratos a que su madre fue sometida en la cárcel por autoridades locales del municipio

de Tuta (Boyacá) y el despojo de muchas tierras por parte de agentes conservadores contra campesinos que ellos conocían o de las cuales se enteraban por diferentes causas.

En consecuencia, su lucha era netamente reivindicativa, partidista y sectaria, no comprendían otra manera de interpretar la rebelión armada y de ahí que siempre se opusieron ferozmente a iniciativas como la instalación de emisoras que pudieran impulsar la movilización popular o la socialización de la lucha. Tal posición los transformaba en auténticos fanáticos liberales y ello era un incentivo para pelear con mayor entusiasmo y fiereza. Sus conocimientos en algunos aspectos militares adquiridos durante su paso por el Ejército y la Armada les permitieron ir a la vanguardia de los demás “comandos” en aspectos como la utilización de minas y explosivos y la colocación de emboscadas.

En el campo táctico, al contrario del estratégico, Guadalupe Salcedo fue quizás el más destacado de los combatientes y que mayor renombre alcanzó. La emboscada del Turpial en junio de 1952 en contra del batallón Vargas en la cual causó 96 muertos, lo convirtió casi en leyenda, aunque la verdad sea dicha ni participó en ella ni la ordenó y muchos menos la planificó, pero la asociación que se hace de su nombre con esta acción le ha dado un status especial. Su mejor acción en realidad fue el ataque contra un grupo de soldados el 18 de junio de 1952 en la pista de aterrizaje de Orocué (Casanare), donde logró sorprender a una patrulla del batallón Vargas y dar a muerte a 18 miembros de esta institución alcanzando apoderarse de su armamento y dotaciones sin sufrir mayores bajas.

El ex-cabo Dumar Aljure fue otro líder destacado en este nivel, conocedor de las rutinas y formas de actuar de sus antiguos compañeros en el Ejército, no dudó en utilizar ese conocimiento en su contra, siendo al igual que Guadalupe Salcedo exitoso en emboscadas y combates. Sabía Dumar Aljure que su presencia infundía cierta desconfianza entre los soldados, pues era conocedor de este aspecto de la psicología humana.

Hasta su muerte los hermanos Bautista también fueron combatientes muy reconocidos. Atacaron puestos de Policía, patrullas militares e infundieron terror entre la población civil conservadora, su liderazgo basado en el temor y la superioridad sobre sus hombres hizo que un grupo

de ellos descontento por el maltrato que recibían los asesinaron cuando estaban en un buen momento de su vida guerrillera.

Hubo otros guerrilleros que se destacaron en la lucha, pero su motivación era instrumental a la violencia como forma de retaliación y por ello nunca dieron el paso hacia la revolución.

Carismático y decidido líder de la rebelión en el Llano. Su bajo nivel intelectual no le permitió entender la trascendencia de su papel como líder revolucionario. Se entregó al gobierno del General Rojas Pinilla.

LOS ATAQUES DE LOS GUERRILLEROS

Combates iniciales 1949

El inicio de la lucha, como se estableció anteriormente, se dio a finales de 1949 cuando “cheíto” Velásquez siguiendo instrucciones del capitán Alfredo Silva Romero quien se tomó de manera violenta a Villavicencio, atacó Puerto López en donde masacró a los agentes de Policía que guarnecían esa población y también incursionó otras poblaciones cercanas como Cumaral (Meta).

A partir de ese momento surgieron grupos o “comandos” por diferentes regiones del piedemonte y del Llano y todos ellos, sin mayor coordinación iniciaron ataques en contra de todo lo que representara al gobierno conservador, a la “chulavita” y a la Policía. Inclusive mezclaron los dos términos en uno solo, algo que posteriormente también hicieron con el Ejército, de tal manera que todo el que no estuviera de su lado era considerado como un “chulavita”. Eduardo Franco Isaza, el teórico de la guerrilla en su libro las “*Guerrillas del Llano*” (Franco, 1976), utiliza el término despectivo de “chulavo” para designar a las fuerzas del gobierno, quizás

como expresión de reivindicación luego de su fracaso como combatiente y su desertión hacia Venezuela.

Estos primeros combates eran una réplica de las épocas más crueles de la violencia, pues sin ninguna técnica ni planeamiento detallado, los atacantes se dirigían al sitio escogido como objetivo y se distribuían a su alrededor e iniciaban fuego con sus armas en forma masiva. Por su parte los atacados, casi siempre eran sorprendidos y si no lograban huir perecían en los primeros momentos. A continuación, los vencedores se apoderaban de sus armas y dotaciones procediendo luego a fusilar o a indultar según quien dirigiera la acción a los desgraciados agentes de Policía o soldados que fueran capturados con vida. Fue una práctica que se mantuvo durante toda la rebelión.

En la emboscada del Turpial en 1953 por ejemplo el jefe guerrillero que comandó la acción conocido como el “teniente” Alberto Hoyos subalterno de Guadalupe Salcedo, “repasó” a los soldados heridos utilizando su pistola para propinarles el “tiro de gracia”. Sin embargo, ya moribundo el teniente del batallón Vargas Rafael Caro Rodríguez comandante de la patrulla emboscada accionó su arma en un acto reflejo cuando iba a ser asesinado por Hoyos causándole la muerte. (Cortés, 2003, p. 104). El incendio de las propiedades de los rivales también formaba parte de este ritual.

En 1949 se podían distinguir dos focos de acciones de los guerrilleros liberales. Uno en el piedemonte, región de Boyacá, dirigido por los hermanos Fonseca que incursionaban también en el Llano. Otro en plena llanura en donde comandaban los hermanos Bautista, “cheito” Velásquez y más tarde Guadalupe Salcedo. Eduardo Franco gravitaba entre el piedemonte y el Llano. Alrededor de ellos fueron surgiendo nuevos “comandos”, esos focos concentraban su acción en el asalto a poblados de opositores políticos y pequeñas estaciones de Policía, normalmente aisladas, sin mayor equipo bélico y con pocas posibilidades de ser reforzadas en caso de un ataque. Esa era una posibilidad que no se había contemplado años atrás cuando habían sido distribuidas a lo largo y ancho de la geografía nacional.

El 8 noviembre de 1949, en el piedemonte llanero había rumores sobre un posible alzamiento en contra del gobierno, por ello los campesinos liberales Laurentino Rodríguez y Chucho Solano, desde la parte alta de la cordillera que pasa por encima de los poblados de Miraflores y Páez activaron en el cerro Uravía un taco de dinamita que era la señal convenida para que estos caseríos se alzaran en contra del gobierno conservador. El llamado fue atendido por los hermanos Bautista que ya habían organizado un grupo armado.

Para el 27 de noviembre, estos grupos liberales iniciaron una serie de ataques en contra de las poblaciones conservadoras. El propósito era no permitir el desarrollo de las elecciones, sosteniendo los ataques 4 días más para así coordinar con el golpe de estado que daría la DLN y tomarse el poder. Los Fonseca entonces atacaron al caserío del Engaño dando muerte a un agente de Policía y los Bautista sobre las orillas del río Upía, dando muerte a algunos civiles conservadores con los cuales sostuvieron combates prolongados y luego atacaron cruelmente a Barranca de Upía, San Luis de Gaceno y Campohermoso con igual propósito, interrumpir las elecciones y matar el máximo de conservadores y de agentes de Policía.

Los hermanos Fonseca por su parte se tomaron Chivor (Boyacá), Guateque y Somondoco en búsqueda de armas de fuego. (Barbosa, 1992, p. 88) Mientras esto sucedía en el piedemonte, “cheito” Velásquez estaba realizando su acción en contra de Puerto López e iniciando su incursión hacia la región de Trinidad (Casanare). También por esas fechas se produjo la desertión del cabo primero del Ejército Dumar Aljure, quien en ese momento comandaba un puesto de 5 soldados del batallón Vargas en Sabanalarga (Casanare). Aljure era natural de Girardot (Cundinamarca) su padre era comerciante, aunque no adinerado. “El inicio del accionar delictivo de Aljure tiene su origen en el año de 1945 en Bogotá cuando el juez permanente de Occidente lo condenó a 45 días de arresto por el delito de hurto siendo de nuevo condenado 2 años después a 8 meses de arresto por el mismo delito” (Balaguera, 2017, p. 2). Pese a contar con antecedentes judiciales, Aljure se incorporó al Ejército

en donde, luego de unos años de servicio, ascendió a los grados de cabo segundo y posteriormente cabo primero y fue destacado al batallón Vargas recientemente organizado en Apiay (Meta). Ya fuera del Ejército y liderando su propio “comando” fue condenado por el tribunal superior de Neiva a 24 años de presidio “por el delito de genocidio de 13 personas entre mujeres y niños robo y asociación para delinquir perpetrados en el municipio de Colombia (Huila)” (Balaguera, 2017, p. 3).

En estos ataques iniciales el Ejército no tuvo ninguna participación. Por el contrario, se encontraba ausente de las áreas en donde la Violencia continuaba incrementándose y un muy reducido número de sus efectivos hacia presencia en la región de fronteras los Llanos Orientales con Venezuela.

Estos combates iniciales se dieron con un inmenso sentimiento de odio de parte y parte y fue precisamente ello lo que llevó la confrontación a un alto grado de depredación y de deshumanización. Se cometió todo tipo de crimen y la vida humana perdió su valor al punto que los caudillos y sus secuaces se apropiaron de ella determinando quien vivía y quién moría aún entre los mismos guerrilleros que también en ocasiones eran cruelmente fusilados por sus propios jefes y compañeros por motivos tan baladíes como desobedecer una orden o tomar una actitud que se creía sospechosa.

Los combates en 1950

En la medida en que pasaba el tiempo la intensidad de la lucha iba en aumento. Cada vez más los jefes de los “comandos” guerrilleros tomaban mayor confianza y sus ataques eran más frecuentes y más deshumanizados. Una de las principales razones para que ello fuera así, había sido el cambio de gobierno. Mariano Ospina, en cuya administración sucedieron hechos tan nefastos como el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y el inicio de la Violencia partidista, finalizó su periodo constitucional y entregó la presidencia al radical y temido Laureano Gómez quien pese a los esfuerzos de los liberales había sido electo en noviembre de 1949.

Conocedores del carácter autoritario del nuevo presidente, las guerrillas de los Llanos intensificaron sus acciones en contra del gobierno buscando debilitarlo, para posteriormente derrocarlo. “Para los liberales la acción emanada desde el Estado al estilo “falangista estaba encaminada a conservatizar el país eliminando a los liberales de la escena política” (Barbosa, 1992, p. 93). Desde el punto de vista de los conservadores, “Cualquier gesto de defensa o de desaprobación era “bandolerismo”, “comunismo” o simple “cuatrерismo” es decir delincuencia común o en el mejor de los casos “intento ilegal de conquistar el poder” (Barbosa, 1992, p. 93).

Estas circunstancias llevaron a algunos de los jefes de los “comandos” a organizar el ya mencionado “Congreso de las brisas del Charte” en donde acordaron algunas normas para la acción guerrillera, una de las cuales fue la realización de una campaña para obtener armas de fuego en el corto plazo, algo que llevaron a cabo con relativo éxito pues lograron recolectar algunos fusiles, y un buen número de revólveres y carabinas así como suficientes cabalgaduras, elemento indispensable en la lucha en los Llanos. (Barbosa, 1992, p. 96) .

Los ataques a los pueblos no se detuvieron y en marzo del mismo año los hermanos Bautista, en coordinación con algunos de los Fonseca y el poco hábil Eduardo Franco, quien no era parte de la fuerza atacante pero que por casualidad se encontraba en la región, atacaron Sevilla (Casanare). Este ataque fue en esencia en contra de los “chulavitas”, lo que implicaba atacar indiscriminadamente a la población civil. Para esta acción, Eduardo Fonseca obtuvo dos F. A. (Fusil Ametralladores). Como estaba planeado, fue un ataque contundente y todos los agentes de Policía fueron muertos, unos en el combate y otros fusilados, con excepción de uno: Francisco Cendales a quien “generosamente” Eulogio Fonseca no permitió fusilar como a sus infortunados compañeros. Con el seudónimo de “Pachito” se incorporó a la guerrilla, para salvar su vida.

Eduardo Franco, quien conocía el caserío y quien fue, quizás por única vez considerado como útil en alguna acción ya que sabía la ubicación de los puestos de centinelas de la Policía relata en su libro “Las guerrillas del Llano” como fueron reducidos los 12 agentes que custodiaban la

población: “Ríndanse hijos de p..... o se rinden o los quemamos vivos” (Franco, 1976, p. 36). La amenaza de ser quemados con gasolina hizo que los agentes se rindieran, algo que fue en vano, pues como ya se anotó fueron cruelmente asesinados, con excepción de “Pachito”. Franco va más allá y se atribuye la muerte de un “chulavo” en desarrollo de esta acción.

Como es apenas lógico no solo se dio muerte de manera cruel a los agentes de policía, sino que se saqueó y tomaron diferentes elementos del pueblo.

Era un hecho que se habían presentado anteriormente abusos por parte de conservadores y algunos miembros de la Policía en contra de la población civil de estas regiones. Los “chulavitas” eran quizás quienes más lo habían hecho con la idea de proteger a sus copartidarios y también de despojar de sus propiedades a los odiados liberales. Pero la manera como estos actuaban en retaliación, con crímenes como los cometidos por “cheito” en Puerto López y ahora en Sevilla con fusilamientos de miembros de la Policía que se habían rendido y se encontraban indefensos, aparte de la inseguridad en que se encontraban las regiones habitadas por población civil conservadora, llevaron al gobierno central a tomar la decisión de utilizar el Ejército para protegerlas.

Al no haber unidades militares en el Llano se ordenó organizar en Apiay un batallón de infantería que cumpliera con esa función. A ese batallón se le denominó “batallón de Infantería Batalla del Pantano de Vargas” o simplemente batallón Vargas. Al poco tiempo esta unidad destacó sus compañías a diferentes regiones del Llano y aunque inicialmente los guerrilleros no atacaban al Ejército, pronto los choques entre militares y guerrilleros empezaron a darse. Para el segundo semestre de 1950 es decir casi un año después de haberse iniciado la rebelión el Ejército por medio del batallón “Vargas” se involucró totalmente en la contienda.

Versiones de los guerrilleros, en especial de Eduardo Fonseca, dicen que la confrontación con el Ejército se inició porque una patrulla militar al mando de un “Teniente Rueda” sin mayor identificación tenía la orden de incendiar el caserío de Sevilla (Casanare) lo cual hizo en contra de su voluntad (Fonseca, 1987, p. 68). Los Hermanos Bautista en represalia atacaron el puesto militar del Sargento Rodríguez, asesinando

a 6 soldados y dejando heridos a otros dos sin lograr tomarse el puesto gracias al valor del mencionado Sargento. No hay claridad sobre en donde estaba situado el mencionado puesto.

Eduardo Fonseca menciona entonces masacres realizadas por el Ejército como contra-represalia llevadas a cabo en Sabanalarga (Casana-re), Barranca de Upía en donde se habría asesinado a un número elevado de campesinos incluyendo mujeres y niños como castigo al ataque contra el puesto militar del Sargento Rodríguez. (Fonseca, 1987, p. 69). Por su parte Eduardo Franco acusaba también a los miembros de la iglesia Católica de asesinar y mandar asesinar a los liberales en el Llano” Los mismos curas mandan a matar rojos y no están con esas sino que salen con la gente detrás de los Policías matando y robando en nombre de Cristo Rey y quien sabe que otro santo” (Franco, 1976, p. 54). Sin embargo estos hechos no son mencionados por ningún otro de los escritores rebeldes y existe la duda que sean producto de la expresión de rencor de su autor.

Nuevos ataques

Entre los guerrilleros en Agosto de 1950 se hablaba sobre el fracaso de un nuevo golpe de Estado planeado por la DLN para tomar el poder. Según Franco Isaza “Más de 130 hombres fueron apresados por una traición en el momento en que 500 iban a recibir armamento y uniformes de la Escuela Militar. Eduardo Fonseca y él lograron escapar” (Franco, 1976, p. 63). Este supuesto golpe de Estado y el escape de Franco, no pasaron de ser eventos imaginarios en la mente del teórico de la guerrilla pues ni Fonseca lo menciona en su libro ni existe fuente que lo confirme. Es muy posible que la confusión haya salido de un hecho que se denominó la “Rebelión de los Tenientes” descrito por el teniente de esa época y después General Álvaro Valencia Tovar quien pertenecía a la Escuela Militar de Cadetes y que no pasó de ser un desacuerdo teórico de cómo luchar contra la guerrilla en los Llanos Orientales.

El siguiente combate se realizó en Maní (Casanare) narrado en capítulo anterior, pero fue entre los propios guerrilleros. Marco Tulio Rey

jefe del “comando” ubicado en esa región, fue muerto por sus propios hombres, como consecuencia del descontento que existía por su forma de mandar, muy similar al de “cheito” Velásquez. La indisciplina y el consumo de licor llevaron a este trágico suceso. Los Bautista ordenaron reducir el “comando” a solo 50 hombres dispersar el resto y recoger el armamento.

Simultáneamente los mismos hermanos Bautista intentaron atacar una columna de 70 agentes de Policía que se dirigían a Monterrey, pero el plan fracasó pues al parecer los agentes tomaron una ruta diferente. Igual cosa sucedió cuando intentaron tomar un avión DC-3 que transportaba a otro grupo de agentes de la Policía hacia esa población y que se aprestaba a aterrizar en la pista de Monterrey, pero quizás alertados desde tierra, los tripulantes abortaron en el último minuto su maniobra y de esta manera dejaron frustrados a los guerrilleros y logran evitar el asesinato de los agentes una vez descendieran del aparato. A este grupo se unieron 4 soldados desertores del batallón Vargas quienes según los rebeldes murieron en combate con el Ejército (versión no comprobada es posible que hayan sido asesinados por los guerrilleros) así como el Sargento Gabriel Ruiz quien se encontraba destacado en Yopal, desde donde abandonó el servicio y se unió a los grupos armados. Con posterioridad se trasladó al “comando” de los hermanos Fonseca y al final de la contienda fue muerto al enfrentarse al Ejército cerca de Aguazul (Casanare) (Fonseca, 1987, p. 74). El teniente de la Policía, Jorge González Olmos también desertó de su institución y se puso al servicio de los rebeldes en el grupo de Guadalupe Salcedo sirviendo como asesor.

Por esta época el mando institucional, y con el fin de proteger a la Policía ordenó que utilizara el uniforme del Ejército es decir que todos los miembros de aquella institución destacados en el Llano a partir de ese momento se uniformaran como soldados (Cortés, 2003, p. 66). Como es apenas lógico esta disposición causó confusión inclusive entre los propios guerrilleros como lo describe Eduardo Fonseca:

Hubo momentos de tanta degeneración en los mandos inferiores del Ejército que se presentó el caso-múltiples veces repetido- que

civiles conservadores o liberales al servicio del gobierno comandaran las comisiones. (Fonseca, 1987, p. 74)

Además de confusión, la orden causó malestar en el Ejército pues el uniforme forma parte del Ethos de cada institución y es un elemento tanpreciado que constituye motivo de orgullo de quienes forman en sus filas. Al poco tiempo la orden fue revocada pero ya se había causado desconcierto y malestar.

Entre tanto los ataques continuaron durante el resto de 1950. Nunchía (Casanare) fue el próximo objetivo a ser asaltado. Algo más de 300 guerrilleros intentaron tomarse el cuartel de Policía defendido por 80 agentes (quizás su número fuera menor). Luego de combatir varias horas los guerrilleros se retiraron, pero no lograron penetrar a la instalación policial (Franco, 1976, p. 99). Esta población continuaría siendo blanco de los ataques de los rebeldes, pues su control era esencial dada su ubicación en un lugar que permitía la rápida movilización de tropas hacia otros lugares.

SE INTENSIFICA LA LUCHA

Intervención del ejército a partir de 1950-1951

Pese a los constantes ataques en contra de la Policía y los pueblos de filiación conservadora, algunos “comandos” empezaron a sentir que su capacidad de sostener la lucha estaba disminuyendo considerablemente. Un factor según Eduardo Franco fue la intervención del Ejército y su ubicación en diferentes regiones del Llano. “El Ejército ocupaba algunos pueblos llaneros, propiciando lentamente el desarme de los espíritus y la desintegración de los comandos rebeldes” (Franco, 1976, p. 109).

Era la consecuencia de tanta violencia y del deseo de venganza de las guerrillas liberales, sin idea partidista, pero con la mente en proteger a la población civil que estaba siendo atacada, el Ejército en particular el batallón Vargas inició en 1951 un proceso de ocupación de pueblos e instalación de “puestos de orden público” en lugares como Trinidad (Casanare), Tauramena (Casanare) Mani (Casanare) y otros de tal manera que se creía que con ello la rebelión quedaría fracturada. En realidad, algunos de los “comandos” y en particular los que operaban en la propia llanura, habían sufrido un serio desgaste y carecían de armas para continuar la lucha. En este momento se produjo otro de los tantos incidentes de carácter inverosímil en los cuales estuvo envuelto Eduardo Franco.

De acuerdo con contactos con la DLN les sería enviado un cargamento de armas para combatir al Ejército, que llegaría a la boca del río Casanare (Casanare) procedente de Venezuela y que los “comandos” debían recibir. Con la idea de ser el protagonista, organizó un grupo para tal fin y se desplazó hasta Puerto Carreño (Vichada) pues las armas no llegaron el día prometido al lugar indicado. De esta localidad paso a Puerto Ayacucho (Venezuela) en busca de las “armas”. Estas nunca llegaron y luego de varios meses de esperarlas aceptó su fracaso. (Franco, 1976, p. 121). En realidad nadie les había enviado armas y había sido un esfuerzo perdido. El prestigio del teórico de la guerrilla, así como su moral continuaron deteriorándose.

Sin embargo, uno de sus subordinados, Berardo Giraldo, conocido como el “Tuerto” emboscó a una sección del recién creado batallón Vargas que se movilizaba por la carretera a Cupiagua cerca a Aguazul (Casanare) dando muerte a 8 soldados. (Fonseca, 1987, p. 83). Días más tarde una patrulla militar del puesto de Páez (Boyacá) sorprendió al cabo desertor y ahora comandante de guerrillas Dumar Aljure y estuvo a punto de capturarlo, pero este logró huir pese a haber sufrido 8 muertos entre sus hombres (Fonseca, 1987, p. 82).

Los Bautista por su parte, al contrario de lo que Franco pensaba, estaban decididos a atacar continuamente al Ejército con las armas que poseían. En realidad, estaban bien armados, dadas las circunstancias, con el fin de retaliar por la derrota de Aljure decidieron atacar el puesto militar ubicado en Páez (Boyacá) “El 21 de enero de 1951 heridos por la paliza que el Ejército propinó a Aljure en Caño Blanco (Casanare) acordaron atacar el puesto militar de Páez (Boyacá) integrado por 35 soldados”. Jorge González Olmos, el teniente desertor de la Policía, planeó el ataque de manera diferente, utilizando factores como la sorpresa, la incomunicación del puesto y la ingenuidad de soldados y suboficiales. Este quizás fue el ataque más audaz y exitoso que los rebeldes realizaron durante toda la lucha.

A sugerencia de González, Tulio Bautista uniformó a 20 de sus guerrilleros como soldados, aprovechando el material que habían logrado quitar al Ejército durante combates anteriores. El propio Tulio se disfrazó

de cabo primero con las jinetas (insignias) que Dumar Aljure había utilizado en sus días como militar. Protegiendo a los 20 guerrilleros que aparentaban ser soldados y al supuesto cabo, también marcharon hacia el puesto militar de Páez 150 rebeldes bien armados. Tulio quien comandaba toda la columna sabía que los soldados de ese puesto debían ser relevados ese día por otra unidad militar procedente del comando del batallón. A las 6:00 de la mañana mientras el resto de los guerrilleros tomaban posición ocultos alrededor del cuartel, Tulio con sus 20 “soldados” marchó hacia el puesto de control del centinela en la entrada principal al puesto, se dejó ver del centinela militar quien al divisarlos gritó con mucha alegría y en voz alta “Llegó el relevo” Tulio, con gran dominio sobre sí mismo y debidamente adiestrado por González formó su “tropa” frente al puesto y pidió la presencia del comandante de guardia para reportarse. Este fue avisado por el centinela y salió a inspeccionar a los recién llegados, aunque según los propios guerrilleros aún estaba adormilado y no razonaba correctamente. Era un cabo segundo es decir un grado inferior al que Tulio representaba. Este desconocedor de los procedimientos militares dio parte al cabo segundo, como si este fuera su superior lo cual terminó por impresionarlo pues creía que era un acto de cortesía de su “superior”. Dos soldados del puesto movidos por la curiosidad se acercaron al “relevo” y pudieron ver que estos portaban pistolas y revólveres, algo que inusual en el Ejército, en donde no se permitía a los soldados portar este tipo de arma. Los guerrilleros les explicaron que “habían estado en comisión en Chámeza y allí se las habían quitado a la chusma”. Los ingenuos soldados aceptaron cándidamente esta absurda explicación. Entre tanto el cabo segundo comandante de guardia condujo a su “considerado” superior a la habitación del sargento comandante del puesto, quien aún se encontraba en su cama. Al ver entrar a Tulio quien venía acompañado por otros 2 guerrilleros además del ingenuo cabo segundo comandante de guardia, entró en sospecha e intentó tomar su fusil que se encontraba cerca de su litera. Tulio se adelantó disparando primero y dándole muerte inició el combate en contra del resto de los miembros del puesto militar. Los 150 guerrilleros que ya rodeaban la instalación también abrieron fuego. Casi en el acto, además

del Sargento y el cabo segundo murieron 7 soldados y 1 guerrillero. Ante la superioridad enemiga el resto de soldados se rindió. Como una concesión especial no fueron fusilados, pero sí despojados de sus uniformes y de todo el material de guerra. En total los guerrilleros se apoderaron de 35 fusiles, 2 F. A. (Fusiles-ametralladores) un mortero de 60mm con 26 granadas, algunos revólveres y 5.000 cartuchos para fusil. Vestidos de civil los derrotados soldados pudieron marcharse humillados hacia Miraflores sede de su unidad superior.

Fue una victoria impecable para el “comando” de Tulio Bautista, cumplió con todos sus objetivos y demostró las debilidades del Ejército en este tipo de lucha, así como la flexibilidad de los rebeldes y su capacidad de adaptación.

Más crímenes y asaltos

Durante el año de 1951 continuaron los ataques realizados por los rebeldes, ahora incluyendo a las unidades militares del batallón Vargas que se habían desplegado a lo largo y ancho del Llano en forma de “puestos de orden público”. Estos puestos restringían el acceso de los guerrilleros a pueblos y lugares que anteriormente utilizaban como centro de operaciones y de obtención de información y de elementos logísticos.

De ahí que al perder tal posibilidad se recurrió a la población civil que en muchas oportunidades colaboraba con los rebeldes pues consideraba que era justo apoyar a quienes actuaban en su nombre. Por el contrario, otros sectores consideraban que no debía hacerse pues los grupos armados actuaban como bandidos. Este último sector, era por tanto perseguido y castigado por los guerrilleros. El principal castigo era la muerte. “El hacendado Anselmo Velandia, por ejemplo, fue asesinado el 30 de mayo de 1951 por negarse a colaborar con la revolución” (Villanueva, 2011, p. 294). Igual pena se imponía a aquellos que suministraban información al Ejército, que para la época además del batallón Vargas en Apiay, ya iniciaba a desplegar al grupo de caballería Páez en Yopal (Casanare) en el corazón del Llano y relativamente

cerca de Trinidad (Casanare), lugar que era controlado por el Ejército desde la época en que el teniente Matallana había llegado y obligado a desplazarse y luego a desertar a “cheito” Velásquez.

En esa región Riqueiro Perdomo, jefe de Guadalupe Salcedo “ejecutaba campesinos sin fórmula de juicio por considerarlos sapos o informantes del Ejército” (Villanueva, 2011, p. 296). De esta manera asesinaron a Félix Carrero y a Hernando Churión, así como a Celso Churión Jiménez y al juez del Circuito de Orocué Gil Antonio Caicedo, en una acción que llamaban “hacer aseo” (Villanueva, 2011, p. 296). Según Russel Ramsey, el propio Franco aplicó tortura y choques eléctricos según testigos que sobrevivieron, a rivales conservadores con el fin de obtener información.

En junio de 1951, un grupo de guerrilleros liberales intentó incursionar en la población conservadora San Pedro de la Jagua (Cundinamarca). El grupo iba comandado por un individuo a quien llamaban el “teniente Barbosa”. Enterados los campesinos del lugar, organizaron una “milicia” (probablemente chulavitas) y sorprendieron a los guerrilleros liberales, dando muerte a el “teniente Barbosa”.

Enterado Tulio Bautista, envió en menos de 3 días a un grupo de 50 de sus guerrilleros, uniformados y equipados como soldados del Ejército Nacional, para tomar venganza. Adicionalmente y ocultándose en la selva circundante coordinó el envío de otros 200 hombres de otros “comandos”. Los miembros del grupo de Tulio lograron llegar hasta el pueblo, pues los campesinos pensaron que se trataba de una patrulla militar. Una vez allí sorprendieron a los “milicianos” siendo apoyados por los 200 guerrilleros que estaban ocultos. De esta manera dieron muerte a los 18 “milicianos” conservadores saquearon e incendiaron el pueblo, pero no violaron a las mujeres porque Tulio había llevado a Doña Edilma su aficionada o compañera quien lo evitó. Luego de cometer todo tipo de acto vandálico, los hombres de Tulio regresaron al Llano (Ramsey, 1981, p. 194).

El 8 de octubre del mismo año el “comando” de los hermanos Parra atacó Pachaquiario (Meta) no lejos de Puerto López (Meta). El grupo estaba compuesto por aproximadamente 200 guerrilleros, en el lugar había una granja experimental; asesinaron a 11 empleados e hirieron a 11 más,

con el pretexto de ser conservadores que apoyaban a la “chulavita”. Al tenerse noticia en Villavicencio, se envió una patrulla del batallón Vargas en su persecución. Luego de varios días de seguimiento, en plena llanura la unidad militar tomó contacto con los rebeldes; se produjo un violento combate entre las dos fuerzas en el cual murieron el oficial que comandaba la patrulla y 10 soldados. De parte de los guerrilleros “perecieron varias docenas” aunque no hay confinación de tal hecho (Ramsey, 1981, p. 196).

El “comando” de los hermanos Parra había sido organizado desde los días del capitán Alfredo Silva Romero, quien había estimulado y aprobado su conformación. Su área de operaciones era al este de Puerto López. Estaba dirigido por el “capitán” Álvaro Parra y tenía como subjefe al “capitán” Luis Alberto Parra quienes teóricamente dependían de Tulio Bautista.

Para este momento ya el “comando” de Guadalupe Salcedo bajo el mando Riqueiro Perdomo (quien moriría muy pronto) estaba en operación. Inicialmente mirado con desprecio por el “teórico de la guerrilla” Eduardo Franco dado que sólo se componía de 10 hombres dedicados a acciones típicamente delincuenciales, en la región de las sabanas de Macuco cerca de Trinidad (Casanare), paulatinamente se fue consolidando y adquiriendo importancia, en especial por las cualidades de Guadalupe quien pronto demostró que en el terreno no tenía rival entre los demás comandantes llaneros.

Más adelante sería definitivo en diferentes combates contra el Ejército. Otro grupo que, aunque no estaba situado exactamente sobre los Llanos, sino por el contrario sobre las partes altas de la cordillera oriental en el sector de Boyacá, sobre los caseríos del Cocuy, el “comando” de los hermanos Villamarín fue muy activo en acciones inicialmente en contra de la Policía y luego ante la intervención del Ejército se replegó combatiendo hacia Hato Corozal en donde continuó sus acciones.

A pesar de ser hacendados los Villamarín y de tener una posición económicamente solvente, continuaron su lucha hasta la entrega de las guerrillas durante la amnistía de Rojas Pinilla. En este año el gobierno adoptó algunas medidas que de alguna manera restringieron la capacidad de las guerrillas llaneras.

En primer lugar, estableció un control especial sobre los corredores de movilidad que comunicaban al Llano con el centro del país, para evitar que los rebeldes pudieran acceder los departamentos de Boyacá y Cundinamarca y por otra parte controlar los elementos que fluían hacia el Llano en una forma de bloqueo que afectaba a los rebeldes que fue levantado a fin de año (Sierra, 1954, p. 8), en segundo lugar el despliegue ya mencionado del batallón Vargas en diferentes poblaciones y el grupo de caballería Páez en Yopal y Maza en Arauca destacando unidades subalternas hacia diferentes regiones de la llanura no cubiertas por el batallón Vargas.

Desgaste del movimiento llanero

Para finales de 1951 los guerrilleros habían obtenido importantes victorias como la de Páez (Boyacá), aunque otras como la de San Pedro de la Jagua también habían sido importantes. Era evidente que los rebeldes se habían adaptado de manera rápida a la intervención del Ejército y logrado entender muchos de su procedimientos. El número de bajas causadas a la institución militar era elevado, pues solamente en Páez, un pelotón había sido neutralizado y 8 soldados habían resultado muertos. Luego en Pachaquiario otros 11 (incluyendo al teniente) habían caído. Adicionalmente, el número de fusiles del que habían logrado apoderarse era también importante.

Solamente con lo obtenido en el ataque al puesto de Páez (Boyacá) podían armar un nuevo “comando” con excelente poder de fuego y capacidad de combate. Aparentemente la lucha iba inclinándose a su favor, pues ya era muy peligroso en especial para las unidades militares, transitar por las vías de comunicación del Llano. El peligro de una emboscada o de un asalto sorpresivo por parte de alguno de los “comandos” que allí actuaban era inminente. El coronel Gustavo Sierra Ochoa, comandante del batallón Vargas así lo reconocía:

La evasividad y movilidad para eludir un ataque frontal de estos grupos guerrilleros es una situación muy desventajosa para las tropas del Ejército. Emplean el principio de la sorpresa y producen en las tropas regulares el agotamiento, la fatiga y la consiguiente desmoralización. Han cumplido programas de propaganda contra el Ejército, minando su prestigio por todos los medios. Hacen una eficaz campaña de sabotaje. (Sierra, 1954, p. 11)

Sierra Ochoa lo sabía pues era su batallón Vargas el que más bajas había sufrido a manos de los rebeldes en el corto período de tiempo de un año. Por ello también agregaba “Es evidente que la subversión de los Llanos Orientales fue la que enfocó más rápidamente sus objetivos militares dentro del territorio colombiano” (Sierra, 1954, p. 10). Sin duda, tácticamente en el terreno los guerrilleros habían logrado establecer patrones de lucha que les otorgaban una evidente ventaja sobre los procedimientos regulares de las tropas del gobierno, tal como lo establece con claridad el coronel Gustavo Sierra Ochoa. Pero, desde el punto de vista estratégico, los rebeldes estaban empezando a experimentar un evidente desgaste en todo sentido.

Dos de sus más importantes jefes, “cheito” Velásquez y Eduardo Franco, habían desertado y se encontraban refugiados en Venezuela desde donde intentaban no pasar al olvido en la mente de sus antiguos subalternos. Franco enviaba correos que contenían instrucciones, sugerencias y recomendaciones, de acuerdo con su carácter de teórico de la guerrilla. Por otra parte, el sostenimiento de los diferentes “comandos” en especial de los situados en la propia llanura estaba empezando a convertirse en una carga para los hacendados que desde el primer momento y plenos de entusiasmos habían contribuido con su propio peculio, reses, peones y en general recursos indispensables para los guerrilleros.

Quizás pensaron que la tarea sería a corto plazo dada la efervescencia revolucionaria que se percibía por todo la región Oriental de Colombia. Pero con el tiempo, paulatinamente lo que era una contribución se fue convirtiendo en una obligación que empezó a afectar el patrimonio.

Una cosa era ayudar a la causa, pero otra muy diferente convertirse en la causa a costa de sus propios recursos. Era algo inaceptable para la mayoría de los hacendados. Con el tiempo sería este uno de los principales factores que quebraría la espina dorsal de la rebelión.

Por otra parte, la lucha iba causando efectos acumulados sobre los propios combatientes si bien en 1951 aún no eran tan evidentes como lo serían más tarde en especial luego de 1953. Esto saldría a flote en desarrollo del congreso de la “Perdida” en donde se acordaron planes, disposiciones, leyes y compromisos que en menos de 15 días fueron olvidados luego de la amnistía de Rojas Pinilla pues con excepción de Alvear Restrepo, nadie quería seguir la lucha.

EL PUNTO CULMINANTE

Las mayores victorias

El inicio de un nuevo año prometía más y mayores victorias a los grupos rebeldes. 1952 se proyectaba como una gran oportunidad pues ya los “comandos” habían madurado en todo sentido y su capacidad era muy superior a la de 1949 aunque ya se observaba el desgaste. Por otra parte, los jefes que habían estado desde el comienzo de la rebelión tenían gran conocimiento del ambiente y sentían que la victoria no podía estar muy lejana, pues 1951 se había cerrado con otro exitoso ataque de Guadalupe Salcedo contra una patrulla que salía del puesto Maní (Casanare) al mando del teniente Guinard y compuesta por 1 cabo y 25 soldados. No hay información exacta sobre el número de bajas, pero el teniente, el cabo Carpintero y algunos soldados sobrevivieron. Al parecer los guerrilleros tomaron todos los fusiles (Fonseca, 1987, p. 107), sin embargo, uno de los Bautista —Jorge— fue muerto en Arauca durante un combate con “chulavitas” de la región. Se había desplazado a esa área en busca de abastecimientos.

El presidente Mariano Ospina había terminado su periodo presidencial desde el 7 de agosto de 1950 y desde entonces ejercía Laureano Gómez como primer mandatario. Sin embargo, un ataque cardíaco lo

obligó a abandonar la presidencia que desde el 5 de noviembre de 1951 fue ejercida por Roberto Urdaneta Arbeláez, quien había sido elegido como Primer Designado.

El 3 de enero, apenas empezando el año, nuevamente se produjo otra sorpresa en contra del Ejército. En esta oportunidad el puesto militar de Miraflores (Boyacá) fue atacado por los rebeldes con un trágico saldo de 8 soldados muertos (Ramsey, 1981, p. 197).

La región de Recetor (Boyacá), Pajarito (Boyacá) y Chámeza (Casanare) fue escenario de ataques y contraataques típicos de la violencia entre liberales y conservadores donde se buscaba arrasarse con las poblaciones en las cuales el oponente tenía influencia. Así se produjo un elevado número de muertos de lado y lado. Ya por esa época el “comando” de los hermanos Fonseca había implementado el uso de minas y explosivos sobre las carreteras y caminos, constituyéndose en un nuevo peligro para las unidades militares que por allí transitaran.

Los Fonseca, aprovechaban lo aprendido durante su estadía en la Armada y en el Ejército. Uno de ellos había sido especialista en explosivos en la Armada y ahora instruía a sus compañeros para así aumentar su poder de combate. Pero, las minas en realidad son un arma defensiva y sin querer, los Fonseca estaban adaptando esta modalidad, defensiva táctica sin ninguna proyección estratégica. Sentían que cumplían con su deber cada vez que daban muerte a un soldado, pero no entendían que llevaban casi 3 años en la misma región, haciendo lo mismo, sin avanzar, sin crecer y sin un objetivo claro.

También a principios de este año (1952) se produjo otro ataque en contra de una patrulla motorizada del Ejército, compuesta por 2 vehículos blindados y un camión en la región entre Cusiana y Aguazul. Según narra Eduardo Fonseca, los blindados pasaron primero y fueron aislados del camino mediante la voladura de dos puentes que estos ya habían sobrepasado. Posteriormente atacaron el camión y lograron hurtar una carabina M-1, luego huyeron (Fonseca, 1987, p. 110).

El siguiente ataque tuvo consecuencias más trágicas para el Ejército. Conocedores de las rutinas y formas de movilizarse de las tropas destacadas en la región de Aguazul (Casanare) se enteraron de un movimiento

convergente que sobre su campamento realizaban dos patrullas del grupo de caballería Páez, con el fin de atacarlos por sorpresa. Mediante informaciones que recibieron a la madrugada fueron capaces de determinar con exactitud el movimiento de la patrulla que había salido de Aguazul (Casanare) y que venía comandada por el teniente Bocanegra.

Con suficiente tiempo, montaron una emboscada sobre el caño Upa-nema afluente del río Cusiana. Bocanegra avanzó y sin percatarse que era observado, logró llegar al campamento abandonado de Eduardo Fonseca, allí descubrió a un guerrillero que lo espiaba al cual sus soldados abatieron en breve intercambio de fuego, confiadamente acampó en un rancho vacío y al día siguiente ordenó el regreso a Aguazul por el mismo camino por el cual había venido. En ese momento fue sorprendido por los Fonseca quienes se encontraban con Aljure y los hermanos Calderón que habían llegado a última hora. Bocanegra murió en combate junto con la mayoría de sus soldados. Como es natural fueron despojados de sus armas, aunque algunos soldados lograron escapar y llegar a su base a Aguazul.

Eduardo Fonseca, dice en su libro que Bocanegra trataba muy mal a la población civil y que inclusive había cometido algunos crímenes en contra de los liberales de la región (Fonseca, 1987, p. 110). Estas afirmaciones son frecuentes por parte de los líderes de las guerrillas y en oportunidades son tan radicales que son difíciles de creer pareciendo como en el caso de Eduardo Franco y Eduardo Fonseca producto de su odio hacia los conservadores y como consecuencia al Ejército y la Policía.

Como es natural la muerte de Bocanegra fue seguida por una operación militar en búsqueda de sus victimarios. La guerrilla de Eduardo Fonseca procedió entonces a minar los caminos sin obtener ningún resultado pues las patrullas militares no utilizaron los caminos para sus desplazamientos y a incendiar muchas casas campesinas para que no pudieran ser utilizadas por las tropas. Estos infortunados labriegos tuvieron que refugiarse en la montaña y permanecer allí por el resto de la contienda (Franco, 1976, p. 111).

También se presentaron fracasos por parte de los guerrilleros. La guerrilla de Luis Chaves intentó atacar el puesto militar de Cravo Norte con

la ayuda de dos soldados desertores. Pese a que su acción fue sorpresiva la reacción de los soldados del puesto frustró sus intenciones y tuvo que huir luego de sufrir varias bajas entre ellas la de los dos desertores (probablemente asesinados por los guerrilleros en retaliación por su fracaso).

Fue en esta época en que el gobierno ordenó la apertura de los caminos al Llano y retiró algunos puestos militares. Según el coronel Sierra Ochoa, fue causa de un nuevo fortalecimiento de las guerrillas y una nueva serie de ataques en contra de las tropas del Ejército. José Gneco Mozo conocido empresario, se había desplazado al Llano con la idea de realizar acercamientos de paz con los alzados en armas, pero fue un procedimiento fallido y no se logró ningún objetivo. El expresidente Alfonso López Pumarejo recibió igual encargo de parte del gobierno de Urdaneta Arbeláez y se hizo presente en la región. Al igual que en el caso anterior tampoco se obtuvieron resultados favorables entre otras causas por la falta de unidad de los jefes rebeldes.

Orocue y El Turpial

Fueron los dos ataques más importantes realizados por los “comandos guerrilleros” durante toda la confrontación. Ambos fueron ejecutados por Guadalupe Salcedo, aunque en realidad no tuvo injerencia en el más trascendental de todos, el Turpial.

El 18 de junio de 1952 una patrulla de 25 miembros del batallón Vargas se encontraba en la población de Orocúe asegurando la pista de aterrizaje que allí existe dada su importancia para el abastecimiento y otros procedimientos que facilitaban el sostenimiento de las tropas acantonadas en ese lugar, así como de otras guarniciones vecinas. El mando de este pelotón lo tenía un capitán de apellido Quintero que operaba un puesto de mando en la localidad. A alguna distancia sus hombres vigilaban la pista de aterrizaje. Por lo general el capitán permanecía con el mínimo de efectivos durante el día para permitir que los demás miembros de su unidad controlaran la pista y el puerto sobre el río Meta. Era una rutina visible para toda la población civil.

Guadalupe Salcedo a través de sus informantes tuvo conocimiento de este proceder y consideró que sería muy fácil atacar por sorpresa tan confiado grupo de militares. En esencia su planeamiento consistía en atacar a los soldados que se encontraban en la pista, sorprenderlos, darles muerte y apoderarse de sus armas. El ruido de la confrontación atraería la atención del capitán que vendría apresuradamente a socorrer a sus hombres, y en ese momento sería también atacado y muerto o capturado para posteriormente exhibirlo como su prisionero de guerra. Siguiendo su esquema de maniobra, Guadalupe se aproximó sigilosamente a la pista y allí logró tomar descuidados a los soldados abriendo nutrido fuego contra ellos. Como consecuencia de estas primeras descargas 17 soldados murieron y sus armas fueron tomadas por los rebeldes que así lograron obtener 15 fusiles y 2 F. A. Luego, Guadalupe quiso atraer al capitán Quintero para completar su plan, pero este tomó posición en sus instalaciones evitando caer en la trampa del jefe guerrillero. A pesar de que este sabía que Quintero no tenía más de 405 hombres no se atrevió a avanzar sobre el puesto de mando del capitán, aunque sus efectivos sobrepasaban lo 80 limitándose a disparar desde lejos.

Quintero entendió que ya nada podía hacer por sus hombres caídos en la pista y conservó sus posiciones en el pueblo. En vista de que este no avanzaba, Guadalupe emprendió la retirada sin haberse decidido a atacar a la diminuta fracción del capitán Quintero. Posteriormente uno de sus hombres escribió un joropo en donde tildaba de cobarde a Quintero, olvidando que fue Guadalupe quien a pesar de contar con todas las ventajas no se atrevió a avanzar sobre el pueblo y atacar al capitán Quintero y sus 4 hombres (Fonseca, 1987).

La segunda de las acciones de Guadalupe fue la emboscada del Turpial en donde fueron muertos 96 efectivos del batallón Vargas. Es interesante hacer algunas consideraciones antes de analizar en sí la acción: en primer lugar, Guadalupe ni participó ni ordenó esta acción, pues como lo expresa Villanueva, se encontraba enfermo y permaneció todo el tiempo en su campamento incomunicado de sus hombres. Además, la orden que había emitido nada tenía que ver con atacar al

Ejército sino por el contrario su idea era asesinar a unos conservadores que a su turno habían asesinado a un grupo de liberales en el municipio de Acacías (Meta).

En segundo lugar, resulta curioso que entre tantos soldados no hubiera habido ni un herido, solamente unos pocos sobrevivientes que “se entregaron a Guadalupe” y de los cuales nunca se volvió a saber nada. El único soldado que salió con vida relató posteriormente cómo sus compañeros fueron rematados por los guerrilleros hasta que el teniente Caro uno de los comandantes de la patrulla militar que se encontraba moribundo abatió al jefe de los guerrilleros “teniente” Hoyos en el momento en que este lo iba a rematar.

Esto confirma que no todos los soldados murieron en las emboscada, pues es realmente muy difícil a determinada distancia, como estaban los rebeldes, acertar impactos mortales al 100%. Si esto fuera cierto querría decir que los disparos de los guerrilleros solamente ocasionaron impactos mortales y que ni uno solo de ellos hirió a algún soldado de manera no mortal, lo cual es totalmente absurdo, máxime si se tiene en cuenta que no poseían explosivos o armas de mayor capacidad.

Lo anterior lleva a la conclusión de que más que una emboscada fue una masacre de soldados que probablemente se encontraban heridos como el Teniente Caro y que fueron rematados en estado de indefensión cuando yacían en el suelo. En el caso del ataque a Oroúe, la distancia entre soldados y guerrilleros era más corta y el número de soldados evidentemente menor que en el Turpial. La proporción con los guerrilleros era diferente y aquellos estaban en absoluta mayoría y por ello era más fácil acertar impactos mortales. Pero en el caso del Turpial la cantidad de soldados era superior y la distancia mayor de tal manera (según Villanueva se disparó con un F. A. que no es un arma de precisión a más de 300 mts) (Villanueva, 2011, p. 483), que es contrario a la evidencia afirmar que los soldados fueron muertos en desarrollo de la emboscada y es muy posible que por el contrario muchos de ellos hayan sido cruel e inhumanamente rematados en estado de indefensión.

Como es lógico, los rebeldes se cuidaron mucho de revelar lo sucedido atribuyéndose la muerte de todos los soldados en combate, cuando

en realidad no fue así. De acuerdo con el único soldado que logró regresar al batallón fue el segundo al mando del fallecido “teniente” Hoyos, de nombre Tomás Zambrano quien ordenó la masacre (Cortés, 2003, p. 106). Este siniestro personaje, tiempo más tarde huyó y buscó refugio en la población de San Felipe (Guainía). De acuerdo con la versión presentada por el sobreviviente, los soldados fueron rematados con cuchillos y machetes (Cortés, 2003, p. 106).

Sobre este caso no ha habido mayor investigación y por ello ha pasado a la historia como “la emboscada del Turpial” sin mayores consideraciones. A su vez fue motivo de rivalidad entre los jefes guerrilleros Guadalupe Salcedo y Eduardo Fonseca, ante la reiterada intención de este último de desprestigiar al primero al cual siempre consideró su principal oponente como jefe de todas las guerrillas de los Llanos Orientales.

El inicio de la emboscada

El comandante del batallón Vargas de Apiay (Meta) determinó efectuar un control sobre la carretera entre Puerto López (Meta) y Puerto Gaitán (Meta) debido a que con frecuencia se recibían informaciones sobre presencia de guerrilleros en las proximidades del río Meta. Para ello fue seleccionada una compañía de la unidad comandada por el teniente Alberto Gómez Restrepo teniendo como segundo al mando al también Teniente Rafael Caro Rodríguez.

Los efectivos totales eran 101 incluyendo a 6 suboficiales. La compañía fue embarcada en 3 volquetas, algo inusual pues implicaba que en cada una de ellas marcharían más de 30 hombres que en caso de alguna emergencia no podrían reaccionar adecuadamente debido a la aglomeración existente. No está claro porqué se tomó esta determinación. Es muy posible que no se contara con vehículos propios y se hubiera tenido que recurrir a un préstamo de estos por parte de la gobernación del departamento. Esta decisión sería una de las causas de tan renombrado fracaso. Inicialmente, Gómez y su soldados se dirigieron a Puerto López en donde acamparon en la finca del expresidente Alfonso López.

De allí luego de cumplir con algunas labores de control, partieron al día siguiente hacía Puerto Gaitán. Reinaldo Barbosa por el contrario habla de una “invasión” (Barbosa, 1992, p. 146) de tropa al centro del Llano, versión que no coincide con la actitud de los soldados que se limitaban a inspeccionar el terreno hasta Puerto Gaitán de manera temporal. Los guerrilleros de Hoyos, entre tanto se habían desplazado de su campamento en Poyatas (Casanare) y cruzado el río Meta y consolidaban su posición. Desde allí los rebeldes escucharon el ruido las volquetas, observaron a distancia su aproximación e iniciaron a planear una emboscada improvisada.

Para impedir que lograran llegar a Puerto Gaitán decidieron colocar un obstáculo escondiendo el rústico planchón que servía para atravesar el caño Yucao en el último tramo del camino y así obligarlos a regresar hacía el sitio en donde los esperaban ocultos. Quiere ello decir que tuvieron tiempo para realizar las 2 acciones antes de la llegada del teniente Gómez y sus hombres. El planchón fue llevado aguas abajo y cuando la unidad militar quiso atravesar caño Yucao se encontró con este inconveniente y al no poder solucionarlo el teniente se vio obligado a retornar por donde había venido permitiendo el desarrollo del plan de los rebeldes.

Confiados en que ya habían recorrido el terreno dieron vuelta sin mayores precauciones e iniciaron su recorrido a la inversa. Según versiones de algunos guerrilleros de regreso los soldados entraron a la finca Buenos Aires que se encontraba abandonada y la quemaron, así como a otra finca denominada Merecure, lo cual sirvió a los rebeldes para saber el lugar en donde se encontraban el teniente Gómez y sus hombres.

Esta versión nunca fue comprobada y no se sabe si realmente corresponde a los hechos o es otra de las exageraciones con que en esa época se daba realce a determinados hechos. Entonces según este mismo relato los rebeldes se dirigieron apresuradamente a los barrancos de Carubare en la “vega de la enramada” para atacar a las volquetas. Si se analiza en profundidad era muy difícil para los guerrilleros recorrer ese espacio y llegar a tiempo para iniciar a disparar en el momento preciso. En realidad, ya debían estar ubicados en sus posiciones para la emboscada.

Es muy probable que de esta manera se trate no solo de glorificar aún más la acción, sino de justificarla si a ello se le añade el hecho de que de forma improvisada afirman haber logrado 100% de efectividad y blancos mortales a distancias que no son tan fáciles de obtener.

Sin embargo, pese a las circunstancias, en el momento fue un gran golpe en dos sentidos, desde el punto de vista del combate pues elevó la moral y el prestigio y por otro lado desde el punto de vista publicitario, pues fue una noticia de gran impacto en los medios de comunicación en particular en el Tiempo, periódico de orientación liberal. Sin embargo, produjo gran indignación en la costa caribe, de donde eran oriundos la mayoría de los soldados muertos excepción de 3 de ellos Darío Salazar, Pompeyo Ávila y otro.

LAS ACCIONES FINALES

Análisis del Turpial

Otras versiones indican que Guadalupe sí envió al grupo de Hoyos a atacar la patrulla motorizada, pues se sabía que habían llegado refuerzos al batallón Vargas y este pretendía lanzar la invasión del centro de los Llanos (Barbosa, 1992, p. 146).

Por el contrario, en su obra *“Desde la orilla Opuesta”* el coronel Carlos Eduardo Cortés y Ahumada (pasaje ya citado con anterioridad) expresa refiriéndose a la compañía del batallón Vargas que “Su misión era patrullar por el carretable Apiay-Puerto López hasta Puerto Gaitán sobre el río Meta” lo cual deja sin valor la idea de “una invasión al centro del Llano”. Lo que sí parece real es que los guerrilleros de Hoyos se enteraron por informaciones de la habitantes del área sobre la presencia de la compañía y su ruta, lo cual les dio tiempo a prepararse.

De ahí que Hoyos ordenara a sus subalternos Marco Tulio González, Pedro Lara, Eugenio Silva además del mencionado Tomás Zambrano, que se dirigieran junto con 50 hombres bien armados a los barrancos para esperar y atacar al unidad militar. “En un área de 100 metros frente al barranco distribuyera sus hombres de tal manera que sólo después que los vehículos hubieran sobrepasado varios metros la cabeza del cordón

humano que los esperaba abrieran fuego. Este dispositivo se preparó en el fundo el Turpial, región de Pivijay” (Cortés, 2003, p. 105).

Entre tanto los vehículos con su carga de soldados avanzaban, sin imaginar que en pocos minutos serían atacados por el grupo de rebeldes de Hoyos. Varios motivos parecen haber dado pie a esta tranquilidad. Por una parte, no tenían informaciones que indicaran presencia de rebeldes en esta sección del terreno.

La orden de patrullar una región tan basta que implicaba un recorrido de más de 180 km más otro tanto de regreso, dejaba una idea muy vaga sobre las posibilidades de encontrarse con los guerrilleros y más parecía una misión de control de área que de combate; en consecuencia, el grado de alerta no era muy elevado ni constituía una prioridad. Para poder cumplir con la misión deberían mantener determinada velocidad, lo cual haría que se omitieran revisiones de los puntos críticos la carretera que significaban pérdida de tiempo. Por otra parte, el número de vehículos participantes con relación al de efectivos no era el ideal. Estas circunstancias los convertían en una oportunidad para los atacantes.

Los soldados eran reclutados y habían cumplido parte de su servicio militar que era de un año por lo cual se deduce que no poseían suficiente experiencia comparados con los curtidos combatientes llaneros. El coronel Gustavo Sierra Ochoa lo expresa “La evasividad y movilidad para eludir un ataque formal de estos grupos guerrilleros es una situación muy desventajosa para las tropas del Ejército” (Sierra, 1954, p. 11).

Los hombres de Hoyos, inicialmente desorientados, luego de cruzar el río Meta se enteraron del sitio por el cual pasarían los camiones y tomaron posiciones para atacarlos. “sobre una ceja de monte con el primer camión a tiro de fusil se fueron apostando” (Barbosa, 1992, p. 147), Marcelino Beltrán un supuesto soldado licenciado luego de participar en la guerra de Corea con el batallón Colombia y luego incorporado a la guerrilla liberal (parece que en realidad hizo parte del grupo que se entrenaba en Bogotá para relevar a quienes combatían en Corea pero por alguna razón fue descartado y regresó al Llano) se encargaría utilizando un F. A. de abrir fuego sobre el camión que marchaba en el centro, entretanto con fuego de fusiles se detendría el primero.

Pasaron los primeros carros frente al Burro y a Kiloehueso que siguieron esperando su blanco señalado y Ratatatata ratatata... nosotros que éramos buenos tiradores nos plantamos frente a los carros... unos disparábamos de pie contra los platones destapaos, otros en cuclillas otros acostados bocarriba y las paticas del F. A. en las manos de unos y otros disparando a los soldados que se habían atrincherado en las ruedas detrás de los carros. (Barbosa, 1992, p. 148)

Esto evidencia que un buen grupo de soldados sobrevivió a la emboscada y se defendió detrás de las ruedas hasta ser heridos o agotar su munición, momento en el cual fueron rematados por los guerrilleros, confirmando la hipótesis que no se alcanzaron disparos mortales en un 100 % y que en determinado momento la emboscada se transformó en una masacre. Según el mencionado coronel Cortés esta se llevó a cabo como represalia por la muerte del jefe del grupo “teniente Hoyos” cuando intentó rematar al teniente Caro y este moribundo se le adelantó (Cortés, 2003, p. 106), Posteriormente los cadáveres de los soldados “fueron abiertos en canal por orden de Tomás Zambrano” (Cortés, 2003, p. 106).

Al no tener comunicación con la patrulla motorizada luego de un tiempo conveniente, el comandante del batallón Vargas envió un avión de la Fuerza Aérea tipo T-6 a verificar qué había sucedido con la compañía. Siguiendo el trazado de la carretera cerca a Puerto Gaitán el piloto detectó una descomunal cantidad de zamuros volando en círculos sobre un lugar determinado y orientado por ellos se aproximó y desde el aire pudo reconocer los tres vehículos incendiados y humeantes, informando de inmediato a la base de Apiay. Posteriormente fue enviada otra unidad por tierra para que se hiciera cargo de la situación. El estado en que fueron encontrados los cadáveres despertó indignación entre los soldados rescatistas, no solo por su estado de descomposición sino por la forma en que habían sido rematados y destrozados con machetes y armas cortopunzantes. Cuando los maltrechos, destrozados e incinerados cuerpos llegaron a la base de Apiay, hubo escenas de verdadera conmoción y

como es lógico se levantó una ola de furia y de deseo de venganza en contra de los rebeldes.

No era justo siquiera racional que unos muchachos, muchos de ellos ya rendidos en estado de indefensión, hubieran sido sometidos a tal grado de maltrato, depravación y crueldad. Los restos de la mayoría fueron sepultados en Apiay en donde hasta el día de hoy aún permanecen, aunque las nuevas generaciones militares que laboran a diario en los alrededores de su sitio de reposo ignoran esta tragedia.

¿Qué sucedió después?

Barbosa y algunos otros escritores de izquierda afirman que días más tarde se produjo una fuerte represalia en contra de los auxiliadores de los rebeldes perpetradores de la masacre del Turpial que desde Puerto López la habían propiciado. Según estas fuentes varios ciudadanos fueron detenidos, y posteriormente asesinados por miembros del Ejército. Esta versión proviene de *“abuelos que así lo recuerdan en sus memorias”* (Barbosa, 1992, p. 131). La misma versión afirma que se incendiaron algunos ranchos de los supuestos auxiliadores. Si así fue, se cometió un grave delito que en su momento debió ser investigado y sancionado, pues tal tropelía es inadmisibile y mucho menos con la justificación de vengar a los soldados muertos en el Turpial. El general Valencia Tovar en *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia* afirma:

El Ejército cometió errores de diverso tipo. Los operacionales los pagó con creces en la larga lista de muertos, heridos y mutilados que resultaron de una lucha cruel, que se hacía cada día más implacable. Los de otro orden porque la confrontación de fuerzas iba dejando huella sangrienta en las relaciones con la comunidad, se tuvieron que rectificar lentamente en larga expiación. (Valencia, 1993, p. 81)

El Turpial no fue sin embargo la única acción que se llevó a cabo en contra del batallón Vargas en esos días. En San Luis de Gaceno los Bautista atacaron el puesto militar, alrededor de 100 hombres del Ejército (según los guerrilleros, aunque parece que en realidad eran solamente 30), se encontraban allí destacados. Los guerrilleros inicialmente parecían dominar la situación, pero la reacción de los soldados los obligó a huir. Allí murió un individuo a quien llamaban “Chicuaco” hombre de gran influencia entre los guerrilleros y su muerte generó pánico entre los rebeldes que huyeron del lugar. Tuvieron 7 muertos y 5 heridos, un desastre para ellos (Fonseca, 1987, p. 159).

El 31 de diciembre de 1952 Drigelio Olarte, quien no formaba parte de las guerrillas de los Llanos, sino de otra agrupación liberal diferente que actuaba sobre las región del occidente de Cundinamarca, había atacado e intentado tomarse la base aérea de Palanquero frente a la Dorada (Caldas) aprovechando las festividades de año nuevo. La acción fue un total fracaso y pereció un alto número de guerrilleros, 32; en tanto 5 miembros de la Fuerza aérea fueron asesinados. La base no pudo ser tomada y los atacantes huyeron despavoridos.

Más adelante los guerrilleros lanzaron un cruento ataque en el sitio “Sábana Chíquita” (Casanare) cerca a Sabanalarga en donde causaron 27 muertos al Ejército. Se apoderaron de 23 fusiles. (Barbosa, 1992, p. 155). Un nuevo ataque esta vez en la región de Santa Helena de Upía causó 15 soldados muertos y la pérdida de 15 fúsiles y un F. A. Se trataba de una sección que acampaba en ese lugar. Barbosa tomando como base información de Eduardo Franco afirma que: “El teniente Dumar Aljure hizo otro ataque a 50 chulavos y les quitó 9 fusiles con tan solo 9 hombres” (Franco, 1976, p. 260), es posible que la acción haya sucedido, pero en otros términos y la narración sea parte del argumento justificativo de Franco.

Estas acciones y otras que serán mencionadas, hacían parte de un plan de los rebeldes para contrarrestar la acción de “15.000 efectivos militares que invadían el Llano” (Fonseca, 1987, p. 157), tal afirmación reproducida por Reinaldo Barbosa constituye uno de los puntos centrales de los relatos guerrilleros en general. Según esta fantasiosa afirmación

los guerrilleros se enfrentan y derrotan a miles de ineptos y cobardes soldados. En realidad el Ejército de Colombia para esa época contaba con 24.000 efectivos (Torres C. , 2.000, p. 27), de tal manera que movilizar 15.000 hacia los Llanos equivale al 62.5% del total, algo absurdo dadas las condiciones de la época.

Por una parte, simultáneamente el Ejército se enfrentaba a las cuadrillas de bandoleros en diferentes regiones del país en plena Violencia política; Por otra, realizaba operaciones en el sur del Tolima región del Davis en donde se había conformado un grupo guerrillero unificado de comunistas y liberales con un número de efectivos muy elevado que requería atención permanente y total.

Pero no es el único caso, tiempo después las Farc afirmaban que para “agredirlos en Marquetalia (Tolima) el Ejército movilizó 17.000 hombres asesorados por los gringos” cuando en realidad solamente 2000 efectivos participaron en la acción y los “gringos” nunca fueron parte de ella. Más adelante el M-19 durante su frustrada invasión al sur de Colombia en 1982 manifestaba que había combatido contra un “cerco de 20.000 soldados” cuando en realidad ni hubo cerco, ni hubo 20.000 soldados, pues tan solo 800 efectivos militares estuvieron presentes. Eduardo Franco, el guerrillero desertor, incluye en su libro “Ellos no eran sino 60 fusiles, 40 escopeteros, los otros 5.000 en cerco, aviación, morteros y ametralladoras. Alrededor de 400 bajas chulavitas y 9 guerrilleros muertos en combate” (Franco, 1976, p. 235), para así justificar la derrota y retirada de la guerrilla de la región de Chita (Boyacá).

Es evidente que este tipo de afirmación tiene dos propósitos, inicialmente la legitimación política a través de la simpatía que despierta el débil en las diferentes audiencias deslegitimando simultáneamente al Estado y la formación de narrativas épicas que se constituyan en especie de “mitos fundacionales” que a su vez brinde trascendencia a los relatos, facilite la movilización de nuevos adeptos y se incorpore a la historia no solo de la organización sino nacional a través de sus propias fuentes.

Para complementar estos ataques “cometimos la primera acción, incendiar los hatos de los traidores y dar a conocer nuestro poderío. Incendiamos esos hatos para señalar a los traidores y herirlos de muerte

en sus corazones, plantados en la mitad del estómago” (Franco, 1976, p. 154). La acción fue complementada con fusilamientos de campesinos que llevó a cabo Guadalupe Salcedo, para castigar traidores al movimiento (Franco, 1976, p. 212).

Ataques y desgaste

Los ataques continuaron a lo largo de 1952 y 1953. El “comando” de Humberto Paredes y el sargento “cafuche” llevaron a cabo un asalto contra un puesto de Policía cerca de Puerto López ocupado por 40 agentes.

ya había muerto más o menos la mitad y otros estaban ‘manos arriba’. En esos instantes un rebelde gritó a su compañero, Ola! présteme 5 tiros. Oyendo lo cual los policías arreciaron el fuego y como en verdad ya no tenían municiones los hicieron huir. (Fonseca, 1987, p. 159)

Aparentemente, este relato pareciera querer mitigar un fracaso, pues cuando solo quedaban unos pocos efectivos de la Policía, los guerrilleros en vez de avanzar huyeron precipitadamente. Es muy difícil que menos de la mitad, es decir menos de 19 más otros que “estaban con las manos arriba” hicieran huir al “comando” con mínimo entre 80 y 100 atacantes.

A mediados de 1952 los hermanos Calderón atacaron a una comisión del Ejército que había salido de Yopal (Casanare) a “incendiar unas viviendas” en la región de Guayaque (Casanare sobre la carretera a Paz de Ariporo en el mismo departamento).

Los militares murieron todos en tanto los Calderón no sufrieron bajas. Capturaron todo el armamento, con lo cual reforzaron su guerrilla que era muy agresiva [...] De Guayaque salieron hacia Labranza grande (Boyacá) y adelante del Morro arruinaron a tiros a una comisión de conservadores armados por el gobierno que estaba asesinando liberales. (Fonseca, 1987, p. 159)

Ni aún en estos momentos en que parecía que la balanza se estaba inclinando hacia el lado de los rebeldes liberales se pensaba en la unificación de los diferentes “comandos”. Por el contrario, cada jefe era dueño de su propia vanidad y de su propio mando. Eduardo Franco aún no había desertado y se disputaba el mando único con Eduardo Fonseca, aunque era evidente que este lo miraba con desdén y lo consideraba una simple figura decorativa.

Precisamente esta actitud ya estaba desgastando a los diferentes “comandos”, llenos de gozo y de soberbia al observar que efectivamente le estaban causando daño al Ejército y naturalmente a la Policía disfrutaban sus éxitos sin entender que eran victorias tácticas, efímeras que no significaban una derrota estratégica de su odiado enemigo pero que sin que ellos lo percibieran estaban socavando la moral de sus propios hombres. Estos, lejos de sus hogares, sin mayor convicción en la lucha, pese a las manifestaciones externas en donde expresaban lo contrario, solamente esperaban el momento de volver a sus familias y a sus tierras en donde soñaban con continuar con la vida que hasta ese momento habían llevado.

Los análisis de diferentes politólogos y académicos en donde se exalta el espíritu rebelde de los llaneros, se ve en realidad desmentido por la celeridad con que se aceptaron los términos de la negociación con el gobierno de Rojas Pinilla y la manera como incondicionalmente regresaron a sus lugares de origen. Por otra parte, sus patronos inicialmente entusiasmados con la lucha y prestos a sufragar los gastos de la contienda sin medir las consecuencias de sus acciones, ahora reflexionaban sobre las pérdidas que significarían para ellos, en especial la propiedad y el sistema de vida que hasta ahora habían llevado, pues las consignas revolucionarias hablaban de una igualdad que ellos no aceptaban.

Pero, impulsados por sus jefes, durante este periodo causaron un alto número de bajas a las fuerzas del Estado, que pese a ello no abandonaron ni sus posiciones, ni la región y mucho menos los Llanos Orientales. Se afirma por parte de algunos de los jefes guerrilleros que ya para esta época los soldados no se atrevían a salir de su bases por miedo a las emboscadas y a las minas que se sembraban profusamente en caminos,

carreteras, puentes y otros sitios. Es evidente que esto pudo haber sucedido, pues sin contar con detectores o artefactos de aviso o alarma sobre la presencia de explosivos, es casi que un suicidio aventurarse por trochas y terrenos propicios para ello. De ahí que se asumiera con prudencia el desplazamiento por los terrenos de la llanura y por caminos y carreteables. Sin embargo, tal vez con menor frecuencia, las patrullas militares continuaron con su labor. Los guerrilleros en especial los hermanos Fonseca, quienes eran los más avezados y expertos en el uso de explosivos no entendían que las minas también les restringían su movilidad, ponían en riesgo a la población civil y los colocaba en una posición defensiva, pues es lógico que quien se dedica a colocar este tipo de artefactos lo hace dentro de un área que desea proteger, lo cual implica que no la va a abandonar y por ende no va a tomar acción ofensiva alguna fuera de esa área. Eduardo Fonseca, habla de la colocación de minas como un gran éxito, sin entender sus reales implicaciones.

LAS FUERZAS MILITARES

Dificultades del Ejército durante la rebelión

Al inicio de la rebelión de los Llanos Orientales en noviembre de 1949 las Fuerzas Militares y en especial el Ejército se encontraban afrontando serias dificultades; el estallido de la Violencia en diferentes regiones del país había dispersado su esfuerzo de tal manera que no era posible concentrar en la región oriental una cantidad suficiente de tropas para hacer frente a esta nueva amenaza. Los departamentos de Antioquia, Caldas, Santander, Tolima y Valle en especial se encontraban afectados por acciones en contra de la población civil que era atacada por bandas tanto de conservadores como de liberales y con frecuencia unidades militares debían hacerse presentes para restaurar la tranquilidad algo que cada vez era más complicado.

En la región del cañón del río Davis en el sur del Tolima se estaba presentando una difícil situación pues grupos armados liberales y comunistas se habían unificado, logrando efectivos de alrededor de 1000 hombres que con frecuencia enviaban columnas de hasta 400 guerrilleros a sitios aledaños cometiendo asaltos y fechorías. En una de estas ocasiones habían atacado el caserío huilense de órganos y habían dado muerte a

un elevadísimo número de agentes de la Policía y destruido el poblado cobrando también víctimas civiles lo cual derivó en la presencia de una unidad militar. Situaciones como esta impedían que el problema de los Llanos pudiera ser atendido con absoluta prioridad.

Para atender tan graves insucesos el Ejército solamente totalizaba 24.000 hombres, pero no se contaba con los oficiales y suboficiales necesarios para poder comandar de manera adecuada tal cantidad de soldados. El historiador militar Manuel Santos Pico afirma que el total de efectivos era de 15.000 (Santos Pico, 2007, p. 244). Sus dotaciones de munición eran también muy bajas y según Cesar Torres del Río solo alcanzarían para 2 días de combate lo cual significaba que si todos los soldados disparasen su dotación individual en 48 horas se agotaría y no habría reserva para reemplazarla (Torres C., 2000, p. 25). La capacidad de transporte era mínima y faltaban en especial camiones. No era inusual ver las tropas movilizándose en camiones particulares o peor en volquetes de los diferentes municipios con el riesgo que ello implicaba en caso de ataque o de emboscada. Los elementos de sanidad, comunicaciones, y equipo tampoco estaba completos.

Otro frente que atendía el Ejército era el fronterizo. El problema de los islotes de los Monjes estaba bajo discusión con Venezuela y a pesar de los innegables derechos colombianos a su posesión de acuerdo con las reales órdenes y cédulas de 1717, 1731, 1739 y 1777, así como de las negociaciones de 1844-1845 y en la sentencia de marzo 16 de 1891 con el sustento del *Uti Possidetis Juris* de 1810 de la reina María Cristina de Habsburgo, el país vecino insistía en su derecho a reclamarlas como propias y de manera agresiva alistaba sus Fuerzas Militares.

Por diferentes fuentes se sabía que el jefe guerrillero Eliseo Velásquez (cheíto) estaba en contacto con oficiales del estado mayor del Ejército venezolano y que estos le habían suministrado apoyo limitado en forma de municiones, alimentos y un médico. Pero más preocupante, uno de sus miembros habría sugerido que para obtener más ayuda se realizara un plebiscito en las comisarías de Arauca y Casanare para pedir protección venezolana lo cual se podía interpretar como un riesgo potencial para la soberanía, aunque en el fondo nunca se comprobó.

A pesar de su insuficiencia de efectivos, el Ejército también combatía en la guerra de Corea con un batallón que durante el conflicto utilizó 5024 oficiales suboficiales y soldados en relevos de 1060 hombres cada 6 meses y que salieron de Bogotá el 12 de mayo de 1951 y regresaron el 29 de octubre de 1954 (Santos Pico, 2007, p. 244), todas estas actividades preocupaban al mando y no le permitían tener ideas claras pues cada una de ellas tenía su propia dinámica.

Las Fuerzas Militares venezolanas, aprovechando una absurda nota de la cancillería colombiana obviamente autorizada por el presidente colombiano Rafael Urdaneta, y suscrita por su canciller Juan Uribe Holguín en la cual se decía que Colombia no objetaba la soberanía de Venezuela sobre los islotes de los Monjes los (Holguin, 1975, p. 195) ocuparon militarmente luego de que la fragata colombiana Almirante Padilla de la Armada de Colombia bajo el mando del capitán de navío Jorge H. Berrío las utilizara como polígono de tiro naval. Ello causó gran tensión entre los dos países, pero en definitiva Venezuela tomó el control de los islotes y desde entonces forman parte de su territorio.

Naturalmente que hubo hostilidad. Colombia no reaccionó ante semejante acto que en realidad era un cercenamiento del territorio nacional pues no contaba con el poder militar suficiente para hacer respetar sus derechos por una parte debido a que su inversión en asuntos de Defensa había sido muy modesta con relación a Venezuela en especial en cuanto a equipo naval y aéreo se refiere y a la débil posición que en asuntos de relaciones internacionales ha caracterizado al gobierno colombiano a lo largo de su existencia como nación independiente. Incluso hubo pronunciamientos tan absurdos como la propia nota de la cancillería colombiana que género tan lamentable incidente para los intereses nacionales.

En su editorial del 24 de enero de 1952 el periódico el Tiempo en su columna la Danza de las Horas escrita por Enrique Santos Montejo (familiar de los expresidentes Eduardo y Juan Manuel Santos, bajo cuyo gobierno se perdió gran parte del mar territorial de San Andrés y Providencia) conocido como Calibán decía “No convirtamos el caso de los Monjes en controversia internacional. Vale muchísimo más la cordialidad

con Venezuela que este peñasco de cuya existencia no tenía noticia el 99 por ciento de los colombianos. Cedamos nuestros derechos y demostrémosle al pueblo hermano que apreciamos en mucho más su amistad que la posesión del pedazo de tierra o roca” (Holguin, 1975, p. 178).

En Corea el 12 de marzo de 1952 una tremenda ofensiva del Ejército Popular Chino en contra de las tropas de la VII división americana a la cual estaba asignado el batallón Colombia tuvo como evento principal el ataque contra el cerro Old Baldy defendido por la unidad y como consecuencia del sangriento combate que allí se generó murieron 93 de sus miembros, 97 resultaron heridos e inicialmente 96 desaparecidos, de los cuales 27 fueron tomados como prisioneros por los chinos (Santos Pico, 2007, p. 250).

Todo ello afectaba al Ejército y contribuía a que no definiera una estrategia concreta que contrarrestara eficazmente tantos desafíos. La estructura del Ejército era muy básica y rudimentaria basada en el modelo implantado por la misión suiza en la cual el elemento fundamental era la brigada que a su vez con la idea de realizar operaciones con las cuatro armas, infantería, caballería, ingenieros y artillería de manera simultánea de tal manera que se apoyaran mutuamente en el terreno.

Existían 6 brigadas en las principales ciudades de Colombia dirigidas desde Bogotá por el comandante del ejército y su estado mayor. Las brigadas estaban localizadas así: la I en Tunja, la II en Barranquilla, la III en Cali, la IV en Medellín, la V en Bucaramanga y la brigada de Institutos Militares en la capital de la República.

Cambio en la misión

Hasta el estallido de la violencia política, el Ejército tenía como misión principal garantizar la soberanía nacional. Es evidente que esporádicamente cumplía otras misiones como en el infortunado caso de la Bananeras en 1928, pero su entrenamiento y preparación se dirigían al combate regular. Esa era la razón por la cual no existían soldados profesionales, sino reservistas es decir muchachos que ingresaban a prestar

su servicio militar durante un año en el cual se capacitaban para en el futuro y quizás una vez desacuartelados, regresar a las filas en caso de alguna eventualidad en las fronteras como fue el caso de la guerra contra el Perú. De hecho, héroes nacionales como Juan Bautista Solarte Obando, quien murió atacando frontalmente una posición de ametralladora enemiga para proteger a sus compañeros era un reservista quien fue llamado a servicio activo con motivo de esa confrontación.

Los oficiales también eran preparados para esta contingencia y las misiones extranjeras que habían asesorado al gobierno nacional habían hecho mucho énfasis en aspectos como juegos de guerra, maniobras y ejercicios dirigidos al despliegue y la conducción de tropas en situaciones de guerra convencional. Antes del despliegue en la frontera sur en desarrollo del mencionado conflicto, algunas patrullas habían sido destacadas a Boyacá y Santander en donde ya el fanatismo y la irracionalidad de muchos de los dirigentes de ambos partidos políticos, estaban despertando el odio y el deseo criminal de acabar con sus oponentes y borrarlos del mapa. No eran sin embargo operaciones ni siquiera misiones de combate, era simplemente “comisiones de orden público” que buscaban impedir enfrentamientos o capturar a determinadas personas que estuvieran promoviendo actos violentos.

Para garantizar la seguridad de la región en oportunidades se destacaban “puestos de orden público” que no eran bases de patrullaje o algo parecido, sino lugares en donde los habitantes de la región podían acudir a exponer sus inquietudes sobre seguridad y buscar protección. En pocas ocasiones las unidades militares se veían envueltas en situaciones de combate. Muchos oficiales habían sido designados como alcaldes militares para, de esta manera, evitar enfrentamientos entre los miembros de los partidos políticos.

Durante la época de la hegemonía liberal, algunos de los dirigentes de esa colectividad habían intentado acercar a los mandos militares y como ya se ha establecido, confiaban en el futuro contar con su apoyo en caso de un evento extraordinario como el fracasado golpe de estado de noviembre de 1949. Se creía que el Ejército era de tendencia conservadora, pues desde 1886 había servido bajo mandatarios de esa tendencia,

pero quizás con excepción de algunos pocos mandos y en especial luego de la reforma militar de 1907 promovida por el general Rafael Reyes era una institución apolítica que había servido al partido de turno con lealtad “La Colombia republicana desde su origen en el siglo XIX siempre ha contado con un Ejército permanente y obediente al gobierno central” (Esquivel, 2.008, p. 33).

Es natural que en medio de la reyerta política entre liberales y conservadores, se acusara al Ejército de estar sirviendo al partido conservador, pero en realidad estaba sirviendo al gobierno tal como lo establece la constitución y de la misma manera que había servido bajo los gobiernos liberales durante la hegemonía de este partido.

En la Escuela Militar solo se recibían instrucciones sobre la patria y el oficial se graduaba alrededor de los 21 de edad y como sus compañeros tenían la misma formación, poco o nada les interesaba la política. Me consta que en 1930 cuando en la época de los 30 salió la ley que prohibía el voto para los militares, a la mayor parte, sino a todos no nos afectó en nada pues nunca habíamos votado. Lo anterior demuestra que el Ejército fue imparcial cuando le tocó enfrentarse ante la difícil situación de orden público que ya para entonces el motivo de la violencia era más que todo de carácter político. (Bayona Posada, 1984, p. 47)

El fanatismo, la incomprensión y la ignorancia de los jefes políticos regionales y la falta de control, autoridad y personalidad, así como la ambición de los grandes caciques nacionales de ambos partidos, fue radicalizando a sus seguidores que se tornaron en enemigos mortales dispuestos a matar antiguos amigos o vecinos solamente porque eran del partido político contrario. así explotó el incendio a lo largo y ancho de Colombia y por ello la misión de las Fuerzas Militares, muy particularmente del Ejército, empezó a cambiar y a enfocarse en tratar de contener la ola de crímenes y ataques que a diario enlutaban al pueblo colombiano.

Al iniciarse esta nueva etapa su papel trato de ser de mediador. Pero pronto fue sobrepasado por la situación en el terreno y empezó a tomar

cada día un papel más activo. No era posible mantenerse en actitud pasiva cuando se asesinaba a hombres, mujeres y niños casi que en su presencia. Además, paulatinamente empezó a ser atacado y sus hombres a convertirse en “bajas” con mucha frecuencia. La orden de autorizar a la Policía el uso del uniforme tradicional del Ejército, también contribuyó a la confusión y a que los ataques en contra de las dos instituciones se fueran intensificando, obligando al Ejército a participar directamente en el torbellino de la lucha en contra de los diferentes grupos armados.

Así la misión se fue transformando paulatinamente, de servicio en guerra convencional a servicio en conflicto interno. Sin embargo, la instrucción y las enseñanzas no fueron cambiadas oportunamente y se presentó el contra sentido de entrenar para una guerra convencional y empezar a participar en una de carácter totalmente diferente como la que ya se iniciaba en Colombia.

El ejército en los Llanos

La región era pacífica y por ende su situación de seguridad no era causa de preocupación para el gobierno nacional. Se disponía de un reducido contingente de agentes de Policía concentrados en especial en Villavicencio y en las otras capitales de la región. En el Meta “el mantenimiento del orden público estaba en manos de 26 policías y un comandante. Las mayores fuentes de disturbios y alteración del orden público eran los odios políticos que salían a relucir en época de elecciones y el robo de ganado” (Villanueva, 2011, p. 126). Era una fuerza muy reducida y preparada para solucionar asuntos “de baranda” y crímenes comunes sin dotación de caballos o vehículos para recorrer los hatos y las haciendas. No poseía la capacidad que posteriormente fue adquiriendo y como consecuencia tampoco era una fuerza de combate o una fuerza contrainsurgente.

Por el contrario, los agentes eran hombres con muy poca capacitación, influenciados por los políticos del área y estancados en medio de la rutina de sus actividades diarias. Con el fin de deslegitimarlos eran llamados “chulavitas” que era un término con el cual se pretendía ofender

a todas aquellas instituciones de seguridad del estado. A partir de 1936 se inició un proceso de nacionalización de la institución de acuerdo con el decreto 1715 del 18 de julio de ese año. Sin embargo, el país no disponía de recursos suficientes para el pago de la totalidad de los cuerpos de policía y así se optó por iniciar la nacionalización mediante contratos que debían suscribirse entre los gobernadores y los alcaldes con el Director de la policía.

Sin duda fue un paso hacia el progreso institucional, pero permitió a los alcaldes y gobernadores continuar teniendo control de los agentes destacados en sus jurisdicciones lo cual, como se ha visto, resultó funesto y contraproducente. En la misma forma se impuso la idea de que la Policía era una institución de carácter civil, pero con régimen y disciplina militar (Echeverry Ossa, 1993, p. 155).

Esta decisión, aparte de crear una ambivalencia peligrosa, dio origen a “que algunos de sus miembros actúen con ímpetu agresivo, en vez de hacerlo con la compostura que mandan las normas de la intervención policial” (Echeverry Ossa, 1993, p. 155).

La presencia del Ejército Nacional también era escasa en el Llano. En Villavicencio se había instalado el mencionado “aeródromo de Apiay” no para atender situaciones internas, sino con la idea de que era un sitio desde el cual se podrían lanzar aviones hacia las fronteras orientales en caso necesario, lo cual se consideraba como remoto. La dotación en aviones y en personal era, por ende, reducida. Esa era una de las razones por las cuales el capitán Alfredo Silva Romero tenía tiempo y oportunidad para departir con los jefes políticos liberales de la región.

El Ejército, en la década de los 30 tenía una unidad de caballería en Tame. Se denominaba Grupo de caballería Lucas Carvajal, en homenaje al héroe venezolano que había participado en la carga de los llaneros de Rondón en el Pantano de Vargas y luego en la batalla de Boyacá. Posteriormente, fue relevado por el grupo de caballería No. 1 Páez que ocupó esa misma localidad hasta que fue enviado a Sogamoso (Boyacá). En Arauca se encontraba el grupo de caballería Hermógenes Maza que había sido destacado para controlar la frontera con Venezuela ante

constantes informaciones sobre presencia de individuos con intenciones aparentemente separatistas.

Los dos grupos de caballería fueron muy apreciados por los llaneros. Estaban siempre dispuestos a servir a la ciudadanía y no hubo quejas sobre abusos o extralimitaciones. Por el contrario, dejaron muchos admiradores y amigos en la región y cuando se ausentaron fueron sinceramente extrañados. Los muchachos de la región con frecuencia se acercaban, atraídos por la vida castrense y por la manera disciplinada como se cumplían misiones a caballo que implicaban grandes recorridos, algo que hacía parte de la idiosincrasia llanera que así se sentía identificada con ambos grupos de caballería.

UNA NUEVA SITUACIÓN

El duro despertar

Luego de la guerra contra el Perú la vida de los miembros de las Fuerzas Militares había transcurrido de manera tranquila, salvo episodios de violencia en algunos pueblos. En general los oficiales se dedicaban a su labor de formar reservistas y a seguir sus propias carreras dentro de la burocracia propia de la profesión. Por ello el 9 de abril fue una especie de despertar en medio de un gran sobresalto. Bogotá y otras ciudades sufrieron los estragos que los extremistas de ambos partidos causaron. Se actuó prontamente bajo condiciones muy difíciles en especial el propio día del insuceso en la capital de la República en donde el palacio y el presidente estuvieron en peligro de ser tomados por la “chusma” liberal, ebria y armada con todo tipo de artefactos desde fusiles hasta machetes, azuzada por dirigentes inescrupulosos de ese partido cuya meta era derrocar al gobierno.

Recobrados del tremendo esfuerzo que restablecer la paz y el orden demandaron, volvieron a sus cuarteles creyendo que todo había pasado y que regresaría la normalidad. Pero estaban equivocados. Los conservadores ahora tomaban revancha de quienes habían participado en los

motines y su acción se había dirigido al campo en donde utilizando la Policía y los “chulavitas” intentaban hacer pagar caro a los “chusmeros nueve abribeños” sus acciones violentas.

Los liberales se defendían en los pueblos y la DLN tomó la decisión de dar un golpe de estado el 27 de noviembre de 1949. Ya se ha relatado como esa actividad fracasó ante la falta de decisión de los dirigentes del partido, sin informar oportunamente a algunos de los complotados como el capitán Alfredo Silva Romero en Apiay (Meta) quien llevó a cabo la toma de Villavicencio. Fue una nueva sorpresa para el Ejército luego de los sucesos del 9 de abril. Ninguno de los altos mandos de la época se imaginó que una ciudad tan pacífica en la que prácticamente no pasaba nada, fuera el epicentro de un golpe de estado en contra del gobierno del presidente Ospina Pérez que con gran trabajo y esfuerzo había sobrevivido el 9 de abril de 1948.

Tan pronto se tuvo noticia de lo sucedido en la “puerta del Llano” se ordenó el envío de una “comisión” para que resolviera el problema y restableciera la calma. Se designó al mayor Ezequiel Rojas Casadiego como jefe de la “comisión” que estaba compuesta por algunos otros funcionarios y por una compañía del Ejército con aproximadamente 100 hombres al mando el teniente José Joaquín Matallana Bermúdez. Debían desplazarse lo antes posible a Villavicencio, tomar la ciudad, detener a los revoltosos, restituir el gobierno, calmar a la ciudadanía y garantizar la paz y la tranquilidad. Estas tropas pertenecían a la Brigada de Institutos Militares de Bogotá, pues en el Meta no existía ningún comando de tropas y por ello la situación se manejaría desde la capital de la República a través del teléfono y algunos equipos de radio muy rudimentarios.

El mayor Rojas salió con sus tropas el 29 de noviembre de 1949 de Bogotá en vehículos, preparado para combatir en contra de los rebeldes posiblemente en la propia ciudad de Villavicencio en donde estarían atrincherados esperándolos los miembros de la Fuerza Aérea ahora rebeldes en contra del gobierno. Luego de un recorrido lleno de tensión por la aun rudimentaria carretera a la capital llanera, Rojas y sus hombres alcanzaron sus límites. Prosiguieron con cautela, pero no fueron hostilizados o atacados por los rebeldes.

De allí se dirigieron a Apiay en donde el capitán Silva, sin hacer resistencia se entregó al igual que sus hombres. Rojas entonces asumió el control de la ciudad y sus alrededores y emitió una serie de disposiciones. Una de las más importantes emitida por el gobierno nacional, fue la designación del teniente José Joaquín Matallana Bermúdez como alcalde militar de la ciudad con el fin de que restableciera el orden en la capital del departamento. Matallana ya tenía experiencia en el cargo pues luego del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán había sido nombrado alcalde militar de San Vicente de Chucuri (Santander) dada la terrible situación de inseguridad generada por liberales y conservadores. Allí Matallana impuso su autoridad, desarmó con sus soldados tanto a liberales y como a conservadores y logro restablecer la normalidad en un periodo relativamente corto de tiempo. Cumplida su misión regreso a Bogotá y fue reemplazado por el alférez Luis Bernardo Rojas Ariza (Red, 2014, p. 1) .

Sin embargo, una cosa era Villavicencio y otra el Llano. En tanto que la ciudad recobraba su estado normal, aquel era incendiado por los rebeldes. Fue en este momento que Eliseo Velásquez “cheito” atacó nuevamente Puerto López, lo tomó, decapitó cruelmente a los agentes de Policía que custodiaban la ciudad y huyó Llano adentro quemando ranchos de conservadores, asesinando a sus enemigos y levantando la insurrección. Tomó el curso del río Meta y desembarco cerca de Trinidad (Casanare) en donde estableció su centro de operaciones.

Ante esta situación, nuevamente se envió por parte del gobierno al incansable teniente Matallana para que siguiera a “cheito” lo alcanzara y sometiera a la autoridad. El joven oficial, que desde sus días de cadete en la Escuela Militar era conocido por su espíritu y su valor, inicio el cumplimiento de su misión en condiciones totalmente adversas. Con solo 20 soldados del interior del país que no sabían nadar ni montar a caballo tomó la misma ruta que “cheito” y sin ningún apoyo lo siguió hasta Trinidad en donde se produjo el combate ya descrito en donde impidió la toma de la población por los rebeldes, le causo un alto número de bajas y consolidó esa posición en el centro del Llano impidiendo a “cheito” desarrollar sus acciones y contribuyendo a la desmoralización del jefe guerrillero que posteriormente, desertó hacia Venezuela.

La acción de Matallana fue un gran éxito para el Ejército. Posteriormente fue condecorado por su valor. El propio Franco Isaza, teórico y desertor de la guerrilla reconoció la importancia de la misión de Matallana, aunque cuidándose mucho de no reconocer el fracaso de “cheito” “Allá fuimos por los sitios más apartados, colándonos entre las comisiones. Matallana había recogido todas las canoas de arriba y abajo del Pauto” (Franco, 1976, p. 131). Pese a las acciones guerrilleras en contra del Ejército, y que ya en ese momento se encontraban activos varios de los “comandos” nunca se pensó en atacar a Matallana pues inspiraba respeto entre los rebeldes. “el teniente Matallana se había convertido en el militar más temido por las guerrillas del bajo Llano habiendo dominado la zona del Pauto, hazaña que cumplió a base de astucia intrepidez e inteligencia” (Fonseca, 1987, p. 226). A tal punto llegó la admiración de los guerrilleros por este oficial “que cuando un guerrillero demostraba arrojo en combate inmediatamente lo apodaban Matallana” (Fonseca, 1987, p. 226).

La llegada de la tropa

Durante algún tiempo entre 1949 y 1950 la presencia militar en los Llanos fue muy escasa. Fue en esa época en que los “comandos” realizaron muchos de los ataques ya mencionados, en contra de la Policía, la población civil conservadora y los “chulavitas”.

Para tratar de mejorar la situación de seguridad se empezó a organizar en el propio Apiay en 1950 el batallón de infantería Vargas. La idea era, luego de activarlo, fortalecerlo para que estuviera en capacidad de brindar seguridad a lo largo y ancho del Llano. Idea un poco desproporcionada pues era muy difícil que una unidad militar pudiera adquirir tal capacidad, paulatinamente fue aumentando sus efectivos hasta alcanzar una cifra cercana a los 6000 hombres, algo que estaba en contra de los principios de la conducción militar que recomienda no más de 1200 hombres para estos casos.

Los inconvenientes surgidos de este inusual crecimiento del personal del batallón Vargas, se vieron al poco tiempo al evidenciarse el desequilibrio entre tropas y cuadros. Las compañías, usualmente al mando de un capitán, eran comandadas por tenientes ante la escasez de aquellos. En el momento en que el batallón Vargas extendió sus efectivos, logro destacar un mayor número de puestos de orden público y como consecuencia mayor presencia de comisiones de orden público recorriendo determinadas áreas particularmente afectadas por la acción de las guerrillas liberales.

Pero ese aumento de cantidad repercutió negativamente en una disminución en la calidad de las acciones desarrolladas. Precisamente muchas de las acciones que realizaron los rebeldes fueron consecuencia de esta equivocada visión y de esta manera puestos de orden público mal guarnecidos por improvisados comandantes fueron atacados como el caso de la población de Páez (Boyacá) o las comisiones de orden público emboscadas en plena llanura o en las estribaciones de la cordillera con un alto número de muertos. Sin mayor planificación se continuó con esta equivocada política “Lo primero que se fundó fue un batallón y se le entregó por jurisdicción una zona que puede ser un cuarto del territorio nacional” (Cortés, 2003, p. 53).

En otros términos, se le entregaron al batallón Vargas aproximadamente 254.335 kilómetros cuadrados para mantener la paz y ejercer la autoridad del estado. El comandante del batallón, sin ningún recurso especial (aun no existían los helicópteros) permanecía en Apiay y esporádicamente obtenía un avión para ir a determinado lugar a revisar el cumplimiento de las ordenes, analizar el desarrollo de la situación y visitar y animar a sus hombres. Por supuesto que era algo esporádico pues la disponibilidad de aviones no era absoluta. Los medios de comunicación eran aún muy rústicos y si bien algunos de los puestos contaban con radios de alcance limitado la mayoría de ellos dependía de otras instancias como el teléfono, los mensajes etc.

El primer comandante del batallón fue el teniente coronel Gustavo Sierra Ochoa, quien con el tiempo llegaría ser gobernador militar del

departamento de Caldas y más tarde perecería en un accidente aéreo en los Llanos. Durante algunos meses Sierra Ochoa y sus hombres tuvieron que resistir tan difícil situación. Entre tanto, la guerrilla se fue consolidando, organizando y fortaleciéndose en procedimiento y acciones.

Era tal la falta de organización y el poco sentido las proporciones que la brigada de Institutos Militares de Bogotá (BIM) tenía el mando del batallón Vargas, es decir la jurisdicción de esta unidad se extendía desde Cundinamarca hasta la frontera con Venezuela, sin poseer medios adecuados para ello. En Puerto Carreño capital del departamento del Vichada en esa época comisaria existía y una base aislada del Vargas que era abastecida por avión una vez al mes, entretanto permanecía aislada y con comunicación muy limitada con el comandante del batallón.

Para corregir tan evidente error fueron destacados nuevamente al Llano los mencionados grupos de caballería Páez a Yopal y Hermógenes Maza a Arauca aliviando en algo la situación del Vargas. Inicialmente se continuo con mando fraccionado pues la BIM conservo el mando de este batallón, en tanto que la 1 brigada con sede en Tunja controlaba las unidades de caballería. Como se puede observar, ello permitía a los diferentes “comandos” guerrilleros movilizarse con determinada libertad entre las regiones en las cuales actuaba. Cuando el alto mando comprendió los vacíos que estaba dejando en el terreno por la falta de coordinación entre sus brigadas, ordeno la centralización del mando de las tropas que operaban en los Llanos Orientales, mediante la organización de la Jefatura Civil y Militar de los Llanos Orientales hacia finales de 1951 con sede en Villavicencio cuyo componente militar era el “destacamento de los Llanos Orientales.

Esta estructura de mando incluía funciones de carácter civil, con el fin de coordinar medidas como toques de queda, y similares con las operaciones militares de tal manera que pudiese existir mayor grado de control sobre el territorio. El primer Jefe Civil y Militar fue el coronel Carlos Bejarano Muñoz, quien posteriormente fue reemplazado por el coronel Pedro A. Muñoz y más tarde por el brigadier general Luis Carlos Turriago en cuyo mandato se produjo la entrega de las guerrillas y el final de las luchas en toda la región de los Llanos Orientales.

Bejarano Muñoz se hizo cargo de una situación extremadamente complicada. Los “comandos” rebeldes ya tenían un alto grado de operatividad, las tropas del Vargas estaban siendo víctimas de acciones que les habían causado muchas bajas y afectado su moral ante el aislamiento y las difíciles condiciones de vida. Estas circunstancias lo llevaron a actuar de manera firme tratando de controlar la situación, pero sin mayor control sobre sus propias unidades esparcidas a lo largo y ancho de la región.

Los grupos de caballería en especial el Páez empezaron una dura labor de recuperación de área combatiendo contra el principal jefe de los rebeldes llaneros Guadalupe Salcedo quien ya para esa época estaba convirtiéndose en una verdadera leyenda entre sus coterráneos, actitud que se consolidó más tarde luego de la emboscada del Turpial. La labor de Bejarano no fue muy apreciada por el alto mando, pues evidenció precipitud y falta de análisis en algunas de sus decisiones, motivando actuaciones dudosas por parte de varios de sus subalternos.

Acciones precipitadas

La historiografía de izquierda representada por autores como Orlando Villanueva Marín, Reinaldo Barbosa Estepa y otros que participaron directamente como los guerrilleros Eduardo Fonseca y Eduardo Franco Isaza, es pródiga en el relato de actuaciones indebidas por parte del Ejército en los Llanos Orientales. En muchos casos se trata de exageraciones, confusiones o casos de evidente rencor como en los escritos de Franco Isaza que en todo momento pretende justificar su desertión desviando a los lectores a través de una literatura agresiva en la cual en todo momento intenta deslegitimar a quienes lo combatieron y obligaron a desertar presentándolos como criminales, incendiarios de pueblos etc. Sin embargo, el general Álvaro Valencia Tovar en su Historia de las Fuerzas Armadas escribe:

El gobierno creó el destacamento de los Llanos Orientales y lo puso a órdenes del coronel Carlos Bejarano Muñoz quien adelantó una operación “pacificadora” quemando casas y destruyendo aldeas de presuntos auxiliadores de la guerrilla. (Valencia, 1993, p. 78)

Es muy probable que las acciones descritas por Valencia Tovar y atribuidas a Bejarano Muñoz, hayan sido el efecto de decisiones precipitadas ante el desconocimiento de los Llanos y sus habitantes por parte de este último. Quizás intentado resolver el problema y con dudosa asesoría de su estado mayor, Bejarano cayó en la idea de aproximarse al tema a través del aislamiento de los grupos armados negándoles el apoyo de sus bases, supuestamente constituidas por los campesinos liberales de la región.

De ahí las acciones que llevo a cabo en contra de algunas poblaciones tal como lo asevera Valencia Tovar. La polarización que lograron los jefes políticos tanto liberales como conservadores puede ser otro de los factores que influyeron en la mente de Bejarano para asumir tan equivocadas decisiones, que no solo no fueron útiles, sino que contribuyeron a radicalizar más la lucha. El periodo de Bejarano no fue tan largo y al cabo de algunos meses fue relevado de su cargo.

Otro factor importante en esta precipitud en las ordenes fue la dependencia de la Policía del ministerio de gobierno. Según Carlos Cortés “se puede asegurar que la policía de esas calendas era la fuerza de choque del gobierno de turno” (Cortés, 2003, p. 61). Con frecuencia siguiendo instrucciones de funcionarios del gobierno departamental o municipal, asumían actitudes agresivas contra la población liberal incluyendo maltrato o en oportunidades la comisión de crímenes.

La reacción de los ofendidos se hacía directamente atacando a los agentes causantes del perjuicio o a través de las guerrillas que en estos casos eran implacables asaltando, asesinando y quemando pueblos cuyos habitantes eran de filiación conservadora. Se pensaba que tales hechos debían ser respondidos con idénticas medidas y de ahí la precipitud del comando del destacamento en llevarlas a cabo. No se tienen estadísticas oficiales al respecto, pero se estima que, aunque si ocurrieron esos casos

su número no fue tan alto como pretenden demostrar los autores de la tendencias descritas anteriormente. De todas maneras, la salida de Bejarano cambió esta situación.

Las guerrillas adoptaron una actitud ofensiva a partir de noviembre de 1949 y llevaron a cabo los primeros ataques contra los pueblos conservadores tal como se ha expuesto anteriormente. También actuaron de manera precipitada con la idea de exterminar totalmente y para siempre a la Policía, sin entender que era un objetivo inalcanzable y quimérico. Esa idea, no solo fue equivocada, sino que estimuló las acciones antes referidas por el general Valencia Tovar. Si bien ya ha sido analizado el ataque contra el municipio de San Pedro de la Jagua por parte del “comando” de los hermanos Bautista liderado por Tulio es uno de los ejemplos más terribles de esta modalidad, pues el pueblo fue arrasado por las antorchas de los rebeldes que no dejaron ninguna vivienda en pie y causaron la muerte horriblemente quemados de muchos de los habitantes de tan infortunada población “en ofrenda a los zamuros”.

LA ESTRATEGIA

Sin claridad

El enfrentamiento en los Llanos se caracterizó por la poca claridad estratégica que afectó a ambos bandos. Por una parte, los rebeldes nunca lograron tener una verdadera idea de qué era lo que querían alcanzar es decir no tenían un objetivo claro sobre el propósito de la lucha. Algunos pensaban que era responder a la violencia y abusos de los conservadores, eliminando de paso a la Policía responsable de tantos atropellos. Era la forma de entender el conflicto por parte de la mayoría de los guerrilleros que no proyectaban su lucha más allá de ese límite. Para esta fracción el poder local era el componente más importante y no estaban dispuestos a compartirlo con otros jefes y menos aún a subordinarse a alguno de ellos.

Los hermanos Fonseca seguían esta línea de pensamiento. El asesinato de su hermano mayor Carlos Julio era un estímulo permanente para continuar en la lucha y hacer justicia no solo por este sino por otros crímenes que habían presenciado o de los cuales se habían enterado por lo general cometidos por la Policía o los “chulavitas”. De ahí que una vez establecido su “comando” no abandonaron la región y actuaron siempre dentro de ese territorio.

Su estructuración ideológica era elemental y nunca tuvieron la idea de una guerrilla que expandiéndose pudiera trascender siquiera regionalmente. Era en esencia, como la de los hermanos Calderón en la región del Charte (Casanare) o los Villamarín en el Cocuy (Boyacá) una guerrilla de pequeños gamonales interesados en su propia lucha y sin un objetivo claro pese a su vinculación con sectores políticos de Sogamoso y Bogotá y a la realización de conferencias en donde se concentraban más en consolidar su propio poder a través de regulaciones que lo fortalecían que a discutir asuntos realmente de trascendencia.

Otros creían que había que derrotar al gobierno conservador, derrotando al Ejército y a la Policía para así tener un camino abierto hacia la capital de la República y el retorno del partido liberal al poder. Esta línea de pensamiento concebía un esquema estratégico de mayor trascendencia, pues estaba compuesta por hombres de mayor ilustración y conocimientos. Entendían que más que acabar la Policía, había que acabar el régimen conservador. Eduardo Franco, junto con sus seguidores como el Tuerto Giraldo, Failache y otros entendían a diferencia del grupo anterior que solamente mediante la unión de los diferentes “comandos” ello sería posible.

De ahí que en las diferentes reuniones y conferencias trataban de unificar las guerrillas bajo un solo mando. Franco que era el más hábil, sin embargo, nunca logro cumplir con su objetivo pues no tenía las cualidades suficientes para liderar este tipo de organización y nunca genero la suficiente confianza para obtener la lealtad de los guerrilleros llaneros. Fue siempre un teórico, sin mayores condiciones para la lucha, nunca logro conducir un ataque exitoso contra la Policía y se convirtió en una especie de asesor desde su cómodo exilio en Venezuela a donde como ya se ha repetido en varias ocasiones desarto desilusionado y sus planteamientos estratégicos fueron por ende inválidos, aunque él fue quien sugirió la realización del “Congreso de la Perdida”.

El grupo que sí tenía una verdadera visión estratégica surgió al final de la lucha y estaba dirigido por un extraño, el abogado antioqueño José Alvear Restrepo. Era un hombre de capacidad intelectual muy superior, era abogado y había sido ideologizado en el liberalismo, aunque

los guerrilleros lo veían como un representante del partido comunista por sus planteamientos extremos que incluían concepciones morales muy controvertidas como la disolución y prohibición del matrimonio católico. Entendía la lucha no como un fenómeno regional sino un proceso nacional que debía obedecer a lógicas revolucionarias de mayor alcance, como la integración de todos los grupos armados que en esa época actuaban en el país para conformar un gran Ejército revolucionario con verdadera capacidad de combate para enfrentarse y derrotar al Ejército de Colombia.

Su planteamiento estratégico incluía fases sucesivas como proceso político de unificación de todos los grupos armados, bajo un mando único que aún no definía, lanzamiento de ofensivas descentralizadas a lo largo y ancho del país, obtención del poder político por la fuerza de las armas.

Es evidente que existía coherencia en este planteamiento y que Ortiz debía tener contacto con las directivas tanto del liberalismo como del comunismo nacionales. Ortiz apareció muy tarde en la lucha, pero demostró liderazgo en todo sentido y pese a que, al igual que Franco, no era un combatiente a diferencia de este, poseía un amplio repertorio de ideas revolucionarias que convencían y despertaban simpatía entre los llaneros.

Por tal razón fue elegido jefe de estado mayor de la guerrilla unificada de los Llanos que nunca se materializó pues luego del congreso de la Perdida en 1953, vino el ofrecimiento de paz por el gobierno de Rojas Pinilla y los guerrilleros cansados de la lucha, entendiendo que era una empresa muy difícil y larga, decidieron desmovilizarse, entregar las armas y regresar a sus hogares. Alvear Retrepo se opuso y trató de convencerlos de que no lo hicieran y continuaran la lucha, pero murió en un accidente en el río Meta al zozobrar la canoa en que se movilizaba sin saber nadar, que algunos autores sin evidencias como Villanueva atribuyen a guerrilleros aliados con el Ejército (Villanueva, 2011, p. 399), en realidad Alvear fue el único de los miembros de la guerrilla liberal del Llano que tuvo una verdadera concepción estratégica.

Los caudillos como Guadalupe Salcedo y Eliseo “cheito” Velásquez nunca tuvieron tales ideas y se limitaron a ejercer un liderazgo táctico basado en el empleo de métodos de combate y aplicación de Violencia con las cuales estaban familiarizados desde hacía mucho tiempo. Guadalupe ha sido presentado como un revolucionario, pero en realidad de acuerdo con sus propios compañeros, fue cooptado por Alvear Restrepo dado su bajo nivel intelectual y poca preparación (Fonseca, 1987, p. 221). Sin duda sintió una especie de complejo de inferioridad ante la presencia de un hombre culto, bien preparado y con ideas revolucionarias, como Alvear Restrepo y se plegó a sus planteamientos teóricos, pero tan pronto tuvo la oportunidad de desecharlos y adherirse a la entrega de las guerrillas, lo hizo con prontitud e instando a sus compañeros a hacerlo, lo cual demuestra la debilidad de sus convicciones y su voluntad de lucha. Sus cualidades como luchador en el terreno y su indudable ascendencia sobre sus coterráneos llaneros lo transformaron en una leyenda, aunque estuvo lejos de ser un auténtico estratega.

En la fuerza militar

Dentro del estamento militar colombiano tampoco había un concepto estratégico definido. Varias razones atentaban contra ello. Por una parte, el Ejército aun influenciado por su participación en el enfrentamiento con su similar del Perú, se preparaba para una probable nueva confrontación de igual naturaleza. El 9 de abril le permitió entender una nueva concepción, pero se pensó que ello había sido algo temporal y no se profundizó en la necesidad de efectuar cambios doctrinales.

Los analistas militares, lejos de entender la dinámica de una sociedad diferente como consecuencia del inicio de la postguerra, con dos superpotencias enfrentadas a través de una estrategia indirecta que aprovechaba las contradicciones internas de las naciones más pequeñas que podrían ser parte de su órbita política, pensaron en la continuación

de un statu quo en donde las políticas conservadoras de orden social y económico perdurarían dentro de una estructura todavía colonial y no entendieron los retos de su generación.

Al estallar el conflicto en los Llanos, se pensó que controlando Villavicencio se podría controlar el problema. Pero al extenderse este Llano adentro gracias a la acción de “cheito” Velásquez se pensó que neutralizando a este jefe guerrillero el problema podría ser solucionado. Por ello se envió al valeroso teniente Matallana en su persecución aun sin contar con los medios necesarios. El éxito de Matallana aunado al aumento de los ataques contra la Policía y los pueblos conservadores permito apreciar que ello no era suficiente y que sería necesario crear una fuerza militar con suficiente capacidad para controlar todo el Llano. Ahí surgió la idea del batallón Vargas.

Es fácil apreciar cómo se pasó del nivel estratégico de Ejército al nivel táctico del batallón, cometiendo el pecado de transformar un problema de aquel nivel en uno de resolución táctica. Lejos de constituir un concepto estratégico por el contrario este planteamiento desvirtuaba por completo la conducción al más alto nivel y la transformaba en una de simple ejecución. Esta forma de actuar se asemeja a la conducción policiva en donde el nivel táctico, dada la naturaleza del problema que se afronta, es predominante. Así se inició la participación de la Fuerzas Militares en la rebelión de los Llanos.

Más adelante en 1951 se organizó la Jefatura Civil y Militar de los Llanos con su Destacamento militar para así enlazar el nivel estratégico de Ejército con el operativo que quedaría en manos de la Jefatura Civil y Militar dejando la conducción táctica al batallón Vargas y los dos grupos de caballería. Sin embargo, no había objetivos definidos para cada nivel y todo se centraba en lo táctico. La Jefatura no entendía la necesidad de diseñar maniobras a ese nivel y se contentaba solo con lo que las unidades tácticas realizaban. Si se efectúa una revisión de las acciones en la región durante esa época se observa que no hubo ninguna que implicara determinados niveles de coordinación entre unidades táctica, es decir batallón Vargas y grupos de caballería y por el contrario cada una de estas unidades desarrollo sus propias operaciones sin contar con las

demás. Esto implica ausencia de objetivos a nivel operativo o estratégico y enfoque simplemente en los tácticos.

Tampoco se aplicó una estrategia integral según la cual no solo se desarrollaran acciones militares sino de orden social que favorecieran a la población civil. Es evidente que el fanatismo del gobierno conservador en particular a nivel regional o departamental no permitía tales acciones, pues equivaldría a “ayudar al enemigo político” algo realmente inaceptable en aquellos días. Descartada esta opción, la estrategia se reducía a acciones militares y por ende a objetivos de esta naturaleza descartando los de orden político o social.

Sin duda los altos niveles del gobierno en particular el presidente de la República, omitieron su función como conductores estratégicos a nivel nacional, función característica de un hombre de Estado que incluye el diseño e implementación de conceptos estratégicos que orienten y guíen a la fuerza militar, limitándose a cumplir funciones de gobierno y actividades derivadas.

En el caso de Mariano Ospina, un hombre bien preparado y conciliador, inicialmente trato de conformar un gobierno de unión nacional, pero es evidente que no tuvo la visión estratégica para diseñar un plan a este nivel que pudiera contrarrestar la lucha violenta que se iniciaba. Laureano Gómez también careció de esa visión, al igual que su reemplazo Roberto Urdaneta. Por su parte el mando militar influenciado por esta ausencia de orientación estratégica y la tendencia política del régimen no tuvo ni la capacidad ni la claridad suficiente para elaborar un plan estratégico coherente.

A nivel táctico, sin orientación del alto mando los esfuerzos se enfocaron en intentar neutralizar los grupos armados de los rebeldes utilizando la fuerza de acuerdo con las capacidades de cada unidad que de manera aislada trataba de triunfar. Se instituyó entonces una dinámica de ataques y asaltos, emboscadas y combates entre unidades militares y grupos armados. La doctrina militar se centraba en el empleo convencional de dos elementos básicos, puestos de orden público, instalaciones fijas que albergaban un grupo de soldados por lo general de tamaño pelotón entre 30 y 40 efectivos normalmente destacados en poblados y veredas sin mayor

movilidad en una actitud que puede ser descrita como disuasiva, pero con grandes vulnerabilidades como la distancia con relación a otras unidades militares, la deficiencia en la comunicación con su comando superior y la dependencia de la población civil no siempre afecta al gobierno.

La idea era que paulatinamente reemplazaran a la Policía que sería retirada del Llano, pues el gobierno pensaba que había perdido legitimidad y confianza entre la población civil. El segundo elemento, la Comisión de orden público que era un grupo móvil que se desplazaba dentro de parámetros convencionales a sitios en los cuales se presentaban alteraciones de la tranquilidad pública como ataques contra puestos de orden público o la población o para cumplir otras misiones como la captura de guerrilleros o búsqueda de sus guaridas. Su movilidad, por lo general utilizando caminos o carreteras las hacía muy vulnerables a emboscadas por parte de los guerrilleros, conocedores del terreno y de los rutinas de los soldados.

El mayor número de bajas que sufrieron las unidades tácticas, fueron consecuencia de la práctica continuada de los dos elementos fundamentales de su proceder táctico, pues el ambiente en el que se desarrollaban era favorable a los rebeldes llaneros, que se movían ágil y fluidamente por sus propias tierras y cursos de agua ya fueran ríos o caños.

Ideas no aceptadas

La falta de pensamiento estratégico limitó la iniciativa de los comandantes en los diferentes niveles. Sin embargo, algunos oficiales conocedores del terreno y de la forma de ser de los habitantes de la Orinoquia, presentaron ideas que se apartaban de los esquemas utilizados por la Jefatura.

El coronel, posteriormente general Gustavo Sierra Ochoa adquirió alguna experiencia y conocimiento sobre la manera como se desarrollaba la rebelión en los Llanos durante su etapa como comandante del batallón Vargas. Con base a ello publicó sus planteamientos sobre por qué y cómo se había desarrollado la Violencia en esa región, así como

algunas sugerencias sobre como contrarrestarla. De hecho, presenta una estrategia que, si se hubiera refinado y complementado, hubiera podido obtener efectos importantes. Inicia su análisis identificando las guerrillas de los Llanos como subversivas y no bandoleras “que buscan un cambio en el orden político del país” (Sierra, 1954, p. 6).

Sin embargo, cae en el error de atribuir al comunismo este movimiento, lo que lo lleva a no entender su naturaleza partidista, además de creer que se trataba de una organización muy bien cohesionada. Su idea básica era desarrollar una “colonización dirigida” en la región para ayudarla a salir del abandono y atraso en que se encontraba desde hacía mucho tiempo.

Sierra sugiere combinar su idea estratégica con aspectos táctico de combate y termina más enfocado en ello que en su idea principal de la “colonización dirigida” desvirtuando en algo su planteamiento. Estaría basado en campesinos-colonos con armas para defenderse de los guerrilleros y apoyados por una unidad militar cuyo comandante sería el jefe del núcleo de colonización.

El fin último sería “reincorporar a la vida nacional la mitad de su territorio” (Sierra, 1954, p. 107). La organización de cada colonia estaría fundamentada en un campamento con 50 familias que funcionarían rápida y efectivamente en los trabajos de limpieza del terreno y similares. Cada 3 0 4 campamentos estarían bajo un comandante militar y estarían enfocadas en la producción agrícola que, según Sierra Ochoa, es la base del desarrollo nacional.

Además, incluye las guerrillas de la paz o antiguerrillas como parte importante del programa ante la imposibilidad física de las tropas de hacerse presentes en todos los campamentos. Finalmente, y volviendo al campo táctico, sugiere el desarrollo de operaciones militares conjuntas en las diferentes áreas, sin arrasar ni causar daño a la población civil (Sierra, 1954, p. 109).

Si se juntan los elementos enunciados por Sierra se puede concluir que en el fondo es una estrategia de control territorial con miras al desarrollo agrícola de la región apoyada en un programa de seguridad local en donde las “guerrillas de paz” tienen un papel importante pues en

aquellos lugares en donde no fuera posible destacar unidades militares, aquellas las reemplazarían, luego de desarrollar operaciones con miras a neutralizar la presencia e influencia de los grupos guerrilleros. Todo ello como consecuencia de una primera fase en donde a través de operaciones militares conjuntas se lograría estabilizar la región.

Si esta estrategia se hubiera tenido en cuenta, naturalmente depurándola de conceptos autoritarios como el excesivo control sobre los campesinos-colonos, la idea de las guerrillas de paz reemplazándolas por la Policía y hubiera recibido un mínimo de apoyo del gobierno nacional es muy posible que hubiera tenido resultados satisfactorios como quizás disminución en los niveles de violencia.

EL LIDERAZGO GUBERNAMENTAL

Político

La rebelión de los Llanos fue una dura prueba para el liderazgo político del gobierno colombiano. Los presidentes de filiación conservadora que se sucedieron fueron incapaces de erradicar o al menos mitigar la violencia en la región de la Orinoquía, hasta la llegada del general Gustavo Rojas Pinilla, quien logró lo que ninguno de sus antecesores había conseguido, pacificar los territorios orientales de Colombia.

Mariano Ospina Pérez fue el primer presidente del régimen conservador que se inició luego de la victoria en las elecciones de 1946 y que terminó en 1954 con la llegada al poder del general Rojas Pinilla. Venía de una ilustre familia conservadora; su abuelo había conspirado contra Simón Bolívar el 25 de septiembre de 1828 y posteriormente había fundado el partido conservador, dos de sus ancestros habían sido presidentes de la República: Mariano Ospina Rodríguez y Pedro Nel Ospina.

Como hombre culto y bien intencionado, inició su gobierno tratando de emplear una estrategia política para acabar con la violencia partidista que ya se vislumbraba como una gran tragedia. Integró un gobierno de Unión Nacional con ministros de ambos partidos y tuvo la idea de combinar liberales y conservadores en los gobiernos regionales y locales.

Pero el fanatismo de ambos partidos hizo fracasar tan loable iniciativa; luego el estallido del 9 de abril de 1948, el cual afrontó con serenidad y valor, terminó con las buenas intenciones de su gobierno.

Pese a las difíciles circunstancias y al peligro que corría, intentó nuevamente su estrategia de conciliación. Como era casi que habitual el sectarismo acabó con ella y Ospina quedó aislado en el gobierno. En 1949 clausuró el congreso y rompió relaciones con la Unión Soviética.

No tuvo una idea estratégica clara sobre el empleo de la fuerza militar en la lucha contra la violencia limitándose a implementar medidas de tipo policivo y aumentar los efectivos de las diferentes fuerzas institucionales. Estrictamente no actuó como comandante supremo, los jefes guerrilleros liberales lo presentaban como un criminal ante sus subordinados para incentivar el sentimiento de odio, aunque Ospina siempre fue un hombre moderado.

Tuvo iniciativas importantes como el establecimiento de la Corte Electoral para garantizar comicios transparentes, complementándola con la Registraduría Nacional del Estado Civil y comisiones escrutadoras (Arizmendi, 1989, p. 250). inició Acerías Paz del Río, creó a Telecom, constituyó a Ecopetrol al Instituto de Seguro Social, la Caja Agraria, prohibió la chicha que consideraba nociva para el consumo humano, promovió el ICT (Instituto colombiano de vivienda) creó el Ministerio de Salud y estableció la prima y beneficios para las familias de los asalariados (Arizmendi, 1989, p. 250).

Por su parte Laureano Gómez presidente de Colombia entre 1950 y 1951, inició su mandato en medio de la fase más terrible de la Violencia y de la polarización política. El mismo había propiciado esta situación a través de actitudes radicales contra el partido liberal y aun contra sus propios copartidarios, como el caso del presidente Marco Fidel Suárez copartidario a quien obligó a renunciar a su cargo acusándolo de “indignidad” (Santos, 2005, p. 3), al haber vendido sus sueldos de un semestre a un banco norteamericano. Fue catalogado como el mejor orador en el senado de la República y en general en el ambiente político nacional.

Como presidente, colocó la situación de orden público como su prioridad fundamental. Permanentemente con sus comandantes mili-

tares intentó solucionar tan grave problema. Al igual que su antecesor, se enfocó en aspectos tácticos y puntuales, pero no generó una estrategia nacional. A diferencia de este, no trató de implementar una estrategia política que pudiera complementar las acciones militares puntuales que se desarrollaban en el territorio nacional y por ende en vez de solucionar el problema se intensificó aún más. Algunos de sus gobernadores, (no eran electos sino nombrados por el presidente) en especial en los departamentos de Boyacá y Santander tuvieron una conducta reprochable tratando de eliminar a sus opositores políticos utilizando medidas de fuerza.

Pese a ser un hombre intelectualmente brillante y de condiciones muy superiores a la mayor parte de los políticos de su generación, tampoco ejerció correctamente como comandante supremo de las Fuerzas Militares, ni tuvo un papel de verdadero estadista. Autorizó el envío del batallón Colombia a la guerra de Corea, pero renunció a su cargo como consecuencia de un infarto al corazón.

También, implementó acciones como la construcción de la Universidad Nacional, la unificación de los programas de estudio en bachillerato y fomentó la educación normalista, campesina e industrial. Redujo el sueldo de los parlamentarios limitándolos al tiempo de trabajo de las dos cámaras. Implementó programas de salud y supervisó el reintegro de la concesión de Mares a Ecopetrol (Arizmendi, 1989, p. 257). Sufrió un ataque cardíaco y renunció al presidencia el 5 de noviembre de 1951 pero intentó regresar en 1953 para destituir al general Gustavo Rojas Pinilla, Comandante General de las Fuerza Militares, acto que resultó frustrado y dio pie a la ascensión del general a la primera magistratura. Anteriormente intentó establecer una constitución excesivamente autoritaria lo cual no fue posible y por ello es recordado como un político excesivamente radical.

Tras la renuncia de Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez asumió el cargo por el ser designado para ello. Al sentir que su mandato era transitorio no produjo tampoco un concepto estratégico nacional, ni un plan a ese nivel para solucionar la grave situación de orden público que atravesaba Colombia.

Tímidamente insinuó la posibilidad de realizar conversaciones de paz con los guerrilleros liberales, utilizó la frase “La paz es el supremo bien que todos anhelamos, pero ella debe cimentarse en la justicia social”, pero no obtuvo respuesta de los alzados en armas que le reclamaban los crímenes cometidos a lo largo de tan nefasto periodo y no confiaban en su gobierno. Fue en esta época que Alfonso López y José Gnecco se entrevistaron infructuosamente con los guerrilleros de los Llanos. Trató de continuar los programas impulsados por Laureano Gómez, en especial lo relacionado con vivienda, rubro en el cual se hizo entrega de 140.000 viviendas a familias necesitadas (Arizmendi, 1989, p. 295).

Al finalizar su administración el 13 de junio de 1953 tampoco pudo presentar avances en la lucha contra la violencia y mucho menos contra las guerrillas de los Llanos Orientales que por el contrario pasaban por su mejor época.

Otra cara de la estrategia política

Al asumir como presidente de la República el general Gustavo Rojas Pinilla, tuvo como prioridad pacificar al país, finalizar el enfrentamiento entre el gobierno y los diferentes grupos armados a lo largo y ancho de la geografía nacional y lograr que los hombres ahora en armas regresaran pacíficamente sus hogares.

Dos regiones concentraban la atención del general: el sur del Tolima, en donde como consecuencia de la concentración de guerrilleros liberales y comunistas en el cañón del río Cambrin sobre el sector general del Davis, se había generado un alto grado de Violencia transformándose en un lugar conflictivo y escenario de combates cada vez más intensos; y los Llanos Orientales que vivían también una situación muy difícil de controlar, pues los “comandos” guerrilleros ya habían logrado consolidarse y dominaban grandes porciones de la geografía de esa región.

Rojas Pinilla era un hombre inteligente y preparado, de hecho, era ingeniero civil graduado en la universidad Trine University en Indiana (Estados Unidos) en donde cursó estudios luego de retirarse del Eje-

cito con el grado de teniente en 1927. Al iniciarse la guerra contra el Perú en 1932 fue llamado nuevamente al servicio activo. Finalizada esta, continuó en la institución armada ocupando cargos relacionados con su especialidad y conocimiento, pues fue enviado a Alemania con el fin de obtener los equipos necesarios para establecer la fábrica de munición de guerra y a los Estados Unidos para comprar material bélico. Más adelante fue nombrado comandante de la 1 brigada del Ejército en Tunja y posteriormente de la 3 en Cali, en donde conjuró los sucesos del 9 de abril de 1948. Ya con el grado de general fue nombrado Ministro de Comunicaciones y Telégrafos en 1949.

Para 1953 era Comandante General de las Fuerzas Militares de Colombia y en junio de 1953 asumió el poder ante las circunstancias ya relatadas relacionadas con el presidente Laureano Gómez y el designado a la presidencia Roberto Urdaneta Arbeláez.

Por provenir de las Fuerzas Militares, Rojas no estaba tan contaminado por sentimientos partidistas politiqueros y su pensamiento político trascendencia las rencillas de liberales y conservadores. De ahí que su primer mensaje político una vez en el poder fue conciliatorio y ello ilusionó al pueblo colombiano. La gente veía un enfoque diferente por primera vez y la esperanza del fin de la violencia se materializó.

A continuación, Rojas decreto una amnistía amplia, generosa para todos los guerrilleros y les brindó la oportunidad de entregarse, dejar las armas y volver a sus hogares, además de algunos beneficios en el campo social. Su frase más conocida fue “no más sangre, no más depredación”

Esta estrategia cambió por completo el panorama nacional, pues hasta el momento solamente se habían utilizado tácticas militares en ausencia de una verdadera estrategia contra la Violencia y fue recibida con mucha esperanza por los alzados en armas. Por primera vez, una nueva perspectiva se abría y permitía un futuro diferente. Los liberales, incluyendo las guerrillas de los Llanos acogieron plenamente esta iniciativa y se prepararon para desmovilizarse, entregar las armas y regresar a su lugares de origen. Por el contrario, los comunistas rechazaron la amnistía y llamaron a sus militantes a conservar las armas y controlar determinadas áreas del territorio.

Al poco tiempo los guerrilleros liberales iniciaron su desmovilización y sus grupos armados se fueron desactivando entre la alegría de sus integrantes que así fueron regresando a sus hogares. Ello fue especialmente notorio en los Llanos Orientales en donde los “comandos” se organizaron para la entrega de las armas y la disolución de las estructuras armadas que poco a poco fueron desapareciendo. Así, la paz regreso a esta región y los llaneros se volvieron a dedicar a sus labores agrícolas y en especial ganaderas en los diferentes hatos y haciendas de la región. No así las guerrillas comunistas que persistieron en su accionar y promovieron aún más violencia como los episodios de la “guerra de Villarica” y las “repúblicas independientes”.

La estrategia política de Rojas Pinilla fue al menos parcialmente exitosa, pues logro desmovilizar las guerrillas liberales y pacífico el país, aunque no totalmente debido a la actitud de los comunistas.

Posteriormente, algunos acontecimientos mal manejados por el gobierno que evidenció falta de visión de Estado y metodología política terminaron con el gobierno de Rojas Pinilla quien tuvo que dejar la presidencia y abandonar el país. Al regresar de su exilio fue sometido a un juicio político por “usurpación de poder” cuyos principales protagonistas y jueces fueron quienes a partir de 1948 habían incendiado al país con su odio partidista y quienes en 1949 habían intentado un sangriento golpe de estado que fracaso.

Desde el punto de vista político la amnistía de Rojas Pinilla ha sido criticada pues no representó la entrega de grandes beneficios para los desmovilizados, si bien estableció algunas políticas en su favor, no vino a solucionar grandes problemas nacionales. Otros analistas afirman que Rojas traiciono a los amnistiados y cometió una serie de crímenes en su contra y se menciona entre ellos la muerte de Guadalupe Salcedo en Bogotá a manos de agentes de seguridad del estado en desarrollo de un incidente en un café del sur de la ciudad en medio de disparos propiciados por Salcedo.

Sin embargo, pese a las críticas y falencias de todo orden que la amnistía de Rojas Pinilla pudo haber generado, desde el punto de vista de la estrategia, fue un gran éxito si bien parcial por la razón ya expresada de

las guerrillas comunistas. Miles de colombianos sintieron gran alivio al ver que los enfrentamientos armados en especial en los Llanos Orientales habían terminado y que los crímenes que a diario se reportaban estaban llegando a su fin. Igual situación se experimentó en el sur del Tolima, aunque por idéntica razón, la actitud del partido comunista, muy pronto los enfrentamientos se reanudaron esta vez entre liberales y comunistas.

Con motivo del proceso de paz llevado a cabo en Colombia muchos años más tarde y que finalizó en 2016 entre el gobierno nacional y la organización armada de las Farc, y ante las críticas surgidas, los funcionarios participantes en ellas se defendieron utilizando un viejo refrán castellano “es mejor un mal arreglo que una buena disputa” algo que sus mentores políticos se cuidaron de pensar de la amnistía de Rojas Pinilla.

Liderazgo operativo y táctico

Ante la ausencia de un plan estratégico proveniente del gobierno nacional que estableciera pautas y guías de cómo desarrollar la lucha en contra de los diferentes grupos armados, en especial en los Llanos Orientales, las acciones que se desarrollaron fueron en esencia de nivel táctico. La Jefatura civil y militar a través del destacamento de los Llanos Orientales se enfocó en acciones puntuales en el terreno, sin coordinar acciones a su nivel y por ende los objetivos que se determinaban era eminentemente tácticos.

El primer Jefe civil y militar fue el coronel Carlos Bejarano Muñoz, quien ordeno una serie de operaciones que buscaban recuperar el control territorial en diferentes sectores de los Llanos. Utilizó como recursos básicos unidades del batallón Vargas con apoyo de la aparatos de la Fuerza Aérea. Fue precisamente en desarrollo de estas acciones que se produjeron los acontecimientos que el general Valencia denuncia como una “operación pacificadora quemando casas y destruyendo aldeas de presuntos auxiliares de la guerrilla” (Valencia, 1993, p. 78).

Esto era consecuencia de algunos factores; inicialmente la falta de una estrategia nacional que guiara las acciones de las fuerzas del

gobierno determinando claramente sus objetivos. Al no contar con esta orientación se presentaba una confusión entre resultados y efectos. Se pensaba que si se alcanzaban determinados resultados se lograría controlar la situación y de paso eliminar a los diferentes grupos armados. simultáneamente se desconocían los efectos de estas acciones que lejos de contribuir a la pacificación de los Llanos, lo que hacían era estimular la lucha al causar daños a los supuestos “auxiliadores”. La Fuerza Aérea cumplía misiones de bombardeo en apoyo a las tropas en el terreno, pero la falta de comunicación entre las dos fuerzas durante los combates y la ausencia de cartografía adecuada hacían que con frecuencia las bombas fueran lanzadas en lugares habitados dando la impresión de “bombardeos indiscriminados”. La gestión de Bejarano no fue la mejor y fue relevado por el coronel Pedro A. Muñoz quien tampoco logró articular un plan coherente para finalizar la rebelión. Más adelante los coroneles Alfonso Saiz Montoya y Luis Carlos Turriago asumieron sucesivamente la Jefatura. Se logró con el tiempo obtener un mayor control territorial en el centro del Llano, teniendo como base la línea Trinidad-Yopal.

En el nivel táctico hubo algunos hombres destacados como el teniente José Joaquín Matallana Bermúdez cuya actuación en condiciones muy precarias y conduciendo soldados que no sabían montar a caballo ni nadar y sin medios de comunicación con su comandante fue definitiva para impedir que la guerrilla controlara la parte fundamental de los Llanos.

Además, fue factor determinante en la desmoralización y posterior desertión de “cheito” Velásquez. Matallana aun hoy es recordado en la región pues no solo brindó seguridad, sino que impulsó el progreso de la región a través de programas elementales. En el mismo nivel se destacó también el teniente Hugo Gamboa Ramírez perteneciente al grupo de caballería No 1 Páez. Este oficial, luego de un tiempo de servicio en los Llanos Orientales logró adaptarse totalmente a su ambiente y se convirtió en la peor pesadilla de Guadalupe Salcedo a quien combatió luchando a caballo y obligo a cambiar su área de operaciones y terminar con los ataques a los puestos de orden público ubicados en la región central del Llano.

Además Gamboa consolidó este control fundando el pueblo de San Luis de Palenque en medio de la llanura casanareña. El teniente coronel Luis Alejandro Castillo Rodríguez comandante del grupo de caballería No 1 Páez fue otro gran líder que combinó acciones armadas con otras de valor social como la fundación de la mencionada población.

CAMBIO EN LA SITUACIÓN

Las reuniones de ganaderos

El levantamiento en los Llanos contó, inicialmente, con el respaldo de la inmensa mayoría de sus pobladores, aunque por diversas causas que ya han sido explicadas. Sin embargo, el factor cohesionador era un inmenso sentimiento antigubernamental en parte causado por la acción violenta de autoridades de diferente orden y en algunas regiones por la crueldad con que actuaban los “chulavitas” sin ser controlados por el gobierno.

Inicialmente, los dueños de hatos y haciendas de diferente tamaño e importancia estuvieron de acuerdo en participar en la lucha, bien fuera como jefes de sus peonadas o a través del suministro de diferentes apoyos. Con el pasar del tiempo, la situación para ellos se fue tornando gravosa pues sostener una empresa de tal magnitud no era fácil en especial si no se recibía nada como contraprestación y por el contrario se demandaba igualdad en el reparto de tierras despojándolos de sus privilegios.

De esta manera algunos de ellos decidieron no apoyar más la lucha, pues al hacerlo estaban afectando sus propios intereses y en el fondo poco les importaba la rebelión. Las peonadas ahora transformadas en

grupo guerrilleros o “comandos” cada día exigían más y luego de las conclusiones de los diferentes congresos demandaban cambios fundamentales en las relaciones entre patronos y empleados y en el concepto de propiedad. Ante tales circunstancias ese grupo de hacendados decidió no solo no apoyar a la rebelión sino oponerse a ella por la fuerza, pues el simple hecho de hacerlo los transformaba en traidores y por ende sujetos a pena de muerte. “Los hacendados y comerciantes de ganado estuvieron a favor de la revolución mientras esta no tocara sus rodeos y sus hatajos y compartieron la tesis de la DNL de la resistencia civil” (Barbosa, 1992, p. 107).

Estos hacendados tomaron contacto con las autoridades civiles y militares para pedir que se les diera seguridad y manifestar que estaban dispuestos a colaborar con el gobierno y específicamente con la fuerza pública con recursos de diferente índole. Se convocaron entonces reuniones que se materializaron en dos, una en Villavicencio y otra en Sogamoso. Estas dos ciudades eran las verdaderas puertas al Llano y su influencia sobre toda la región era indudable. Las decisiones que allí se tomaron serían de trascendencia para el futuro de la rebelión llanera.

Una de estas reuniones tuvo lugar en Villavicencio en febrero de 1952. Se realizó en el club Meta de esa capital y contó con la asistencia de un grupo de ganaderos, encabezados por José Sabogal M., Luis Flórez, Gonzalo Jiménez, Luis Rueda, Guillermo Díaz y Jorge Vargas (Cortés, 2003, p. 52), sin duda, este grupo de ganaderos pertenecía a aquellos que vivían permanentemente en la ciudad y una o dos veces al año, visitaban sus hatos, pagaban deudas, emitían nuevas instrucciones y regresaban a sus cómodas viviendas en la capital del Llano.

Su conexión con la región, los peones y el ambiente era limitado; veían las cosas desde el punto de vista de beneficio económico y de usufructo personal. Al finalizar la reunión emitieron un comunicado a forma de conclusión que en esencia contenía 3 puntos básicos. En primer lugar, condenaban los actos de bandolerismo cometidos en la región. Segundo, consideraban como actos de bandolerismo “todas aquellas acciones que atentaran contra el normal ejercicio de los derechos humanos, actividades económicas, vida, honra y bienes de los asociados” (Cortés, 2003, p. 52),

finalmente ofrecían al coronel Bejarano, jefe civil y militar de los Llanos “nuestro respaldo moral e irrestricto a todos los actos de su gobierno que tiendan al restablecimiento de la normalidad” (Cortés, 2003, p. 52). Ese ofrecimiento incluía financiación de determinadas actividades y apoyos de diferente orden.

La reunión en Sogamoso en 1951 fue quizás de mayor alcance. Los asistentes determinaron la creación de “guerrillas de paz” conformadas por habitantes de la región inconformes con las diferentes actuaciones de los rebeldes que en ocasiones quemaban sus ranchos o los hostilizaban y hasta los asesinaban por no cooperar con ellos.

Era la época en que los jefes de los “comandos” se habían adjudicado el derecho de decidir sobre la vida de quienes consideraban traidores o enemigos de la revolución y sin mayor remordimiento los fusilaban. Por ejemplo, sin contemplaciones Guadalupe Salcedo ordenó el fusilamiento de un campesino de nombre Dimas García quien tenía su rancho en proximidades del puesto militar de Palenque (Casanare).

En mayo de 1953 el jefe guerrillero intentó atacar y tomar la instalación para sentar un precedente con las tropas del grupo de caballería N. 1 Páez que lo defendían. Pese a contar con un número muy superior de efectivos, fracasó y tuvo que retirarse luego de sufrir 7 bajas y perder su armamento. Frustrado y humillado responsabilizó a este campesino por no alertarlo sobre la fortaleza del puesto militar y ordenó su muerte sin formula de juicio; fue asesinado a su familia luego de atado a un palo de mango (Cortés, 2003, p. 162).

El 15 de abril de 1951 el campesino Agapito Gaitán quien vivía en la vega del Pauto por haber dado alojamiento a los soldados del teniente Francisco Afanador (Casanare) fue crucificado sobre un tablón, expuesto al sol y luego rematado con dos puntillones que le clavaron en los ojos. (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 97)

Al igual que los abusos de la Policía y la “chulavita” habían sido la causa del surgimiento de la mayoría de los “comandos”, los abusos de estos fueron la causa del surgimiento de las “guerrillas de paz”.

En ambas reuniones se acordaron medidas adicionales para contrarrestar la acción de los rebeldes. La principal de ellas fue el establecimiento de un cordón sanitario alrededor de los Llanos Orientales, aislando del interior del país de tal forma que la circulación de ganado quedó suspendida hasta que el cordón fuera levantado. Esto implicó un cerco (mencionado anteriormente) sobre la región que afectó profundamente a sus habitantes y como es lógico a los rebeldes. La aparente razón para la adopción de tan dura medida fue el surgimiento de la fiebre aftosa entre el ganado de la región, algo que ha sido cuestionado y puesto en duda a través de los años, manifestándose que se trataba más de una medida de control de orden público que sanitaria.

No se trata de aftosa sino de “casquera y lenguera” [...] eso puaquí lo sabe todo el mundo. Lo que el Llano trae, se lo lleva. Yo no creo que sea aftosa solamente habían muerto unas 20 reses en este pedacito, creo que fue que les dio muy duro la casquera y la lenguera [...] Eso que llaman aftosa ha dao siempre en el Llano desde me conozco, la he visto cuando termina el invierno y se mete el verano... eso se cura con rezo cuando el animal se engusana, se le reza una oración que muchos viejos sabemos. Testimonios orales Casanare 1987. (Barbosa, 1992, p. 109)

LAS GUERRILLAS DE PAZ

Estos grupos de civiles armados fueron establecidos en las dos reuniones de Villavicencio y Sogamoso. Se pretendía que participaran en la defensa de sus familias y de su propiedad, así como de los pueblos en peligro de ser atacados por los rebeldes, ante la falta de efectivos del Ejército para cubrir todos aquellos lugares en los cuales su presencia era requerida. Estaban conformados por hombres nacidos en el Llano con idénticas características a los guerrilleros que eran sus coterráneos o quizás sus vecinos. Por ende, eran conocedores del ambiente que rodeaba la lucha, del terreno y de la forma de ser de los habitantes de la

región. Estaban decididos a proteger a sus familias por encima de todo, lo cual los transformaba en avezados combatientes, con capacidad de enfrentar en el terreno a los guerrilleros con sus propias armas. Sin duda, era un factor que influiría de manera trascendente en el desarrollo de la lucha.

El coronel Sierra Ochoa emitió una serie de recomendaciones para su empleo:

Las antiguerrillas en el medio de los Llanos Orientales requieren cabecillas civiles al frente de las agrupaciones si se tienen en cuenta las modalidades y características de sus habitantes y de la región. Es conveniente asesorar a estos cabecillas con elementos militares que reúnan condiciones”. (Sierra, 1954, p. 25)

Sierra más allá con sus recomendaciones “la población que apoye las antiguerrillas debe tener idea clara de su misión y del riesgo que corre. Esta población será eliminada sin contemplaciones y sin piedad por las guerrillas del bandolerismo enemigo, si no se toman medidas de seguridad” (Sierra, 1954, p. 27).

Al adoptar esta modalidad, no solo se estaba contrarrestando la acción física de los rebeldes, sino que de hecho se estaba conformando una base social que apoyaba sin restricciones a las guerrillas de paz o antiguerrillas lo cual haría muy difícil para los “comandos” liberales llegar a una gran insurrección.

Eduardo Fonseca, el jefe de uno de los principales de estos “comandos” guerrilleros de los Llanos vio así el surgimiento de esta nueva modalidad dentro del conflicto que se presentaba en la región:

En septiembre de 1951 informaron que en Rondón (Arauca) se había organizado una contraguerrilla liberal dirigida por José Bigot, movimiento que surgió como consecuencia del descontento de la gente, la propaganda antiguerrilla del Ejército y los desmanes de algunos guerrilleros de esa región. (Fonseca, 1987, p. 108)

Resulta interesante observar cómo uno de los más importantes jefes de la rebelión en los Llanos, justifica el surgimiento de estos grupos, relacionándolos entre otros factores con “los desmanes de algunos guerrilleros de esa región” lo cual les brinda determinado grado de legitimidad. Otra explicación proviene de Guzmán Campos et al. “la modalidad que imprimiera Velásquez a su andanza (crímenes e incendios) y la contribución forzosa impuesta a los propietarios fue causa del surgimiento de las guerrillas de paz” (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 88). Aunque también justifican la rebelión inicial “En el fondo lo que existe es ese invertebrado distanciamiento entre la clase dirigente y el pueblo, entre la gleba y la clase que vive del Llano porque no ha podido entender al hombre llanero” (Guzmán Fals Umaña, 1962, p. 88).

Las guerrillas de paz surgieron tanto en algunos municipios de la región como en áreas rurales. No se trataba de elementos pertenecientes al partido conservador como lo diría la lógica, sino de afiliados al partido liberal, descontentos como ya se ha explicado con los procederres violentos de las guerrillas. Con el fin de disciplinarlos e impedir que cayeran en las mismas depredaciones de los rebeldes que ahora se disponían a combatir, el coronel Sierra recomendaba a sus superiores:

Se debe asegurar la disciplina y obediencia de las antiguerrillas por todos los medios. Las infracciones a las órdenes, a la disciplina o a la moral deben ser reprimidas con vigorosas medidas. Este tipo de disciplina puede y es lo común que difiera de la disciplina de los cuarteles, pero responde a sus términos en aquellos asuntos esenciales o fundamentales. (Sierra, 1954, p. 26)

Llegado el momento, los integrantes de estos grupos se sometieron a la disciplina con muy pocas excepciones, se buscaba que actuaran en coordinación con unidades militares y en algunos casos por sí mismos, bajo la supervisión de un mando militar. “Algunas acciones en las que participen tropas regulares y antiguerrillas deben estar al mando de oficiales o suboficiales” (Sierra, 1954, p. 25).

Paralelamente se establecieron políticas de control de población civil, como censos, retenes en las vías más importantes, coordinación con las empresas y hatos para verificación y confrontación periódica de listas de empleados y trabajadores y otras similares que causaban gran molestia entre la población civil y que no siempre eran efectivas.

Inicialmente, estas guerrillas fueron organizadas en la inmensa jurisdicción del batallón Vargas que incluía el Meta, parte de Casanare, el piedemonte llanero y otras regiones, pues el riesgo de ataques en contra de sus unidades, puestos de orden público y poblaciones era muy alto, lo cual dificultaba el control especialmente a mediados de 1952 cuando las guerrillas estaban llegando a su punto máximo, lo que Clausewitz denomina “punto culminante” (Arnillas, 2002, p. 91). Según este concepto, el atacante en este caso los “comandos” luego de lanzar su ofensiva llegan a un punto máximo, después del cual su acción se debilita.

Otras “guerrillas de paz” fueron organizadas en Casanare y los límites con Arauca, estas estuvieron a cargo del grupo de caballería Páez ahora con sede en Yopal (Casanare). Por tener una jurisdicción si bien de gran tamaño pero menor que la del batallón Vargas, hubo mayor control y coordinación sobre ellas. Estas últimas tuvieron que enfrentarse con el “comandante General de las Fuerzas Guerrilleras de los Llanos” Guadalupe Salcedo, quien de esta manera vio la libertad de acción, con que actuaba anteriormente, restringida y limitada por las acciones que el grupo de caballería Páez desarrollaba en su contra utilizando sus tropas regulares y las “guerrillas de paz”. El coronel Luis Castillo comandante de esta unidad militar demostró gran capacidad de planeamiento y liderazgo y logro hábilmente combinar estas acciones.

En el terreno

Quizás la mayor capacidad de las “guerrillas de paz” estaba en el apoyo que la población civil les brindaba pues las veían como sus protectores. De ahí que uno de los mayores factores que las tropas regulares tenían en contra, la inteligencia, tuvo un evidente progreso. Habitantes de

pueblos que se sentían el riesgo de un ataque o incursión por parte de los “comandos” aumentaban sus esfuerzos para obtener información sobre sus movimientos e intenciones. Esta información llegaba a las unidades militares y se transformaba en órdenes de operaciones que frustraban estas intenciones.

Como lo había anticipado el coronel Sierra Ochoa, esto colocaba en inminente peligro a esas comunidades, lo cual implicaba que debían establecer medidas de seguridad para su propia protección. De ahí que se colocaran avanzadas, torres de observación, centinelas y se enviaran patrullas de reconocimiento con frecuencia sobre las vías sobre las vías de aproximación al pueblo que era objeto de esa protección. El aprovisionamiento de los guerrilleros también se vio seriamente afectado, pues el control sobre pueblos e inclusive ciudades se intensificó con la presencia de los antiguerrilla. Fue otro duro golpe para los “comandos” cuyas consecuencias sobre la moral se verían posteriormente.

La mayor parte de los elementos que utilizaban las “guerrillas de paz” eran de propiedad de cada integrante del grupo. El caballo era tal vez el de mayor relevancia pues brindaba la movilidad requerida en cada caso. Cada llanero poseía su propia cabalgadura, pues aun antes de la violencia era una herramienta de trabajo y más aún un elemento indispensable para poder sobrevivir en tan agreste región. Este ganado tiene la ventaja de haberse criado con los pastos de la sabana y por ende tiene determinado grado de resistencia e inmunidad contra algunas enfermedades que afectaban a corceles traídos de otras regiones.

La indumentaria era muy sencilla pues es el mismo vestido que utilizaba rutinariamente el habitante del Llano complementado con un sombrero “peloeguama” y una bayetilla para diversos usos. El armamento era proveído por la unidad militar y constaba por lo general de un fusil mauser de repetición con una dotación de munición suficiente para hacer frente al enemigo sin necesidad ser rearmado. Esta dotación podría estar entre 50 y 100 cartuchos. En oportunidades también se les asignaba un F. A. (fusil ametrallador) con el propósito

de apoyar con fuego las diferentes maniobras que los fusileros debían realizar.

El abastecimiento de víveres no era problema dadas las condiciones de la región y el plátano o “topocho” y la carne siempre estaban a la orden del día. Las “guerrillas de paz” se ubicaban en los pueblos o localidades de origen de sus integrantes. Cuando eran convocadas para una acción sobre otra región, requerían de muy poco tiempo para prepararse y utilizando sus cabalgaduras se hacían presentes en el mínimo de tiempo.

Para combatir tenían dos modalidades, una a caballo desde donde apuntaban y disparaban sus armas en contra del enemigo. Necesitaba mucha practica y el número de impactos exitosos que lograban era reducido pues los movimientos de su montura dificultaban el proceso de apuntar y disparar, solamente se utilizaba esta modalidad cuando se perseguía, se encontraba de sorpresa o cuando las circunstancias hacían que no se pudiera desmontar.

La otra modalidad, era el combate desde tierra que se daba bajo otras circunstancias, en este caso el caballo era solamente un medio de transporte hasta determinado lugar a partir del cual el avance o la aproximación al combate se realizaba de manera sigilosa, buscando sorprender al enemigo. Cumplida la acción el regreso se hacía nuevamente sobre la cabalgadura. Las acciones más importantes en que participaron requirieron desmontar y avanzar a pie, aunque en algunos otros casos se abrió fuego desde la cabalgadura.

En abril de 1953, al ser atacado por Guadalupe Salcedo el puesto de orden público ubicado en el sitio Palenque, una columna de refuerzo del grupo Páez que incluía “guerrillas de paz” se aproximó al lugar que era atacado y disparando desde los caballos lograron sorprender y obligar a huir a los atacantes.

EL EJÉRCITO Y LOS COMBATES

¿Incapaz de derrotar a las guerrillas?

Por lo general la historiografía sobre la rebelión de los Llanos y en particular la de izquierda (Barbosa, Villanueva) presenta un panorama en donde la derrota del Ejército en esta contienda fue un hecho. Por su parte, los exguerrilleros como Eduardo Franco y Eduardo Fonseca lo corroboran con sus relatos en donde, por lo general, se enfrentan a grupos de soldados que usualmente huían despavoridos al ver a los guerrilleros. Es innegable que, en muchos de los combates, la mejor parte la llevaron los guerrilleros gracias a la sorpresa como en los casos de El Turpial y Orocué, así como otros en donde luego de desconcertar a las unidades militares que no esperaban la acción, asesinaban a sus integrantes y escapaban luego de tomar sus armas y pertrechos.

En realidad, muchos de los fusiles y F. A. (fusil ametrallador) con que actuaban las guerrillas habían sido tomados al Ejército y a la Policía. Puestos de control en particular de la segunda institución habían sido totalmente arrasados, sus ocupantes muertos y su material tomado por los atacantes. Sin embargo, nunca lograron que el Ejército que asumió la responsabilidad total por la seguridad de los Llanos se retirara o abandonara esta difícil tarea.

El batallón Vargas pese a su poca capacidad y a su absurdo dispositivo sobreextendido por toda la región con débiles puestos de orden público susceptibles de ser atacados y comisiones de orden público que marchaban sin conocer el terreno utilizando caminos y carreteras controladas por los “comandos” nativos del área, logró sostener sus unidades en esos remotos lugares y en el momento de la entrega de los guerrilleros aún estaban allí pese a todas las vicisitudes afrontadas. Quizás si la lucha se hubiera prolongado por más tiempo hubieran tenido un número mayor de bajas y pérdida de armamento, pero igual hubieran continuado en sus lugares afrontando la situación.

Este planteamiento permite observar la diferencia entre el nivel táctico y el estratégico. Puede haber derrotas tácticas, como en efecto las hubo en los casos citados que costaron muy dolorosas muertes de miembros de la institución, pero esto no implicó el retiro o la claudicación de la presencia de las tropas en la región lo cual constituye el nivel estratégico. Utilizando estos planteamientos puede entonces decirse que hubo derrotas tácticas, pero no estratégicas. Quizás con el tiempo se hubieran podido dar estas últimas, pero la entrega de las guerrillas demostró que estas ya habían pasado su “punto culminante” y estratégicamente no tenían futuro.

Por lo general los politólogos dividen el conflicto en los Llanos en dos etapas, antes y después de la intervención de las “guerrillas de paz” y de las reuniones de Villavicencio y Sogamoso. Desde ese punto de vista es evidente que los factores mencionados fueron críticos en el desarrollo de la situación. La posibilidad de movilizar a todo el Llano en contra del gobierno quedó frustrada y a partir de ese momento los “comandos” también tuvieron que combatir en contra de sus coterráneos, algo que como ya se dijo indudablemente les quitó fuerza, capacidad y legitimidad.

Sin embargo, desde el punto de vista de la estrategia la delimitación fáctica del enfrentamiento en la región Oriental de Colombia tiene una impronta diferente. Desde este punto de vista, la presencia de las “guerrillas de paz” se considera como un incremento en los medios, dentro de la ecuación básica de la estrategia desarrollada por Arthur Lykke Jr.

(Lykke, 1989, p. 12) compuesta por fines, métodos y medios. De ahí que las “guerrillas de paz” se consideren simplemente como un medio que permitió enfatizar un método para obtener el objetivo propuesto al nivel estratégico, que nunca fue lo suficientemente claro.

Se puede afirmar que la primera etapa de la lucha se dio a partir de 1949 luego del fracasado golpe de estado liberal, con la “invasión” al interior de los Llanos por parte de “cheito” Velásquez y su grupo armado y la simultánea activación de los grupos de los hermanos Fonseca que obtuvieron el control de gran parte de la cordillera oriental en los alrededores de Sogamoso y del piedemonte llanero, acción complementada con el surgimiento de los demás “comandos” como el de los hermanos Bautista, Calderón y otros. En esta primera fase, obtuvieron completa sorpresa y lograron atacar y destruir puestos de Policía, grupos de “chulavitas” y pueblos conservadores. Sin embargo, su éxito no fue total debido a la acción del teniente Matallana que desde el primer momento impidió que ocuparan la región de Trinidad (Casanare) es decir el centro del Llano desde donde hubieran obtenido un total dominio de la región.

La segunda fase se inicia a mediados de 1950 cuando se activa el batallón Vargas y sus efectivos son enviados a diferentes regiones en donde ocupan puestos de orden público e inician a enviar de comisiones. Algunas se dirigen al centro del Llano y otras al piedemonte ocupando pueblos y caseríos. El gobierno implementa el aislamiento y bloqueo de la región a través del plan antiaftosa.

Con mayor capacidad los “comandos” atacan continuamente al Ejército, cuya presencia es reforzada en julio de 1952 con los grupos de caballería N. 1 Páez en Yopal y N. 5 Maza en Arauca. Es en esta fase que se producen los ataques más mortales como Orocué y el Turpial. Se llevan a cabo los contactos con José Gneco y Alfonso López exploratorios para un posible acuerdo de paz que fracasan. Para facilitar esta actividad algunos puestos son retirados lo que es aprovechado por los guerrilleros para expandir su poder. Se implementan las “guerrillas de paz”, los guerrilleros alcanzan su “punto culminante”.

La tercera fase se inicia en 1953. Para la época el Ejército ha empezado a asimilar su experiencia de combate luego de soportar los

ataques guerrilleros y se empieza a implementar un nuevo tipo de doctrina basada en acciones de guerra irregular, si bien aún no es plenamente entendida. Maniobras como la emboscada, la exploración del terreno, la infiltración empieza a ser practicada por las tropas.

Los rebeldes entienden que definitivamente no habrá unidad de comando así sea a través de una confederación entre ellos pues sus ambiciones personales no lo permiten y empieza a notarse cansancio en la lucha. Se produce el congreso de la “Perdida” y pese a que se redacta una constitución y una serie de acciones que transforman la rebelión en una revolución, esto es simplemente un formalismo; y ante el ofrecimiento del general Rojas Pinilla nuevo presidente de Colombia, no dudan un instante en cesar la lucha y preparar la entrega de sus armas y el regreso a sus lugares de origen desmovilizados y como ciudadanos, abandonando la lucha armada finalizando el conflicto.

Los soldados en combate

Las obras literarias existentes sobre la rebelión en los Llanos muy poco hablan sobre las acciones de combate de las unidades militares, pues su atención está centrada sobre las de los guerrilleros. Sin embargo, en especial en el centro del Llano, que fue definitivo para el control de la región, se produjeron acciones importantes de estas unidades militares que impidieron que las guerrillas pudieran obtener su control. Las primeras de estas acciones fueron realizadas por el valeroso teniente Matallana que desde el primer momento logró el control de Trinidad (Casanare) y la región circundante. Este oficial permaneció durante un año en la región y luego fue enviado a Bogotá siendo reemplazado por unidades del grupo de caballería Páez. Para esa época ya Guadalupe Salcedo había asumido el mando del “comando” que inicialmente estuvo bajo Riqueiro Perdomo y que precisamente actuaba en esa región, convirtiéndose, por ende, en su principal adversario.

A finales de 1952 se hicieron presentes en Yopal, sede del grupo de caballería N.1 Páez varios habitantes de la región liderados por los

ganaderos Arturo Farfán y Alcibíades Galvis, para pedir al comandante teniente coronel Luis Alejandro Castillo, la instalación de un puesto de orden público en la vereda Guanapalo (Casanare) cerca del río Pauto, con el fin de cortar las vías de comunicación de Guadalupe Salcedo, evitar que continuara con sus acciones en contra de la población civil, pues hacía pocos días había asesinado de manera cruel, al campesino Julio Benítez por negarse a colaborar con su “comando” y porque, según ellos, no había razón para un levantamiento Llano adentro “pues allí no había sino un solo partido(liberal) y por ende en el área no había habido discusiones, altercados o muertos. Entonces para que un levantamiento?” (Cortés, 2003, p. 137).

Atendiendo la sugerencia el coronel ordenó el establecimiento de un puesto de orden público en ese lugar, compuesto por 2 oficiales los Tenientes Hugo Gamboa y Carlos Cortes y Ahumada y un escuadrón es decir 150 soldados y suboficiales. Su llegada despertó gran entusiasmo y esperanza. Inmediatamente quienes habían colaborado por temor con Guadalupe, cambiaron de bando y se constituyeron en leales cooperantes del escuadrón. Como es natural, el jefe guerrillero colocó al puesto y en especial al escuadrón como su objetivo prioritario, el cual debía “tomar y arrasar en medio de un ataque demoledor” (Cortés, 2003, p. 147); tenía que atacarlo, vencerlo y obligarlo a retirarse.

Inició la concentración de sus hombres en el sitio Maporal (Casanare) a 2 horas aproximadamente de la sede del escuadrón. Al perder el apoyo de los habitantes del caserío, perdió también su información y por ello desestimó al escuadrón pensando que se trataba de un grupo de soldados aislados tal como había visto con el sufrido batallón Vargas.

Gracias a la información suministrada por la población civil, el teniente Gamboa decidió anticipársele y dispuso sorprenderlo antes que lograra organizar su plan de ataque. Sigilosamente se aproximó al sitio de concentración de los rebeldes y logró tomarlos por sorpresa, teniendo estos que huir velozmente encabezados por su comandante dejando abandonados fusiles, pertrechos, caballos y otros elementos que indudablemente les harían falta (Cortés, 2003, p. 147).

Siguiendo esta política el grupo de caballería N.1 Páez destacó puestos de orden público en Aguazul, Hato Corozal, Labranzagrande, Mani y otros en los cuales los soldados poseían caballos y estaban en condiciones de moverse de la misma manera que las guerrillas lo hacían. Como resultado Guadalupe perdió su capacidad de transitar libremente por la región, pues ahora existía la posibilidad de ser sorprendido por alguna patrulla montada del grupo Páez.

Más adelante, decididos a dejar probar a Guadalupe algo de su propia medicina, los oficiales del escuadrón de Guanapalo (Casanare) planearon una emboscada tal como él había hecho recientemente en Corocito (Meta) contra una patrulla comandada por el capitán Delgadillo o en Puerto Rondón al teniente Rigoberto Giraldo (Cortés, 2003, p. 149), para tal fin recibieron un refuerzo de 40 hombres enviados por el coronel Castillo y con la información suministrada por la población civil, se dirigieron al sitio conocido como las Mulas en las orillas del río Pauto, con el fin de sorprenderlo nuevamente.

Al llegar al sitio previsto, se dividieron en 4 grupos ocupando un amplio sector del terreno y cuando el jefe guerrillero menos los esperaba abrieron fuego. Inicialmente 3 guerrilleros cayeron muertos y otros heridos. Guadalupe emprendió una veloz huida abandonando material, equipo y varios corceles entre los cuales se encontraba el del jefe rebelde. En la huida cayeron otros rebeldes, aunque Guadalupe logro escapar (Cortés, 2003, p. 164).

Estas dos acciones le hicieron ver al líder de los rebeldes que la llegada del escuadrón a Guanapalo, le había arrebatado la iniciativa táctica y como es apenas natural, pensó que debería retomarla, pues sus hombres empezaban a pensar que estaban en peligro. Por ello planeo el ataque contra el puesto de orden público de Guanapalo (Casanare). Pensaba que podría sorprender a los soldados tomar y destruir la instalación y expulsarlos de la región general Trinidad-Guanapalo (Casanare).

El 10 de mayo de 1953 antes del amanecer, más de 200 hombres al mando de Guadalupe atacaron el puesto por sus 4 costados. En el momento solo 30 soldados lo defendían, pero no fueron sorprendidos pues en su aproximación un guerrillero se tropezó con una trampa explosiva

colocada expreso por los miembros de la unidad militar, que sirvió como alarma, ante lo cual los puestos de combate fueron ocupados con prontitud y los defensores abrieron fuego antes de que los atacantes pudieran tomar sus posiciones.

Así, el asalto quedó detenido y perdió ímpetu. Simultáneamente, desde el puesto de Mani en donde se encontraba otra fracción del grupo de caballería N.1 Páez, los soldados escucharon el ruido del combate y utilizando sus caballos reaccionaron de manera veloz, logrando apoyar en el término de la distancia con 20 jinetes a sus compañeros que estaban siendo atacados en Guanapalo, llegando por la retaguardia de los guerrilleros. Nuevamente sintiéndose rodeado Guadalupe emprendió veloz carrera dejando a 7 de sus hombres muertos en el terreno. Luego de este nuevo fracaso como retaliación asesinó al campesino Benito Díaz a quien responsabilizó de su desastrosa conducción del ataque contra el puesto de orden público (Cortés, 2003, p. 163).

Fuerza Aérea Colombiana

La Fuerza Aérea Colombiana (FAC) apoyó decididamente las operaciones que se realizaban en tierra. Sus aviones (aun no existían helicópteros) tanto de transporte como de combate estuvieron presentes en las acciones en las cuales su presencia fue requerida. Los primeros básicamente del tipo C-47 se utilizaron para abastecer los diferentes puestos de orden público, esparcidos a lo largo y ancho de la llanura. Los segundos monotores T-6 a hélice para apoyar con sus fuegos unidades terrestres que lo requirieran.

Especialmente entre 1949 y 1952 su acción fue muy eficaz y en muchas ocasiones sus tripulaciones y aparatos impidieron verdaderos desastres a las débiles unidades militares en tierra. Sin embargo, algunos de los aparatos participantes fueron derribados y sus tripulaciones muertas. El 15 de agosto de 1950 durante una misión de ametrallamiento entre Yopal (Casanare) y Mani (Casanare) perecieron el subteniente Álvaro Bernal y el suboficial técnico 2, Felipe Pérez al ser alcanzado el piloto

por fuego de ametralladora proveniente de una mata de monte ocupada por aproximadamente 50 guerrilleros. (Valencia, 1993, p. 299).

El 9 de abril de 1952 un avión C-47 tripulado por el Teniente Francisco Restrepo y el subteniente Gabriel Zuleta que abastecía el puesto de Taramena (Casanare), fue estremecido por una bomba camuflada en la pista de aterrizaje, que produjo un incendio a bordo. El aparato fue consumido por la incontenible conflagración que se generó, pero la tripulación aunque con leves quemaduras logró escapar del aparato en llamas y fue auxiliada por los soldados que pretendían abastecer (Valencia, 1993, p. 300), nuevamente se presentó una emergencia cuando el 21 de agosto de 1952 un C-47 tripulado por el capitán Hermes Rincón y llevando como pasajero al coronel Peñaranda jefe militar de Arauca y a otros oficiales que se dirigían a una reunión en Villavicencio, fue afectado por mal tiempo que cubrió toda la región y obligó al cierre de los aeropuertos incluyendo el Dorado de Bogotá.

Sin posibilidades de alcanzar ninguno de ellos y ya en la penumbra del atardecer con el indicador de combustible al mínimo el piloto se vio forzado a aterrizar en medio de la llanura frente a Barranca de Upía. Como precaución los ocupantes de la nave se refugiaron en una mata de monte cercana. Al poco tiempo arribó un grupo de guerrilleros que disparó contra la aeronave e intentó infructuosamente incendiarla. Al amanecer tres aviones T-6 dispersaron con sus fuegos a los rebeldes y luego con otro avión más pequeño rescataron la tripulación y pasajeros. Posteriormente con asistencia técnica lograron poner en funcionamiento el aparato y llevarlo sin incidentes a la base de Apiay.

Días más tarde un avión T-6 al mando del subteniente Efraín Díaz Valderrama, fue sabotado en Yopal de la misma manera que había sucedido en Tauramena sin causar mayores danos (Valencia, 1993, p. 301). El último de los incidentes ocurridos contra aviones de la FAC tuvo lugar el 27 de noviembre de 1952. Ese día un T-6 cuyo piloto era el subteniente Gabriel Cote que se encontraba apoyando a una patrulla del batallón Vargas enfrascada en un duro enfrentamiento con uno de los “comandos”, fue alcanzado por una ráfaga de ametralladora y se precipitó a tierra causando la muerte del piloto en la región general de Yopal.

La FAC participó en misiones de bombardeo y para ello empleo también aviones tipo F-84. En muchas ocasiones la comunicación con las unidades de tierra fue difícil o no se logró obtener y, por ende, las bombas arrojadas en oportunidades no alcanzaron los blancos establecidos con anterioridad. Era una limitación propia de la época pues aún no se había producido el desarrollo de las comunicaciones y aún eran precarias en casos como el analizado. Esta es quizás, una de las causas por las cuales se hacen aseveraciones sobre “bombardeos indiscriminados” y “con el fin de castigar a la población civil” tal como lo hace Eduardo Fonseca quien afirma que la población de Pajarito (Boyacá) fue intencionalmente blanco de uno de estos actos (Fonseca, 1987, p. 202), pero que la oportuna intervención de sus hombres había evitado la muerte de los pobladores de la localidad. La realidad no corresponde a lo que realmente sucedió pues ni se bombardeó el pueblo ni este fue salvado por Fonseca y sus hombres.

SE ACEPTA LA AMNISTÍA LA ENTREGA

La rebelión llanera finalizó oficialmente el 3 de julio de 1953, cuando se realizaron los primeros contactos entre representantes del presidente Rojas Pinilla y de los guerrilleros, aunque también participaron ganaderos, hacendados y gente de la región. En 15 días se produjeron las primeras entregas de los “comandos”, es decir para el 18 de julio la paz estaba regresando a los Llanos Orientales (Villanueva, 2011, p. 408).

El general Rojas había colocado como aspecto prioritario de su gobierno la pacificación del país a través de una amnistía generosa que cubriera a todos los guerrilleros participantes en la lucha. No era una pieza de retórica, no contemplaba beneficios, ni participación política, como lo hiciera posteriormente la de 2016; pero garantizaba el fin de la persecución en contra de los liberales. Contenía entonces más que promesas de beneficios, la esperanza de la terminación de una etapa nefasta propiciada por los dirigentes políticos de ambas colectividades tradicionales. La presencia de una persona no perteneciente a ninguno de los partidos políticos en el poder era garantía suficiente para dejar la lucha y reintegrarse a la vida ciudadana así fuera en los campos bajo

las condiciones de trabajo que habían sido las tradicionales y que no los favorecían particularmente.

Parece increíble que una guerrilla que estaba convencida de que estaba triunfando, que continuamente hostigaba y atacaba al Ejército y con frecuencia le causaba bajas, que había sido fortalecida políticamente por las conclusiones de un congreso que había emitido una constitución que transformaba el sentido de la lucha y empoderaba a los más necesitados que eran los propios guerrilleros, y que simultáneamente había logrado si bien no por unanimidad elegir un comandante supremo único, con un jefe de estado mayor respetado por su ilustración, claridad y visión revolucionaria; hubiera colapsado tan rápidamente. Es más, el recientemente elegido comandante supremo (Guadalupe Salcedo), que se suponía era un verdadero revolucionario fue uno de los más fervientes partidarios de finalizar la rebelión. Por esa razón Guadalupe fue acusado por:

Varios compañeros de lucha, como Eduardo Franco y Plutarco Calderón de haber traicionado la insurrección cuando pactó la entrega del movimiento con el gobierno de Rojas Pinilla e incluso el mismo Guadalupe lo reconoció cuando acepto haber metido la pata. (Villanueva, 2011, p. 349)

Los miembros del Consejo Nacional de Coordinación Clandestino, supuestamente el brazo político del movimiento armado, lejos de persistir en su esfuerzo de apoyar la rebelión, negociaron la entrega de los grupos más beligerantes como el de los hermanos Fonseca y el de Guadalupe Salcedo (Villanueva, 2011, p. 38).

Otros guerrilleros se entregaron por motivos más mundanos como Mario Escobar en Arauca quien recibió beneficios económicos de algunos de los ganaderos de la región y abandono la rebelión junto con algunos compañeros (Villanueva, 2011, p. 344), José Vigoth, guerrillero liberal de los Llanos en la región de Puerto Rodón (Arauca), aceptó propiedades y dinero y no solo deserto del movimiento rebelde, sino que se incorporó a las “guerrillas de paz” junto con 30 compañeros. Posteriormente, Guadalupe Salcedo se infiltró en la región y con 7 de

sus hombres localizó y ejecutó a Vigoth en una de sus propiedades (Villanueva, 2011, p. 344); en esta categoría no se deben olvidar Eduardo Franco y Eliseo “cheito” Velásquez, quienes tempranamente desertaron hacia Venezuela y desde allí pretendieron continuar con la “revolución” (Velásquez regreso a Colombia, pero murió al cruzar la frontera).

En realidad, la rebelión llanera no fue un movimiento social tan fuerte como muchas veces se ha pretendido presentar. La motivación principal fue, sin duda, la violencia. La persecución que se inició en departamentos como Boyacá y Santander tuvo graves repercusiones. Sin embargo, en el centro de los Llanos, esa persecución no se materializó y nadie fue perseguido ni se presentaron hechos de violencia hasta que “cheito” Velásquez hizo presencia e incendió la región. Situación diferente se vivió en el piedemonte en donde la acción perversa de los gobernadores conservadores de los mencionados departamentos había despertado el deseo de venganza de los sufridos liberales. Pero los propios llaneros se movilizaron a la lucha motivados por sus jefes, a través de una narrativa incendiaria basada en lo que sucedía en otras regiones, que despertaba su solidaridad.

En la medida en que la lucha se fue prolongando, en que el número de muertos fue creciendo, en que las restricciones como el bloqueo “antiaftoso” fue haciéndose sentir y los hijos se fueron de la casa a servir en los “comandos”, el ofrecimiento de un amnistía que terminaría con todo eso fue calando en el corazón de los guerrilleros. En realidad, lo que querían era vivir en paz. De ahí que la rebelión finalizara tan fácilmente y en un lapso tan corto, pues en pocos meses ya toda habría terminado y los combatientes se habían reintegrado a sus labores habituales.

Rojas Pinilla delegó al general Alfredo Duarte Blum como su representante en las diferentes negociaciones de paz y le otorgó libertad de acción para desarrollarlas. Era un buen oficial, había tenido una carrera militar exitosa y ya en el nivel superior se había ganado la confianza del ahora presidente quien había sido su compañero en diferentes ocasiones.

Duarte no perdió tiempo, tan pronto fue delegado como el representante del presidente en materias de paz y llevó a cabo una acción muy dinámica. Por vía aérea llegó a los más remotos lugares no solo de

los Llanos, sino de las regiones de Colombia en donde hacían presencia guerrilleros liberales o comunistas y se entrevistó con sus jefes planteando las condiciones de la amnistía. Conversó personalmente con ellos, los escuchó y presentó sus planteamientos de forma racional y sencilla; de ahí que sus reuniones tuvieran aceptación, y el siguiente paso fue la entrega de los grupos armados. En el sur del Tolima, los guerrilleros comunistas incentivados por el partido se negaron a aceptar la amnistía y maniobraron subrepticamente para engañar al gobierno, como después se tornaría en una de sus características, de tal forma que lograron ganar tiempo y reanudar posteriormente la lucha.

Pero la entrega de los “comandos” de los Llanos era inexorable. Sus integrantes se habían ilusionado con el regreso a la vida normal y no había vuelta atrás. La posición de José Alvear Restrepo luego del congreso de la “Perdida” en donde prácticamente había sido aclamado y nombrado jefe de estado mayor, se tornó en insostenible pues la mayoría de los guerrilleros ya no estaban dispuestos a continuar en armas. A tal punto llegó esta posición que según Villanueva hubo antagonismos y lo propios guerrilleros que habían votado favorablemente sus tesis que eran la esencia de la “segunda ley del Llano”, habrían participado en su asesinato, aunque otros como Eduardo Fonseca lo describen como un accidente.

Cómo se realizó la entrega

Después de las reuniones en las cuáles se pactó la entrega de las guerrillas con sus armas, la desmovilización de los diferentes “comandos” y su regreso a las actividades normales, se presentaron las entregas físicas de los ahora exguerrilleros. Se había pactado conceder amnistía e indulto a todos los participantes en la rebelión y delitos conexos a partir del 9 de abril de 1948; la libertad de los presos políticos y el pleno goce de derechos constitucionales, el retorno de los exiliados y la destinación de suficientes fondos para reconstrucción de zonas de violencia (Fonseca, 1987, p. 245).

En los campamentos se inició la recolección de las armas que serían entregadas y se repartieron todos aquellos elementos que se habían aportado para apoyar a las guerrillas entre los excombatientes con el fin de que fueran utilizados nuevamente en labores cotidianas de trabajo. Paulatinamente, esos campamentos empezaron a ser desocupados y su tradicional bullicio y actividad fue cesando hasta quedar en silencio.

El 8 de septiembre de 1953 los guerrilleros que habían estado al mando de Eduardo Fonseca y sus hermanos, emprendieron la marcha hacia el lugar de la entrega. Como es apenas lógico, los vecinos de los alrededores y quienes habían de una u otra manera apoyado el funcionamiento de los campamentos, acudieron a despedirse de los guerrilleros. Hubo momentos de gran emoción, llanto, aplausos, vivas, abrazos y deseos por prosperidad mutua. Así, la región quedó en paz y este grupo se dirigió a Tauramena en donde se realizaría la entrega formal de las armas y la desmovilización de los combatientes.

El general Duarte estaba en este lugar preparando el recibimiento que se daría a Fonseca y sus hombres, era la primera entrega que se efectuaría en los Llanos y, por ende, había gran expectativa no solo por parte del gobierno, sino de la ciudadanía. En el momento y el día señalado, el 9 de septiembre de 1953 el grupo de guerrilleros hizo su aparición en formación cerrada en el horizonte. De todas partes de la llanura circundante a Tauramena era visible cómo se aproximaban al pueblo, mostrando disciplina y con marcialidad. En realidad, no habían sido derrotados tácticamente y por ello también se veían altivos. Su derrota había sido estratégica, gracias a que el general Rojas había logrado implementar su amnistía y con ello había resuelto los problemas internos que ya se evidenciaban entre los diferentes grupos y el cansancio que ya se notaba.

Pero los llaneros, no entendían de estrategia, de hecho, no les interesaba, y por eso estaban satisfechos con su desempeño y con la entrega “surgiendo de insondables montes, de donde nunca nos pudo desalojar el arma del adversario salíamos ahora atendiendo el llamado de la reconciliación” (Fonseca, 1987, p. 252).

En su última etapa en el conflicto los Fonseca habían resuelto implementar la utilización de las minas, sobre trochas carreteras y en lugares

que consideraban importantes. Su última acción había sido el minado de un tramo de la carretera entre Sogamoso y Yopal en la zona de Pajarito (Boyacá) en donde intentaron emboscar a parte del batallón de artillería Tarqui que se desplazaba hacia los Llanos. Aunque se produjo una gran explosión, produjo muy pocos daños, pues el comandante de la columna, capitán Jaime Duran Pombo, maniobró adecuadamente (Behar, 1985, p. 26).

En su versión los hermanos Fonseca manifiestan haber atacado a 1000 soldados, cuando en realidad se trataba de dos baterías algo menos de 100 hombres, si bien la implementación de la “guerra de minas” causó muchas bajas entre las unidades militares, es una de las características de la guerra defensiva, pues obliga a quien las utiliza a aferrarse al terreno para poder ejecutarla. Luego de estar luchando desde 1949 es decir más de 3 años, esta guerrilla un se encontraba en “guerra defensiva” y naturalmente su futuro no era claro.

Una vez llegados a la plaza del pueblo se realizó la ceremonia en si en donde Fonseca pronunció un discurso en el cual resalto a sus hombres, su deseo de paz y posteriormente se procedió a la entrega de las armas y a algunos actos sociales como un almuerzo entre compañeros y similares.

Guadalupe Salcedo efectuó su entrega en Monterrey (Casanare), Jorge González Olmos el capitán de la Policía que había desertado de su institución y se había unido a las guerrillas fue uno de los enviados de Guadalupe a las conversaciones previas a la entrega. Obtuvieron términos muy similares a los de los hermanos Fonseca, otro jefe guerrillero, Carlos Neira acordó entregarse junto a Guadalupe y pidió que sus hombres fueran trasladados a Monterrey para allí efectuar la ceremonia en conjunto. Previamente el jefe guerrillero había consultado con Eduardo Franco (que ya había desertado y se encontraba en Venezuela), sobre los procedimientos de la entrega. Al parecer Guadalupe dado su bajo nivel intelectual no se sentía seguro y de allí la razón de esta consulta que en definitiva no condujo a nada diferente a la decisión ya tomada.

Finalmente, Guadalupe se entregó en una ceremonia muy similar a la realizada durante la entrega de Eduardo Fonseca. En ambas ceremonias hubo algunos actos desagradables por parte de miembros del

Ejército que en su afán de ver las entregas consumadas actuaron con desconsideración hacia los jefes guerrilleros, pues su prioridad era ver las armas en manos de la institución militar. En especial el grupo de Guadalupe Salcedo tuvo que soportar situaciones incómodas hasta la llegada de los altos mandos militares que presidirían los actos oficiales de la entrega al día siguiente.

El 15 de septiembre de 1953 se efectuó públicamente en Monterrey (Casanare), el acto de entrega de los guerrilleros. Participaron aproximadamente 500 de ellos que entregaron sus fusiles y a cambio recibieron un certificado de desmovilización. Posteriormente en diferentes lugares se entregaron los hermanos Parra, los Calderón, Dumar Aljure, los hermanos Chaparro, el tuerto Giraldo y de esta manera finalizó la rebelión de los Llanos. Se hizo entrega por parte de los rebeldes de aproximadamente 572 fusiles, 29 F. A. (fusiles ametralladores) 7 piezas de artillería (sin especificación) 1 mortero (sin especificar) 45 carabinas y algunas escopetas, revólveres y pistolas. El número de guerrilleros se estimó en 7795 (Villanueva, 2011, p. 430).

La incongruencia entre hombres y armas podría significar que no se entregaron todas las existentes, o que se infló el número de guerrilleros con miras a obtener beneficio adicionales.

Los términos de la entrega

En realidad, no hubo términos perentorios o condiciones sin las cuales la entrega no se produciría. Por el contrario, desde que se tomó contacto por parte de los delegados del presidente Rojas Pinilla con los diferentes grupos de guerrilleros, la entrega fue un hecho sin discusión y alrededor del cual todo giraba. De poco sirvieron los argumentos de José Alvear Restrepo para disuadir a los guerrilleros de este acto, pues parecía que se hubiese tratado de una decisión tomada unánimemente, aunque nunca se reunieron para llegar a tal acuerdo. Según Barbosa “Alvear Restrepo había sido enviado por la Dirección Nacional Liberal para organizar bajo nueva modalidad a los comandos de la revolución

y unificar la lucha guerrillera a nivel nacional” (Barbosa, 1992, p. 154), es decir, en tanto los guerrilleros deseaban finalizar el conflicto, Alvear Restrepo intentaba continuarlo y expandirlo. Sin embargo, la voluntad de los primeros se hizo efectiva cuando Eduardo Fonseca envió una carta al nuevo presidente de la República en la cual, en términos generales, expresaba:

Estar de acuerdo con la tesis que vuestra excelencia enunció al pueblo colombiano al asumir la Presidencia de la República.

Estar dispuesto a tratar con el gobierno que preside vuestra excelencia lo relacionado con la pacificación del esta región sobre las siguientes bases:

Que el gobierno garantice al pueblo de Colombia el goce de los derechos individuales y colectivos consagrados en la constitución. Que se facilite con plenas garantías el pronto retorno al país de los exiliados políticos.

Que se dicte una ley de amnistía para los delitos políticos cometidos a partir de 1948.

Que se destinen sumas de dinero suficientes para remediar la grave situación económica por la cual atraviesa la totalidad de los habitantes de las regiones afectadas por la violencia.

Al enterarnos del cambio de gobierno y de las garantías ofrecidas por vuestra excelencia, se ordenó el cese inmediato de las hostilidades contra las Fuerzas Armadas del gobierno que ocupan los siguientes puestos: Tauramena, Chameza, Recetor, Badohondo, Ranchería, Corinto, Huertavieja, Pajarito, Boquerón y Cupiagua. (Barbosa, 1992, p. 164)

De la anterior declaración, es importante analizar que, en ningún momento se desconoce la legitimidad del gobierno, aunque se hacen peticiones para corregir, mejorar o cambiar algunas normas gubernamentales, lo cual constituye la esencia de una rebelión y no de una revolución que por el contrario exigiría como primer punto el fin del gobierno y su reemplazo por otro imaginado o estructurado por los guerrilleros.

Tal declaración, desmiente el carácter que en oportunidades se ha dado a este movimiento, comparándolo incluso con la revolución mexicana de 1910 que dio fin al llamado Porfiriato y estableció un tipo de gobierno presidido por los revolucionarios que cambió por completo el panorama político de ese país y que se mantuvo en el poder hasta el año 2000; algo que nunca sucedió con la rebelión de los Llanos que se limitó a exigir el final de una injusticia. Una vez recibidas las garantías de que eso sucedería, los jefes guerrilleros abandonaron la lucha y ello no tuvo consecuencia política diferente al fin de la violencia en la región.

Conclusiones

El movimiento armado de los Llanos Orientales fue uno de los eventos más trascendentes en la vida colombiana durante el siglo XX. Los niveles de violencia que se alcanzaron pusieron en verdaderos problemas al gobierno nacional y causaron temor, incertidumbre y dudas sobre el futuro de la región que para la época no estaba plenamente conectada al resto de Colombia y dependía de las industrias ganadera y agrícola en manos de pocos hacendados. A su turno estos se apoyaban en peonadas, sin Ilustración, sin futuro y sin mayor esperanza, dependientes de la voluntad de sus amos que inicialmente se plegaron a la rebelión.

La insurrección fue inicialmente masiva y tanto patrones como trabajadores estuvieron de acuerdo con ella. La comunidad de intereses que inicialmente se observó era solamente un formalismo, pues en el fondo los hacendados defendían los suyos y los peones no entendían la razón de la lucha. Sus promotores, utilizando una narrativa diagnóstica fundamentada en la persecución conservadora lograron una movilización popular a través de la cual se conformaron los “comandos” que sin embargo conservaron una estructura patriarcal en donde pequeños hacendados que eran los jefes disponían a su conveniencia de sus ahora subalternos, llegando a reglamentar su fusilamiento en caso de traición o delación. Esto causó graves problemas como el caso de los hermanos Bautista cuyo trato inhumano hacia algunos de sus subordinados causó

su muerte a manos de sus propios hombres, o como el caso de Marco Tulio Rey muerto en iguales circunstancias.

Algunos analistas y politólogos han concluido que este fenómeno fue una verdadera revolución pues produjo documentos como la “Segunda Ley del Llano” o “Constitución del Congreso de la Perdida” en la cual se daba nacimiento prácticamente otro Estado que se apartaba de los lineamientos del colombiano y tomaba vida propia, basado en condiciones más favorables para los campesinos llaneros.

Su promotor José Alvear Restrepo obtuvo un gran triunfo al lograr que fuera aprobada por los asistentes al congreso, aunque algunos como los hermanos Fonseca no lo hicieron y se retiraron con evidentes muestras de disgusto. Sin embargo, esta aceptación fue solo aparente, pues al poco tiempo y pese a la oposición de Alvear Restrepo quien insistía en la prolongación de la lucha, aceptaron una desmovilización sin condiciones y entregaron sus armas poniendo fin a la contienda. Esto permite apreciar que no existía un espíritu revolucionario entre los guerrilleros diferente al del propio Alvear Restrepo, quien al parecer enviado por el partido liberal persista en unas tesis que ya no interesaban ni motivaban a los miembros de los diferentes “comandos” que no tuvieron problema en darle la espalda. Se puede entonces decir que la “Segunda Ley del Llano” pese a las bondades que han encontrado en ella los analistas y politólogos, era la expresión de un proyecto político del partido liberal, presentado a través de Alvear Restrepo que no se compadecía con la idiosincrasia y forma de ser de los habitantes del Llano.

Este planteamiento lleva a otras dos conclusiones. La primera de ellas que no se trató de un movimiento revolucionario tendiente a cambiar las condiciones sociales de la región Oriental de Colombia, sino de una reacción contra la persecución conservadora, estimulada por funcionarios de segundo nivel que de esta manera se favorecían personalmente. Ello es aplicable en particular a la región comprendida entre Boyacá y el piedemonte llanero en donde la indignación causada por los asesinatos, humillaciones y despojos llevados a cabo por militantes del partido conservador, que causaron como efecto inmediato la respuesta armada y violenta de los liberales de la región.

En el propio Llano por el contrario se produjeron muy pocos abusos y la movilización hacia los “comandos” fue producto de la expansión de la narrativa partidista y fundamentalista que mostraba como el partido liberal estaba siendo perseguido y destruido y la obligación de defenderlo ya que constituía la herencia de los ancestros que, si bien habían sido tan pobres y abandonados de los beneficios del Estado como ellos, formaban parte de “esta gran colectividad”. Este punto conduce a la segunda conclusión, que hace referencia a la motivación que no fue política, sino reactiva en contra de la violencia generada oficialmente. La motivación reactiva es muy débil y se acomoda a diferentes circunstancias, de ahí el apoyo inicial a los planteamientos del “Congreso de la Perdida” y su posterior rechazo en tan solo unos días después, demostrando su total desinterés por los asuntos políticos.

Otro factor que conspiró contra el éxito del movimiento armado fue su falta de liderazgo pues careció de verdaderos líderes tanto en el campo político en donde los miembros de los comités de apoyo no tenían verdadero espíritu revolucionario ni estaban interesados en perder su status, en tanto que en el terreno los jefes de los “comandos”, estaban más enfocados en responder a la violencia que se ejercía en contra de ellos, que en llevar a cabo proyectos políticos.

El máximo líder, Guadalupe Salcedo, era débil intelectualmente y, por ende, no tenía la capacidad de entender y motivar políticamente, limitándose su acción al valor, destreza, habilidad y crueldad que demostraba en el terreno, características propias de un auténtico llanero y que lo hacían sobresalir por encima de sus demás compañeros de lucha. Su nombre inspiraba a los guerrilleros, pero esa inspiración no sobrepasaba del campo de combate. Otros líderes frecuentemente mencionados en desarrollo de esta investigación como los hermanos Fonseca, Bautista y demás tampoco tenían calidad de revolucionarios y eran simples actores violentos con mayor o menor grado de habilidad. El grupo de líderes más conocidos compuesto por Eduardo Franco y Eliseo “cheito” Velásquez, estaba influenciado por reacciones psicológicas que los hacían sentir verdaderos conductores de hombres, cuando en realidad carecían de cualidades en el terreno para comandar y por ello eran mirados

con determinado desdén por su propios compañeros, sentimiento que los obligó a desertar tempranamente. Todo ello contribuyó a que nunca existiera la suficiente cohesión para unificar al movimiento y luchar como una sola entidad.

Nadie puede dudar que el movimiento armado obtuvo resonantes victorias, causó bajas considerables a las fuerzas del gobierno (se estima entre 200 y 300 muertos y probablemente un número superior de heridos), controló parte de los Llanos, en determinados momentos, neutralizó las acciones de las Fuerzas Militares en su contra, derribó dos aviones de la FAC y averió otros dos mediante explosivos en pistas supuestamente seguras, se apoderó de material de guerra (como fusiles y F. A.) en cantidades apreciables; pero tampoco es menos cierto que los “comandos” no conquistaron terreno, no pudieron controlar el centro del Llano a pesar de la presencia de Guadalupe Salcedo en esa región, no disuadieron al Ejército que continuó ocupando los puestos de “orden público” que en todo momento mantuvo, y no lograron desmoralizarlo.

Individualmente, algunos miembros de la fuerza pública se unieron al bando de los rebeldes como el caso del cabo primero Dumar Aljure, pero no fue una tendencia, sino casos individuales en oportunidades como única manera de salvar la vida luego de haber sido tomadas sus cuarteles por los guerrilleros. Se puede entonces concluir que hubo victorias tácticas de los guerrilleros que no condujeron a una victoria estratégica, sino que, por el contrario, desgastaron a los diferentes “comandos” hasta su entrega definitiva y sin condiciones.

El gobierno nacional fue incapaz de controlar a sus propios funcionarios y seguidores que propiciaban la violencia y estimulaban la lucha, demostrando falta de carácter. Tampoco ejerció un liderazgo político que hubiera logrado dar solución a tan complejo problema y se limitó a administrar la violencia de acuerdo con las circunstancias, careciendo de iniciativa para buscar soluciones acordes con la gravedad de la situación.

La clase política, responsable directa de tan lamentables y trágicos acontecimientos o bien estimuló la violencia (algunos sectores conservadores) o adoptó una posición ambigua, respaldando la lucha

guerrillera, pero sin comprometerse, algo realmente absurdo (algunos sectores liberales). Cuando el país logro recuperar la tranquilidad, esta clase política que había propiciado, auspiciado y estimulado los acontecimientos regreso triunfalmente para reclamar el poder y enjuiciar a quienes habían logrado estabilizar la situación, algo de lo que ellos habían sido incapaces.

El uso de la autoridad para controlar actos violentos perdió su legitimidad dado el fundamentalismo político de los funcionarios encargados de ello. Inicialmente, la Policía actuó en coordinación con esta autoridades y cayó en la comisión de abusos. Al inicio de la Jefatura Civil y Militar de los Llanos Orientales hubo también actos indebidos por parte del Ejército causados por 3 factores básicos: influencia de políticos y autoridades conservadoras, desconocimiento total y absoluto de la doctrina irregular y respuesta a desmanes y crímenes de los guerrilleros, como en el caso del Turpial o en Puerto López en los cuales los cuerpos de los soldados y agentes muertos fueron horriblemente mutilados y sus compañeros se creyeron en la obligación de responder con idénticas prácticas.

De haberse prolongado la lucha, aun con la unificación de todos los “comandos” guerrilleros, tres factores hubieran incidido notoriamente en contra de la rebelión: la fundación de la Escuela de Lanceros (1954), que implicó el cambio total de doctrina de la utilizada hasta ese momento a la irregular. A partir de ese acontecimiento verdaderos expertos colombianos iniciaron a instruir, reorganizar y conducir las unidades militares de tal forma que se produjo una revolución en este sentido que hubiera tenido gran influencia en los Llanos Orientales como la tuvo en aquellas regiones en las cuales aún actuaban grupos irregulares que fueron totalmente desmantelados por estas nuevas unidades.

El segundo factor la llegada e implementación del helicóptero como elemento fundamental de combate (1954). Aparatos de transporte, de observación y artillados hubieran transformado fundamentalmente la maniobra terrestre que se ejecutaba hasta esos días a pie o a caballo.

El tercero la implementación de las comunicaciones de las Fuerzas Militares con artefactos que permitían la coordinación tierra-tierra y tierra –aire, finalizando el periodo de aislamiento de patrullas o puestos

que no tenían ningún tipo de comunicación y permanecían aisladas por meses de sus superiores y otras unidades que las pudieran apoyar en caso de emergencia algo nunca antes sonado.

Puede concluirse que la rebelión llanera fue una respuesta a la violencia oficial y que en ningún momento tuvo ribetes de una revolución ideológica que permitiera pensar en cambios fundamentales en la estructuras sociales que a su vez determinaran cambios en las estructuras políticas. Pese a su intensidad y capacidad de combate no logro una victoria definitiva y por el contrario sufrió un desgaste prolongado que ante la promesa de cesar esa violencia dejó sin argumentos la lucha armada que hasta ese momento desarrollaba.

Carlos Alberto Ospina Ovalle

Militar colombiano en retiro, con rango de General de la República de Colombia, quien se desempeñó como Comandante General de las Fuerzas Militares (FFMM) de Colombia entre 2004 y 2007. Su trayectoria sobresaliente dentro de las FFMM de Colombia, que lo han llevado hacia el ascenso permanente de sus rangos y al desempeño de labores como Comandante de la Agrupación de Fuerzas Especiales; Comandante del Batallón de Infantería No. 33 “Junín”, Comandante del Batallón de Policía Militar No. 13 y Comandante de la Escuela de Lanceros. También se desempeñó como Oficial de Operaciones de la Cuarta División, Jefe del Estado Mayor de la Brigada Móvil No. 2 y Director de la Escuela de Armas y Servicios. En el grado de Brigadier General, fue Comandante de la Brigada Móvil No. 2, Comandante de la Cuarta Brigada y Comandante de la Cuarta División.

En el año 2001 se desempeñó como Jefe de Operaciones del Ejército. Durante los primeros meses del 2002, se desempeñó como Inspector General de las Fuerzas Militares donde pasó a ser Comandante del Ejército de Colombia. En el año 2004 fue designado Comandante General de las Fuerzas Militares.

Su experiencia profesional dentro de las FFMM, ha estado acompañada por una sólida formación académica al haberse graduado en Ciencias

Militares y como Magíster en Defensa y Seguridad de la Escuela Superior de Guerra de Colombia. Posteriormente, adelantó estudios en la Escuela Nacional de Guerra de Washington D. C., y en esa misma ciudad obtuvo una especialización en estrategia, conferida por la National Defense University. Su formación académica se centró en los derechos humanos con estudios cursados en el Instituto Internacional de Derecho Internacional Humanitario de San Remo, Italia.

Ha sido también profesor en el Centro de Estudios de Defensa Hemisférica del National Defense University. Actualmente se desempeña como Professor of Practice en el College of International Security Affairs (CISA) y como investigador del Departamento de Estrategia en la Escuela Superior de Guerra de Colombia, “General Rafael Reyes Prieto”.

Editora

FERNANDA NAVAS-CAMARGO Abogada y Administradora de Negocios Internacionales. Magister en Administración de Empresas por la Universidad de Ciencias Aplicadas de Münster, Alemania. Doctora en Educación para la Integración y el Desarrollo Humano y Sostenible por la Universidad de Valladolid, España. Investigadora Asociado según la última clasificación de MINCIENCIAS, y miembro del grupo de investigación Memoria Histórica, Construcción de Paz, Derechos Humanos, DICA y Justicia, adscrito a la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”. Es también Asesora de la vicedirección de investigaciones de la Escuela Superior de Guerra. Sus contribuciones académicas han estado enfocadas hacia la visibilización de la situación de las personas migrantes en condiciones legales tanto regulares como irregulares. Ha hecho un llamado por promover la interculturalidad como mecanismo de acogida, enfocándose en las necesidades de la persona y en las dificultades que supone el comenzar un viaje con fines migratorios. De manera reciente ha estado enfocada en analizar las distintas formas de trata de persona y a buscar maneras de atender a la víctima en los lugares de destino desde la promoción del emprendimiento como opción de vida.

REFERENCIAS

- Acuña, O. Y. (2014). *Bandolerismo Político en Colombia 1930- 1953*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Aguado, P. (1989). *Tres expediciones se encuentran en Bogotá*. Editorial Planeta.
- Alape, A. (1982). *Las vidas de Pedro Antonio Marín Marulanda*. Planeta Editores.
- Alape, A. (1987). *El Bogotazo memorias del olvido*. Editorial Planeta.
- Andrade, D. (2009). *Guadalupe era de Tame, pero Villavicencio se impuso: La Rehabilitación de los Llanos Orientales 1948-57*. Universidad de los Andes.
- Arizmendi, I. (1989). *Presidentes de Colombia 1.810-1.990*. Bogotá: Ediciones Planeta.
- Arnillas, C. (2002). El Punto culminante. *Apuntes de estrategia operacional*, 93.
- Atehortua, A. (2000). Cuartelazo de Pasto. *Hora critica*, 8.
- Balaguera, E. (2017). Historia, muerte y legado de Dumar Ajure 50 años después de su partida. *Universidad de los Andes, Centro de Estudios de la Orinoquia*, 10.
- Banco de la Republica. (2002). Analfabetismo en Colombia. *Revista Banco de la República*, 1.

- Barbosa, R. (1992). *Guadalupe y sus Centauros*. Cerec.
- Bayona Posada, R. (1984). *Recuerdos de un ochentón*. Editorial Kelly.
- Behar, O. (1985). *Las Guerras de la Paz*. Planeta.
- Bermúdez, G. (1992). *El Poder Militar en Colombia*. Ediciones Expresión.
- Bolaños, G. (1999). Los Pelos en la Lengua. *La Nación*, 12.
- Bolívar, S. (1818). *Correspondencia oficial*. Calabozo: Ejército Libertador.
- Brieva, H. (2000, marzo 15). Las Elecciones. *El Herald*, p. 8.
- Bueno, C. (2013). El capitán Franco. *Universo Centro*, 4.
- Burgos, M. C. (2002). Holocausto. *El Tiempo*, 32.
- Caballero, A. (2020). La gran novela de Colombia es la Vorágine. *Diario de la Paz*, 1.
- Caicedo, A. (1999). *El Tiempo Bogotá*, 30.
- Cardona, A. (2012). *Los chulavitas de Boavita*. Historia y Región.
- Casanare, C. H. (2008). *Reseña histórica del Casanare*. Panamericana Formas e Impresos.
- Casas, U. (1987). *De la Guerrilla liberal a la Guerrilla comunista*. Escuela Ideológica.
- Colombia informa. (2015, diciembre 06). La Masacre de las Bananeras. *Colombia Informa*, p. 3.
- Constitución Política de Colombia (1886). Congreso de Colombia (1 de diciembre de 1885). *Diario Oficial*.
- Correa, H. (2019). *Cien años de violencia política en Colombia*. Universidad Sergio Arboleda.
- Cortes, C. (2003). *Desde la orilla opuesta*. Marbella.
- Daniels, E. (2017, noviembre 11). Los tiempos del Olimpo Radical. *Panorama Cultural*, p. 10.
- della Porta, D. (2013). *Clandestine Political Violence*. Cambridge University Press.
- Echeverry Ossa, B. (1993). *Historia de las Fuerzas Armadas de Colombia Policía Nacional*. Editorial Planeta.
- El Espectador. (2016). Así registró el Espectador el tiroteo en la Cámara de representantes. *El Espectador*, 5.

- Esquivel, R. (2002, abril 11). Colonización y violencia en los Llanos 1948-53. *Memoria y Sociedad*.
- Esquivel, R. (2008). Cinco Tesis para la nueva historia militar de Colombia. *Revista Fuerzas armadas*, 33.
- Fonseca, E. (1987). *Los combatientes del llano 1949-1953*. Universidad INCCA.
- Fonseca, E. (1987). *Los combatientes del Llano*. Universidad INCCA.
- Forero, J. (2020). 9 de abril de 1948 del terror a la desesperanza. *El Tiempo*, 20.
- Franco, E. (1976). *Las Guerrillas del Llano*. Ediciones Hombre Nuevo.
- García, M. (2003). Persistencia y cambio en la frontera oriental de Colombia y el Piedemonte 1840-50. Universidad EAFIT.
- Giraldo, P. (2018). *Hilando voces, tejiendo memoria*. CINEP.
- Gómez, A. (2011). De la Resistencia Gaitanista a la resistencia Liberal. *Tabula Rasa*, 34.
- Gómez, A. (2011). Elecciones y Junta Revolucionaria Villavicencio 1947-48. *Revista Historia y Memoria*, 108.
- Gutiérrez, E. (2010). *El Castro desconocido una convergencia fatal*. XLibius.
- Guzmán Fals Umaña, G. O. (1962). *La Violencia en Colombia*. Ediciones Tercer Mundo.
- Hermassi, E. (1976). *Toward a comparative study of revolutions, comparative studies in society and history*. University of California.
- Hoffer, E. (1989). *The true Believer*. Harper and Row.
- Holguin, H. (1975). Los Monjes enjuiciamiento de una traición. *Prosarates*.
- Jiménez, A. (2007). *El Gaitanismo en Boyacá de la derrota presidencial a las resonantes victorias*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Kuethe, A. (1978). *Military Reforma and society in New Granada, 1773-1808*. University of Florida.
- Lemaitre, E. (1972). *Panamá y su separación de Colombia*. Banco Popular.
- Llano, R. (2009). *Historia del Partido Liberal Colombiano*. Partido Liberal Colombiano.

- López, A. (1996). Las Leyes del llano 1952-1953 Conceptos Fundamentales. *Dialéctica Libertadora*, 300.
- Lykke, A. (1989). Definig Strategy. *Military Review*, 15.
- Marks, T. (1996). *Maoist Insurgency Since vietnam*. Frank Cass & Co.
- Martínez, A. (2012). ideología y realidad de la guardia colombiana 1863-1865. *Historia y Sociedad*, 33.
- Martínez, A. (2012). *Ideología y realidad de la guardia colombiana 1863-1865*. Universidad Industrial de Santander.
- Martínez, A. (2012). *Ideología y Realidad de la Guardia Colombiana 1863-1865*. Universidad Industrial de Santander.
- Matta, L. (1999). *Colombia y la Farc EP*. Editorial Txalaparta.
- Mayorga, D. (2015, enero 24). Entrevista con la historia: los guerrilleros de la revolución llanera. *El Pacifista*, p. 6.
- Meléndez, J. E. (2013, septiembre 21). Los guerrilleros liberales aún viven. *El Tiempo*, p. 30.
- Melo, J. O. (1989). *Reportaje de la Historia Colombiana*. Planeta.
- Mendoza, P. A. (1984). *La Llama y el Hielo*. Planeta/Seix Barral.
- Merteens Sánchez, D. G. (1985). *bandoleros, gamonales y campesinos*. El Áncora Editores.
- Molano, A. (1966). *Selva Adentro*. El Áncora.
- Orozco, M. P. (2007). La Violencia en Boyacá un acercamiento cuantitativo ala década de 1930. Universidad Nacional de Colombia.
- Ospina, C. (2017). Palonegro, Concierto de Valor o Yerro Estratégico?. Autores y editores.
- Páez, J. (1941). *Memorias del General José Antonio Páez*. Editorial El Maestro.
- Pakenham, T. (1992). *The Boer War*. Avon Books.
- Pardo, R. (2004). *La Historia de las Guerras*. Ediciones Banco de Colombia.
- Partido Conservador, C. (2.019). Historia del Partido Conservador Colombiano. *Partido Conservador Colombiano*, 1.
- Pérez, G. (2016). Violencia Política de los años 30. *El Espectador*, 15.
- Pizarro, E. (1989). *Los orígenes del movimiento armado en Colombia*. Análisis Político.

- Portafolio, R. (2007, mayo 30). Viva la República de Arauca. *Portafolio*, p. 3.
- Posada, J. I. (2013). *Los secretos del “Rey de los Pájaros” de La Violencia*. El Colombiano.
- Radio Nacional, Colombia. (2018). *Las voces del Bogotazo en la Radio*. Radio Nacional Colombia.
- Ramsey, R. (1981). *Guerrilleros y soldados*. Ediciones Tercer Mundo.
- Red, C. (2014). *Alcaldes de San Vicente de Chucuri*. San Vicente de Chucuri: Chucureños en la red.
- Redacción Revista. (2010). Regeneración y catástrofe. *Biblioteca Nacional de Colombia*, 1.
- Registraduría del Estado Civil. (2010, febrero 25). Las elecciones en Colombia. *Las Elecciones en Colombia*, p. 8.
- Reyes, C. (1989). *El Gobierno de Mariano Ospina Pérez 1946- 1950*. Editorial Planeta.
- Rodríguez, G. P. (2013). *Chulavitas, Pájaros y ContraChusmeros*. Universidad de Cuyo.
- Rodríguez, J. (2015). *Tocqueville y su tiempo*. Editoria Nemos.
- Rouquié, A. (1982). *The Military and the State in Latin America*. University of California Press.
- Salcedo, E. (2004). Las Vicisitudes de los Jesuitas en Colombia durante el siglo XIX. *Theologia Xaveriana*.
- Santos Pico, M. (2007). *Historia Militar del Ejército de Colombia*. Centro de Estudios Históricos del Ejército.
- Santos, E. (2005, junio 25). Por qué renunció Marco Fidel Suarez. *Tiempo*, p. 40.
- Sierra, O. G. (1954). *Las Guerrillas de los Llanos Orientales*. Autoeditado.
- Simons, G. (2004). *Colombia a Brutal History*. British Library.
- Skocpol, T. (1979). *States and Social Revolutions*. Cambridge University Press.
- Tirado, A. (1989). *Nueva Historia de Colombia*. Editorial Planeta.
- Tobón, G. (2002). *Reseña Histórica de Apiay*. Monografías.

- Torres, C. (2000). *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional*. Editorial Planeta.
- Torres, H. (2010). El concepto de terrorismo de Estado. *Revista Dialogo de Saberes*, 19.
- Tung, M. T. (1965). *Selected Works of Mao Tse Tung*. Pekin: Foreign Languages Press.
- Ugarriza-Pabón, J. N. (2017). *Guerrilleros y Soldados*. Universidad del Rosario.
- Universidad Sergio Arboleda. (2015, marzo 25). Violencia política en los años 30 de Capitanaje a Gachalá. *Cuadernos de Pensamiento*, p. 34.
- Valencia, A. (1992). *Testimonio de una Época*. Editorial Planeta.
- Valencia, A. (1993). Historia de las Fuerzas Armadas de Colombia Fuerza Aérea. Editorial Planeta.
- Valencia, A. (1993). Historia de las Fuerzas Militares de Colombia Tomo I. Editorial Planeta.
- Valencia, A. (1994). *Conflicto Amazónico 1932- 1934*. Ministerio de Defensa Nacional.
- Vargas, Getulio. (1999). *Cuentos, mitos y leyendas del llano*. Corpes Orinoquía.
- Villamizar, D. (2018). *Las Guerrillas en Colombia*. Penguin Random House.
- Villanueva, O. (2011). *Guadalupe Salcedo y la Insurrección Llanera 1947-1953*. Universidad Nacional de Colombia.
- Wilson, A. (2012). *Masters of War*. The Great Courses.



ESCUELA SUPERIOR
DE GUERRA
"General Rafael Reyes Prieto"
Colombia

ISBN 978-958-42-9991-8



9 789584 299918 >